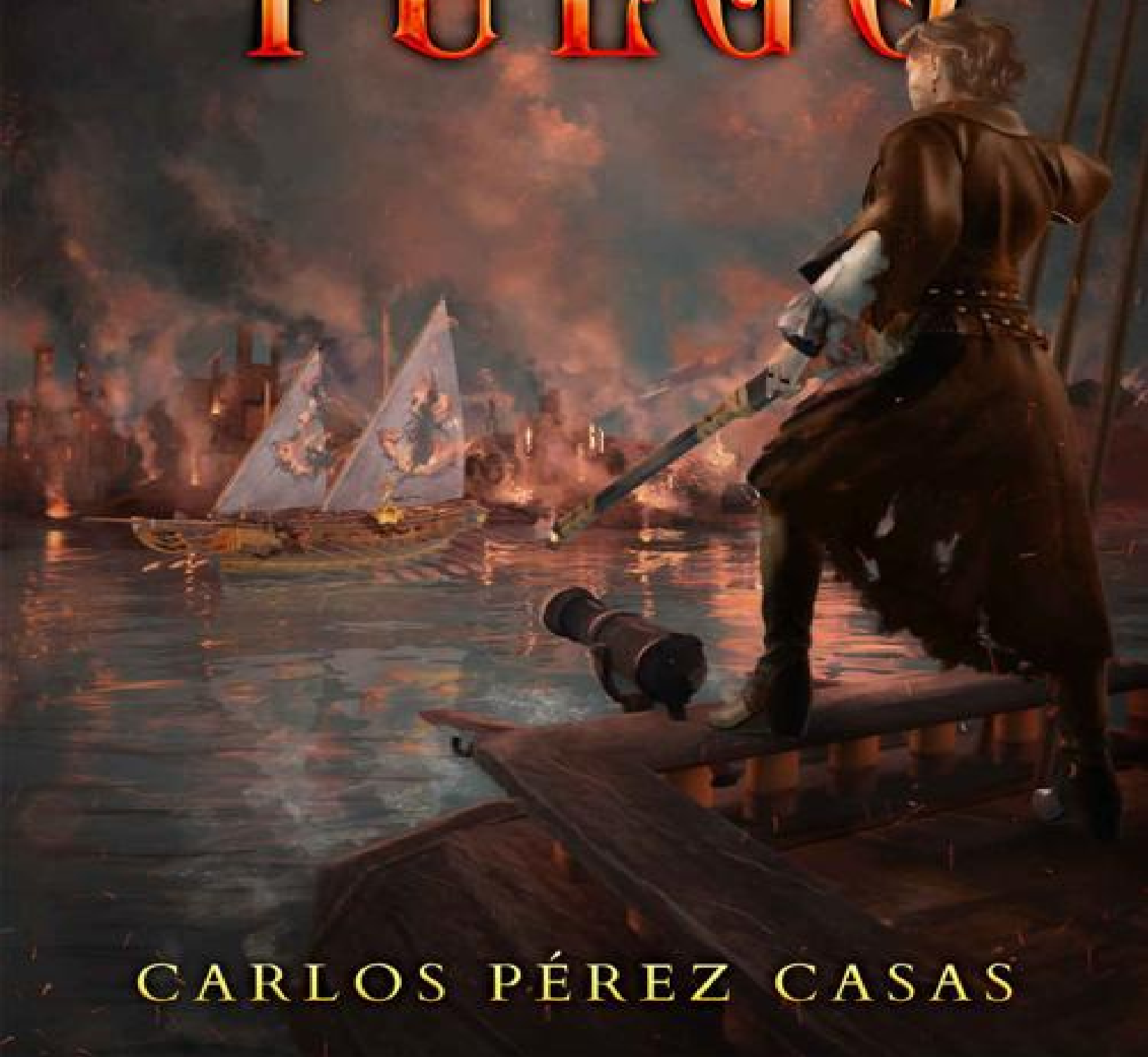


LÁGRIMAS - DE - FUEGO



CARLOS PÉREZ CASAS

Índice

[El Valle de Lágrimas](#)

[Gladys \(1\)](#)

[Armeno \(1\)](#)

[Gladys \(2\)](#)

[Armeno \(2\)](#)

[Zetyn \(1\)](#)

[Meribaldo \(1\)](#)

[Gladys \(3\)](#)

[Armeno \(3\)](#)

[Gladys \(4\)](#)

[Armeno \(4\)](#)

[Gladys \(5\)](#)

[Meribaldo \(2\)](#)

[Zetyn \(2\)](#)

[Armeno \(5\)](#)

[Gladys \(6\)](#)

[Meribaldo \(3\)](#)

[Gladys \(7\)](#)

[Armeno \(6\)](#)

[Zetyn \(3\)](#)

[Gladys \(8\)](#)

[Meribaldo \(4\)](#)

[Gladys \(9\)](#)

[Armeno \(7\)](#)

[Meribaldo \(5\)](#)

[Gladys \(10\)](#)

[Zetyn \(4\)](#)

[Armeno \(8\)](#)

[Gladys \(11\)](#)

[Meribaldo \(6\)](#)

[Armeno \(9\)](#)

[Zetyn \(5\)](#)

[Armeno \(10\)](#)

[Gladys \(12\)](#)

[Meribaldo \(7\)](#)

[Armeno \(11\)](#)

[Gladys \(13\)](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Lágrimas de fuego

Carlos Pérez Casas

Copyright © 2024 Carlos Pérez Casas

Todos los derechos reservados. Esta obra o cualquier porción de esta no puede ser reproducida o usada de ningún modo sin el consentimiento escrito del autor excepto el uso de breves citas en una reseña sobre el mismo.

www.carlosperezcasas.com

Lágrimas de fuego / Carlos Pérez Casas.
Fecha de edición: abril de 2024

ISBN: 979-8884603875

Diseño de cubierta: Bogdan Alex
Tipografía de cubierta: Inorai
Mapa de los Reinos Fronterizos: Carlos Pérez Casas
Corrección: Carlos Pérez Casas

*Este va dedicado al teclado de mi ordenador,
que soportó el bombardeo de palabras.*



El Valle de Lágrimas
y
los Reinos Fronterizos
Elaborado por el Ilustre
maese Grifelo Tremo para
conmemorar el centenario
del Marquésado de Ciruela

Gladys

La mar se mecía intranquila bajo la luna negra. Al compás de los remeros encadenados, la *Arcona* se deslizaba por el estrecho de la Garganta mientras su tripulación rezaba por la precisión de las cartas de marear. Y la pericia de la timonel. Muchos eran quienes miraban a babor, donde se adivinaban las rocas que podrían hacer astillas la galera en menos de tres latidos.

Tras asegurar sus pasos sobre la oscilante cubierta, Gladys se aproximó al castillo de popa, donde el capitán de la *Arcona* montaba guardia junto al farol. El marino había expresado su intención de apagar aquella luz para facilitar la huida de su galera bajo el amparo de la Umbría, pero con la Luz de Ahisma ardiendo donde debiera estar el fogón del cocinero no era posible permanecer ocultos. Los irrespetuosos marineros gruñían por la presencia de aquella llama delatora, pero se guardaban sus opiniones en presencia de Gladys. La destreza de los guardianes de Ahisma no era producto del ingenio de un poeta.

Gladys se detuvo junto al capitán y una voz triste asomó entre la barba desaliñada.

—Guardiana.

—Don Sysio —dijo ella con un leve asentimiento antes de apoyarse en el castillo de popa.

Kada ardía en el horizonte.

Lenguas de fuego cubrían toda la cara sur de la ciudad, reptando por las colinas hacia el Gran Templo de Ahisma. Columnas de humo negro ocultaban los olivos que una vez ofrecieron descanso a Gladys entre las prácticas de espada y arcabuz. Palabras sagradas se habían pronunciado a la sombra de sus frutos y en sus cortezas había grabados votos a la diosa. Uno de aquellos olivos estaba destinado a ser la pira de Gladys, plantado el día que juró; a la espera del hacha del leñador, el día que la guardiana cayera en defensa de su fe. Un ejemplar tan joven que apenas llegaba a la cadera. Ahora ardía, como todos los demás, por culpa de los herejes.

Junto a la ciudad que la acogió.

—Es mejor no mirar atrás —comentó el capitán de la *Arcona* mientras estrujaba su catalejo con furia. Siempre hacia proa—. Deberíais regresar con vuestros compañeros.

Gladys se volvió hacia los dos protectores que flanqueaban la Luz de Ahisma.

—Serafina y Vettias protegerán la llama sagrada —aseguró la guardiana—, aunque el chico sólo sea un novicio. Y yo no puedo dejar de pensar en la guarnición de Kada. —Su vista regresó a las llamas de la ciudad—. Lucharon cuanto se les pidió.

—Ciertamente, hicieron honor a su juramento. Muchos valientes muertos porque nuestros aliados incumplieron el suyo.

La guardiana apretó los puños ante aquella realidad. Ella había estado presente cuando embajadores de otras naciones, e incluso un legado del acosado Imperio Nuevo, hicieron promesas de pólvora y picas. «Sólo palabras». El día que los ejércitos filanitas aparecieron, escasas fueron las velas amigas en el puerto, y menos aún las botas imperiales sobre la muralla. Los kadeses lucharon con valor, y murieron solos. Veintitrés días con sus noches entre cañonazos, incendios, gritos y lamentos.

Sysio desvió su catalejo hacia la *Botín*. La segunda galera se mantenía a menos de treinta brazas a estribor, silenciosa como una tumba pero tan iluminada como la *Arcona*.

—Un feligrés que nos ayudaba tras las ceremonias servía en el Rocón —comentó Gladys entristecida—. Luca Berino era su nombre, maestro cantero. Buen hombre y mejor devoto. Sé que no volveré a verlo.

Alzó la mirada hacia la oscura silueta frente al puerto en llamas. El fuerte que lo protegía, inexpugnable según los ingenieros kadeses, había caído el cuarto día de lucha, no entre cañonazos y gritos de agonía, sino en el más suspicaz de los silencios. La palabra «traición» seguía en boca de todos. Los cañones del Rocón, destinados a proteger Kada de un asalto por mar, se habían tornado hacia la ciudad misma. Plomo y pólvora sembraron la destrucción. Capillas y lonjas rebosaban de heridos a medida que las casas desaparecían, y hasta el pavimento fue levantado para enterrar a los muertos. Nadie quería arriesgarse a un nuevo brote de plaga, aterrorizaba más que las cuarenta mil picas filanitas.

La guardiana aferró su colgante de la llama. Entre los que más habían sufrido estaba el clero de Ahisma, que se sacrificó ante la perspectiva de caer en manos de los flagelantes. «Muerte, antes que deshonra y tormento», pensó Gladys. Ahora se sentía parte de una especie en extinción.

Se volvió hacia quienes custodiaban la llama. Ellos y sus tres compañeros en la *Botín* eran cuanto quedaba del capítulo de Kada. La extinción del clero de Ahisma era el anhelo de los fieles del llamado Dios Verdadero. Y la ciudad libre de Kada ardía por tal fanatismo.

Tres habían sido las galeras cargadas con el sagrado fuego de Ahisma. La *Valerosa* ni siquiera había logrado abandonar el puerto; con la mitad de los remeros muertos por las saetas y balas de los filanitas, no pudo alejarse de los cañones del capturado Rocón. Castigada sin piedad alguna, la galera se fue escorando hasta que Gladys vio su quilla asomar sobre la superficie. Poco antes de que la *Botín* y la *Arcona* doblaran el rompeolas, la vio irse al fondo de la bahía, con la llama sagrada todavía en su cubierta.

—Es la segunda vez que huyo de una ciudad incendiada por filanitas —dijo rabiosa.

Pero Sysio no parecía escucharla, en su lugar, gruñó una blasfemia en dos idiomas mientras observaba a través del catalejo. A popa.

Gladys se enderezó.

—¿Qué sucede?

El capitán no respondió. Movía la lente con pulso firme, oteando la mar como si una criatura fuera a surgir de las profundidades. «No mientras la luna sea negra». Gladys alzó la vista al cielo, donde el círculo opaco de la luna oscura —aún no era granate— absorbía la luz de los cielos. «Tendremos al menos tres días sin monstruos». Gladys observó la oscuridad a proa, insegura sobre si serían capaces de transportar la Luz de Ahisma hasta la ciudad sagrada de Myrevus antes de que la Umbría concluyera.

Sin embargo, no eran monstruos lo que el marino parecía buscar sobre las aguas.

—¡Cómitre! —bramó el capitán—. Boga ordinaria para toda la chusma. Pasad el cazo con aguardiente. Que tengan las fuerzas necesarias para doblar el cabo del Lamento como si fuéramos una bala. —El supervisor de los remeros hizo señal al sotacómitre para que preparara el tambor—. ¡Y que manden señal a la *Botín*!

—¿Qué sucede? —repitió Gladys.

—Nos persiguen, guardiana.

Ella escudriñó a popa. Nada se veía entre la mar oscura, pero se fiaba de la palabra del capitán.

—¿Podrían ser pescadores aprovechando la Umbría para faenar? —aventuró Gladys.

—¿Tan cerca de Kada, en pleno asedio? —dudó el capitán, señalando la ciudad en llamas—.

No puede ser. Aún más, juraría por las Cinco Diosas que se trata de una galeota; de quince bancos a lo sumo y un solo cañón a proa.

La guardiana contó en voz baja los veintiocho bancos de remos que la *Arcona* tenía.

—Pequeña —dijo al fin.

El capitán Sysio asintió.

—Pequeña es, pero nos viene a la zaga y escaseamos chusma de refresco —indicó mientras señalaba a los galeotes encadenados a los remos—. Bastante suerte tuvimos de reunir a estos antes de que escaparan de prisión.

El tambor del cómitre cobró vida con golpes secos y monótonos. A las bandas de la nave, los galeotes empezaban a jadear por el esfuerzo, haciendo temblar la nave que rompía las olas. Con cada remada, Gladys sentía cómo la galera la empujaba hacia popa.

Al saberse descubierta, la galeota perseguidora se hizo visible. Los gritos de su tripulación, órdenes que animaban a la lucha, viajaban sobre las aguas, arrastrados por el viento. Pequeños puntos luminosos brotaron en medio de la mar.

—Están encendiendo las mechas de sus armas. Tendremos granizo en cualquier momento —advirtió la guardiana del fuego. Extendió la palma hacia Sysio—. Vuestra llave, capitán, hay que entregar armas a la tropa.

El capitán apartó la vista de la mar oscura y miró con firmeza a la guardiana, ofendido porque una joven le hablara en aquel tono. Gladys le mantuvo la mirada pero los ojos de Sysio no eran de los que se amedrentaban.

—¡Alférez Proisi! —bramó el marino, aún mirando a la guardiana.

Un oficial de la tropa embarcada se aproximó al castillo de popa, arrastraba una pierna herida.

—¿Capitán? —balbuceó.

Sysio por fin desvió la mirada.

—Armad a vuestra gente, alférez. —El capitán entregó una llave al militar—. Los barriles de pólvora lejos del fuego sagrado, ¿entendido? Las Cinco cuidan mejor a quienes son precavidos.

—Así se hará, mi capitán.

—Os acompaño —dijo Gladys tras comprobar que le escaseaba la pólvora—. Necesito munición para mi pistola.

El alférez contuvo una mueca de dolor al girarse.

—Mi gente de guerra puede ocuparse llegado el caso. Han luchado antes en galeras y no...

—La Suma Sacerdotisa nos encargó proteger la llama de Ahisma —interrumpió Gladys con firmeza— y mataré a cuantos filanitas se hallen a mi alcance.

El oficial quiso protestar, pero una mirada de la guardiana bastó para que se lo pensara mejor.

—Como queráis —dijo antes de marchar cojeando hacia el armero. Gladys lo siguió.

La *Arcona* se convirtió en un hervidero. Los tripulantes, hasta ahora callados, preparaban los cabos para recoger las dos velas si llegaba el momento de combatir mientras la tropa de mar se alineaba tras el alférez para armarse con pistolas, rodela, dagas, ballestas, arcabuces y medias picas que el oficial extraía del armero. Gladys contempló un momento la pistola en su cinto y finalmente solicitó al alférez un arcabuz.

—Cinco disparos es cuanto puedo daros, guardiana —dijo el oficial—. La ciudad de Kada estaba corta de pólvora incluso antes de que los cañones de las murallas dispararan contra los filanitas. Pero un disparo será de pólvora dragón.

La guardiana se sorprendió al ver aquella sustancia en el armero de una galera, pero la aceptó de inmediato.

—Sean pues esos cinco disparos —concedió Gladys mientras miraba con interés a los hombres armarse—. Uno por cada diosa.

Algunos soldados tomaban medias picas y chuzos con los que repeler a quienes osaran abordar, mientras otros optaban por dagas o espadas. Un mozo de apenas trece años ofrecía pesados petos de hierro a los combatientes, pero estos rara vez aceptaban la oferta. Recibir un tajo en el pecho era preferible a caer al agua negra con treinta libras de peso.

Gladys oyó gruñir al alférez cuando este se puso en pie. El hombre trastabilló y la guardiana le tendió un brazo para que se apoyara. Pese a la escasa luz, Ahisma apreció una mancha oscura a la altura del muslo, fruto de una herida sin tratar.

—¿El asedio? —preguntó al oficial.

—La Puerta de Sal.

—Un barrio tranquilo.

Proisi contuvo un quejido.

—Esta mañana no lo era. Dos compañías filanitas nos han atacado a primera hora. Decían que era un señuelo, pero yo lo he sentido muy real.

—Fue un señuelo —confirmó Gladys—. No mucho después se produjo un ataque en La Escalada y medio barrio desapareció en la lucha. De los cadáveres, mejor no os cuento. La zona era demasiado importante para arriesgarse a perderla.

—En los lugares olvidados también se muere —dijo Proisi, señalando su pierna mientras extraía cinco pelotas de plomo de un armero y un par de bolsitas negras, una de ellas marcada con una cinta amarilla—. Confío en que mandéis a esos perros al fondo del Estrecho, si es que podéis acertarles en medio de esta oscuridad.

—Ahisma iluminará —dijo Gladys antes de tomar la munición y alejarse.

A popa, nuevos puntos de luz revelaron la presencia de una segunda embarcación enemiga, más retrasada que la primera pero también a la caza. Finalmente, los remos de la *Botín* empezaban a moverse acompasados al tambor de su cómitre, tratando de seguir el ritmo de la *Arcona*.

Gladys se abrió paso entre los bancos.

A ojo, la guardiana calculó que la *Arcona* cargaba unos ciento cincuenta galeotes, chusma, como los llamaba don Sysio. Todos ellos encadenados a la cubierta. La mayoría eran prisioneros de guerra, filanitas en quienes no se podía confiar, aunque había unos pocos esclavos de deudas; sin embargo, eran los remeros a quienes interesaba que la *Arcona* fuera veloz, pues una vía de agua mandaría la nave al fondo del mar sin que nadie perdiera tiempo en liberar sus cadenas.

Por si acaso, el cómitre los animaba a seguir el ritmo del tambor.

—¡Bogad, perros! —maldecía con un estruendo que resonaba por toda la cubierta—. ¡Bogad u os juro que os arrancaré los dientes con las tenazas del barbero! ¡Bogad!

Entre improprio e improprio, el látigo restallaba.

—¡Gladys! —oyó que la llamaban.

Esquivando soldados y marineros, la guardiana se aproximó hasta el fogón del cocinero, donde sus dos compañeros custodiaban la Luz de Ahisma que iluminaba sus otrora ropajes granates, ahora cubiertos de manchas de sangre y mugre.

—Vettias, Serafina —dijo acercándose—. La munición es escasa pero haré que cuente mientras vosotros guardáis la llama.

El joven novicio, cuya pelusilla quedaba muy lejos del orgulloso bigote que lucían los espadachines kadeses, asintió obediente, pero Serafina, mayor y más experta que Gladys, frunció el ceño ante aquella proposición. No hicieron falta palabras para que mostrara su desagrado ante

las prioridades de la joven guardiana.

—La llama estará mejor si no logran abordar —se defendió Gladys.

Serafina se limitó a cruzar sus brazos cubiertos de cicatrices.

—¿Qué sucede exactamente, Gladys? —preguntó Vettias.

—Dos barcos filanitas.

—¿No serán monstruos marinos? —aventuró el novicio con una voz demasiado aguda para sus quince años. «Ni siquiera es un hombre».

—No hay criaturas durante la luna negra —le recordó Gladys al novicio.

Serafina carraspeó.

—Todo lo que sabemos está en entredicho, Gladys. Estábamos convencidos de que los demonios no podían exponerse al sol y dos de ellos fueron vistos regocijándose en nuestras calles. —Gladys sintió un escalofrío al recordar aquello. Los había visto desde una de las torres de La Escalada, revolcándose entre los cadáveres mientras mataban a cualquier ser vivo que estuviera a su alcance. Amorfos, horrendos y terroríficos. Los sabios del clero de Ahisma habían discutido largo y tendido sobre si aquellos engendros eran demonios o sólo criaturas diferentes a las ya conocidas. O si los filanitas, que se jactaban de ser enemigos de los Poderes Ruinosos, habían tenido algo que ver con su presencia—. No es descabellado suponer que algún día los monstruos no perezcan al llegar la Umbría. O que las guardianas de Ahisma necesiten que les recuerden cuál es su deber —añadió, con la mirada fija en Gladys.

—En cualquier caso —replicó la aludida—, quienes nos persiguen son hombres de carne y hueso en barcos de madera. Pero el capitán Sysio asegura que somos más veloces y tenemos más soldados.

—¿No deberíamos dar la vuelta y enfrentarnos al enemigo? —preguntó Vettias.

Gladys saboreó las posibilidades de aquello, pero Serafina la juzgó de una mirada fugaz y la guardiana agachó la cabeza.

—No podemos arriesgar la Luz de Ahisma —dijo Serafina—. Llegar a Volsena es nuestra misión. Y desde ahí, a Myrevus.

—En circunstancias normales haríamos frente a esos perros —le dijo Gladys a Vettias—. Sysio asegura que las galeotas que tenemos a popa tienen un único cañón, pero un tiro afortunado podría convertirse en nuestra ruina y no es sensato ofrecerles la banda a sus espolones mientras les encaramos.

Los tres guardianes se volvieron hacia el fanal de popa. El capitán continuaba allí, sereno como un oidor imperial, con el resplandor de Kada recortando su silueta y, sin dejar de observar las naves enemigas a través del catalejo, impartiendo órdenes a la timonel, una mujer robusta a la que Gladys no había visto parpadear desde que zarparon del puerto.

La *Arcona* se arrimaba poco a poco a la *Botín*.

—¡Que alguien me traiga un megáfono! —bramó Sysio.

Un joven paje, de once años a lo sumo, se aproximó con un cono de latón. El capitán se lo arrebató y lo apuntó hacia la otra galera.

—¡AH, DEL BARCO!

—¿QUÉ OS SUCEDE, SYSIO? —dijo poco después una voz.

«El capitán de la *Botín*», dedujo Gladys.

—ESAS NAVES NOS RASCAN EL CULO PERO NO ATACAN.

—NO QUIEREN ERRAR EL TIRO. PERO EN CUALQUIER MOMENTO DISPARARÁN.

—CREO QUE TIENEN AMIGOS AL DOBLAR EL CABO DEL LAMENTO.

Se produjo un momento de tensión cuando la tripulación calló, incluso el cómitre había cesado de maldecir. Sólo los jadeos de los galeotes resonaban en la noche. Gladys se volvió con preocupación hacia el agua oscura a proa.

—Esperad aquí —dijo a sus compañeros mientras se acercaba al castillo de popa.

—¿ESTÁIS SEGURO DE ESO, SYSIO? —dijo al fin el capitán de la *Botín*.

—ME JUEGO CINCO SÓLIDOS.

La guardiana subió las escaleras del castillo de dos en dos.

—¿Habláis sobre una emboscada, capitán? —preguntó.

—¿Qué otra razón puede haber para que esos perros aún no hayan disparado? —dijo el marino—. En cuanto doblemos el cabo, tendremos espolones enemigos frente a nosotros. —Sysio alzó de nuevo el megáfono—. ¿QUERÉIS IR POR EL COLMILLO DEL TIRANO?

«El lugar donde Lidia Carónez fundó el Imperio Nuevo», rememoró Gladys.

—¿EN PLENA UMBRÍA? ¡NI LOCO!

El capitán gruñó al oír aquello.

—PUES PREPARAD A VUESTRA GENTE DE GUERRA.

Sysio bajó el megáfono y miró con gesto preocupado a las naves perseguidoras. Su distancia no parecía reducirse pero las muchas luces a bordo daban prueba del gran número de guerreros que embarcaban.

—Greta navegó una vez por el Colmillo del Tirano —lamentó el capitán—. Podríamos haberlo conseguido.

—Fue en un esqui de apenas cinco brazas de eslora, Sysio —dijo la timonel, sin dejar de mirar a proa—. Y era noche ordinaria, no Umbría.

Gladys observó a los dos marineros, mirando a proa la una y a popa el otro, con una mirada funesta que hizo que la guardiana recordara la *Valerosa* que nunca llegó a salir del puerto.

—Podríamos haberlo conseguido —repitió Sysio—. Ahora tocará luchar. —Caminó entre los bancos de los galeotes repartiendo gritos a diestro y siniestro—. ¡Asegurad los hierros de la chusma, cargad los cañones de proa, encended las mechas!

Las órdenes del capitán se obedecieron de inmediato entre el repiqueteo de las cadenas al ser aseguradas a la cubierta y el olor de hombres que sudaban nerviosos.

—¡Bogad!

Los galeotes continuaban con su esfuerzo bajo los gritos del cómitre. Recortando distancias por la banda de estribor, la *Botín* seguía la estela de la *Arcona*. Gladys regresó junto a la Luz de Ahisma.

—Entonces, ¿navegamos directos hacia una trampa? —preguntó Vettias.

—Igual se equivoca —aventuró Serafina—. Y no hay naves enemigas esperando.

«Rezo por ello».

—¡Bogad!

Pero el capitán estaba en lo cierto. Media legua después, con la proa rebasando el cabo del Lamento, la *Botín* hizo señal de alarma. Gladys también las vio. Tres grupos de luces aproximándose a gran velocidad.

—Tres naves al frente y dos por la espalda —maldijo Gladys.

Cerró los ojos un instante mientras se mentalizaba para la lucha, el puño aferrado al mocho del arcabuz. Después, los abrió y se fijó en la Luz de Ahisma. No más noches de práctica luchando por mantener una vela encendida frente a los ataques de sus compañeros. No más carreras sobre el lodo transportando una antorcha. No más sangre en las calles de Kada. Esa noche era la Luz de Ahisma lo que guardaba. Infieles siervos de otra fe querían provocar el fin

del mundo y la Umbría eterna al extinguir la llama sagrada.

—No mientras yo guarde —dijo Gladys.

—No mientras yo guarde —repitieron sus compañeros.

Los tres rodearon el fogón del cocinero, dispuestos a defender aquella posición.

—¡Arcabuces y ballestas preparadas! —gritó el alférez Proisi.

En ese momento, Gladys escuchó el primer cañonazo.

Armeno

Armeno inclinó la cabeza para que el ala del sombrero bloqueara la luz del farol, no quería deslumbrarse por si al final acababan a estocadas. El gendarme calvo lo señaló directamente a él.

—Es costumbre entre la gente honrada escotar el peaje sin necesidad de que patrullemos estos montes —dijo mientras apoyaba la diestra sobre el pomo de su espada. El gris del acero hacía juego con las mangas del uniforme—. Los jornales de los doctores de plaga no se pagan si los impuestos menguan.

Vas a tener que matarlos. Lo sabes, ¿verdad? Armeno ignoró la voz en su cabeza y se fijó en las cuatro sombras frente a ellos. Las antorchas y faroles iluminaban los rostros cansados y sucios. Uno de ellos tenía una horrible cicatriz en el cuello, como si hubiera estado a punto de morir estrangulado. Armeno ignoró las caras. «Cuatro espadas, quizá un par de dagas. Ni rastro de pistolas». *Dales unas puñaladas rápidas y ni los búhos se darán cuenta.* Por el rabillo del ojo, Armeno vio a su hermano alzar las manos pidiendo calma.

—Somos honrados, pero también viajeros del Imperio Nuevo. No estamos acostumbrados a los caminos de esta parte del mundo y la Umbría en el cielo no ayuda en nuestro viaje —dijo señalando la luna negra—. Con esta oscuridad no veo muy bien, pero los colores de vuesasmercedes los delatan como miembros de la guardia de Volsena. ¿Significa eso que ya estamos en tierras de la marquesa de Etrubia?

Uno de los gendarmes alzó el farol, y su espada.

—Vos, que os tildáis de honrado, sabéis bien dónde os encontráis. Al sur del Valle de Lágrimas no hay tierra fértil que no esté bajo el dominio de nuestra señora.

«La Reina Rata es carigorda y con los impuestos su bolsa engorda», rememoró Armeno, aunque se cuidó mucho de decirlo. Para meterse en problemas ya tenían las ocurrencias de su hermano, como aquella de cruzar la frontera a través de los montes en plena Umbría. Ahora no sólo los rodeaba la siniestra oscuridad sino que también estaban frente a una patrulla de etrubios con cara de pocos amigos. «A ver cómo nos sacas de esta, hermano». *A puñaladas.*

—Me tildo de honrado pues siempre he oficiado como garante de los testamentos de mis camaradas de armas. Mi nombre es Meribaldo y este caballero tan alto es mi hermano, Armeno. Y digo caballero porque sirvió durante un tiempo en los Cascos Alados. —«¿Qué está diciendo?». *Ya lo conoces, tres mentiras con dos palabras.* Sin embargo, Armeno percibió que el gendarme más cercano, más rubio que un ursavita, vacilaba nervioso—. Estamos en peregrinaje a la ciudad de Myrevus. Mi hermano padece un mal que sólo allí puede curarse.

¿Se refiere a mí? Armeno notó cómo su mano izquierda se movía ligeramente hacia el mango de la daga y la obligó a estarse quieta, no quería recurrir a las armas si su hermano podía solucionar el asunto con palabras.

—¿Cómo se llama el comandante de los Cascos Alados? —preguntó uno de los gendarmes.

«Está muy gordo para ser buen espadachín», pensó Armeno mientras se rascaba el bigote. A diferencia de Meribaldo, no contaba con la altura necesaria para maquillar su peso y... El gordo lo miraba directamente.

—Rufino Quesada —dijo Armeno con rapidez, como el gendarme no parecía satisfecho,

siguió improvisando—, tercer barón de Ondéjar.

—Mentís. —La hoja del gordo siseó al desenvainarse—. Es Petro Berengo.

Armeno echó un pie atrás, listo para desenvainar, pero Meribaldo alzó de nuevo las manos pidiendo calma. En el tenso silencio pudieron escuchar un solitario grillo entre las hierbas.

—El mundo es muy grande, y no es posible mantenerse informado sobre todo —dijo Meri—. Petro Berengo cayó hace unos meses en la defensa de Fortoferro. Un sacrificio muy trágico pero necesario para que las tropas imperiales pudieran organizarse tras los Picos Sollozantes —añadió con voz solemne—. Ya sabéis que grandes contingentes de seguidores de la Verdadera Religión empujan por el norte hasta la ciudad libre de Kada, pero la Meseta Central también ha sido invadida y es necesario reorganizarse. Las conversiones de buenos ciudadanos imperiales a esa religión maldita son masivas para evitar que sus cuerpos acaben en las grandes fosas, pero salvan valiosas vidas para nuestro emperador. El nuevo comandante de los Cascos Alados, don Rufino Quesada, ha jurado sobre la lanza de Ulcer que devolverá a esas gentes sus propiedades y su libertad para profesar la fe que ellos elijan. Las perspectivas son modestas tras la muerte de su predecesor, Petro Berengo, pero don Rufino es un hombre...

—Mentís —interrumpió el gordo.

—¿Disculpad?

—Petro Berengo no es ningún comandante de los Cascos Alados —dijo el gendarme—. Tiene una hostería donde solemos beber.

«Mierda».

—Os equivocáis —continuó Meribaldo, a la desesperada—, los Cascos Alados han tenido un comandante llamado...

Los otros tres gendarmes desenvainaron sus espadas. Meri reculó hasta situarse junto a su hermano, que apretaba la mandíbula.

—¡Por las lágrimas, Armeno! No me niegues que estaba siendo una buena historia.

Más atento a los aceros desenvainados que a su hermano, Armeno se pasó dos dedos por el bigote mientras valoraba la situación. Los cuatro etrubios se habían separado un poco para no entorpecerse. Pero lo que más inquietaba a Armeno era si las intenciones de aquellos cuatro era apresar a los hermanos o coserlos a estocadas para no complicarse el oficio. Era sabido que los guardias que causaban problemas en las ciudades acababan destinados a patrullas rurales.

—¡Entregadnos las armas y el dinero! —exclamó el rubio.

Los cuatro dieron un paso al frente.

—¿Por qué el dinero? —preguntó Meri.

—Los doctores de plaga no trabajan gratis —repitió el de la cicatriz en el cuello.

Ahora que estaba más cerca, Armeno vio que aquella herida era una marca de soga. «Salvado de la horca en el último momento», pensó al mirar al resto de sus compañeros. Miraba sus caras sucias con suspicacia, los etrubios tenían fama de limpiar bolsas ajenas y cuerpos propios.

—No son gendarmes —musitó Armeno al comprobar el mal estado de los uniformes.

Ahora sí que vas a tener que matarlos. Armeno tiró de espada y su mano izquierda hizo lo propio con la daga. Como si no les importara haber sido descubiertos, los falsos gendarmes siguieron acercándose. Uno de ellos dejó su farol apoyado en el suelo sin dejar de apuntar con la espada a los imperiales. Con mucha calma, los bandidos se abrieron en semicírculo alrededor de los dos hermanos, procurando que las rocas y raíces no les hicieran tropezar en la oscuridad. La luz de los faroles se reflejaba en los afilados aceros cargados de funestas intenciones.

Ya te he dicho que debes matarlos. El rubio tiene aspecto de valiente. Una puñalada en el bajoviente hará que los demás reculen.

Armeno se volvió hacia su hermano mientras ambos retrocedían. Los salteadores avanzaron con cautela.

—¿Con cuántos crees que puedes, Meri?

—Preferiría no matar a nadie —dijo desenvainando—. Pero déjame el gordo.

—¡Pardiez! ¿Tengo que luchar con tres?

—Eso no es ningún problema para tu amigo —dijo su hermano mientras ya se encaraba con el gordo.

Me cae bien tu hermano, respeta mi talento. «Cállate». El rubio dio un paso al frente. *Valiente pero inexperto, no sabe colocar los pies.*

Armeno se fijó en lo mal que el gendarme había distribuido su peso. Un ataque de punta, aunque no diera en carne, provocaría que cayera al suelo. En cuanto dio otro paso, Armeno trazó un arco con la espada para tantear la hoja de su oponente. Ambos aceros se tocaron un instante. Un tañido metálico como el resorte de una ballesta.

«Ahí viene». Inclinando el torso, el rubio trató de ensartar a Armeno pero este desvió la espada con un sencillo movimiento de muñeca. *Un ataque torpe y su cazoleta apenas tiene marcas.* Un segundo envite tuvo idéntico resultado. *Si das dos pasos al frente lo acuchillo antes de que los demás se decidan a atacar.* El tercer ataque era tan esperado que Armeno ni siquiera hizo amago de detener el acero sino que dio un tajo lateral para mantener a raya a los otros dos bandidos. *Deja de perder el tiempo y acércate, de tres movimientos puedo matar a dos.*

—¡Cállate!

Tras aquel bramido el rubio hizo un ataque a fondo que Armeno esquivó girando sobre sí mismo. Mientras bloqueaba el acero con su espada, su mano izquierda se lanzó como un relámpago sobre el cuello de su rival. Tras hacer carne, la zurda hizo crujir el hombro de Armeno con un fuerte tirón que desvió un segundo filo que el imperial no había visto venir.

De nada.

Armeno retrocedió para evitar que los otros dos lo rodearan mientras el rubio se llevaba la mano al cuello, en un vano intento de seguir vivo.

—¡Rongo! ¿Rongo? —gritaba el calvo. El rubio se derrumbó con las manos ensangrentadas—. ¡Bastardo!

Los compañeros del muerto parecían haber perdido algo de coraje tras aquella cuchillada fulminante, pero en sus pupilas ahora relucía la rabia. Armeno no les quitaba el ojo de encima.

A su derecha, se escuchaba el intercambio de estocadas de Meribaldo con el gordo. Por cómo resoplaba el bandido, Armeno supo que su hermano no tardaría en imponerse.

Los otros dos etrubios se lanzaron sobre él. Armeno confiaba en su destreza pero cada vez que veía uno de aquellos filos acercarse a su pecho se le cortaba la respiración. Uno de los bandidos se acercó lo suficiente como para atacar con su daga, por lo que Armeno se encontró desviando golpes de tres aceros. No eran los mejores espadachines contra los que el imperial había luchado, pero se empleaban a fondo para vengar al compañero que yacía en el suelo. Los frenéticos movimientos que daba su zurda eran cuanto impedía que lo acuchillaran.

Su acero largo detuvo una estocada, y el calvo no retrocedió a tiempo para evitar que Armeno le diera un tajo en el antebrazo. La hoja se hundió hasta el hueso, provocando un manantial de sangre. El ruido del acero enemigo al caer al suelo fue reconfortante pero el momento de alegría duró poco, pues el otro gendarme lanzó la punta contra su costado. La zurda de Armeno se interpuso de nuevo entre el arma y su cuerpo. *¿Cómo has sobrevivido tanto sin mí?* Su acero largo se hundió en el pecho del medio ahorcado, apenas a una pulgada del corazón, que cayó al suelo mientras se llevaba ambas manos a la herida.

Sus dos oponentes estaban indefensos, uno de ellos sosteniendo torpemente la espada con la zurda y el medio ahorcado luchando para que la vida no se le escapara por aquel agujero en el pecho. Armeno tuvo que reconocer que el calvo tenía coraje, pues aun goteando como un jabalí recién abierto se interpuso entre Armeno y su compañero herido, dispuesto a protegerlo.

De dos movimientos, el imperial lo desarmó.

El gordo emitió el gemido sordo de quien ha recibido una puñalada y Armeno lo vio retroceder con torpeza, todavía alzando su espada para defenderse de su hermano. Meribaldo se alejó de él.

—¿Estás bien? —preguntó Armeno cuando estuvo más cerca.

Meri asintió.

—¿Qué hacemos?

Armeno apretó los dientes y observó a los tres heridos. El que estaba en el suelo no iba a levantarse, puede que el acero no le hubiera atravesado el corazón pero seguro que tenía alguna arteria cortada y quizá no sobreviviera. Se giró hacia los otros dos. *Si les dejas escapar volverán con más amigos suyos.*

—¡Cuartel! —pidió el calvo—. ¡Cuartel para mi hermano!

Hermano. Armeno miró al suyo. *La compasión no trae largas vidas.*

—Lleváoslo de aquí.

Meri carraspeó.

—Si vuesasmercedes fueran tan amables de dejar las bolsas y las armas...

Armeno se hubiera esperado una retahíla de improprios e insultos, tal vez alguna amenaza, pero a los etrubios, conscientes de que necesitaban la atención de un galeno, les faltó tiempo para obedecer y alejarse. No sin lanzar miradas furiosas. El calvo no podía moverse por sí mismo y lo cargaron entre los otros dos. El rubio quedó en el suelo.

—¿Dónde has apuñalado al gordo?

—En la tripa. Apenas le he hundido media cuarta y seguro que sólo es un pinchazo. — Meribaldo miró el cadáver y chasqueó la lengua—. Odio cuando los problemas no se resuelven hablando.

Envainó su espadín y se agachó para rebuscar entre las ropas del muerto. *Ese es mío.* Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Meri cuando encontró una pequeña bolsa de monedas que tintinearón al agitarlas.

—Cobre, cobre... y más cobre —iba diciendo mientras hurgaba en el interior de la bolsa. La sonrisa ya no estaba en su rostro—. Aquí hay unas treinta virutas. Un par de marcos de plata y ni un sólido. ¿Qué tienen los demás?

Armeno rebuscó entre las bolsas que habían dejado los otros tres. En un pequeño zurrón encontró un poco de pan y queso envuelto en un paño; debajo, algunas monedas de plata que fueron bien recibidas.

—Este tiene un colgante de Ahisma —dijo, mostrando el icono del fuego eterno.

Meribaldo extendió la mano y valoró el peso del amuleto.

—Podemos sacar un marco por él; tres, si me invento una buena historia —dijo mientras se lo colgaba al cuello—. ¿Qué más?

—Las armas.

Meri negó enérgicamente.

—Es mala idea que entremos en Volsena con mucho acero. Además, nunca se sabe si alguna de esas espadas se ha cruzado con los gendarmes de la puerta. No, deja aquí las armas. Sólo se las he pedido por si nos los volvemos a encontrar esta noche. Seguro que van a Ciudad Rata.

Armeno miró al cadáver. *Es mío*. «Te he oído la primera vez».

—La última vez que te hago caso sobre evitar caminos, Meri. Prefiero pagar un peaje a toparme con bandidos o gendarmes furiosos.

—¡Eh! —protestó Meri—. Yo he intentado razonar con ellos, ¿no me has oído? Les estaba ofreciendo una salida sin sangre pero el rubio estaba empeñado en tirar de acero.

—¡Por las lágrimas! Después de la historia esa de los Cascos Alados ninguno iba a creerte —dijo Armeno—, ni aunque les hubieras mostrado diez sólidos de oro. Y todo por no pagar un peaje de cuánto, ¿diez virutas? ¿Quince?

Meribaldo se irguió como un actor de teatro que expresara indignación.

—No ha muerto por quince miseras virutas, sino porque ha elegido la violencia. No hemos sido nosotros quienes han dado el primer golpe. ¡Yo estaba intentando razonar con ellos! ¡Pardiez! Pero la gente nunca quiere dialogar. ¿Recuerdas ese mendigo que estranguló al otro por una hogaza de pan? Es lo que ocurre cuando la gente prefiere la violencia a los buenos entendimientos. Si los mendigos hubieran sido listos habrían partido el pan por la mitad y con el estómago lleno tal vez ideado cómo conseguir más; al final, uno acabó estrangulado y el otro en la horca. Lo mismo aquí. Si estos bandidos hubieran sido de los que escuchan podrían haberse embolsado alguna moneda a cambio de dejarnos marchar. Estaba dispuesto a pagar, Armeno, ¡lo juro! Pero las diosas no nos han sonreído esta noche.

—A este tampoco —dijo Armeno, señalando el cadáver—. ¿Lo ocultamos o lo dejamos aquí?

—Nos vamos, nos vamos. Cuanto antes lleguemos a Volsena, menos probable es que tengamos que dar explicaciones sobre ningún muerto —respondió Meribaldo mientras apagaba las lámparas. La oscuridad volvió a inundarlo todo y Armeno forzó la vista tratando de adivinar la silueta de su hermano—. Queda poco para el amanecer y detrás de alguna de esas colinas estará Ciudad Rata.

Retomaron el improvisado camino a través de colinas oscuras, donde sólo los árboles resecos parecían habitar. El verano de escasas lluvias se había ensañado con aquellos montes y que no hubieran ardido se debía a la bondad divina. Las botas de los imperiales crujían a cada paso, quebrando ramas bajo su peso para irritación de Armeno. «No me extraña que esos rufianes nos hayan encontrado. Hacemos más ruido que una compañía a marcha forzada».

El tiempo avanzaba pero la oscuridad persistía. La Umbría devoraba toda luz en el cielo y ni una estrella podía verse en el firmamento, sólo la silueta grisácea de la luna y unos tímidos destellos granates.

Gladys

—Ha empezado —dijo Serafina.

Gladys giró la cabeza hacia la *Botín*, temiendo que hubiera sido abordada pero la otra galera aún avanzaba veloz sobre las aguas, algo retrasada respecto a la *Arcona*. En su popa se adivinaban las siluetas de los arcabuceros listos para rociar con plomo a las galeotas filanitas.

La guardiana se disponía a preguntarle a Serafina qué había empezado cuando se percató de que la portadora mantenía vista fija en el cielo.

Gladys también alzó los ojos.

Las manchas granates se extendían por la luna, emitiendo tenues destellos allá donde Ahisma se enfrentaba a los Poderes Ruinosos. «La guerra eterna que defiende el mundo». Una vez más, la diosa luchaba y con su victoria la oscuridad jamás se impondría.

—No hasta que tu fuego se apague —murmuró Gladys—. No mientras yo guarde.

El proyectil llegó poco después que la explosión, y los guardianes se aferraron a la borda cuando la galera crujió al encajar el cañonazo.

—¡Perros filanitas! —bramó el capitán Sysio, escudriñando la mar.

Gladys agachó la cabeza cuando un nuevo zumbido advirtió del paso de una bala de cañón. «Un tiro alto». La salvación apenas distaba siete u ocho leguas de distancia, un tenue resplandor que indicaba la presencia de la ciudad de Volsena con su puerto fortificado. Tan solo tenían que mantenerse alejados de los filanitas el tiempo suficiente. Y, si las Cinco lo querían, tal vez alguna galera etrubia acudiera en su auxilio.

Sin embargo, las esperanzas de los kadeses no descansaban en sus supuestos aliados, sino en el agotador ritmo que látigo y tambor marcaban a la chusma. Por los nerviosos gritos del capitán de la *Arcona*, Gladys dedujo que la ventaja no duraría mucho. Los jadeos de los galeotes se intensificaban a cada bogada.

—¡Capitán! —gritó un marinero—. ¡Por la amura de estribor!

La guardiana fijó su atención en las luces de las tres naves filanitas que se acercaban por delante, más cerca de la *Botín* que de la *Arcona*.

No escaparían sin lucha.

El cabo del Lamento impedía cualquier maniobra por babor y las dos galeras kadesas no podrían hacer nada salvo acudir al encuentro de sus enemigas. Gladys estaba exaltada ante la perspectiva de enfrentarse a los filanitas.

Un nuevo cañonazo a la espalda hizo que la tripulación se encogiera.

—¡Arcabuceros a popa! —gritó el alférez Proisi.

Los guardianes dejaron paso a los soldados, cuyas mechas ardiendo impregnaban el aire de olor a salitre. Gladys tomó su propio arcabuz y miró a Serafina, a la espera de una mirada censora. En su lugar, recibió un gesto de aprobación.

—Nosotros guardaremos la llama —dijo la portadora—. Haz que esos infieles paguen por Kada.

—Y por todo lo que antes hicieron.

Tras intercambiar una breve mirada con el capitán Sysio, la guardiana siguió a los soldados

por la cubierta y se hizo hueco entre dos arcabuceros que rezaban juntos a la Madre Vida. El alférez Proisi señaló la galeota enemiga y ordenó cargar las armas.

Gladys vertió la pólvora en el cañón.

Lo peor era no ver al enemigo. Los destellos a popa se convertían pronto en un repiqueteo de plomo contra madera, disparos a ciegas de resultado incierto. Un ocasional grito de lamento se escuchaba tras cada andanada de los arcabuces enemigos. El anticipo de lo que ocurriría si llegaban al abordaje.

Avivó el trozo de maroma impregnado en salitre para evitar que se apagara.

Sabía por sus tutores que los almirantes procuraban evitar las batallas navales durante la Umbría porque era imposible saber si la nave que se embestía era amiga o enemiga. O si los bultos que golpeaban los remos eran cadáveres flotantes o marineros buscando aferrarse a la salvación.

De un bolsillo lateral, extrajo la pelota de plomo y la estopa, y los introdujo en el ánima.

Pero aquella no era una guerra en manos de almirantes sino de fanáticos. Y si los filanitas escogían luchar en Umbría para extinguir la llama de Ahisma, los kadeses les harían frente mientras les quedara aliento.

Baqueteó.

—¡Los tenemos casi encima! —gritó Proisi.

Usando una pólvora de mejor calidad, Gladys rellenó el oído del arma y cerró la cazoleta para evitar un disparo accidental.

El soldado a su izquierda gritó al desplomarse mientras se llevaba la mano a una mancha oscura que se extendía por su hombrera. Un compañero lo arrastró fuera del castillo mientras el herido pedía a gritos que alguien lo ayudara. «Ahisma sangra en la luna, y nosotros aquí abajo».

Se echó el arcabuz al hombro y examinó la nave filanita, en busca de cualquier movimiento o destello que delatara la presencia de un enemigo.

—¡Atentooooos! —gritó el alférez—. ¡Fuego!

Los destellos de una docena de arcabuces cegaron a Gladys y el retroceso la golpeó como una coz de mula, pero lo peor fue el nauseabundo sabor a pólvora quemada que se adhirió a su paladar. La ráfaga de plomo se perdió en la oscuridad y Gladys vio un bulto caer al agua negra.

Sin perder tiempo, el alférez Proisi ordenó recargar.

—¡La *Botín* nos va a cortar el paso! —gritó alguien.

Tropa y marinería se volvieron hacia la otra galera, cuya silueta se hacía cada vez más grande a estribor, tan cerca que Gladys pudo distinguir el rostro de los guardianes de Ahisma que tenía asignada la *Botín*. Cipriana, Salvina y Melegros se mantenían junto al fogón del cocinero, con las armas desenvainadas y concentrados en la banda de estribor, por donde tres galeotas estaban a punto de embestir a la *Botín*, que aumentaba el ritmo de boga mientras se acercaba cada vez más a la *Arcona*. Un golpe seco resonó cuando los remos de ambas galeras se tocaron. «¡Demasiado cerca!».

—¿Qué está haciendo ese loco, Greta? —maldijo Sysio.

—Encajar el golpe —respondió la timonel—. Va a cubrirnos con la banda.

«Van a sacrificarse», se estremeció Gladys. Las galeras estaban tan próximas que Gladys pudo ver los ojos verdes de Melegros iluminados por la Luz de Ahisma.

—¡Banda de estribor, remos dentro! —ordenó el capitán.

—¡Banda de estribor, remos dentro! —repitió el cómitre.

Animados por los insultos y los látigos, los galeotes resguardaron los remos en el interior de la galera. La *Ancora* perdió velocidad pero siguió avanzando mientras Greta afirmaba el timón

para impedir que la nave virara.

—¡Van a embestir a la *Botín*!

Desde el castillo de popa, Gladys tuvo una visión clara de las galeotas filanitas volando sobre las aguas. Por un instante vio uno de los espolones de bronce apuntando al casco de la galera kadesa. Un siniestro repiqueteo de arcabuz inundó la *Botín* de proa a popa y pronto el humo de la pólvora cubrió por completo la nave.

Se escucharon gritos de pánico y un instante después un crujido espeluznante ahogó todos los demás sonidos. La *Botín* se agitó como si hubiera chocado con un arrecife y se escoró con violencia. Varios tripulantes cayeron al agua. Apenas el humo empezó a dispersarse, Gladys vio a las tripulaciones filanitas echarse sobre la cubierta, arrojando garfios y escalas, cruzando sobre el espolón o saltando a los bancos. Los soldados de ambos bandos se fundieron en una masa informe de cuerpos, espadas, picas y alfanjes. Un arcabucero junto a Gladys terminó de cargar su arma e hizo fuego sobre la cubierta de la *Botín*. Gladys no supo si había acertado, o a quién. Hombres caían sin que se pudiera distinguir de qué lado estaban. Gritos y maldiciones.

Uno de aquellos infieles se acercó a la Luz de Ahisma pero Melegros le hundió la espada en el pecho de un único movimiento y regresó junto a sus compañeros antes de que el filanita terminara de caer a cubierta. «Bien hecho». Choques de acero, gritos y algún disparo aislado se entremezclaban con el tambor de la *Arcona* y las órdenes del capitán.

—¡Banda de estribor, remos fuera!

—¡Banda de estribor, remos fuera!

La *Arcona* recuperó el ritmo y las otras naves se fueron quedando atrás, con la *Botín* bloqueando el paso de las dos galeotas perseguidoras. «Ese capitán nos ha salvado a todos». Gladys lamentó no conocer su nombre. Lo vio junto al timón, alfanje en mano, ordenando repeler a los filanitas mientras se agachaba para evitar balas y saetas. Los primeros incendios serpenteaban por las velas y los arcabuces tocaban la música de la masacre. Al menos setenta u ochenta enemigos habían abordado la *Botín* y había otros tantos esperando su oportunidad para saltar a la nave kadesa.

Gladys daba por perdida tanto la galera como su llama.

—Melegros... —susurró mientras una fuerza invisible le aprisionaba la garganta.

Apartó la vista de la *Botín*.

A proa, las luces de Volsena parecían llamar a Gladys, pero mucho más cerca había otro grupo de luces que se aproximaba hacia ellos. La quinta galeota enemiga agitaba sus remos y maniobraba para embestir a la *Arcona*. El capitán Sysio bramaba órdenes a la timonel y la tripulación para situarse en una posición ventajosa, con el catalejo tan ajustado al ojo que parecía que iba a clavárselo.

—¡Alférez, mueva sus tropas a proa!

Los soldados obedecieron antes de que Proisi repitiera la orden. Gladys terminó de cargar y cerró la cazoleta. De dos zancadas bajó del castillo de popa y siguió a los demás arcabuceros. Al pasar junto al capitán, lo vio escupir por la banda.

—Clávales el espolón, Greta —le ordenó a la timonel.

A Gladys le dio un escalofrío que Sysio hubiera optado por atacar, el plan siempre había sido huir a un puerto amigo, pero supuso que el capitán no creía que la *Arcona* pudiera esquivar al enemigo. «Mejor. Más filanitas a los que enviar con los Poderes Ruinosos».

Marineros y oficiales daban por hecho la embestida, pues se aferraban a los cabos para no salir despedidos con el impacto. Algunos soldados los imitaron.

Los pasos de Gladys la llevaron junto a Serafina y Vettias.

—Sujetaos, vamos a embestir a ese barco.
Serafina miró con preocupación a la llama.
—¿Le has dado alguno? —preguntó Vettias.
—Imposible saberlo.
—Igual que en la Escalada —dijo Serafina.

Gladys asintió. Aquella iba a ser su cuarta batalla. La primera había sido en la defensa de Fortoferro, donde el contingente kadés apenas participó en escaramuzas antes de que los imperiales les ordenaran retirarse tras dar por perdida la fortaleza. Pero sus más recientes combates habían sido los días de lucha en el barrio de la Escalada, cuando el ejército filanita había abierto brecha en las murallas y los guardianes de Ahisma se habían unido a la guardia y las milicias de voluntarias. Gladys había tenido una amarga oportunidad de vengarse de los filanitas con incontables disparos hasta casi dislocarse el hombro, pero podía contar con los dedos de una mano las veces que supo haber acertado. Ni siquiera estaba convencida de si su espada se había hundido en filanitas o kadeses. En medio de aquella carnicería demente, entre el humo de los edificios en llamas y el polvo de los que se derrumbaban, no se había respetado a los indecisos ni a los...

—¡Boga de ariete! —gritó el capitán, sacando a la guardiana de sus recuerdos.

El tambor batió con mayor ímpetu, más incluso que el corazón de Gladys; su ritmo azuzaba a los galeotes a remar con todas sus fuerzas. Uno de los latigazos del cómitre abrió una herida en la espalda de un forzado y la sangre salpicó a Vettias en la cara. Sin misericordia, el oficial siguió restallando el látigo sobre quienes no bogaban al ritmo exigido.

La silueta de la otra nave se hizo cada vez más grande hasta que vieron sus remos entrar y salir del agua. Se aproximaba algo ladeada al no poder anticiparse a las maniobras de la timonel de la *Arcona*, quien logró enfilar los tres cañones de proa hacia el barco filanita. El capitán dio la orden y Gladys vio entre el humo cómo el casco de la galeota encajaba dos de las balas, que proyectaron una nube de astillas afiladas sobre su tripulación. Un grito de júbilo estalló entre los kadeses al ver aquel destrozo. La guardiana sonrió. Pero cuando el humo se despejó tenían la galeota casi encima, tan cerca que Gladys vio a uno de sus artilleros acercar el botafuego al pedrero de babor.

—¡Al suelo! —gritó la guardiana mientras se agachaba.

Un destello del cañón enemigo precedió a una nube de fragmentos metálicos que barrió la cubierta de la *Arcona*. Un marinero se llevó la mano al pecho y retrocedió tambaleándose antes de caer por la borda. Unos tosían. Otros gritaban de dolor. Gladys se puso en pie a tiempo para ver cómo la nave filanita trataba de virar bruscamente para ofrecer la proa y no la banda, pero Greta conocía su oficio y el espolón de la *Arcona*, dirigido a los cuarteles de proa, se hundió en sus entrañas.

Con veintiocho bancos, la kadesa era una nave mucho más grande y pesada que el barco filanita: el espolón no sólo la escoró sino que a punto estuvo de arrancar la sección de proa, por donde el agua penetró con la furia de un caballo encabritado.

Sin embargo, los filanitas se armaron de coraje y mientras unos arrojaban garfios a la *Arcona* otros cruzaban sobre el espolón kadés, asaltando la corulla de la que huían los artilleros. En un instante tenían veinte o veinticinco filanitas a bordo.

—¡Cómitre, retroceso! —gritaba el capitán Sysio—. ¡Cortad esos cabos!

Una retahíla de insultos se sumó al chocar de las espadas, los disparos y los gemidos de los primeros heridos. Gladys abrió la cazoleta de su arcabuz y avivó la mecha. Entre el humo de las armas de mano, vio a un filanita con pistola cruzando el espolón y disparó sobre él. El retroceso

hizo que apretara los dientes pero se sintió satisfecha de ver al filanita caer al agua.

—Vettias, protege la llama —ordenó Serafina—. Gladys, conmigo.

«¡Sí!». Tras dejar caer el arcabuz, la guardiana tomó media pica del suelo y siguió a la portadora hacia proa. La sangre sobre la cubierta era resbaladiza y el sudor humano se mezclaba con el olor a pólvora y mar. Gladys buscó un hueco por la banda de estribor y alanceó con la media pica a los filanitas que avanzaban entre los bancos. El extremo afilado se hundió sobre algo blando y escuchó un alarido, pero cuando Gladys repitió el movimiento sólo encontró aire.

Perdió apoyo cuando alguien la empujó. De pronto se vio con la rodilla sobre la cubierta, con una pierna metida en un banco de remeros cuyos cuatro ocupantes se alejaban de la lucha cuanto sus cadenas les permitían. Mientras se incorporaba vio a un joven grumete que se escurría entre las piernas de los combatientes con una hachuela en la mano, arriesgando su vida para cortar los cabos que mantenían unidas las dos embarcaciones.

Serafina le ofreció una mano sudorosa y Gladys la tomó para incorporarse. Aprovechando la longitud de la media pica, la guardiana coló la punta sobre las cabezas de los kadeses, moviendo el asta adelante y atrás para hacer rodajas al enemigo. Dio sobre algo duro en un par de ocasiones antes de que la cubierta volviera a balancearse bajo sus pies.

«¡Odio el mar!».

Libre de ataduras, la *Arcona* liberó el espolón del casco de la galeota enemiga, tan escorada que el agua ya cubría los bancos de proa. Allí también había remeros encadenados, pero estos no se mantenían inmóviles sino que daban tirones a sus cadenas, tratando en vano de arrancar las argollas de la cubierta. Gladys se percató de que el agua ya les cubría por la cintura y nadie se prestaba a ayudarles. La mayoría gritaban en imperial pero otros suplicaban en el dialecto kadés. «Prisioneros de guerra. O quienes mantuvieron su fe». La guardiana deseaba ayudar a su gente, pero un vistazo a popa, donde la *Botín* se batía valientemente contra cuatro naves, le dejó claro que no había tiempo que perder. O huían ahora o ya no habría otra oportunidad.

La *Arcona* viró para alejarse de la galeota que se hundía. Su tripulación hacía oídos sordos a las súplicas de los presos mientras algunos filanitas trataban de poner a flote uno de los esquifes. Los pocos filanitas que quedaban a bordo de la *Arcona* eran acuchillados o pedían clemencia.

—¡Alto el fuego! —gritaba el alférez Proisi. Arcabuceros y ballesteros seguían disparando sobre la maltrecha embarcación—. ¡Que se hundan!

El tambor del sotacómitre se quedó en silencio un momento mientras Greta maniobraba el timón y los remeros recobraban el aliento.

—¡Cómitre! —gritó el capitán—. ¡Boga ordinaria!

El tambor volvió a la vida con un ritmo pausado, también los latidos de Gladys, que se palpaba el cuerpo en busca de heridas de las que no se hubiera percatado durante el fragor de la lucha. Parecía estar de una pieza.

Mientras la galera ganaba velocidad sobre las oscuras aguas, Gladys le echó un vistazo a los prisioneros filanitas, apenas media docena en buen estado, más otros tantos heridos y moribundos. Estos últimos fueron arrojados por la borda.

Regresó junto a la Luz de Ahisma. Vettias seguía allí, sin una sola mancha de sangre en sus armas.

—¿Ha acabado? —preguntó el novicio.

—Breve, pero intenso —dijo Gladys. Vettias hizo una mueca de decepción—. Tendrás tu oportunidad.

Él asintió orgulloso. La guardiana se giró hacia la proa, donde las bajas kadesas se apelotonaban junto a los cuarteles de proa, a la espera del rito apropiado de la diosa en la que

creyeran.

Serafina se acercó mientras limpiaba su espada con un trapo. Sus ropas parecían las de un carnicero tras una mañana de mercado.

—Lo hemos conseguido —dijo Gladys, estrechando su mano.

—Gracias a la *Botín* —respondió la portadora.

Por un instante, Gladys lo había olvidado. Se giró hacia el lugar donde la otra galera kadesa se consumía bajo las llamas. Por el intermitente repiqueteo de arcabuz supo que la tripulación seguía vendiendo a alto precio cada tabla de aquella embarcación, pero superados al menos en tres a uno, no tenían oportunidad. «Melegros...». Gladys suspiró afligida, pues más allá de la galera sentenciada se apreciaba otro resplandor, el de la ciudad de Kada, testimonio de la voluntad de los filanitas de imponer su Dios Verdadero.

—Sólo quedamos nosotros —dijo Gladys.

Se giró hacia la Luz de Ahisma, la llama que alimentaba a la diosa en su lucha contra la Umbría. Los tres la guardaron en respetuoso silencio, otorgando a los moribundos el derecho a sus últimas voluntades.

Armeno

Mercaderes, obreros y peregrinos que acudían a los oficios de la primera noche de Umbría cruzaban al lado de los hermanos y entraban en la ciudad de Volsena sin que los gendarmes les pusieran ningún impedimento. Ellos, en cambio, discutían con aquella mujer de nariz diez veces partida.

—¡Esto es denigrante! —exclamó Meri.

Los tres cuchillos tintinearón en el cinto de la gendarme cuando esta se cambió la alabarda de mano.

—El baño es obligatorio para quienes hayan estado ausentes de Volsena durante las últimas dos semanas. Y vuestras caras no me suenan.

Un jornalero que cargaba un fardo de lana sin cardar pasó rozando a Armeno. Y no era el único. Comerciantes subidos en carros tirados por mulas, campesinos que cultivaban las huertas de la ciudad o artesanos que acudían a construir nuevos edificios extramuros, todos ellos entraban y salían como si no hubiera guardias en las puertas. Todos limpios. De vez en cuando, las gendarmes daban el alto a alguien para examinar su carga y formular algunas preguntas, pero en general muchos escapaban a los ojos de los gendarmes. «Casi todas son mujeres», observó Armeno al fijarse mejor en los rostros bajo los sombreros, las delicadas manos que examinaban sellos sobre papeles.

—¿Conoce a las ciento treinta mil personas que viven aquí? —preguntó Armeno. *¿Quieres que la raje?*

La tentación estaba ahí, pero Meribaldo le puso una mano sobre el hombro y dedicó a la mujer la más amable de sus sonrisas.

—Calma, hermano. Estoy seguro de que la señora gendarme conoce su oficio. Y está en lo cierto, no somos de Etrubia; sin embargo, puede ver que somos gente sana y no portamos ninguna enfermedad. Fíjese en mí —dijo, dándose unas palmadas sobre la tripa—. Apenas peso tres o cuatro libras más de lo que debería pero es suficiente para dar prueba de mi buena salud. Respecto a mi hermano... es muy alto, como vuesamerced puede apreciar, así que las carnes de más no le hacen bulto. Pero su salud es tan buena como la mía y ningún peligro debe...

La gendarme golpeó el suelo un par de veces con su alabarda para callar a Meribaldo. Hoja de acero recién forjado, de buena artesanía. «Pagado con esos peajes, seguro».

—El baño es obligatorio para quienes hayan estado ausentes de la ciudad durante las últimas dos semanas —repitió la gendarme, con un tono de nula amistad.

Meribaldo suspiró con hastío y abrió la bolsa, refunfuñando. Le entregó a la mujer el dinero que pedía por el acceso y el baño, a lo que esta señaló un edificio de tres plantas en un extremo de la calle. La iluminación de las farolas de aceite le otorgaba el aspecto lúgubre de un cuartel de piqueros.

—Entren por la puerta y denle esto a quien esté dentro —dijo la gendarme mientras le entregaba a Meribaldo dos monedas de madera—. Un doctor de plaga los examinará para decidir qué tipo de baño necesitan. No protesten y no intenten librarse o dormirán las próximas noches en un calabozo o en el Consultorio.

Los hermanos dejaron atrás el portón y entraron en Volsena, capital de Etrubia. Pese a estar bajo la Umbría, la ciudad contaba con una aceptable iluminación que proporcionaban los titilantes quemadores dispuestos en las paredes de los edificios. El olor a aceite quemado impregnaba la calle. Una cuadrilla de obreros claveteaba tablas en un edificio abandonado bajo la supervisión de un funcionario que consultaba unos legajos. Un par de mujeres conversaban en la puerta de un taller mientras un chico recorría la calle ofreciendo agua. Aquí y allá se veía gente con antorchas o lámparas de mano.

Los hermanos llegaron ante la puerta de los baños y Meribaldo extrajo las extrañas monedas.

—Plata por madera —dijo Armeno—, buen negocio tienen en Ciudad Rata.

—No la llames así, por favor. No queremos problemas con esta gente. —Meri se giró hacia la gendarmerie—. Además, las mujeres guerreras tienen algo que me anima a aligerar la bolsa.

Abrieron la entrada del edificio. El interior de los baños era un lugar acogedor, con abundantes velas iluminando la estancia y una cálida humedad que recordaba a las playas de Podrol en verano. Pero no olía a la brea de los calafates o al carbón de las fundiciones de artillería, sino que se percibía un agradable olor dulzón que recordaba al bizcocho de anís antes de que un mes de campaña los llenara de gusanos. «Quizá esto no esté tan mal».

Entregaron las monedas de madera a una somnolienta mujer y esta les indicó la dirección a los baños masculinos.

—¿Sólo de hombres? —se extrañó Armeno.

—Esto no es el Imperio Nuevo —le recordó Meri.

Tras descender por unas escaleras de piedra, llegaron a unas pozas en penumbra donde se escuchaba el rumor del agua. Unas pocas llamas resplandecían entre el vapor, lo que concedía a la estancia un aire de hechicería.

—Es el lugar perfecto para reunirse con una amada —sonrió Meri.

—O para que te acuchillen tus deudores.

Prefiero ser el que apuñala.

El vapor se adhería a la piel y el olor dulzón se disipó para convertirse en algo más agresivo que Armeno no pudo identificar.

—¿Hay alguien? —preguntó Meribaldo.

La voz de su hermano resonó en los baños sin que hubiera respuesta. Terminaron de descender las escaleras cuando una puerta de madera crujió al abrirse. Un hombre vestido de amarillo desde los pies a la cabeza se asomó al umbral, su cara estaba cubierta con una máscara de rata. «Un doctor de plaga». A Armeno le dieron escalofríos.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó la máscara. Su voz era la de un viejo y caminaba hacia ellos con la espalda doblada—. Las termas no abren tan temprano.

Meribaldo alzó sus manos de paz y se aproximó al hombre de amarillo.

—Las termas están abiertas —dijo—. Y hace una hora que ha amanecido.

—¿Qué amanecer —protestó el doctor—, si estamos en Umbría?

—A vuesa merced no le falta razón, pero el baño está abierto y venimos aquí por él.

El doctor de plaga alzó un dedo.

—¿Vusaqué? ¿De dónde salen ustedes?

—Somos súbditos del Imperio Nuevo.

El anciano gruñó.

—Ya veo los sombreros, sí. Tampoco entiendo por qué lo llaman nuevo, si es más viejo que la gripe. Adelante, adelante —dijo señalando las bañeras—. Quítense la ropa y déjenla extendida sobre esas repisas. La examinaré mientras se aseo.

Los dos hermanos no dudaron un instante antes de desnudarse. El tintineo del acero hizo que los ojos detrás de la máscara de rata se mostraran desconfiados. Siguiendo sus instrucciones, dejaron la ropa sobre unos bancos de piedra. Meribaldo fue cuidadoso en limpiar de polvo su sombrero antes de quitarse los calzones.

—Imperiales... —murmuró el doctor de plaga—. Normalmente tengo que insistir para que alguien se desnude por completo. Pero a vuestra gente le falta tiempo para perder la ropa.

—Por eso hay tantos niños en nuestra tierra —sonrió Meri—. Tenga cuidado con las botas, las fabricó el maese Arturo, en Propol.

No perdona ni una.

El anciano cara-de-rata hizo oídos sordos y comprobó meticulosamente las botas junto al resto de la ropa, calzones incluidos.

—¿Es eso necesario? —preguntó Armeno.

—He de comprobar que no contagiarán ninguna enfermedad a las damas de medio manto.

—¿Las qué?

—Las señoritas que dan placer a los hombres.

Meribaldo sonrió.

—Creí que eran ellas quienes pasaban enfermedades a los hombres.

—En Etrubia, no. La higiene es el pilar de nuestra sociedad.

«Y el dinero». Una vez estuvieron completamente desnudos, el doctor de plaga tomó una medida de madera para determinar la altura de los hermanos. A Armeno no le extrañó que la medida se quedara corta con él.

—¿Profesión?

—Soldados —dijo Meribaldo—. Bueno, lo éramos hasta que obtuvimos la dispensa.

—No está el Imperio Nuevo como para licenciar soldados.

—Cierto es —confirmó Meribaldo—. Pero mi hermano recibió la licencia tras catorce años de servicio y yo compré los dos últimos con el privilegio de exención.

—Tengo entendido que ese es un impuesto caro —dijo el doctor de plaga mientras cambiaba la vara por unas pinzas metálicas.

—Armeno tenía jornal de cabo, y yo de furriel.

—Eso explica esto —dijo el doctor de plaga al pinzar la tripa de Meribaldo. Este se encogió ante el gélido contacto—. Supongo que un furriel podía echar mano de la dispensa del ejército.

«Cuando había. La poca comida que teníamos se la arrebatábamos a los campesinos que preferían morir de hambre a colgar en la soga». Armeno sintió repulsa por sus actos durante la campaña de Lomira, saqueando granjas de sus compatriotas para reunir fuerzas con las que matar filanitas. Jamás había sentido remordimientos por usar la espada o rapiñar a los muertos, pero robar a los miserables era un asunto turbio.

—Ahora usted —dijo el doctor de plaga tras dar el visto bueno a Meribaldo.

Armeno apretó los puños ante la idea de que un viejo apestoso volviera a ponerle las manos encima. Puede que ya hubiera cumplido treinta y dos años, pero no era de los que olvidaban con facilidad. Vio cómo su hermano no le quitaba el ojo de encima, suplicándole que no hiciera nada estúpido. *Puedo ahogar a ese viejo en la bañera, parecerá que se resbaló.* La idea era tentadora.

Por fortuna, el doctor de plaga no tenía intención alguna de tocarle y, tras parlotear algo incomprensible, sumergió las pinzas en un frasco que apestaba a alcohol e indicó con un gesto las humeantes bañeras.

—Están en buen estado de salud y bastante limpios. Ni siquiera necesitarían un baño.

«¿Y para esto hemos pagado dos marcos de plata?», pensó Armeno.

—Los más ladrones, los ratones —murmuró.

El doctor de plaga se detuvo al oír aquello.

—Vigile su lengua, forastero —advirtió—. Puedo firmar una orden de cuarentena y mandarle al Consultorio con los que padecen viruela, peste y fiebres rojas. Lo llaman hospital pero es una funeraria.

Armeno decidió en aquel momento que si veía uno de aquellos hombres de amarillo caminando hacia él se cambiaría de calle. Sabía defenderse de cuchilladas y puntas de pica, pero su mano izquierda no lo libraría de las enfermedades. *Eso está por ver.*

Meribaldo inclinó la cabeza en señal de disculpa y el doctor de plaga desapareció tras la puerta de madera por la que había entrado. Cuando esta se cerró, Meribaldo no perdió tiempo en sumergirse en el agua. Su murmullo de satisfacción dio testimonio del estado del agua.

—¡Vamos! —le dijo a su hermano.

El baño fue agradable, lo bastante para que Armeno olvidara la plata que habían soltado a la gendarme. De algún modo, los etrubios mantenían el agua caliente sin que ningún fogón estuviera a la vista, sólo las velas —decoradas con motivos en honor a Ahisma— que iluminaban la estancia. Examinando el techo vio algunas tuberías de plomo que desaparecían en el interior de las paredes. Junto a las bañeras había pastillas con distintos jabones que fue oliendo hasta encontrar una que no adormecía el olfato y se frotó el cuerpo con ella.

Tan inmerso estaba en el baño que no percibió a los tres mercaderes hasta que bajaron el último escalón. Tenían un aspecto demasiado limpio para necesitar un baño y les llevó un tiempo desprenderse de sus ropas. Tal vez les importunaba que Armeno los observara desconfiado.

Los tres kadeses mantenían una animada discusión sobre la situación en Kada. Especulaban sobre el precio que alcanzaría el cereal durante los próximos meses debido a la inusual climatología del último año, y si el cierre de los talleres kadeses afectaría al comercio con Ultramar.

Mientras uno se metía en la bañera y seleccionaba el jabón, otro propuso que los kadeses trabajaran sin cobrar algún tiempo para costear los gastos de refugiarlos en Volsena. Armeno frunció el ceño. «A menos de setenta leguas los ejércitos filanitas están despedazando el Imperio Nuevo y estos ratones ya maquinan cómo sacar provecho». El baño perdió todo su encanto y Armeno salió del agua. Se vistió mientras su hermano abandonaba su bañera.

—Muchos artesanos no querrán cambiar de religión y se verán obligados a huir —continuaba uno de los mercaderes—. Los kadeses son muy tercos respecto a la fe de Ahisma. Podríamos negociar con los filanitas su traspaso a Volsena. Tras el Arsenal hay unos edificios abandonados que podrían reformarse para instalar telares. La lana siempre tiene buena salida y si queremos colocar mercancía antes de la campaña de invierno en el Imperio Nuevo será mejor empezar cuanto antes.

El otro negó con la cabeza.

—No te engañes. La lana no renta en tiempos de guerra. Las forjas son un mejor negocio; arcabuces aún más, si puedes conseguir un contrato con el gremio. Al ritmo que pierde provincias, el emperador estará más interesado en armar a sus tropas que en proporcionarles ropa de abrigo.

—Y luego nos acusaban a los furrieles de que faltaban mantas —susurró Meribaldo—. Aquí está la causa de que los muchachos no se levantaran después de pasar una noche al raso.

—A muchos habría que matar para que el mundo fuera un lugar mejor.

El Diestro de Kada, Armeno, es el único que importa. Él o tú, uno debe morir. «Como si pudiera olvidarlo». Los imperiales terminaron de vestirse y, tras ajustar sus armas, ascendieron

los escalones hacia la salida.

Zetyn

Llegó el amanecer con la oscuridad de los días de Umbría. Zetyn se asomó a la ventana de lo que décadas atrás debió de ser una opulenta posada para comerciantes y capitanes de barco, ahora convertida en una estructura que crujía sin cesar, como si fuera el quejumbroso latido del corazón de un moribundo. Bastó que la mano de la monja rozara el marco de la ventana para que unos pedazos de madera podrida se desprendieran hasta caer en la calle desierta. El choque contra el suelo hizo que los perros salvajes, hasta ese momento absortos con su festín, volvieran la vista hacia el origen del ruido. La sangre fresca les cubría el hocico.

Tras unos instantes, los animales devolvieron su atención a la comida, algún tipo de monstruo que había muerto con la llegada de la Umbría. La sierva del Dios Verdadero no lo reconoció pero sabía que no era la única criatura oscura que yacía muerta en las calles de aquel barrio abandonado de la capital de Etrubia. Los Vacíos tenían fama de ser hogar de monstruos, adoradores de los Poderes Ruinosos y escoria criminal.

«Como esos», pensó Zetyn al volverse al interior de la sala.

A un lado estaba la docena de flagelantes de Zetyn, comandados por el prior Teudas, un gigante que destacaba incluso entre los corpulentos soldados del Dios Verdadero. Al otro lado estaban dos criminales ordinarios, uno tumbado en la cama con varias puñaladas en el cuerpo y su compañero, más atento a los recién llegados que a la salud de su compañero, atemorizado por lo que los filanitas pudieran hacer. Probablemente eran parte de alguna banda de ladrones y matarifes y el que no estaba herido había acudido a visitar a su camarada. «Mal día para las buenas acciones». No había ni rastro del resto de su banda. «Mejor».

Se giró hacia el dueño de aquella ruinosa estructura.

«Quizá pronto volvamos a necesitar a este rufián», pensó al ver al médico. El hombre, un antiguo doctor de plaga que carecía de nariz —sin duda alguna marca de traición o vida criminal— cosía el feo tajo que empezaba en la oreja de un flagelante hasta llegar a los labios, cortesía de una difunta sacerdotisa de Ahisma. Bajo precio si se tenía en cuenta lo conseguido. Zetyn sonrió al recordar la ironía de ver arder un templo de la diosa pagana del fuego. «No hay Ahisma, como no hay ninguna de las otras cinco. Rezáis, y nadie os escucha».

—¿Falta mucho? —se impacientó la monja.

—Dos puntos más y habré terminado —dijo el médico. La ausencia de nariz le daba un tono húmedo a la voz del hombre.

Zetyn perdió interés en los perros hambrientos y las miradas de recelo para centrar su atención en asuntos más acuciantes. Podía ver las luces de la solitaria embarcación que se aproximaba al puerto de Volsena. Zetyn apretó más los puños al ver el excesivo fuego que ardía burlón sobre la cubierta de la galera. «La Luz de Ahisma, tiene que serlo». No había otra explicación para que una embarcación se aproximara desde Kada, ni para que un capitán se arriesgara a mantener semejante fuego a bordo de su nave. Una luz en medio de la oscuridad infinita.

Alzó la vista. La superficie de la luna, hasta ahora grisácea, se tornaba granate en algunas zonas y el sol quedaba reducido a un disco sin luz. Ni siquiera podía ver la mar. A juzgar por el suave murmullo de las olas contra el muelle abandonado comprendió que no eran las olas huracanadas, asesinas de barcos, que a ella le hubiera gustado que recibieran a esa embarcación que se acercaba a puerto. «Odio la Umbría —pensó Zetyn mientras cerraba el puño sobre su última lágrima de creación—. Odio no poder invocar al Dios Verdadero».

Un movimiento furtivo captó su atención. Alguien se deslizaba en la oscuridad de las calles abandonadas de Los Vacíos. La silueta encapuchada, un criminal o un adorador de los Poderes Ruinosos, zigzagueó entre los restos de un carro abandonado y desapareció por un callejón.

«Deberían quemar este refugio de herejes y conjuradores de demonios», pensó Zetyn al contemplar aquella zona abandonada. Tener que esconderse en ese lugar le provocaba a la monja más temor que los tercios imperiales. Podía oler la putrefacción de los pérfidos ritos de quienes se habían entregado a la oscuridad de...

—¡Cuidado, hombrecillo! —bramó el flagelante herido—. Mi cara no es un vestido.

El flagelante, dos palmos más alto que el pequeño médico, gruñía con cada punzaba que el médico le daba mientras sus compañeros se mofaban de él por haberse dejado herir por una mujer. El otro les gruñía a modo de respuesta mientras miraba con suspicacia los diversos frascos y polvos que el médico aplicaba sobre la herida. Uno de los guerreros tomó un frasco que contenía un polvo azulado y lo olfateó. Con el desagrado en su rostro lo dejó caer. Este se partió con un crujido y su contenido quedó esparcido por el suelo, una leve nube de polvo deambuló por la espaciosa habitación comunal que aquel médico había convertido en su hospital. Una nueva punzada hizo que el flagelante gruñiera de dolor cuando la aguja se clavó donde no debía. Los demás se rieron a carcajadas.

Con un gesto de la mano, Zetyn le indicó al jefe de sus flagelantes que se aproximara.

—No necesitamos llamar la atención después de lo ocurrido en el templo, prior Teudas. No es probable que las gendarmes nos hayan seguido hasta Los Vacíos pero será mejor no llamar la atención.

El gigante asintió y de dos largas zancadas llegó hasta el corrillo. La monja puso los ojos en blanco cuando vio que Teudas golpeaba al herido para que dejara de quejarse y luego al médico con un revés de la mano que a punto estuvo de derribarlo de la silla. El etrubio miró a su agresor con el rostro desconcertado.

—Acaba ya, o seré yo quien te pinche —advirtió el prior mientras cerraba el puño en torno al mango de su hacha. El médico murmuró una disculpa cargada de odio y retomó su trabajo con la aguja y el hilo. Teudas regresó junto a la monja—. Ya está, doña Zetyn. Ese etrubio no causará más problemas, ni tampoco insistirá en esa idea absurda de que todos nos bauticemos.

«No es un bautizo sino un baño para limpiar los cuerpos. Pocos de estos etrubios creen en algo, tan solo temen a la muerte», pensó la monja antes de volverse hacia la ventana.

La silueta de la nave se perdía entre los edificios del puerto conforme se aproximaba y Zetyn deseó con todas sus fuerzas tener un cañón para hacerla astillas. «O despertar a las rocas bajo los mares para que la atraviesen». Aun con la lágrima en la mano se sentía impotente, contemplando aquella embarcación que transportaba el símbolo de una falsa religión. Sin embargo, su visión también traía buenas nuevas.

—Si la llama está aquí significa que las tropas de Dios han vencido a los infieles —anunció la monja—. La ciudad de Kada ya no adora a los falsos ídolos.

—El ayer perece, conquistemos el porvenir —entonaron sus flagelantes.

«Conquistemos, sí». Los generales filanitas habían mostrado sus reticencias a hacer la guerra a Kada. La ciudad libre era una espina clavada entre Filani y el Imperio Nuevo, pero según ellos no suponía una amenaza. Argumentaban que aquel no era el momento de soltar la mano del cuello del Imperio Nuevo, no con el enemigo replegándose tras los Picos Sollozantes.

Zetyn los había escuchado subestimar deliberadamente el poder de Kada en las audiencias con el Primarca. «Son unos cobardes. Todavía no comprenden que no hay límites para el Dios Verdadero». Pero las excusas de los militares carecían de peso ante los oídos del Primarca, que sólo escuchaban lo que querían.

—Si tan débil es la ciudad, ¿por qué no capturarla en una campaña fugaz? —había preguntado el Primarca.

La auténtica naturaleza de los militares quedó entonces revelada. Tenían miedo de las posibles represalias de atacar la ciudad libre de Kada; temían que Etrubia y los demás Reinos Fronterizos se sintieran amenazados ante la expansión de Filani y decidieran ayudar al Imperio Nuevo. Aquel miedo, que les había llevado a entorpecer los deseos del Clero, había estado a punto de costarles la cabeza a los generales.

Por suerte para ellos, los kadeses habían tomado la iniciativa y apoyado a los imperiales. Su contingente en Fortoferro apenas fue testimonial, pero bastó para que los generales se quedaran sin argumentos sobre no atacar Kada, y que la sombra del verdugo se alejara de sus cuellos. «Tal vez Dios tenga un plan para los generales y su voluntad haya determinado las acciones de los kadeses». La monja frunció el ceño. Era difícil saber con exactitud cuál era el plan de Dios, pero sí tenía la certeza de que aquella llama kadesa no entraba en él. «Hay que extinguirla».

Zetyn se volvió hacia sus flagelantes y señaló la galera.

—¿Qué deberíamos hacer con esos infieles?

—Exterminarlos en cuanto bajen de su barco —dijo uno de ellos. Media docena de bravatas lo secundaron.

La monja se fijó en sus guerreros, en cómo se vanagloriaban de sus armas frente a los demás. Petos de acero, espadas de hoja ancha y escudos. Teudas incluso portaba una arcaica hacha a dos manos. Armas propias de los tiempos anteriores a la pólvora, nada de espadas estilizadas para estocadas rápidas ni petos de cuero para desviar cuchilladas. No le sorprendía que en las batallas a campo abierto los flagelantes cayeran por cientos, no era sólo el fanatismo suicida, también lo inapropiado de aquellas armas para la guerra moderna. «El ayer perece», se dijo Zetyn.

Pero no los necesitaba para una batalla sino para que acabaran con la Luz de Ahisma y sus defensores. Necesitaba su barbarie.

—¿El Diestro de Kada sigue en esa posada? —le preguntó a Teudas.

—Sólo sale para reunirse con algunos ratones, doña Zetyn —respondió el gigante—. Pero hemos visto hombres armados entrar y salir del lugar, aunque no puedo asegurar si están con el Diestro o sólo de paso.

Zetyn asintió.

—En esta ciudad hay tantas lealtades como monedas.

La monja observó a su docena con disgusto. «Y pensar que en Fortoferro tuve a doscientos flagelantes bajo mi

mando». Pero el Primarca le había arrebatado a su pequeño ejército para encargarle la tarea de acosar a la Iglesia de Ahisma en Etrubia, y ahora se presentaba ante sus ojos un barco con el símbolo de la diosa pagana. Zetyn se apoyó en la ventana, contemplando la nave acercarse a la ciudad. ¿Lo había anticipado el Primarca o Dios había dispuesto que fuera ella quien expusiera la falsedad de la religión de Ahisma al apagar su fuego? Los ojos de la monja se alzaron hacia la luna grisácea y granate. «Ninguna diosa pagana lucha allí —se dijo—. Son los Poderes Ruinosos conspirando contra el mundo».

Se volvió hacia Teudas.

—¿Cuántos huéspedes hay en esa posada?

El prior se mordía una uña.

—No menos de cuatro, doña Zetyn.

—No menos de cuatro —repitió la monja. El hombre asintió, como si estuviera satisfecho de que ella corroborara sus palabras. «No los eligen por sus cabezas pero el Dios Verdadero habita en sus corazones», pensó —. ¿Eso es todo cuanto has averiguado?

El flagelante se ofendió por el tono empleado y se inclinó hacia Zetyn para que sus cabezas estuvieran a la misma altura.

—Si me dejara incendiar el edificio veríamos quién sale.

—No estamos en las provincias ocupadas, Teudas —le reprendió Zetyn, consciente de que sus ojos negros intimidaban al hombre—. Eso no servirá aquí. Necesitamos ser más ladinos.

El prior retrocedió al oír aquella palabra.

—¿Ladinos, doña Zetyn?

—Astutos.

—Ah —suspiró, más aliviado—. Podríamos hundir su barquito antes de que lleguen a tierra.

Zetyn observó la pesada hacha del prior, no ponía en duda que aquel hombre pudiera agujerear el casco a golpes, incluso hundirse con el barco si fuera necesario, pero era una idea estúpida.

—Si nuestra flota no pudo hacerlo, ¿qué te hace pensar que nosotros sí? No, hay que pensar otro plan.

—Les emboscamos en esa taberna donde está el Diestro. Pedirán su ayuda, o él se la ofrecerá.

La monja sonrió al oír aquello.

—¿Ves, Teudas? He ahí un buen comienzo. —El flagelante irguió la espalda, orgulloso—. ¿Cómo lo haríamos?

—Prendemos fuego a la planta baja y los acuchillamos mientras huyen.

«Era demasiado pedir». La monja deambuló por la habitación, ignorando las miradas de recelo y los cuchicheos de los criminales, preguntándose cuál sería el mejor método de sorprender a los defensores de la llama. Con su docena podría bloquear las salidas pero eso no garantizaba que sus flagelantes fueran a imponerse, no cuando ignoraba cuántos aceros tendrían los kadeses a su servicio. Podrían ser diez, podrían ser veinte. «Y no olvidemos las hojas de alquiler que el Diestro haya reunido». Los flagelantes eran fieros, eran guerreros, pero sólo Dios obraba milagros. Necesitaba una táctica que le permitiera reducir al mínimo el número de enemigos. «¿Cómo, si el tiempo es tan escaso?».

Algo crujió bajo su bota. Descendió la vista hasta el fragmento de cristal, a su lado estaba esparcido aquel polvo azulado. Zetyn sonrió y elevó las palmas al cielo.

—A ti, Dios, por entregarme tu favor —susurró.

—Alabado sea Él, y no otro —corearon los flagelantes.

La monja se acercó al médico y le puso la mano sobre el hombro. El hombre dio un respingo.

—¿Qué venenos hay aquí?

—¿Venenos? —se horrorizó el hombre sin nariz—. Los venenos son la más mezquina de las sustancias. Cualquiera que los tenga en su posesión es cincuenta veces azotado, y quien los use en un ser humano es hervido en aceite. No quiero...

Un manotazo de Teudas lo interrumpió.

—Doña Zetyn no ha preguntado eso.

«Bien, mi buen prior, muy bien». La monja miró de nuevo la galera en la bahía.

—Necesito un veneno que pueda matar a quince o veinte hombres fuertes.

—No tengo tal cosa. Nadie en esta ciudad...

El médico recibió otro golpe del prior.

—Obedece.

—No hay venenos en mi botica. Las leyes etrubias sobre los venenos y otras sustancias que afectan a la salud

de las personas son muy estrictas. ¡Incluso el alcohol tiene un impuesto especial!

—Quizá no necesite una sustancia letal —concedió la monja cuando el médico terminó de explicarse—. Será suficiente si quien la toma se debilita o está mareado. Pero sus efectos tienen que ser rápidos.

—¡Y entonces les daremos a probar nuestro acero! —exclamó un flagelante.

Zetyn los fulminó con la mirada; uno a uno, los flagelantes cerraron sus bocazas. El hombrecillo sin nariz seguía junto a ella, inmóvil salvo por los ojos que se alternaban entre la monja y los puños de Teudas. Los otros flagelantes se burlaron del etrubio e incitaban a su jefe a que le diera algún golpe más.

El médico tragó saliva.

—No puedo entregaros lo que pedís, señorita. Las leyes de...

Recibió otro manotazo tan fuerte que se cayó al suelo. Un coro de risas lo acompañó.

—Es doña Zetyn —corrigió el prior—. Esposa del Dios Verdadero. Ungida como monja-guerrera por el Primarca para erradicar a los falsos profetas y llevar la Fe a quienes viven en el paganismo.

Zetyn puso una mano sobre el puño furioso del flagelante.

—Tu conocimiento de la doctrina es siempre valorada, Teudas, pero si este hombre sigue recibiendo golpes no podrá darnos lo que necesitamos.

El prior sonrió con malicia y levantó al médico por el cuello sin aparente esfuerzo. Las velas de la estancia proyectaban sombras de piernas agitándose en el aire.

—Tal vez deberíamos golpearlo hasta que nos lo dé.

—Tal vez...

El médico forcejeaba para liberarse mientras sus ojos suplicaban.

—Me hervirán... vivo si descubren que...

Teudas apretó la mano aún más sobre el cuello.

—Te arrancaré los ojos, la lengua y cada uña de tu cuerpo si no nos das lo que necesitamos.

La piel del médico estaba enrojecida y la baba se le caía de la boca abierta, incapaz de coger aire. La monja se volvió hacia los flagelantes que asistían al espectáculo.

—Pronto llegaremos a un acuerdo con este ratón, así que mejor nos preparamos. Quiero que cuatro de vosotros vayan a la posada donde está el Diestro de Kada y paguéis una habitación. No pidáis nada de beber ni tampoco metáis a ninguna mujer en la habitación —les ordenó—. Preparad vuestras armas porque en cuanto Teudas acuda a buscaros tendréis que matar a quienes estén en la planta baja.

Los guerreros se dieron codazos entre ellos ante la perspectiva de ejercer su oficio, después iniciaron una discusión sobre quién debía acudir a la hostería. El médico seguía pataleando en el aire, Teudas interrogaba a Zetyn con la mirada pero ella consideró que el etrubio aguantaría un poco más. Los otros dos criminales permanecían inmóviles, temerosos de que si se movían llamaran la atención.

—¿Y qué hacemos los demás? —preguntó un flagelante.

—Iremos en cuanto acabemos nuestros asuntos aquí. Pero estaremos listos cuando llegue el momento de atacar.

Se animaron con la última palabra y Zetyn se volvió hacia Teudas y el médico. Esperó unos segundos más y, con un ademán de la cabeza, hizo que el prior liberara su presa. Después le concedió al etrubio un momento para que recuperara el aliento.

—¿Qué ibais a ofrecerme, doctor?

Mientras cuatro de sus flagelantes abandonaban la botica, el hombre logró recuperar parte de su color. El ratón les condujo hasta el final de la habitación mientras se palpaba el cuello. Sus pasos se detuvieron frente a un mueble que parecía estar fabricado de cajones. En cada uno de ellos había una etiqueta con símbolos escritos. Zetyn ignoraba su significado y se mantuvo alerta por si quería embaucarles, pero parecía que el hombre finalmente se había decidido a colaborar.

Sobre una mesita, el etrubio fue colocando diversos frascos con líquidos, polvos y hierbas. El antiguo doctor de plaga fue explicando las propiedades y usos de cada uno de ellos y Zetyn descartó los que no cumplían sus propósitos o tardaban demasiado en surtir efecto. Sólo quedó un candidato.

—La yuma es lo que buscáis, doña Zetyn —dijo el médico—. Se puede ingerir por vía oral o aplicar sobre una herida abierta. En un primer momento produce somnolencia y poco después adormece las extremidades. Lo utilizan los cirujanos imperiales antes de amputar miembros más allá de la recuperación.

La monja examinó el frasco y dio su visto bueno; el etrubio le entregó los cinco frascos que tenía en su botica.

—Tiene un olor muy fuerte.

—Es un opiáceo, doña Zetyn —explicó el médico—. Es muy difícil camuflar su esencia pero servirá para lo

que necesitáis.

«Eso puede ser un problema», reflexionó mientras veía a Teudas echar mano de su puñal.

—¡No! ¡Por favor, señor! —dijo el médico—. ¡No! ¡He hecho lo que me pedíais! ¡He curado a vuestro hombre y os he dado la yuma! ¡Por favor!

El médico trató de escapar pero el prior lo tenía arrinconado contra el mueble. El cuerpo del gigante ocultó parcialmente el del etrubio. «Este etrubio un poco más alto que yo —valoró la monja—. No mucho».

Zetyn se apresuró a intervenir antes de que fuera demasiado tarde.

—Prior, este hombre ha prestado un servicio a Filani. No es un puñal lo que merece sino una recompensa.

—Seguro que también ha ayudado a adoradores de los Poderes Ruinosos. Ya sabéis lo que dicen sobre quienes viven en Los Vacíos.

«Eso es cierto», reflexionó la monja mientras examinaba la estancia. La higiene era evidente y el hombre sin nariz, pese a desagradable y ausente de coraje, se veía competente. Zetyn se preguntó cuántos criminales y herejes habían acudido aquí en busca de ayuda.

—Pero hoy ha servido al Dios Verdadero —insistió Zetyn—. Puede que sea el primer paso hacia la redención. —El médico abrió la boca, sin duda para dar las gracias, pero la monja lo interrumpió—. Tu nariz, ¿por qué te la cortaron?

El etrubio apartó la vista como si estuviera avergonzado pero un empujón de Teudas hizo que respondiera.

—Fui expulsado del Gremio de Doctores. Comerciaaba con viceca.

—Eso pensaba. Dime, ¿hay doctores de plaga mujeres? —El médico la miró intrigado y asintió—. ¿Aún conservas esa ropa amarilla y la máscara de rata? —El etrubio volvió a asentir—. Cuéntame más sobre el gremio.

Y el hombre sin nariz así lo hizo, proporcionando información sobre el Gremio de Doctores: composición, estructura, ingreso y promoción... Zetyn llegó a la conclusión de que las mujeres doctores no eran una rareza. «Es cuanto necesito».

—Gracias, doctor. La nación de Filani, el Primarca y el Dios Verdadero agradecen vuestra ayuda. —Se volvió hacia Teudas—. Págale. Con plata.

El prior enfundó el puñal con desgana y en su lugar extrajo algunos marcos de plata de su bolsa. Los puso sobre la temblorosa mano del etrubio.

—Nos veremos otro día, hereje —dijo Teudas.

Meribaldo

Tras el calor de los baños, la temperatura de la calle se sentía como el invierno. La piel de Meribaldo estaba sensible al viento y el imperial se ajustaba la capa cuando vio a una muchacha acercarse hacia ellos. Sonreía. Por muy limpias que fueran las gentes de Etrubia, era evidente que aquella chica oficiaba la mendicidad. Cuando estuvo a cuatro pasos, Meribaldo se percató de que si bien no apestaba como los de su ralea solían sus intenciones eran las mismas. A la vista de algún dinero, los pordioseros acudían como moscas a la mierda.

—No damos limosna —espetó Armeno, alzando una mano para que la chica no se acercara más—. Hacer dinero es asunto de trabajo no de caridad. El mundo es muy grande, y habrá un oficio para ti.

—Entonces sí me ganaré alguna moneda —dijo la chica—. Por sus ropas y por el baño que acaban de darse juraré que acaban de llegar a la ciudad. Si no conocen Volsena, puedo enseñarles los mejores lugares para visitar, las mejores posadas y también las peores, si es lo que les interesa.

Armeno agitó una mano con desdén y los dos hermanos echaron a andar.

—No estamos aquí por asuntos de placer sino de negocio —dijo Meribaldo.

La muchacha, que Meribaldo juzgó en unos catorce años y con ascendencia de Ultramar, se apresuró a caminar junto a ellos sin perder su sonrisa.

—Imperiales, ¿cierto?

—Tienes buen oído.

La sonrisa de la chica se acentuó al oír aquello.

—En el puerto se oyen todas las lenguas. También en la Lonja Vieja, la Plaza de la Marquesa, el Tragabuques... Es fácil distinguirlas si se presta atención a los extranjeros. Incluso puedes aprender algunas palabras útiles.

Meribaldo se detuvo en seco.

—¿Hablas kadés?

Su hermano lo miró con gesto inquisitivo pero Meribaldo alzó una palma pidiendo sosiego. «Es una pregunta inocente, hermano». Ambos se quedaron mirando a la muchacha, que los miraba con unos ojos negros de rasgos alargados.

—Sé pedir limosna, negociar mercancías y guiar por las calles —respondió la chica—. ¿Quieren vuesasmercedes algo en particular?

Los hermanos intercambiaron una mirada cómplice al ver a aquella mendiga usar el tratamiento imperial.

—Quizá sí vayas a ganarte una moneda después de todo —dijo Meribaldo mientras se ajustaba el sombrero—. No buscamos un lugar sino una persona. El Diestro de Kada.

Miró de reojo a su hermano. Ahora sí que lo fulminaba con la mirada, con la mano izquierda sobre la daga. «Mantén a tu amigo tranquilo». Sin embargo, el rostro de Armeno pasó de la furia al interés en cuanto la chica habló.

—¿Cuál de ellos? ¿El de este año?

«Los otros ya están muertos».

—Agapias Makris —respondió Armeno.

La chica se quedó pensativa. A su espalda, la ciudad cobraba vida a medida que más gente abandonaba sus casas para acudir a sus puestos de trabajo. Los primeros tenderos empezaban a vocear, con la poca energía de quien se acaba de despertar, sobre las cualidades de sus productos.

—Sé que está en Volsena, sí —dijo finalmente la mendiga. Armeno se puso en guardia al oír aquello—. No sé dónde pero conozco a quien lo sabe todo. Si vuesasmercedes me acompañan a la Lonja Vieja, les diré dónde está su amigo —añadió, caminando hacia una calle lateral. La chica se detuvo en la penumbra—. Mi nombre es Araña.

—¿Araña? —inquirió Meribaldo.

—Ocho ojos y ocho patas —dijo la muchacha, dando un paso hacia la luz una antorcha—. Nada se me escapa y nadie me atrapa.

«Seguro que no es la primera vez que dice eso», dedujo Meribaldo. Araña le sonreía. La única antorcha de la calle iluminaba sus dientes blancos, impropios de un mendigo que no fuera de Etrubia, pero no era su boca lo que había llamado la atención de Meribaldo. Inclínó la cabeza para fijarse mejor en sus ojos. Negros.

—¿Eres hechicera?

—Nací en Umbría —dijo la chica, señalándose los iris oscuros—. Pero nunca he tomado lágrimas. Si tuviera la suerte de encontrar una, la vendería y así podría alimentar a los míos.

—Con ese don podrías haber entrado como monja en alguna iglesia —dijo Armeno.

Ella abrió los brazos como si pudiera abarcarlo todo.

—Esto no es el Imperio Nuevo ni Kada. Las iglesias en Etrubia no quieren ojos negros, sólo las lágrimas. Las hijas de los patricios son aceptadas aunque no tengan el don y las plebeyas nos quedamos en la calle. Los señores del crimen tampoco quieren más hechiceras, vender lágrimas da más dinero que usarlas en los golpes. Y la marquesa piensa lo mismo.

—¿Todo el mundo vende? —Araña asintió—. ¿No las usan para la guerra?

—Para la guerra, sólo a veces.

Meribaldo se giró hacia su hermano.

—Y nosotros que no hemos estado en batalla sin hechiceras que protesten porque no tienen bastantes lágrimas. Órdenes del maestre de campo, les decía yo, no más lágrimas hasta la hora de la batalla. ¿Crees que les importaba? Esa era la pega del oficio: estar al cargo de las lágrimas. Nunca fue bueno para la salud. Esas mujeres tienen la costumbre de chasquear los dedos para recordarte que les basta eso para convertirte en un montón de cenizas humeantes.

Y allí estaban ahora, en una ciudad donde todo el mundo parecía interesado en deshacerse de aquellas piedras lunares. «El mundo es muy grande, y los intereses cambian», se dijo. La chica seguía parada, esperando la decisión de los imperiales.

—Soy Meribaldo, y este es mi hermano Armeno. —Araña inclinó la cabeza en señal de respeto—. Llévanos a la Lonja Vieja.

Dejándose conducir por su joven guía, los hermanos se internaron en las calles.

Volsena se veía una ciudad con gran vitalidad. Abundaban los comerciantes y compradores, pues el dinero fluía. La moda, aunque influenciada por el estilo imperial, contrastaba en los colores, pues frente a la sobriedad del Imperio Nuevo los etrubios empleaban una amplia gama, en especial el blanco y otros colores que destacaban la higiene. Y no vio temor alguno en los rostros de la gente.

En otros lugares, los días de Umbría las calles permanecían desiertas, pues era costumbre recluirse en las casas o en las iglesias, especialmente en las consagradas a Ahisma, para rezar porque la Umbría concluyera pronto. Incluso los ladrones, amantes de la oscuridad, se guardaban de adueñarse de lo ajeno cuando la luna oscura reinaba en el firmamento. En Volsena, no. Sus calles rebosaban de gente que caminaba bajo las lámparas o se paraba a charlar. Las conversaciones, los gritos de los tenderos e incluso las risas de los niños no se veían en absoluto perturbados por la Umbría.

Los hermanos siguieron caminando.

Todavía más vitalidad emanaba su puerto, donde docenas de lenguas anunciaban mercancías de otros tantos lugares del mundo. Las monedas cambiaban de dueño y Meribaldo mantenía su bolsa bien agarrada, no fuera a venir algún amigo de Araña a meter mano. No es que la chica tuviera pinta de cortabolsas, pero la imprudencia era amiga de los desdichados.

—Muchos barcos —comentó Armeno.

Sólo había tres galeras de guerra etrubias a la vista, pero el puerto y la bahía rebosaban de embarcaciones mercantes. Naos, cocas y bajeles hasta llegar a las tres docenas. También un par de carabelas e incluso un galeón imperial, alto como un castillo y con las señas de la Flota de Oriente. «En su bodega habrá oro para pagar medio año de campaña —supuso Meribaldo—. El emperador no echaría de menos un cofre o dos». La idea de apoderarse de los tesoros de Ultramar era una fantasía absurda, pero soñar nunca le había causado daño a nadie.

—Etrubia vive del comercio —explicaba Araña— y lo que se pueda ganar en el Valle de Lágrimas. También de la construcción de naves en el Tragabuques —añadió señalando un astillero protegido de murallas que patrullaban guardias con alabardas—. Si vuesasmercedes necesitan comprar algo, esta es la ciudad adecuada, en el puerto se puede encontrar de todo. Antorchas y aceite de lámpara es lo que más se vende estos días, claro, pero se pueden conseguir objetos de lo más extraño. También lágrimas.

Esquivaron un par de malolientes barriles de tintes y siguieron avanzando entre la multitud. Un grupo de tres gendarmes interrogaba a un estibador para determinar si unos fardos de trigo habían pagado el arancel. De camino a la Lonja Vieja se cruzaron con un vendedor ambulante que ofrecía tortas, pastas e incluso café. «¿A tres virutas la taza? ¿Fuera del Imperio?». No podía ser verdad.

—¿Seguro que es café? —le preguntó Meribaldo al vendedor.

El hombre lo miró con gesto ofendido.

—¿Qué otra cosa va a ser? —replicó con un fuerte acento de algún lugar lejano.

—En Etrubia el café es barato, señor —dijo Araña—. La madre de la marquesa negoció con algún emperador

la compra de plantaciones en Ultramar. Ahora hay café en el puerto todo el año.

Meribaldo sonrió a la chica.

—¿Hay algo que no sepas, pequeña? —Se volvió hacia el vendedor—. Deme una taza y algunas pastas dulces. ¿Quieres algo, Armeno?

—Lo mismo que tú.

El vendedor vertió café en dos tazas.

—¿Y tú, arañita?

—Lo que vuesa merced tenga bien a darme.

«Buenos modales». Meribaldo pagó una torta de anís y se la entregó a la chica. El cobre cambió de manos y los tres se sentaron sobre unos tocones húmedos. El café estaba algo aguado pero por tres virutas merecía la pena. Las pastas ayudaban a asentar el estómago, aunque hubiera agradecido algo con más sabor.

—¿No es famosa esta ciudad por su pescado frito? —le preguntó a Araña.

—Hoy no hay mucho pescado a la venta pero en dos o tres días este muelle estará a rebosar. Los patrones aprovechan la Umbría para hacerse a la mar y cargar las redes sin peligro de ser atacados por monstruos marinos —dijo la chica señalando la mar oscura. En la distancia se veían las luces de una galera que se aproximaba a la ciudad—. Pero el aceite bueno venía de Kada y hace tiempo que no se ve pescado frito. Sólo pescado. Siento mucho que vuesa merced no puedan probar nuestra comida más famosa.

—Pero tú no pareces etrubia —dijo Armeno—. Quiero decir, tienes rasgos de Ultramar.

—Los hombres vienen y van pero su semilla permanece —replicó Araña cruzándose de brazos—. Yo soy tan etrubia como cualquiera de estas pálidas.

Señalaba una pareja de gendarmes que increpaban a un marinero por unas cajas fuera de la zona de carga. El otro les respondía en algún idioma endemoniado.

—Araña —intervino Armeno—, casi todos los gendarmes son mujeres, ¿por qué?

—Los hombres están en el Valle de Lágrimas —respondió la muchacha—, preparándose para la cosecha. La marquesa no quiere mujeres cerca de las piedras lunares cuando caigan. Lo que roban los soldados puede recuperarse, pero no lo que inhalen las hechiceras. Así que las mujeres patrullan la ciudad de Volsena y los hombres luchan en las fronteras de Etrubia.

Meribaldo le dio una palmada en el hombro a su hermano.

—Un buen momento para nosotros, con tantos maridos fuera de casa.

—Primero los negocios, Meri —gruñó Armeno.

—Ya has oído a mi hermano —le dijo a la muchacha.

Araña guardó la media torta que le sobraba entre sus ropas y se puso en pie.

—Iré a preguntar por el Diestro de Kada, volveré antes de que vuesa merced terminen sus pastas.

—¿A quién vas a preguntarle?

—Al Gremio de Mendigos.

—¿Los mendigos tienen un gremio? —se sorprendió Meribaldo.

—En Volsena todos tienen un gremio, también los marineros, los ladrones... incluso los que arreglan los jardines de los patricios. Los mendigos recogemos información y la compartimos.

Corriendo como si la persiguiera un demonio, la chica se escabulló entre los que transitaban el muelle y la perdieron rápidamente de vista. «Esa chica llegará lejos si se mantiene alejada de los problemas».

—Echa un ojo a eso, Meri.

Una maltrecha galera entraba en el puerto. Parte del velamen había sido arrancado de cuajo y los remos partidos resaltaban como dientes ausentes. El casco tenía impactos de cañón y el espolón estaba cubierto de manchas oscuras. En un primer momento, Armeno creyó que la nave estaba en llamas, pero luego se percató de que el resplandor de cubierta procedía de un fogón más intenso de lo aconsejado. Una creciente multitud de marineros, clientes y comerciantes se apiñaba en el muelle para contemplar el espectáculo mientras los prácticos y estibadores ataban los cabos de la galera a los tocones. También se aproximaron un par de doctores de plaga, que daban órdenes para que nadie abandonara la embarcación, ni siquiera los heridos.

—¿Kadesa? —preguntó Meribaldo.

Armeno se quitó respetuoso el sombrero al ver los muertos.

—Parece que la guerra nos persigue, hermanito.

Araña apareció poco después a pasos acelerados. Se coló entre unos barriles, ignorando el grito furioso de uno de los estibadores, y se plantó frente a los hermanos.

—Su amigo se aloja en la hostería de Vito Malzone —anunció sin dilación—. Lleva allí una semana y reparte

muchos sólidos de oro. Está contratando cuchilladas.

Meribaldo y Armeno intercambiaron una mirada de preocupación. «Mal asunto si tiene amigos armados». En las inmediaciones de la galera alguien pedía a gritos ayuda para los kadeses heridos. Ya había cinco hombres rata vestidos de amarillo en aquel muelle.

—¿Crees que contrata mercenarios para defender Kada? —aventuró Armeno.

—Es posible. Lo mejor será que vayamos a esa hostería a echar un vistazo.

—Si vuesasmercedes quieren ir ahora...

Meribaldo asintió y, tras devolver las tazas vacías al vendedor, siguieron a la muchacha de vuelta a las calles de la ciudad. Atrás quedó el muelle con su pequeño drama mientras Meribaldo rezaba porque aquella hostería no fuera un lugar demasiado público.

El lugar no estaba lejos del puerto. Los tres caminaron largo rato, cruzando calles y plazas donde los puestos de mercado se mezclaban con espectáculos teatrales, gritos de peones que se afanaban en terminar la remodelación de una fachada y la discusión entre los cocheros de dos carruajes que se habían chocado al doblar una esquina. Se toparon con una procesión de penitentes de Ahisma, la mayoría kadeses, que caminaban con paso ceremonioso mientras protegían velas entre sus manos. Meribaldo se tocó el sombrero a modo de saludo. Tras callejear un poco más por fin llegaron a la hostería de Vito Malzone.

Situado en un cruce de tres calles parecía un local modesto, de tres plantas y una cochera a través de cuya puerta agrietada podían verse las caballerizas.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Meribaldo.

Araña asintió y se apoyó en la puerta de la hostería, mirando a Meribaldo con una sonrisa desprendida de todo rastro infantil.

—He oído que las camas aquí pueden ser muy frías —dijo mordiéndose el labio inferior—. Tal vez quieren que suba y se las caliente. Así no tendrían problemas por si los maridos regresasen de la guerra antes de tiempo.

Meribaldo negó con la cabeza pero se fijó en la muchacha. O bien era de las de poco pecho o tan joven que aún no le habían crecido. Armeno miraba atento a la hostería, fingiendo no haber oído aquello.

—No nos interesa —dijo con un toque de rabia Armeno. Su mirada se perdió en un grupo de siete u ocho fieles de Ahisma que portaban otras tantas velas, caminaban al ritmo de un timbal y bajo la mirada curiosa de algunos vecinos.

—¿Chicos, entonces? —preguntó Araña—. Tengo varios amigos que...

—Tampoco nos interesan los chicos —se apresuró a decir Meribaldo.

Araña agachó la cabeza avergonzada y se echó las manos a los bolsillos. «No es por ti, pequeña». Pero ya era demasiado tarde, su hermano ya no iba a seguir mirando para otro lado.

—¿Es eso costumbre? —preguntó Armeno—. Que la niñez del gremio se dedique a negocios de cama.

—Esto es Etrubia, vuesasmercedes —dijo Araña—. El dinero dice cuál es la costumbre.

Meribaldo miró mejor a la chica. Ahora le concedía quince años a lo sumo. «Los niños pobres siempre parecen más jóvenes». Se preguntó a qué edad había empezado Araña a no ejercer únicamente de guía.

—Etrubia tiene sus rincones mugrientos, después de todo —acabó diciendo Meribaldo. Su hermano escudriñaba la calle como si cualquiera de los transeúntes pudiera ser un violador de niños. «Hora de acabar con este asunto», pensó mientras echaba mano a la bolsa—. Bueno, arañita, aquí termina tu trabajo.

La plata de sus manos desapareció con pasmosa velocidad.

—Agradecido a vuesamerced —dijo la muchacha llevándose el puño derecho al corazón—. Les deseo un buen día.

Su saludo de la corte imperial fue torpe, pero Meribaldo tuvo que reconocer que Araña sí había prestado atención a las costumbres extranjeras. «Así se gana su dinero», pensó mientras la chica y sus ojos negros se alejaban.

—¿Dos marcos de plata? —gruñó Armeno.

—Uno por la información, otro de propina. Vamos, Armeno, es una huérfana.

—Hemos tenido estocadas por menos que eso.

Meribaldo se encogió de hombros.

—Ya has oído a la moza: los hombres vienen y van pero su semilla permanece. Ahora los mendigos de esta ciudad recordarán el nombre de Meribaldo y Armeno. Y sabrán que pagamos por la buena información.

—Creía que iríamos a Myrevus después del asunto del Diestro.

—Somos nómadas; los tesoros rara vez están en un único lugar. Cuando acabemos con nuestros asuntos en Etrubia iremos a Myrevus, y después iremos a cualquier otro lado. El mundo es muy grande, hermano —dijo

mientras abría la puerta de la hostería—. Siempre hay otro lugar que visitar.

Gladys

El suave golpe de la *Arcona* contra el muelle marcó el fin de aquel sangriento trayecto. Gladys suspiró aliviada mientras los marineros aseguraban los cabos y desplegaban dos tablas a proa y popa para desembarcar. Los galeotes se dejaron caer sobre los bancos mientras suplicaban bebida y algo de comer, el agua de mar que se había filtrado a través de las brechas del casco les llegaba a los tobillos. El alférez Proisi recorría esos mismos bancos con su cojera, recolectando las armas de sus hombres para devolverlas al arsenal. Vettias y Serafina le entregaron los arcabuces pero Gladys convenció al militar para que les dejara quedarse la munición restante. Este asintió.

Mientras tanto, el capitán Sysio procuraba hacerse oír por encima del barullo.

—Avisad al alguacil de guardia para que se haga cargo de la chusma y al maestro carpintero antes de que esas vías de agua sean un problema. ¡Y que alguien traiga un velero para ver qué podemos hacer con esa arboladura! —exclamó tras señalar los agujeros que la metralla había perforado en las velas de su embarcación.

La ciudad de Volsena, capital del Marquesado de Etrubia, disponía de un puerto profundo y las embarcaciones podían atracar en sus muelles sin necesidad de barcas para descargar el pasaje y las mercancías. Los primeros heridos, los más graves, fueron los primeros en ser llevados a tierra por sus compañeros; algunos no se movían. «Malditos filanitas».

—En cuanto terminen con los heridos bajaremos la llama —anunció Serafina—. Estaré mucho más tranquila si no estamos sobre el agua.

Gladys comprendía la preocupación de la portadora. La idea de transportar una llama sobre el mar era arriesgada, como había demostrado la *Valerosa* al hundirse; sin embargo, las circunstancias habían obligado a adoptar aquella medida desesperada. Repartir el fuego sagrado en tres llamas rompía la ortodoxia, pero había demostrado ser la decisión correcta. La Luz de Ahisma nunca había dejado de arder y la diosa en la luna mantenía su lucha.

El desembarco de heridos se vio interrumpido cuando unos hombres vestidos de amarillo con máscaras de rata ordenaron a unas mujeres en uniformes grises dejar a los heridos sobre el muelle. Los marineros y soldados kadeses protestaron pero más y más gendarmes acudían con sus alabardas para asegurarse de que aquella orden era obedecida. Sysio llamaba a la calma entre su tripulación y Proisi hacía lo propio con la tropa.

Gran parte de la ciudad permanecía ajena a la existencia de la *Arcona* y el muelle bullía de actividad, pero era difícil que los gritos poco amables que intercambiaban etrubios y kadeses pasaran desapercibidos, y una creciente muchedumbre examinaba la galera con actitud ociosa, como si de un espectáculo ambulante se tratase. Medio centenar de rostros iluminados por las lámparas de los puestos y venteros cuchicheaban y señalaban aquí y allá.

—Los lamentos de los heridos no deberían ser un divertimento —dijo Gladys irritada. La gente de guerra bajaba de la *Arcona* un cadáver cubierto—. Ni el silencio de los muertos.

Poco a poco, las figuras vestidas de amarillo permitían el paso de los heridos cuando terminaban de examinarlos. Algunos estaban tan graves que eran atendidos en el propio muelle. Más y más máscaras de rata se abrían paso entre la multitud, algunos de ellos escoltados por gendarmes que mantenía a la gente alejada de la galera.

—Doctores de plaga —dijo Serafina—. Tienen fama de ser los mejores médicos del mundo pero los educan en la paranoia y el miedo a las enfermedades.

—Hablando de enfermedades... —comentó Gladys, señalando hacia la pasarela de proa.

El capitán Sysio estaba enfrascado en una acalorada discusión con un hombre que desprendía un aura de burócrata con cada uno de sus limitados movimientos. Si no fuera por los legajos que llevaba en la mano, podría haber pasado por un oidor imperial.

—Tengo casi cincuenta heridos a bordo, algunos graves, ¿y os preocupa el manifiesto de carga? —le reprendía el capitán—. Nuevas de tragedia y gente sin patria, esa es mi carga.

—Es la ley —dijo el funcionario con apatía—, toda embarcación que atraca en el puerto debe declarar las mercancías que lleva a bordo. —Su dedo señaló con parsimonia los pedreros de la banda de babor—. Al tratarse de un buque de guerra extranjero, lo reglamentario es que empecemos por el armamento.

—¿Eso incluye la metralla filanita o la considero parte del casco, señor chupatintas?

El funcionario no se inmutó.

—Toda arma de fuego, resorte para...

—¿Es eso un galeón imperial? —preguntó súbitamente Vettias.

Las dos guardianas se volvieron a estribor, donde una gigantesca embarcación esgrimía banderas del Imperio Nuevo. Los galeones eran un barco como ningún otro, islas flotantes diseñadas para los combates a distancia y no las embestidas. No podía compararse en velocidad con una galera, pero su robustez la hacía más apropiada para la navegación en el Mar Océano que por las aguas poco profundas del estrecho de la Garganta. El casco parecía capaz de repeler incluso una bala de dieciocho libras y su banda estaba salpicada con no menos de treinta troneras que intimidaban con sólo mirarlas. Gladys imaginó la potencia de fuego que aquel buque podría escupir con una sola andanada.

—Si hubiéramos tenido uno de esos de nuestro lado podríamos haber hundido a los filanitas —se lamentó Vettias.

—Y salvar a Melegros y a la *Botín* —añadió Gladys.

—Ese barco no es nada —intervino Serafina—. Si los etrubios hubieran cumplido su promesa, Kada habría aguantado y no hubiera sido necesario trasladar la Luz de Ahisma.

«Tantas cosas podrían no haber ocurrido si los juramentos se respetaran», pensó Gladys al contemplar el puerto y sus comerciantes. Bajo la Umbría sólo podía ver las luces de tres naves de guerra etrubias pero la guardiana sabía que la Reina Rata mantenía su flota en el Tragabuques, a salvo de actos de sabotaje y oculta a los espías extranjeros para que nunca se supiera cuál era el tamaño exacto de la flota etrubia.

Muchos habían sido los años de amistad entre Etrubia y Kada, con sus galeras navegando unidas contra piratas, emperatrices que codiciaban la anexión de las ciudades libres o Filani cuando todavía era un diminuto reino al noreste del Imperio Nuevo. Los tiempos de la rivalidad por el control del estrecho de la Garganta habían quedado atrás, pero no se podía decir mucho en favor de su amistad tras haber visto la escasa ayuda que Etrubia había proporcionado a los kadeses en su momento de mayor necesidad.

Los alguaciles de presidio, acompañados por un pequeño grupo de soldados, se hicieron hueco entre la multitud hasta llegar junto al capitán Sysio, quien todavía discutía con el funcionario que le reclamaba los papeles con el manifiesto de carga.

—¿Papeles? Estuvimos en el puerto aguardando a que llegara la Umbría, y en cuanto apareció en el cielo nos hicimos a la mar para huir de una Kada que las llamas devoraban. Os digo que no tengo ningún manifiesto. No llevo carga en mi nave. ¡Necesitábamos romper las olas! ¿Creéis que se me ocurriría esconder fardos de contrabando con cinco galeotas filanitas buscándome el culo con su espolón? ¡Ni siquiera me puedo creer que estemos discutiendo esto!

El cómitre y el sotacómitre desherraban a la chusma para que los alguaciles se los llevaran, cuando de repente dos hombres abordaron la *Arcona* a través del tablón de proa. Pese a las ropas elegantes, de un color azulado que sólo el tinte de gran calidad podía lograr, estaba claro que el primero de ellos era un espadachín profesional, Gladys lo intuía por la forma de ajustarse el cinto de la espada, para que fuera fácil de liberar y no para que se zarandeara a cada paso, como acostumbraban a lucir quienes alardeaban de su derecho a ir armados. Aunque el rostro le resultaba desconocido, el bigote de proporciones continentales delataba su identidad.

—El Diestro de Kada —susurró Vettias con admiración al reconocerlo.

Su acompañante era un patricio etrubio, pasado de los cincuenta años, rechoncho y de aspecto adinerado., que cruzó la tabla que unía la *Arcona* con el puerto con visible temor a caerse al agua oscura.

Al espadachín se le ensombreció el rostro cuando vio la mezcla de agua de mar, sangre y fragmentos de cuerpos que había sobre la cubierta de la galera. Tras hacer la señal de Ahisma, miró directamente hacia la llama sagrada. El patricio se le aproximó y señaló sin disimulo alguno a los guardianes mientras se acercaba a pasos rápidos. Gladys desenvainó la espada instintivamente. No había sido la única.

—Calma. Calma —pidió el espadachín en kadés. Los guardianes no bajaron los filos ni una pulgada y él les apuntó con un dedo—. No deseo matar a compatriotas. Mi nombre es Agapias Makris.

La Luz de Ahisma iluminaba su rostro. Treinta y pocos, delgado, de poderosos brazos y dedos ágiles. Con el orgulloso bigote que lucían los esgrimistas profesionales, aunque el de Agapias era obscenamente grande.

—El Diestro de Kada —intervino Vettias entusiasmado—. Vi a su señoría en la final contra Perones Mórek, ¡vi aquella estocada en salto que os dio la victoria! —El joven novicio se contuvo un momento, frunciendo el ceño como si no entendiera algo—. Pero... creíamos que su señoría había muerto en Kada.

Los guardianes bajaron sus armas y el espadachín sonrió, pero el alférez Proisi se aproximó con cara de pocos amigos.

—¿No os habían asignado un puesto en el Rocón?

La sonrisa de Agapias se quebró.

—Así es. Pero fui despachado el tercer día, el Ágora me encomendó la misión de atraer aliados a nuestra

causa.

—Es evidente que fracasasteis —dijo Serafina con dureza—. Poca ayuda recibió Kada.

Un leve destello de furia inundó los ojos del Diestro pero se recompuso con rapidez e inclinó la cabeza respetuoso.

—Asumo responsabilidad por mi torpeza al negociar con los etrubios —dijo Agapias, llevándose la palma al corazón—. Son gente materialista, y yo no estoy versado en asuntos de Estado y comercio. Mis peticiones pronto se convirtieron en amenazas y no mucho después las cambié por súplicas. Nada había en ellas que despertara la simpatía de los gobernantes de esta ciudad, y nada obtuve de ellos.

El patricio dio un paso al frente.

—No es el mejor momento para la guerra —dijo—. La situación de nuestra ciudad no es...

—¿Y vos sois...? —interrumpió Serafina.

—Quinto Pilatos, exconsejero de la ciudad de Volsena —respondió el hombre.

La portadora hizo un ademán hacia la llama.

—Ella es Gladys, él es Vettias y yo soy Serafina, guardianes de Ahisma en Kada. —La mirada de la mujer albergaba una rabia apenas contenida—. Decidme, ¿el Consejo o la marquesa tienen intención de ayudar a Kada y al Imperio Nuevo, o seguirán mirando hacia otro lado?

Pilatos carraspeó.

—Este año no ejerzo ningún cargo oficial y estoy aquí por cuenta propia. Haré cuanto esté en mi mano para ayudar a nuestros hermanos al otro lado del Estrecho.

Agapias posó una mano afectuosa sobre el hombro del etrubio. A Gladys le resultó evidente que aquellos dos no sólo pertenecían al selecto círculo social de los nobles sino que ambos compartían amistad. «Y eso que el patricio debe tener al menos veinte años más».

—Don Quinto ha ayudado a los kadeses que han solicitado refugio tanto en Volsena como en otras partes de Etrubia. Proporciona techo, comida y empleo a nuestra gente. Algunos incluso han emprendido pequeños negocios aquí.

Agapias continuó enumerando las muchas ayudas que aquel patricio prestaba a quienes llegaban sólo con lo puesto. Y el etrubio asentía complacido. De las palabras del kadés también se deducía que la caballería filanita había arrasado los pueblos costeros en torno a Kada mientras el contingente principal asediaba la capital.

Gladys se volvió hacia el alférez Proisi.

—En los lugares olvidados también se muere —le dijo. Este asintió. Después la guardiana se volvió hacia Quinto Pilatos—. Si tanto se conoce sobre los actos de los filanitas, ¿por qué Etrubia no actúa para ayudar en la guerra?

El patricio se mostraba desconsolado.

—Como decía, la situación de Etrubia no es la mejor. Ursavi nos presiona cada vez más desde el noroeste, sus barcos han saqueado algunos de nuestros puertos y quemado dos factorías pesqueras. Sus tropas se mantienen al otro lado del Valle de Lágrimas, a la espera de que acabe la Umbría, pero tememos que durante esta cosecha se adentren en nuestra zona de influencia para arrebatarlos las lágrimas que están a punto de caer. —Pilatos señaló la luna granate—. Su excelencia la marquesa se halla en Presafirme con la mayor parte del ejército, por lo que no contamos con tropas para ayudar a Kada ni al Imperio Nuevo. Además, hay divisiones en el Consejo sobre cómo proceder con los filanitas. Hay un grupo partidario de hacerles la guerra pero también hay quienes proponen una alianza que garantice el tráfico en el estrecho de la Garganta.

—Y vos —inquirió Gladys—, ¿de qué lado estáis?

—Todavía indeciso —reconoció—. Haré cuanto esté en mi mano por ayudar a los kadeses, pues son gente devota al trabajo que ha mantenido la paz durante el último siglo. Pero no quiero que mi ciudad se vea envuelta en una guerra destructiva contra Filani. Un conflicto en el que sólo conseguiríamos mantener al ejército filanita lejos de nuestra ciudad pero que nunca podríamos ganar. Este mismo dilema lo encontraréis en la mente de algunos destacados miembros del Consejo. Y ello lleva a la inactividad de nuestro Gobierno. No os hagáis falsas ilusiones sobre la ayuda del Marquesado de Etrubia —terminó diciendo. Después se llevó una mano al corazón—. Pero sí podéis confiar en la buena voluntad de algunos de sus particulares.

Serafina señaló la abultada bolsa que el mercader exhibía en su cinto.

—¿Es vuestra generosidad altruista o tenéis algún interés particular en los kadeses?

—Es en interés de todos. Etrubia necesita habitantes tras la Gran Plaga, mucho se habla de repoblar Los Vacíos pero poco se hace, y los kadeses comparten muchas de nuestras costumbres y devociones —añadió tras señalar la Luz de Ahisma—. Si queremos devolver la vida a nuestros talleres está claro que los ciudadanos de

Kada son la mejor opción. Especialmente ahora que muchos sufren exilio por culpa de Filani y su nueva religión. Como ya he dicho, la devoción de los kadeses hacia el trabajo es admirable.

Gladys observó al patricio. Agapias había dicho que los etrubios eran gente materialista, y no le faltaba razón. Pilatos exponía la guerra y la tragedia de Kada como si fueran un negocio incierto con mucho riesgo y escasa proyección de beneficio. La guardiana suspiró.

—Los más ladrones, los ratones —dijo, apelando al refranero popular.

Pilatos fingió no haber oído aquello y desvió su atención a los heridos y los doctores de plaga. Un carro de sepulturero ya acarreaba con media docena de cuerpos inertes.

Serafina señaló la pasarela de proa, donde el último herido era evacuado, y decidió cambiar de asunto.

—Es momento de trasladar la llama —le dijo a Vettias. Este asintió y se agachó a rebuscar entre sus cosas hasta que dio con el portafuegos. Serafina lo recogió con solemnidad—. Nos hospedaremos en el templo de Ahisma por hoy y allí decidiremos qué...

—Me temo que eso no será posible —interrumpió el Diestro. Su silencio fue breve pero Gladys supo que no anticipaba buenas noticias—. Hace dos días se produjo un ataque y el templo de la diosa en Volsena fue incendiado. Dos de las novicias lograron escapar pero la sacerdotisa administradora fue asesinada.

—Crucificada —concretó Pilatos.

—Flagelantes —escupió el alférez Proisi, que se mantenía un poco alejado de la conversación.

Los demás asintieron, las crucifixiones eran seña de identidad de los fanáticos filanitas. Serafina y Gladys se miraron con preocupación, pues aquello era un obstáculo. La Suma Sacerdotisa de Ahisma, probablemente muerta en esos momentos, les había encomendado la tarea de transportar el fuego de la diosa a la ciudad de Myrevus, donde todas las religiones tenían acogida. Sin embargo, la parada en Volsena siempre había sido parte de ese plan, un lugar seguro donde organizarse antes de emprender el camino a través del Valle de Lágrimas hasta las montañas donde Myrevus se encontraba. Ahora Volsena, quizá toda Etrubia, no era segura para los kadeses y su fe.

—Y en el Valle de Lágrimas parece que se avecina guerra —le comentó Gladys a Serafina.

La portadora miró al cielo, en pocos días las preciadas piedras lunares caerían y todos lucharían por hacerse con ese botín.

—No nos detendremos en Volsena —resolvió Serafina—. Debemos escoltar la llama y lo haremos aunque tengamos que cruzar a pie el Valle de Lágrimas.

Agapias sonrió, una sonrisa franca, como la de un novicio que acabara de ser honrado con el rango de guardián.

—Eso no será necesario —anunció el espadachín—, porque don Quinto puede ayudarnos. A raíz del asalto a la iglesia he contratado seguridad para los refugiados kadeses, mis mercenarios custodian las calles donde están alojados y su mera presencia debería bastar para alejar a los filanitas. Algunos de esos hombres podrían unirse a nuestra expedición y, con unos buenos caballos, llegar a Myrevus antes de que termine la Umbría.

—¿Nuestra expedición? —cuestionó Serafina.

—Soy el Diestro de Kada, y ese fuego es el símbolo de mi ciudad. No me quedaré al margen de esta responsabilidad.

El silencio que siguió a sus palabras se veía interrumpido por los gritos de quienes en el muelle del puerto pedían ayuda a los doctores de plaga. Los alguaciles, con los galeotes ya contados y encadenados, se los llevaban a presidio.

Gladys se volvió hacia Serafina, su veteranía le otorgaba la responsabilidad sobre aquel asunto.

—No hay mejor espada que el Diestro de Kada —recitó Vettias—. Me gustaría que nos acompañara.

Agapias sonrió.

—Hemos de trasladar la Luz de Ahisma hasta Myrevus —les dijo la portadora a los dos hombres—. Pero esa es tarea de los guardianes de Ahisma... Aguardad aquí mientras discutimos.

El Diestro y el patricio asintieron y se alejaron unos pocos pasos para dar intimidad a los guardianes. Estos se congregaron en torno a la Luz de Ahisma, Serafina manipuló el aceite del portafuegos y luego lo inclinó sobre la llama.

Se decía que aquel artefacto había sido un regalo de los viejoimperiales al clero de Ahisma, y prueba de ello era su intrincada estética de motivos lunares que además cumplían la función de ser depósitos de aceite para que la llama siempre ardiera. En la solemnidad del momento, Serafina le indicó al alférez Prosisi que se aproximara.

—¿Qué opináis?

—El Diestro es tan kadés como nosotros —dijo Proisi—. Y su espada os protegerá.

—Protegerá la llama —corrigió Gladys.

—Por supuesto. También podéis contar con nueve de mis soldados, incluido yo, si nos aceptáis. Los demás no están en condiciones de viajar o combatir.

Serafina reflexionó mientras examinaba a los soldados que habían luchado en la *Arcona* y a los dos hombres que ofrecían su ayuda.

—El Diestro se unirá a nosotros —anunció la portadora mientras ajustaba las válvulas del portafuegos—. Pero no estoy segura de Quinto Pilatos y esos mercenarios que su dinero ha comprado.

—Ese hombre sólo busca su propio interés —expuso Vettias—, puedo verlo con claridad, pero ahora mismo sus intereses son los mismos que nuestra misión. Toda ayuda que recibamos debería ser bien recibida, y si vamos a cruzar el Valle de Lágrimas necesitaremos más espadas.

—Sabias palabras, muchacho —dijo Proisi.

—Imagino que los favores del patricio vendrán con demandas futuras —advirtió Gladys—. Esta gente no cree en el altruismo.

El joven novicio suspiró.

—Mañana es mañana pero hoy lo necesitamos.

—He tomado una decisión —anunció Serafina.

Su rostro estaba tenso. Gladys la conocía bien para percibir su lucha interna, entre el deber de proteger la llama y la costumbre que otorgaba esa exclusividad a los guardianes de Ahisma.

—No fue ortodoxo dividir la llama sagrada en tres —dijo Serafina en voz alta—, pero sostengo en mi mano la prueba de que fue la decisión correcta. No es ortodoxo que unos extraños trabajen para la Iglesia de Ahisma, pero la ortodoxia no nos protegerá de los monstruos del Valle de Lágrimas si no logramos cruzarlo antes de que acabe la Umbría.

Todos se aproximaron a Agapias y Pilatos.

—Aceptaré media docena de vuestros mercenarios, y caballos para todos.

Pilatos quedó complacido y, tras entregar una abultada bolsa al Diestro, desembarcó.

—Os deseo suerte, siervos de Ahisma —dijo una vez sus pies estuvieron en tierra firme—. Y que las Cinco os protejan.

La voluminosa figura del patricio se perdió entre los heridos, doctores de plaga, alguaciles y curiosos que se arremolinaban en las inmediaciones de la *Arcona*. Agapias sonrió a los guardianes mientras esgrimía la bolsa con el dinero.

—El líder de los mercenarios se hospeda conmigo en la hostería de Vito Malzone. Allí podréis descansar mientras negocio con él.

Gladys extrajo un poco de viceca y la inhaló.

—Los guardianes de Ahisma no duermen durante la Umbría.

—Entonces comeremos —sugirió el Diestro—. Hay que recuperar fuerzas antes del viaje.

Nadie se opuso, y Proisi desembarcó para reunir a su tropa. Cuando se encaminaban hacia el tablón de proa, Gladys se fijó que Agapias era el único kadés en la *Arcona* que parecía descansado y limpio. Un aspecto conseguido tras haberse librado de los veintitrés días de lucha que había azotado Kada. «O veinte, si es cierto que el tercero se marchó».

Gladys agarró al Diestro del antebrazo. Por muy guardiana de Ahisma que fuera, al noble no le complació aquel contacto, pero a ella no le importó.

—¿Sabéis que el Rocón cayó el cuarto día? —le preguntó al Diestro. La vergüenza se dibujó en el rostro del espadachín—. Las cosas tal vez hubieran sido distintas si la mejor espada de Kada hubiera estado allí para defenderlo. Y ahora, tanto el fuerte como la ciudad se han perdido.

Agapias bajó la vista un momento pero se rehizo en un porte orgulloso, comprometido.

—Mi espada puede que no estuviera en el Rocón pero permanecerá junto a la Luz de Ahisma. Os lo juro.

Gladys liberó al Diestro. «Otro que jura, pero hasta ahora sólo los muertos han cumplido su palabra», pensó mientras abandonaban la *Arcona*.

—En torno a mí —ordenó Serafina.

Vettias y Gladys flanquearon la llama sagrada y todos juntos se adentraron en las calles de Volsena.

Armeno

En la barra de la hostería de Vito Malzone se sirvió otra ronda. Armeno agradeció que el cazarratas tuviera la gentileza de incluirlos a su hermano y a él.

—Donati, amigo mío —comentaba Meribaldo—, ¿de verdad las cloacas ofrecen monedas para gastar con esta generosidad?

—Se paga buen dinero por el oficio —dijo Donati mientras cambiaba su taburete cojo por uno más estable—. Hubo un tiempo en el que matar ratas era uno de los peores trabajos en Volsena. —Los otros cazarratas, más veteranos, asentían a sus palabras—. Pero desde la Gran Plaga el Consejo de la Ciudad se toma muy en serio la limpieza de las calles y lo que hay bajo ellas. Toda una red de túneles que parece un laberinto, con accesos dentro y fuera de la ciudad, millas y millas que las ratas consideran su hogar. Y el Consejo paga a cuatro virutas la rata. Cincuenta y cuatro he matado esta noche. ¡Cincuenta y cuatro! Nadie negará que he aprovechado la última noche antes de la Umbría. Eso bien merece unas cervezas a mi cuenta.

Los cinco hombres de la barra tomaron sus jarras y bebieron con la misma ansia que los soldados tras la victoria. Armeno sólo dio un sorbo a la cerveza, atento como estaba a la puerta. No quería que el alcohol le embotara los sentidos. *No sería un problema.*

—Me alegra compartir la proeza con vuesamerced —dijo Meribaldo, apoyando su cerveza en la barra. Él no se controlaba como Armeno—. Siempre es agradable escuchar historias interesantes en los lugares que visitamos.

La puerta de la hostería se abrió y Armeno se volvió hacia ella al tiempo que cerraba el puño en torno al pomo de su espada, esperando que fuera el Diestro de Kada. «No es él», lamentó antes de relajar la mano. Se trataba de un hombre enorme, más alto incluso que Armeno y mucho más ancho, sus hombros rozaban el marco de la puerta y su presencia provocó el silencio en el establecimiento. Cargaba más acero que una forja y tras su enorme espalda aparecieron otros cuatro individuos con aspecto similar. Sin perder un instante, el gigante y su séquito de buscaproblemas se encaminaron a las escaleras.

—¿Os están esperando, señores? —preguntó Vito Malzone con evidente nerviosismo.

El recién llegado se encaró con el posadero mostrando un rostro ajeno a la bondad. Cuando dio un paso hacia ellos Armeno pudo escuchar el tintineo del acero. «¿Quién lleva cota de malla en la ciudad?», se inquietó el soldado.

—Yo subo arriba, pagano —dijo el hombre con un fuerte acento. Arrojó unas monedas de plata sobre el mostrador.

«¡Filanita!». Armenoladeó el cuerpo mientras miraba de reojo a su hermano. Meri estaba muy quieto, pero sus ojos se alternaban entre los recién llegados y las dos puertas de salida.

El filanita percibió la tensión en el ambiente y continuó hacia las escaleras mientras lanzaba una mirada desafiante al posadero y sus clientes. Una vez desaparecieron, Meribaldo dejó de aguantar la respiración.

—¿Has visto eso, Donati? —gruñó el posadero—. Malditos filanitas. Cómo han cambiado en unos años... Mi abuelo sólo decía bondades sobre ellos, mi padre me advirtió que no les quitara ojo y ahora yo no puedo echarlos de mi hostería sin que el embajador se presente aquí con un alguacil. Esa nueva religión suya los ha convertido en monstruos.

—Si el alguacil viniera aquí no sería para ayudar a ese —dijo otro de los cazarratas—. Tiene pinta de haber matado a más hombres que la peste.

Me recuerda a alguien.

—No nos hagáis hablar a nosotros sobre los filanitas —intervino Meribaldo—. Mi hermano y yo vivíamos al norte de los Picos Sollozantes, ya casi en la Tierra de los Volcanes. —«Ya empezamos con sus historias». El posadero entreabrió la puerta de la cocina, donde un mozo lloroso se afanaba en cortar cebollas, y un agradable olor a puchero salió de su interior—. Teníamos una buena granja, no muy grande, no quiero exagerar, pero sí lo bastante para que los padres de la zona tuvieran a bien venir a cenar con sus hijas, no sé si me seguís. —Donati sonrió con complicidad—. El caso es que la guerra llegó y no pasó mucho antes de que fuéramos parte de los tercios del emperador. Mal asunto ese de la guerra porque...

—Meri —interrumpió Armeno—, estos caballeros ya habrán escuchado bastantes tragedias, especialmente ahora que Kada sufre asedio. No dejemos que piensen que somos unos gruñones. No habrá tiempo para reparar ese error.

—¿No os quedaréis mucho en Etrubia? —preguntó Donati.

Dos o tres puñaladas.

—No —respondió Meribaldo—, sólo estamos de paso. Mi hermano y yo tenemos un asunto aquí en Volsena, y luego iremos a Myrevus. A ver qué empleo pueden conseguir dos veteranos de los tercios imperiales.

—Difícil es entrar en Myrevus si no se es sacerdote o embajador —expuso el cazarratas antes de vaciar media jarra en dos tragos—. Puede que los viejoimperiales ya no existan pero su tozudez la han heredado quienes ahora viven en su capital. No lograréis pasar de Los Escombros sin un padrino.

Meribaldo guardó silencio. Aquello lo delató.

—¿Los Escombros? —preguntó Armeno.

—La ciudad, si es que se le puede llamar así a esa pocilga, que crece cada año a la sombra de sus murallas —explicó Donati—. Muchos soldados como vosotros, que esperaban convertirse en saqueadores de tumbas, acaban allí. Alquilándose a tanto la estocada a señores del crimen que vienen y van con cada nueva traición.

Suena divertido. Armeno fulminó con la mirada a su hermano.

—No me dijiste nada de eso.

—Para convencer hay que mostrar el lado bueno de las cosas, Armeno. ¿Nos habríamos alistado en los tercios si aquel instructor nos hubiera explicado que junto a la paga y la gloria también venían interminables marchas y oficiales incompetentes?

Donati asintió.

—A nosotros también nos enseñan sólo lo bonito. Nadie te habla nunca del hedor, las enfermedades o *La canción de la rata*. Sólo sobre el dinero por cada roedor muerto.

—¿*La canción de la rata*? —se interesó Meribaldo. «Cambia de tema si quieres, pero no me olvido del asunto de Los Escombros»—. Nunca la he oído.

El cazarratas silbó unas notas antes de que sus compañeros le dieran un codazo.

—Vale, vale, ya me callo —les dijo a los demás—. No la escucharás, imperial. Hasta donde yo sé, es un mito, pero los cazarratas más viejos, como estas momias que beben conmigo, dicen que cuando suenan las primeras notas, las ratas se rebelan y propagan la muerte y la enfermedad. Dicen que con esa canción empezó la Gran Plaga. No es que yo crea en esas cosas, pero a veces el viento en las cloacas trae sonidos extraños, y sé de algún cazarratas que ha desaparecido sin dejar rastro. —Apuró la jarra de cerveza—. Lo malo no lo cuentan, pero he aquí lo mejor de este trabajo. —Puso más monedas sobre la barra—. Vito, otra ronda.

El dueño recogió las monedas y comenzó a servir más cervezas cuando la puerta de su hostería volvió a abrirse y lo dejó boquiabierto. Armeno se giró, esperando más problemas.

—Un doctor de plaga —susurró al ver la ropa amarilla y la máscara de rata. Uno de los parroquianos murmuró un rezo a la Madre Vida.

—Doctora —corrigió Meribaldo.

Su hermano estaba en lo cierto, la figura era menuda para un hombre normal y, si se fijaba bien, podía ver el bulto de sus pechos apretujados bajo el cuero tintado. *Deja de pensar en cochinas.* Armeno apretó los dientes con furia. «Ni intimidad tengo ya», se lamentó. *Pero lo que sí tienes es una zurda prodigiosa.*

La mujer de amarillo se acercó a la barra y el posadero salió a recibirla con evidente nerviosismo.

—¿Vito Malzone? —inquirió la doctora.

El posadero tragó saliva mientras asentía.

—¿Está aquí por los extranjeros de mal aspecto que hay en la planta superior?

—¿Quiénes?

—Unos filanitas. Mercenarios, probablemente, últimamente vienen muchos por aquí y...

—No estoy aquí por los filanitas, sino por kadeses.

—¿Kadeses? Yo, yo...

Armeno, curioso hasta ese momento, se centró por completo en las palabras de la máscara de rata.

—Un grupo de kadeses vendrá a lo largo del día a este establecimiento —expuso la mujer—. Ha habido algunos problemas con ellos en el puerto y el Gremio de Doctores necesita asegurarse de que no son portadores de enfermedades peligrosas. Sabemos que uno de ellos se aloja aquí, Agapias Makris.

Armeno contuvo la respiración.

—¿El Diestro? —preguntó Malzone.

—¡Vito! —se enojó Donati—. ¿El mismísimo Diestro de Kada se aloja en la posada y no nos lo habías dicho?

—Pidió discreción y yo...

—Sospechamos que otros kadeses vendrán con él —interrumpió la doctora de plaga—. Necesito revisar las estancias de esta hostería: el salón, la cocina, las habitaciones y los baños, si es que dispone de ellos.

—Sí, sí —se apresuró a decir Malzone—. Mi hostería cuenta con baños y todos los permisos necesarios.

—Excelente. Entonces lo comprobaré ahora mismo —interrumpió con autoridad la máscara de rata—. Empecemos por la cocina.

Vito Malzone se mantuvo dubitativo un instante, pero un enérgico gesto de la doctora de plaga hizo que se adelantara a abrir la puerta de la cocina. El olor a comida se hizo más intenso durante un momento. La mujer entró y el posadero se giró hacia la barra al percatarse de que los cazarratas se ponían en pie.

—Nos vamos —dijo Donati.

—Vamos, amigo —susurró Malzone—. Sabes bien que tengo todos los permisos y mi comida es de la mejor calidad. Estoy preparando ternera estofada con guisantes. —La nariz de Armeno podía jurarlo—. ¿En qué otra hostería te darán una comida más la bebida por sólo seis virutas?

Los cazarratas se resignaron a no terminar sus cervezas y se ajustaron las chaquetas antes de encaminarse a la salida. Un carro traqueteó en el exterior.

—Lo sé, Vito. Y mañana volveremos. Pero es el primer día de Umbría, tal vez sea buena idea atender alguna ceremonia, aunque ya no se pueda en la iglesia de Ahisma. —Lanzó una mirada fugaz a la cocina mientras se alejaba—. Además, no pienso estar cerca de un amarillo si decide acusarnos a todos de ser portadores de plaga. —Se despidió de los hermanos desde el umbral de la puerta—. Tened cuidado mientras estéis en Volsena. Son esos doctores quienes deberían estar en el Consultorio y no los enfermos. Especialmente esa bruja.

Los cazadores de ratas desaparecieron tras la puerta, con sus cervezas todavía sin terminar sobre la barra. «Sí que le tienen miedo a los doctores de plaga». Armeno se giró hacia su hermano.

—¿A qué se refería con eso de la bruja?

—¿No le has visto los ojos?

—¿Ojos negros? —Meribaldo asintió—. ¿Qué hacemos ahora? Yo no pienso marcharme si el Diestro va a venir aquí.

—No, hermano. No vamos a irnos. Supongo que sólo nos queda esperar.

Y eso hicieron. Ora sentado, ora paseando por el salón, Armeno hizo lo posible por matar el tiempo. La estancia era propicia para ambos pasatiempos, pues tenía treinta y dos pasos de largo por veintitrés de ancho, sin contar la zona de barra y las escaleras al piso superior. La sala estaba repleta de mesas de diversos tamaños. Algunas para diez o doce comensales y otras en las que entrarían cuatro algo apretados. Había un par de chimeneas pero sólo una de ellas estaba encendida, el invierno no había llegado y poca leña se necesitaba para calentar, aunque fuera el primer día de Umbría. Las numerosas velas también aportaban calor y sequedad al ambiente. El piso superior crujía con los pasos de quienes estaban arriba pero la planta baja era de piedra, con un suelo de baldosas con motivos circulares. Sin embargo, todo tenía aspecto envejecido, como si aquella posada hubiera sido una muchacha de gran belleza cuarenta años atrás.

Escucharon crujir la puerta de la cocina y Vito Malzone salió de su interior. Antes de que la puerta de la cocina se cerrara vieron a la doctora de plaga asomarse a un gran puchero sobre el fuego.

—¿Algún problema? —preguntó Armeno.

El posadero fracasó en mostrar una cara despreocupada. Su piel brillaba demasiado para un hombre tranquilo.

—No tenéis que preocuparos de nada. La hostería de Vito Malzone cumple todas las ordenanzas de higiene y calidad en la comida. La doctora en persona podrá decírselo. ¿Necesitan algo los señores?

—No se preocupe vuesa merced —dijo Meribaldo—, nosotros estamos bien aquí.

El posadero subió las escaleras con prisa y lo vieron desaparecer.

—¿Qué hace esa doctora de plaga en la cocina? —preguntó Armeno. Su hermano se encogió de hombros.

Los crujidos en el piso superior continuaban pero nada se escuchaba en el interior de la cocina. Tan solo el olor del estofado se filtraba a través de la puerta.

—No sé, Armeno, pero Vito parece un hombre decente y yo tengo mucha hambre. Ese café en el puerto ha sido toda una sorpresa pero no es suficiente para calmar a mi estómago. Habrá que comer algo.

En ese momento la puerta volvió a abrirse y Armeno vio a un individuo aseado y de aspecto atlético en el umbral. Sus ropas eran de paño reservado a los nobles y el escandaloso bigote había conquistado la cara. Lo reconoció de inmediato. ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! «¡Cállate!», le ordenó a la voz.

El Diestro no estaba solo. Más de una docena de personas lo seguían. Y todas iban armadas. Había ocho o nueve soldados kadeses de aspecto cansado, algunos incluso tenían manchas de sangre en la ropa y un particular brillo en los ojos, propio de soldados derrotados. Los otros tres individuos eran todavía más llamativos. Una mujer madura, una muchacha y un muchacho más joven. Parecían examinarlo todo con suspicacia y no tardaron en fijarse en Armeno. Llevaban ropas granates que habían visto días mejores, con una llama bordada en el pecho. *Estos idiotas siempre se colocan una diana sobre el corazón.* Los pomos de sus espadas representaban el mismo

símbolo.

—Guardianes de Ahisma —susurró a su hermano—. ¿Qué hacen aquí?

—No sólo eso —dijo Meribaldo—, traen el fuego de la diosa.

Armeno había visto la antorcha, pero no había caído en su significado. Le había aparecido una tea ordinaria, pero los dos guardianes más jóvenes formaban una barrera en torno a la mujer mayor, que portaba la llama. Una antorcha de exquisita manufactura viejoimperial.

—Kada ha caído —dijo Meribaldo.

La guardiana más joven miró en su dirección y Armeno supo que había oído aquello. La muchacha no dijo nada. No necesitó hacerlo. Estaba en sus ojos y en los de sus acompañantes. «Kada ha caído», meditó Armeno. El último aliado del Imperio Nuevo había sucumbido a los filanitas y ahora su patria estaba abandonada a su suerte. No es que Armeno hubiera tenido algún aprecio al emperador, Meri todavía menos, pero dejar de lado a la minoría que gobernaba y asfixiaba a impuestos no era lo mismo que hacerlo con los millones que pagaban esos impuestos y sufrían las penurias de la guerra. Los días que los hermanos fueron parte de esa mayoría no estaban muy alejados.

Unos pasos apresurados en las escaleras anunciaron la llegada del posadero. Tras él venía una moza.

—Ve a la cocina a ayudar al chico —dijo el dueño del establecimiento—, estos señores tendrán hambre. ¿No es cierto? —exclamó a los recién llegados—. Bienvenidos, señores de Kada, a la hostería de Vito Malzone.

—¿Nos esperaban? —preguntó la guardiana más joven. Armeno se fijó en cómo cerraba el puño en torno al pomo de su arma.

Mientras la criada entraba en la cocina, el dueño señaló al grupo de kadeses, a las mesas y por último al Diestro, como si no supiera muy bien cómo reaccionar.

—No, sí, bueno... Esperábamos a su señoría don Agapias, y alguno de los hombres que suelen acompañarlo.

El Diestro se adelantó con una amplia sonrisa y pidiendo calma con las manos. *Una estocada en el pecho.*

—Necesitaremos comida en abundancia, Vito —dijo Agapias—. Mi buena gente ha sufrido mucho y se merece algo de descanso antes de marchar. Pero antes necesito al Espolón, ¿está por aquí?

—¿Quién?

«¿Quién?».

—El Espolón —repitió el Diestro—. Abramo Racone, el capitán mercenario.

«¿Capitán mercenario?».

—Ah, él. No, don Abramo no ha pasado por aquí en todo el día, pero alguno de sus hombres lo hará. Saben que tengo la mejor cerveza de trigo de la ciudad. ¿Quieren que les sirva unas jarras con la comida?

—Nada de alcohol —manifestó la guardiana más mayor.

—Manda un mozo a buscar al Espolón, ¿quieres?

—Sí, señoría. Así se hará.

Vito Malzone se adentró en la cocina, donde la figura de amarillo seguía haciendo sólo las diosas sabían qué, y poco después el mozo salió de ella con no poca prisa. El muchacho se adentró en la oscuridad de la calle mientras el dueño se situaba tras la barra a preparar una bandeja con abundantes cubiletes de agua y unos frutos secos.

—El asunto se complica —susurró Meribaldo.

Armeno examinaba la estancia: el número de espadas, la distribución de las mesas, cómo acercarse hasta el Diestro sin levantar sospechas, cuántos pasos hasta la salida más cercana... Mirara donde mirara, no veía más que obstáculos y aceros preparados. No terminaba de ver cómo podría matar a Agapias Makris sin que los otros kadeses lo acuchillaran como a un perro.

Puedo con todos.

«No quiero forzar la situación».

La cobardía de tu hermano es contagiosa.

—Mi hermano es un hombre prudente —masculló Armeno.

Meribaldo se inclinó y habló en voz baja.

—¿Otra vez él?

—Quiere matarlos a todos.

—Prefiero un plan con menos sangre —dijo Meribaldo tras echar un vistazo a la sala repleta de soldados—. Especialmente la mía.

Armeno suspiró.

—Si no nos damos prisa una compañía de mercenarios aparecerá por esa puerta en cualquier momento.

—Sí, yo también he oído lo del Espolón, pero no hay nada que podamos hacer ahora y si empiezas con las estocadas ten por seguro que yo voy a morir. No todos tenemos un amigo especial de nuestro lado.

Dile que siempre estoy abierto a nuevos pactos. Armeno no dijo nada, se limitó a contemplar cómo los kadeses se sentaban en las mesas, formando un círculo protector en torno a la mesa del fondo, donde los guardianes habían colocado la llama en un trípode. En esa esquina fortificada se sentaba el Diestro de Kada.

«Mierda».

Gladys

El espadachín de la barra examinaba sus botas para disimular, pero Gladys veía que no le quitaba el ojo de encima a la Luz de Ahisma. No estaba segura sobre qué era lo que había despertado el interés del hombre, pero se sentía vigilada. La vestimenta y el sombrero de ala ancha lo delataban como un imperial, su compañero, aunque más discreto, también lanzaba breves vistazos hacia la llama. ¿Quiénes eran y qué asuntos les traían hasta aquella hostería? ¿Podrían ser filanitas de incógnito? Con la mano sobre el pomo de la espada, la guardiana especuló sobre si representaban un riesgo o si sólo eran dos curiosos sorprendidos de que la Luz de Ahisma estuviera en una hostería de Volsena. De modo que Gladys los examinaba aunque hubiera otros asuntos que requiriesen su atención.

—Cuanto menos permanezcamos en la ciudad, mejor —decía Serafina—. Si hay flagelantes lo bastante osados como para atacar un templo... Tendremos que trasladar la llama a Myrevus antes de lo previsto, tengamos o no ayuda de los ratones. —Se volvió hacia Agapias—. ¿Seremos realmente capaces de cruzar el Valle de Lágrimas antes de que termine la Umbría?

El Diestro se recostó en la silla y se pasó dos dedos por su descomunal bigote.

—Eso depende de cuánto dure esta vez —dijo finalmente—. Si son cuatro o cinco días, podríamos conseguirlo, pero si la oscuridad termina al tercero estaremos expuestos cuando caigan las lágrimas.

—Señoría, ¿puede hacerse? —insistió Serafina.

—Con el dinero de don Quinto podríamos comprar caballos para llegar hasta la frontera etrubia, pero desde ahí tendremos que seguir a pie o en mulas. El terreno en el valle es... diverso. Podríamos toparnos con paredes de roca o colinas infranqueables, todo dependerá de cómo ha quedado el lugar tras la última lluvia de lágrimas.

Serafina apoyó los codos sobre la mesa en actitud reflexiva.

—¿De verdad no sabemos cómo es el terreno allí?

Agapias se encogió de hombros.

—Es imposible que yo lo sepa, guardiana. Ni los más doctos podrían decíroslo con seguridad. Con cada lluvia de lágrimas el terreno se altera de un modo que haría enloquecer la mente de quienes no están acostumbrados. ¿Habéis visto alguna vez en un mapa el curso del río Inquieto?

—Es una línea recta —declaró Vettias—. Una línea de puntos.

Gladys hizo una mueca. Estaba segura de haber estudiado aquel mapa cuando era una novicia, pero siempre había prestado más atención a las clases de espada que a las de lectura.

—Exacto —confirmó el Diestro—, porque ningún cartógrafo sabe qué curso seguirá tras cada Umbría. Lo trazan como una línea recta porque saben que nace en los Montes de Ceniza y desemboca en el estrecho de la Garganta, pero el camino que toma para llegar hasta allí varía constantemente. El terreno se altera, formando colinas, llanuras o mesetas de forma caprichosa. Por esa razón no existen carreteras, ni siquiera senderos, en el Valle de Lágrimas. Eso sin contar los monstruos que puedan aparecer tras la lluvia. Ahora son cadáveres que se pudren bajo la noche, pero cuando llegue el amanecer podríamos encontrar acémilos, salamandras de fuego, quebrantahuesos, negranoches, algún gólem...

Se produjo un silencio, sólo interrumpido por la conversación de los soldados de Proisi en la mesa próxima, que compartían malas experiencias sobre el asedio de Kada y preguntaban por el paradero de este o aquel camarada. Muerto o desaparecido, solían responder, si es que respondían.

Gladys se fijó de nuevo en el Diestro de Kada, quien aguardaba una respuesta de los guardianes.

—Sigue siendo mejor opción que viajar por mar —expuso Serafina—. El capitán Sysio dijo que los filanitas eran dueños de todo el océano al norte del cabo del Lamento.

—La flota etrubia podría ayudarnos —intervino Gladys—, si tuvieran algo de honor.

—Quinto Pilatos es cuanta ayuda recibiremos —recordó Agapias.

El posadero y una moza trajeron las primeras jarras de agua. Los hombres de Proisi protestaron porque no hubiera cerveza o vino, pero una breve reprimenda de Serafina bastó para que el agua les pareciera el más delicioso de los brebajes. Gladys contempló su cubilete con suspicacia y llamó al posadero.

—¿Este agua viene del río Inquieto? —El dueño la miró extrañado y terminó por asentir—. Quiero otra cosa. Naranjas exprimidas, leche... me da igual. Pero nada de alcohol, té o cualquier bebida que lleve agua de ese río.

Una sombra de indignación recorrió el rostro del posadero, pero se recompuso rápidamente.

—Mi agua es tan buena como si acabara de caer del cielo —aseguró—. Puedo traerle otra cosa si lo desea, pero tenga la certeza de que los etrubios acostumbramos a tratar bien a los extranjeros.

«Excepto cuando hay que salvar una ciudad de las llamas». Apretando los puños, Gladys fue a ponerse en pie. Una mano le sujetó el antebrazo.

—El agua del río es saludable —dijo Agapias—. Se ha bebido toda la vida y nada malo ha sucedido.

Para probar sus palabras, tomó su cubilete y le dio un trago largo sin dejar de mirar a la guardiana. Al terminar, alabó su frescura.

—¿Puedo traerles la comida, señoría? —preguntó el posadero tras lanzar una mirada de agradecimiento a Agapias—. Es ternera estofada con guisantes, cebolla y zanahoria. En esta hostería le añadimos especias de Ultramar para que el comensal sepa que está en un establecimiento donde se le cuida. —Su mirada perforó a la guardiana.

—Adelante, Vito —dijo Agapias—. Estoy seguro de que será un plato delicioso y mis compatriotas lo agradecerán. Están hambrientos y algo caliente en el estómago les reconfortará.

—Servid primero a quienes han luchado —añadió Serafina, señalando a los soldados de Proisi—. Esperaremos.

El posadero se dio la vuelta y se encaminó a la cocina. En la barra, los dos imperiales hablaban en voz baja y seguían observando a los kadeses. El alto mantenía una mirada dura, llena de impaciencia, mientras el más bajo se mostraba más tranquilo, acariciando distraído un colgante de Ahisma que llevaba al cuello. Gladys se tranquilizó un poco al ver aquello.

Con una sorprendente rapidez, el posadero y la moza volvieron a aparecer por la puerta de la cocina, con platos de comida humeante sobre las bandejas. Antes de que la puerta terminara de cerrarse, Gladys percibió una figura amarilla moverse en el interior.

—¡Qué bien huele! —dijo uno de los soldados de Proisi.

Ellos fueron los primeros en recibir su plato y no perdieron un instante en hincar la cuchara. Los gestos de sus caras daban testimonio de que la comida estaba bien caliente, pues algunos boqueaban mientras se les abrasaba la lengua, pero el hambre los dominaba y no se detuvieron.

La moza que servía la comida era atractiva, y uno de los soldados más jóvenes se lo hizo saber con una ronda de gruñidos cansados que pretendían ser halagadores. El posadero, que traía a la mesa de los guardianes una bandeja con cuatro platos, hizo como que no veía aquello. Ante la insistencia del soldado, la muchacha lo desairó con un gesto brusco y otro la agarró del culo.

El bofetón resonó por toda la estancia.

—Así aprenderá —dijo Serafina mientras se escuchaban las risas de los compañeros del muchacho, quien se tapaba la boca como si temiera que un diente se le fuera caer.

Ofendido, el joven soldado se puso en pie y dio un empujón a la moza, que tropezó y sólo la agilidad de Agapias evitó que cayera. Pero los tres platos que había sobre su bandeja cayeron al suelo, parte de su contenido cayó sobre el brazo de Gladys. Ardía como una forja.

—Lo siento, guardiana. No pretendía...

—¡Soldado! —bramó Proisi. El joven se volvió hacia su oficial—. Si tanto desprecias la comida, lo mejor será que no pruebes bocado. Y visto que los guardianes de Ahisma también merecen un descanso, de modo que tú permanecerás de guardia en la puerta de la hostería hasta que hayamos terminado de comer.

El muchacho señaló a la moza.

—Es ella quien...

—Soldado —interrumpió Serafina—, tienes guardia. Cumple con tu deber.

Los ojos del joven protestaban pero su boca no se atrevió. Tras coger sus cosas, el soldado condujo sus pasos hasta la puerta del establecimiento y allí se plantó. Mascullaba por lo bajo y lanzaba miradas acusadoras al alférez y a la moza, pero cumplía sus órdenes.

Gladys sonrió a Serafina.

—Deberías aspirar a mariscal.

—Soy portadora de la Luz de Ahisma. No aspiro a más.

El posadero limpiaba los restos de comida sobre la mesa mientras su empleada recogía los trozos de cerámica que instantes antes habían sido platos. Únicamente Vettias tenía comida frente a él.

—Señorita guardiana —dijo el hombre—, hay un aseo en esta planta. Es de uso compartido para todos los clientes pero allí encontrará lo necesario para limpiarse. Siento mucho lo ocurrido y enseguida le traeré a usted y a los suyos otro estofado.

«¿Un aseo de uso compartido? —pensó Gladys—. ¿Acaso las habitaciones de esta posada cuentan con letrinas privadas?». En Kada sólo la Suma Sacerdotisa no compartía aseo con las otras sacerdotisas y guardianas.

—Están locos estos etrubios —murmuró mientras se levantaba de la mesa.

De camino al aseo pasó junto a la mesa de los soldados, que daban buena cuenta de los platos, y los imperiales de la barra. Vio al más bajo alzar una mano.

—¡Un par de platos por aquí, Vito! —exclamó—. Ese estofado huele de muerte.

—Enseguida, amigos míos —respondió el posadero—. Si se sientan en una mesa, les atenderé tan pronto como termine con estos señores kadeses.

«¿Dónde van a sentarse?», se preguntó Gladys mientras aceleraba el paso. Sería mejor lavarse rápido y regresar cuanto antes junto a la Luz de Ahisma.

Los trozos de comida se desprendieron con facilidad, pero la mancha marrón del caldo de la comida se adhirió a la ropa, sumándose a la sangre seca, el barro y los restos de pólvora. No se había fijado hasta ese momento en su propio hedor, fuerte contraste con el olor a hierbas aromáticas de aquel aseo. Incluso la letrina olía razonablemente bien. «La obsesión de los etrubios por la higiene es enfermiza». Terminó de asearse y regresó al comedor. El soldado abofeteado montaba guardia en la puerta de la hostería.

Al doblar la esquina, Gladys vio a Serafina de pie mirando fijamente a los dos imperiales que acababan sentarse. Se acercó a la portadora con la mano sobre el pomo.

—¿Algún problema, Serafina? —susurró.

—Ninguno —respondió mientras volvía a su silla—, sólo quería asegurarme de que no se sentaban demasiado cerca de la llama.

—Tú también te has fijado en cómo nos miran.

Serafina asintió y le indicó con un gesto que se sentara a la mesa. El posadero había traído tres platos más y una mancha húmeda junto a la silla de Gladys era cuanto quedaba del estropicio. Se percató de que el plato de Vettias palidecía ante la hambrienta boca del novicio. Gladys le lanzó una mirada de reprobación, ella también estaba hambrienta pero era irrespetuoso comer sin esperar a guardianes de mayor rango.

En la mesa de la tropa, las voces perdían intensidad.

—¿De qué dinero disponéis ahora mismo, Agapias? —preguntó Serafina—. Será mejor contar con los recursos del hoy y no lo que pueda traernos o llevarse el futuro.

—Un momento —respondió el Diestro mientras echaba mano de la bolsa de Pilatos. Deshizo el nudo y la abrió, revelando una nada despreciable cantidad de sólidos de oro mezclados con algunos marcos de plata. No había ni rastro de virutas. «Mucho oro es ese», pensó Gladys mientras Agapias contaba monedas—. Tenemos casi treinta sólidos para cruzar el Valle de Lágrimas. Pero sigo pensando que la mejor opción es que nos encontremos con la marquesa, está en Presafirme y le podríamos pedir asilo hasta que sepamos qué hacer.

—Sabemos qué hacer —dijo Serafina, observando aquel dinero y dirigiendo breves miradas al fuego que ardía a su lado—. Entregar la llama al templo de Ahisma en Myrevus.

Gladys tomó su cuchara para empezar a comer cuando vio la mesa de la tropa llena de cabezas somnolientas.

—No deberían dormir —mencionó la guardiana.

—Ha debido de ser una travesía muy dura —les excusó Agapias—, y después de lo ocurrido en Kada... Dejad que esos hombres recuperen fuerzas, dentro de unas horas estaremos de camino y los necesitaremos alerta.

Tres o cuatro de los soldados ya estaban casi dormidos y el resto parecía haber perdido las ganas de hablar. Gladys notó un peso sobre su hombro. Vettias bostezaba a su lado.

—¿Estás bien?

—¿Eh? —preguntó el novicio—. Sí. Perdona, Gladys. Es que estoy muy cansado y... —Bostezó—. Y creo que me... que me vendría bien...

Sus ojos se cerraban pese a sus intentos de mantenerlos abiertos. Serafina lo miró un instante con reprobación antes de colocar un vial de viceca frente a Vettias.

—Novicio, los guardianes de Ahisma no duermen durante la Umbría.

Reticente pero disciplinado, el novicio inhaló el polvo. Las pupilas se le dilataron de inmediato, expulsando todo rastro de cansancio del rostro de Vettias. Serafina asintió y devolvió su atención a los tres montones de monedas que Agapias ordenaba y enumeraba.

—Caballos. Comida. Peaje.

—¿Peaje? —preguntó Serafina.

—Sobornos —corrigió el Diestro—. Pueden abrir muchas puertas. Además, es posible que debamos pagar alguna tasa si navegamos por el Canal Alto.

Vettias bostezó.

Agapias siguió distribuyendo dinero en diversos montones. El posadero apareció con dos platos más y se los

llevó a los imperiales. El más bajo metió la cuchara en el estofado sin esperar a que sirvieran a su compañero. Gladys miró con ansia el suyo, que permanecía tan intacto como los de Agapias y Serafina. Los demás ya habían comido y ahora se recostaban en los asientos con...

Un escalofrío recorrió la espalda de Gladys.

Sus ojos pasaron de aquellos platos vacíos a Vettias, al plato del novicio y luego a los soldados que apenas pronunciaban palabra. Sólo el más joven estaba completamente despierto, de guardia en la puerta mientras lanzaba miradas furiosas hacia la moza que lo había abofeteado. No había ni rastro de sueño en su actitud.

«¡Él no ha comido!».

—Serafina... —susurró alarmada mientras acercaba lentamente la mano al pomo de su espada.

En ese momento, el imperial alto desenvainó su daga y, sin mediar palabra, se la clavó en el antebrazo al posadero.

Armeno

Vito Malzone gemía de dolor y las lágrimas descendían por su rostro enrojecido. Se agarraba el brazo herido, donde la sangre que brotaba a borbotones manchaba los sombreros de los imperiales mientras los ojos del posadero suplicaban una explicación. Armeno, con la cuchara en la otra mano, estaba tan sorprendido como el pobre hombre.

—¿Por qué has hecho eso? —exclamó Meri.

«¿Por qué has hecho eso?».

¿Ni un simple «gracias»?

Armeno miró su daga clavada en el antebrazo del hombre, tan hundida que había perforado la mesa. La sangre se extendía sobre la madera, mezclándose con la comida volcada. Antes de que la primera gota tocara el suelo, comprendió lo que había ocurrido.

—Meri, ¡tira ese plato! —exclamó, poniéndose en pie mientras desenvainaba la ropera—. ¡Y vomita lo que hayas comido!

—¡Alférez, en guardia! —gritó a su espalda la joven kadesa mientras se oían varios aceros desenvainarse.

Armeno la ignoró y agitó la daga aún clavada en la mano del atónito posadero.

—¿Había veneno en mi comida? —le preguntó a Vito Malzone.

Tras oír aquello, Meribaldo se inclinó sobre la mesa y se metió los dedos en la garganta. Sus arcadas revolvieron el estómago de Armeno, pero era la primera vez que podía alegrarse de oír aquello.

—¿Por qué has querido envenenarme? —insistió al posadero.

Malzone no respondió. Estaba pálido.

«¿Por qué ha querido envenenarme?».

No me interesan las motivaciones de quienes no ofrecerían un pacto.

«No fue un pacto».

Entonces no debo de estar aquí.

—¿Por qué has intentado envenenarnos? —exigió al posadero.

—¡Alférez Proisi! —gritaba la guardiana—. ¡Alférez, despierte!

Un errático ruido de sillas llegó desde la mesa de los soldados. Armeno ladeó al cabeza para ver que algunos tenían problemas para incorporarse, como si su ropa estuviera hilada en plomo. Uno de los kadeses se cayó de la silla y permaneció en el suelo, paralizado salvo por los confusos movimientos de su cabeza.

—Os juro que yo —decía Vito Malzone—. Yo, yo no...

Armeno oyó los apresurados pasos en la planta superior a la vez que alguien gritaba en el interior de la cocina. Se le pusieron los pelos de punta. «Gritos de batalla. Filanitas». Unas sombras emergieron rápidamente junto a las ventanas que daban a la calle y la escalera empezó a temblar como si un caballo acorazado bajara al galope.

—¡Mierda! —maldijo mientras liberaba la daga del brazo del posadero y encaraba sus armas hacia la escalera.

La puerta de la hostería se abrió con tal ímpetu que una de sus bisagras reventó. Un hombre armado con espada de hoja ancha entró por ella y se abalanzó sobre el kadés de guardia, quien milagrosamente detuvo los dos primeros envites. El soldado gritaba pidiendo ayuda cuando otros guerreros también entraron. Aparecieron más en las escaleras, uno de ellos era el gigante que había llamado pagano al posadero. En sus manos empuñaba un hacha descomunal.

—¡Meri, quédate a mi espalda! —dijo Armeno mientras afirmaba los pies en el suelo—. ¿Meri?

Su hermano había desenfundado el espadín y miraba con terror hacia la puerta de los establos, donde otros tres filanitas bloqueaban la salida.

Atrapados.

Los atacantes se abalanzaron sobre los indefensos soldados de la mesa, que apenas podían ponerse en pie o aferrar sus armas, y los acuchillaron como a cerdos. Los gritos, en kadés y filanita, se mezclaban con la canción del acero y la carne. El oficial de la tropa logró ponerse en pie justo antes de que una maza lo golpeará en el pecho. Armeno escuchó el crujir de los huesos y el oficial cayó al suelo.

—¡Hideputas, volved a vuestro asqueroso país!

A menos de cuatro pasos, Meri mantenía el arma en alto, estocando a la defensiva mientras dos aceros le ganaban terreno. «Demasiado para ti». Armeno lo agarró del brazo y tiró de él, obligándolo a retroceder mientras se interponía entre los filanitas de las escaleras y su hermano.

No van a por ti. Cuatro de los filanitas, incluido el gigante, dieron un rodeo a la mesa de los hermanos para

atacar a los kadeses que custodiaban la llama; otro de ellos cargó por la espalda contra el soldado de la puerta, que cayó en dos tajos, pero uno de los filanitas, feo como una letrina, fue directo hacia Armeno con lo que parecía un hacha de leñador. *Pero no les gustas.*

El filanita dio un par de pasos rápidos, se subió a una silla e, impulsándose, atacó de un salto. Armeno esquivó el cabezal del hacha y este se hundió en la mesa con tal violencia que docenas de astillas salieron volando por los aires. Armeno dio un tajo ascendente al costado expuesto del filanita, pero el filo de su ropera chirrió contra algo duro. «¡Armadura!». No tuvo tiempo para entrar en pánico, pues su adversario apuntó a sus piernas y Armeno tuvo que saltar para librarse del hachazo. Antes de que el filanita se levantara, lanzó una serie de estocadas rápidas para obligarlo a mantenerse a la defensiva.

Eso es. Más arriba. Casi. Al cuello. Muy bien. Muy bien. Un paso a la izquierda. Al brazo. Muy bien.

—¡Cállate!

Armeno dio un rabioso tajo que su rival bloqueó con el mango del hacha. Armeno avanzó un paso y su zurda se proyectó como un rayo hasta clavarse en la mejilla del filanita. La punta ensangrentada asomaba por la oreja opuesta.

De nada.

Armeno se giró hacia su hermano, que parecía al borde del pánico ante la cantidad de estocadas, hachazos y puñaladas que los rodeaban. Los soldados kadeses eran prácticamente cadáveres. Hubiera lo que hubiera en aquel estofado, los había dejado indefensos. Seis o siete eran cuerpos inmóviles llenos de heridas sangrantes y los filanitas se enseñaban con los restantes. Sólo los guardianes y el Diestro parecían aguantar, prietos como una fila de piqueros y acosados por tres lados.

—¡Armeno! —exclamó Meri.

«Pardiez, los de la puerta». Avanzaban en ese momento por el comedor. Tras mirar un instante el cadáver de su compañero, se lanzaron sobre los imperiales profiriendo gritos de muerte y odio acérrimo. Las espadas imperiales les hicieron frente.

Meri no estaba a la altura.

Aquellos no eran bandidos rurales, que en rara ocasión cruzaban espada, sino guerreros filanitas, flagelantes, suponía Armeno, y la rabia con la que atacaban parecía impropia de seres humanos. Hachas, espadas y hasta una maza, armas muy pesadas que hacían que a Armeno le ardieran los brazos por el esfuerzo de bloquearlas. *Deja de quejarte, no podrás matarte.* Pero no era su propio pellejo el que estaba en juego. Meri apenas lograba desviar los ataques, su movimiento de muñeca era inadecuado para luchar contra varios adversarios y en el juego de pies los filanitas lo estaban aplastando. Armeno sabía cómo acabaría eso.

«Protege a Meri».

No es así como funciona.

«Tú y tus hideputas normas», pensó mientras daba un par de pasos a la izquierda, poniéndose frente a su hermano. En un instante, Armeno tuvo media docena de armas acosándolo.

—¿Qué haces? —exclamó Meri.

El sudor le corría por todo el cuerpo. Su zurda se movía tan rápido que apenas podía verla, pero sí notaba el impacto cada vez que esos movimientos imposibles bloqueaban un ataque. Todos los ataques. Los filanitas le gritaban encolerizados de frustración; cabezales de hacha, puntas de espada y daga, todo cuanto le lanzaban a Armeno este lo desviaba en una cacofonía de choques de acero que martilleaba los oídos. *Ingenioso.* Armeno fue desplazándose hasta interponer una mesa entre él y dos de los enemigos, dándole un breve respiro que utilizó para atacar a un flagelante. Una cuarta de acero se hundió en el muslo del fanático, suficiente para obligarlo a que se alejara cojeando.

Una detonación a su espalda le hizo girar la cabeza. La guardiana más joven estaba parcialmente oculta por el humo, con una pistola en su mano. A tres pasos de ella, un filanita se llevaba una mano a un agujero de su peto. Tras un latido de corazón, se desplomó sobre los cadáveres de los soldados kadeses. La guardiana alzó su espada para seguir luchando.

—¡Atrás! —gritó Meri—. ¡Atrás!

Aprovechando el instante de conmoción, los dos hermanos retrocedieron entre las mesas, usándolas de parapeto para cubrirse de las armas filanitas. Meri cogió una silla y la lanzó contra los flagelantes, que la esquivaron con facilidad. Los guerreros se recompusieron tras el tiro y continuaron su avance, encerrando a los imperiales contra la pared. «¡Estamos atrapados!». A su derecha, siete filanitas luchaban contra las dos guardianas de Ahisma, ayudadas por el Diestro. *Mátalo. Mátalo. Mátalo.* Un tercer guardián tenía la espada desenfundada, pero se apoyaba en la pared, en una angustiosa lucha por no cerrar los ojos.

Olía a sangre y cerveza derramada.

—¡Pardiez! Esto es de locos —dijo su hermano.

Meri tenía razón. Ellos había acudido a Volsena para matar al Diestro de Kada, un asunto turbio pero necesario, y de algún modo que no comprendía habían acabado enfrascados en una pelea de taberna. «No es una pelea de taberna», pensó al ver los cadáveres de los kadeses, cubiertos de heridas abiertas o con el cráneo aplastado a martillazos. Era una masacre propia de las provincias ocupadas. Filanitas y kadeses cruzaban estocadas en una lucha a muerte, con la llama de Ahisma iluminando el sudor sobre los rostros. Y a los hermanos los habían sorprendido en medio de aquella guerra religiosa.

En ese momento, Armeno percibió una figura vestida de amarillo caminar con calma tras los filanitas. «¡Ojos negros!». *Estamos en Umbría*. Aquellas palabras no reconfortaron a Armeno. La magia seguía siendo magia, quién sabía lo que una de esas sacerdotisas era capaz de obrar. Su zurda no lo protegería de un rayo. *No seas ignorante, no puede hacerte nada*.

No quiso tentar a la suerte y se alejó de allí, hacia la mesa donde ardía la antorcha. Las espadas kadeses formaban un semicírculo defensivo en torno a la Llama Eterna. La mesa estaba volcada a modo de parapeto y lo que había sobre ella, platos, cubiertos y velas, estaba desperdigado por el suelo, incluida una pequeña fortuna en monedas de oro y plata que Armeno no tuvo la tentación de agacharse a recoger.

La guardiana más mayor les gritó algo tras bloquear un hachazo filanita.

—¡Somos amigos! —exclamó Meri.

Uno de los flagelantes se coló entre dos mesas y lanzó una estocada. Armeno detuvo el envite con la zurda y contraatacó clavando su ropera en el costado del flagelante. La punta no se hundió ni media cuarta pero al extraerla la vio manchada de sangre.

—¡Putá armadura! —exclamó furioso. Sabía que sin un martillo enastado o una pistola no lograría perforar aquellos petos.

Continuaron batiéndose, imperiales y kadeses juntos, mientras los filanitas cerraban los huecos hasta rodear la mesa de la antorcha. A una orden de la bruja, cesaron de atacar.

—Rendíos —dijo la mujer de amarillo en un imperial impecable.

—¡Nunca! —jadeó la guardiana joven.

Los filanitas recuperaban el aliento mientras estudiaban a sus rivales.

Armeno examinó sus posibilidades. Dos de los filanitas estaban muertos y otros dos estaban heridos, aunque uno de ellos se negaba a abandonar la lucha. A la vista de los cadáveres kadeses, Armeno optó por contar a los vivos. «Seis. Y eso incluyendo al dormilón». El joven guardián de Ahisma parecía algo recompuesto tras inhalar lo que parecía viceca, pero empuñaba la espada como un borracho y eran sus compañeras quienes realmente se enfrentaban a los filanitas. El Diestro se mantenía en guardia, con ojos fijos en sus rivales. Armeno admiró la firmeza de su porte. «Sí que es el Diestro de Kada».

Pues ya sabes qué hacer.

La bruja señaló la Luz de Ahisma y ordenó algo en filanita.

—Meri, ¿qué ha dicho?

Su hermano alzó su espadín.

—Nada bueno.

El choque de aceros regresó. Los filanitas arremetían con furia, tratando de estrechar el espacio de quienes estaban alrededor de la llama.

—¡Tenemos que llegar a la puerta de los establos! —dijo la joven en imperial.

«Complicado», pensó Armeno. En medio se interponía la mesa donde los soldados habían comido, cuyos cadáveres se amontonaban en el suelo cubierto de sangre, además de cuatro o cinco filanitas que cerraban aquel lado, incluida la mujer de amarillo, que si bien se mantenía en actitud prudente tenía una espada tan afilada como cualquier otra. Las probabilidades no eran buenas, pero la alternativa era casi una docena de flagelantes sedientos de sangre.

El otro guardián, algo más despierto a cada dosis de viceca, unió su espada a la lucha, liberando presión sobre los demás. Armeno agradeció aquella ayuda, pues eran muchos los aceros contra los que luchar. Y Meri no podría con todo lo que le echaban encima.

Un hueco se abrió en la defensa de los kadeses y uno de los flagelantes se abalanzó sobre el Diestro, golpeándolo con el hombro. El kadés perdió el equilibrio y la sangre del suelo hizo que resbalara y cayera. *Mátalo. Mátalo. Mátalo*. Otro flagelante se adelantó, alzando su hacha para dar el golpe de gracia.

¡No!

—¡No! —exclamó Armeno.

Meri se giró para ayudarlo pero, rápido como una centella, el Diestro hincó una rodilla en el suelo y bloqueó el hacha con espada y daga. Meri le dio un corte en la frente que si bien no fue mortal hizo que el flagelante retrocediera asustado. En un contraataque digno del mejor espadachín, el Diestro alzó la hoja hasta el rostro desprotegido del filanita y le tajó el cuello. Ni un grito pudo dar el flagelante. Se llevó las manos a la garganta, con la sangre brotando entre sus dedos y dio bandazos a diestra y siniestra hasta caer entre sus compañeros. Muerto.

—¡Ahora!

La guardiana más madura arremetió contra un filanita, derribándolo, y con su mano izquierda tomó la Luz de Ahisma. Los kadeses se abrieron paso a estocadas hacia la puerta del establo. Armeno lanzó un tajo lateral para alejar a sus adversarios y siguió a los kadeses. Estos habían dejado de luchar a la defensiva y ahora atacaban a los filanitas, avanzando como un cuadro de piqueros que buscara quebrar la formación enemiga. El Diestro lanzaba estocadas con pasmosa velocidad. *Mátalo. Mátalo. Mátalo.* La llama de la diosa proyectaba en las paredes las sombras de las armas en movimiento. Su portadora logró poner pie sobre un banco y pasar por encima de los cadáveres de sus compatriotas.

—¡Señoría, conmigo! —gritó la kadesa.

—¡Necesitamos el dinero! —replicó el Diestro.

—¡Conmigo! —insistió la guardiana.

El Diestro siguió a la mujer y ambos cruzaron sobre el banco hacia la puerta del establo. Dos filanitas avanzaron hasta allí y acosaron a los kadeses mientras los suyos se reorganizaban, estorbados por las estocadas de los imperiales. La kadesa joven aprovechó para correr hacia sus compatriotas.

—¡Meri, sígueme! —gritó Armeno.

A salvajes cuchilladas, Armeno se abrió paso sobre la mesa cubierta de restos de comida y sangre kadesa. Le dio una patada a un cubilete que chocó contra la nariz de un filanita, y aprovechó el respiro para llegar junto al Diestro. La guardiana de la llama estaba tres pasos por detrás, en un estrecho pasillo que conducía a los establos. «Podemos defenderlo». Meri corría sobre el banco cuando un hachazo lo obligó a saltar para esquivar el golpe, su hermano se estrelló con no poca torpeza contra la pared.

—¡Pardiez!

—¡En pie, Meri! ¡En pie!

Este avanzó hacia la salida mientras el último guardián corría sobre el banco para unirse a los demás, pero uno de los filanitas no perdió la oportunidad y lo atacó a las piernas. La parada del kadés fue torpe y lenta, apenas suficiente para reducir la fuerza del golpe. La hoja filanita lo alcanzó en el tobillo y el chico recorrió a la pata coja el último tramo. Su grito de dolor era un funesto augurio.

La joven tomó al muchacho de la mano y lo ayudó a retroceder mientras Armeno y Agapias bloqueaban el pasillo a estocadas. *Mátalo, está ahí mismo.*

—¡Cállate! —bramó Armeno, concentrado en desviar aceros. Los golpes de hacha amenazaban con partir su ropera.

La guardiana de la llama fue la primera en llegar a la puerta. El fresco de la calle hizo que Armeno notara cada gota de sudor en su cuerpo.

—¡Vete! —gritó a su hermano cuando vio a la otra guardiana salir por la puerta. Meri negó con la cabeza—. ¡Que te vayas, pardiez!

Meri obedeció. Tras un par de estocadas fugaces, el Diestro logró zafarse de sus adversarios y retrocedió hacia la puerta, dejando solo a Armeno frente a tres aceros. «¡Mierda!». El imperial cedió terreno hasta llegar junto al guardián herido, quien no hacía amago alguno de retroceder.

—¡Marchaos! —dijo el guardián—. Yo los detendré.

—Ni hablar —respondió Armeno—. Aguantamos aquí y...

—¡Vettias! —gritó la muchacha—. ¡Atrás!

El chico no obedeció. Armeno agradeció el relativo respiro de no tener que luchar contra tres o cuatro oponentes a la vez.

—Estoy herido pero cumpliré con mi deber —dijo el muchacho, atacando a un filanita. La punta rozó un hombro y el flagelante trastabilló—. Cumpliré con mi deber. ¡Corred!

—¡Vettias!

—Salva la llama, Gladys —suplicó el chico—. ¡Vete!

La otra gruñó algo pero hizo caso, saliendo al exterior, donde esperaba la otra guardiana y su llama.

—Vos también —le dijo el chico a Armeno.

No es tu guerra. «No es mi guerra», repitió. Un vistazo atrás le mostró que al otro lado de la puerta había un terreno amplio donde los filanitas se aprovecharían de su superioridad numérica.

Su acero largo fracasó en perforar un peto pero el corto se hizo carne en la mano de un filanita. Un grito de dolor precedió a un instante de respiro que Armeno aprovechó para salir al exterior. Mantuvo la puerta abierta en caso de que Vettias lograra salir. *No seas iluso.*

—¡Hay que bloquear esa puerta! —gritó Meri a los demás.

Las guardianas tomaron cubos de agua, colleras, tablones y una rueda rota para obstruir la salida. Meri y el Diestro empujaban una carreta. Armeno dio un último vistazo al pasillo donde el chico vendía cara su vida y luego cerró la puerta.

—¡No mientras yo guarde! —se escuchó al otro lado.

Gladys

Al otro lado de la puerta, el choque de espadas cesó. Pero no los gritos en filanita. «¡Vettias!». Gladys no pudo rezar por él, pues los golpes contra la puerta del patio daban constancia de que los flagelantes no se detendrían. Muy pronto recurrieron a sus hachas.

—¡Tenemos que irnos ya!

La cochera era un espacio abierto y húmedo, donde las sombras de algunos caballos de tiro se adivinaban en la oscuridad de aquella mañana sin sol. No había ni rastro del mozo de cuadras ni ningún otro trabajador de la hostería. Mientras examinaba el patio en busca de una salida, Gladys se preguntó qué habría sido del posadero.

—¡Por aquí! —gritó Serafina, empujando la puerta de las caballerizas. Esta se abrió con facilidad, mostrando a dos transeúntes que los miraban extrañados—. Los filanitas estarán dando la vuelta.

Con las armas todavía en la mano, siguieron a la portadora. Los dos imperiales venían detrás.

—¿Todavía somos aliados? —les preguntó Gladys en su lengua.

—Mientras haya espadas buscando mi cuello —respondió el más bajo. Se palpó la cabeza—. Me he dejado el sombrero en...

Corrieron por las calles de Volsena ante la mirada atónita de los etrubios, que se apartaban cuando veían a aquel grupo armado y con ropas cubiertas de sangre. Serafina los guiaba. Subieron un tramo de escaleras y zigzaguearon por los callejones que unían las vías principales. Una mujer que regaba plantas a la luz de un candel se apartó para dejarles pasar.

A su espalda, se oían gritos angustiosos y a Gladys le pareció escuchar la lengua filanita.

—¡Nos persiguen!

Atajaron por una calle y a Apapias casi lo atropelló un carruaje. El cochero les amenazó con el látigo y malas palabras pero lo ignoraron para continuar la huida. Aunque la fatiga los consumía. Al pasar junto a un puesto de verduras alguien dio un chillido de terror cuando vieron sus armas y una docena de personas se quedaron mudas de la impresión. Al retroceder, un muchacho tropezó con unas cajas de naranjas que rodaron por el suelo.

—¡A mí las gendarmes! —gritó alguien—. ¡A mí las gendarmes!

—No es sensato correr con aceros desenvainados —dijo el imperial alto, enfundando su arma.

Gladys observó la calle en penumbra. A pesar de las muchas farolas y las antorchas de quienes se cruzaban, había tramos oscuros que podían ocultar baches y otros obstáculos. Envainó su espada.

La oscuridad trajo los sonidos de los silbatos de las gendarmes, que se alertaban unas a otras de que necesitaban refuerzos.

—Mejor tarde que nunca —dijo Agapias, deteniéndose para mirar a izquierda y derecha—. Será mejor que nos pongamos a resguardo hasta que veamos una patrulla y...

—No —cortó Gladys—. No podemos confiar en los etrubios.

—Mal asunto dar explicaciones a la Ley —añadió el imperial bajo.

—¿Por qué no? —preguntó el Diestro a Gladys—. Conozco a los magistrados de justicia y podemos explicarles lo que ha sucedido en la hostería. Nosotros somos las víctimas.

—¿Y cómo explicarán ellos que uno de sus doctores de plaga estuviera del lado de los filanitas? ¿No visteis a la mujer de amarillo?

—¡Sigamos! —bramó Serafina antes de reanudar la marcha.

La Iglesia de Ahisma no podía fiarse de nadie en la ciudad, por mucho aprecio que Agapias tuviera hacia los etrubios. El alférez Proisi y sus hombres habían sido envenenados antes de caer bajo las hachas. Y Vettias también había caído. «Vettias...», lamentó Gladys. El novicio había muerto a cambio de conceder unos pocos segundos de ventaja para sus compañeros. Parecía injusto, apenas dieciséis años a cambio de tres latidos de corazón.

Gladys lanzaba miradas desconfiadas en todas direcciones, con la mano sobre la empuñadura de su espada, lista para dar un tajo al primero que se acercara demasiado a la Luz de Ahisma.

—¡Alto! —ordenó Serafina.

Gladys se giró como una gata hacia donde miraba la portadora, pero únicamente vio un grupo de personas que conversaban en torno a la antorcha que uno de ellos acarreaba. Se inclinó hacia Serafina.

—¿Qué sucede? —le dijo en kadés—. ¿Qué has visto?

—Nada, pero creo que no deberíamos correr. Llamamos la atención.

—¡Ajá! —exclamó el imperial bajo, señalando el fuego sagrado—. Todo el mundo lleva antorchas en Umbría.

Serafina asintió.

Entre las luces de las farolas, las casas y las antorchas de quienes caminaban, la Luz de Ahisma pasaba inadvertida como un fuego más en las calles de Volsena, incluso con aquel elaborado portafuegos. Correr los hacía destacar. «Es mejor pasar inadvertidos», reflexionó Gladys. Se giró hacia el imperial más bajo para darle la razón cuando se percató de que había entendido su conversación con Serafina.

—¿Hablas nuestra lengua?

Pese a las gotas de sudor que le corrían por el rostro, el hombre se las arregló para que su sonrisa fuera afable.

—Siempre he dicho que el idioma kadés es primo del imperial. Entiendo alguna palabra aquí y allá... Pero me sentiría agradecido si vuesasmercedes utilizasen el imperial, no sería bueno que Armeno —dijo señalando a su compañero— confundiera cuchilladas y cucharadas. Además, sé que vuesasmercedes los kadeses aprenden imperial desde pequeños.

«No porque queramos», pensó Gladys con amargura, recordando lo mucho que había odiado tener que estudiar la gramática imperial. Pero sus tutores en la Iglesia de Ahisma habían insistido, con tres cuartas partes del continente bajo el control del Imperio Nuevo, el suyo era el idioma dominante. Incluso las gentes de Ultramar empezaban a hablar la lengua de sus conquistadores.

—Lo hablaremos si decidimos que os quedéis —dijo finalmente Serafina—. No podemos confiar en nadie que no sea kadés.

—Podéis confiar en que no somos amigos de los filanitas —aseguró el bajo.

—He matado a dos o tres —dijo con frialdad el más alto.

—Se ha batido con gran destreza —susurró Gladys a Serafina—. Por un momento, ha luchado contra cuatro.

—Ha sido más que destreza —apuntó Agapias—. Ni en el Torneo del Esgrima he visto a nadie luchar así.

—Armeno es un gran espadachín curtido en la guerra —se apresuró a decir el imperial bajo—. Y yo soy Meribaldo, su hermano. Somos soldados licenciados del Imperio Nuevo. Tercio de los Picos, segunda compañía.

Si el Diestro había oído hablar de aquella unidad, no pareció impresionado. En su lugar, examinaba con curiosidad a Armeno; de arriba abajo, brazos y armas. «Lo estudia como al rival en un duelo». Gladys se volvió hacia los imperiales.

—¿Y cuál es vuestro interés en acompañarnos, Meribaldo?

—Si soy sincero, no querríamos tener que dar explicaciones a las gendarmes sobre lo sucedido en la hostería de Vito Malzone. La justicia es ciega, y a menudo perezosa. Muchos cuellos inocentes han colgado de sogas por no formularse las preguntas correctas, y preferiríamos abandonar la ciudad cuanto antes. ¿No tienen vuesasmercedes un plan similar?

Gladys miró a Serafina, y esta le devolvió la mirada. Su plan se había ido al fondo del mar en el momento en que los filanitas habían irrumpido en la hostería. Habían perdido a diez buenos soldados. Vettias había muerto. Sólo quedaban ellas dos para proteger la llama. Y el Diestro de Kada.

—¿Qué hacemos? —le preguntó a la portadora—. No podemos seguir huyendo sin saber a dónde ir.

Dos mujeres pasaron a su lado y el grupo guardó silencio hasta que las desconocidas se perdieron entre la penumbra.

—Podríamos refugiarnos entre los etrubios —propuso Agapias—. Quinto Pilatos u otro patricio que...

Serafina negó.

—No podemos seguir perdiendo tiempo en Etrubia —dijo mientras comprobaba las válvulas de aceite del portafuegos—. Los imperiales tienen razón, debemos salir de la ciudad.

—Un primer paso sería alejarnos de las calles —sugirió Meribaldo—. Esos filanitas nos estarán buscando y es mejor si no estamos a la vista.

—Allí hay un lugar recogido —dijo Serafina, señalando el porche de una taberna.

No hubo objeciones y los cinco fueron hacia allí. Escogieron sentarse en el exterior, ya que si bien eso les exponía a la vista también les permitía ver quién se acercaba. Ninguno quería repetir la experiencia de verse encerrado en una lucha en el interior de un edificio. Gladys rechazó la silla que Meribaldo le ofreció y permaneció en pie, con la mano sobre el pomo de la espada, observando la gente que transitaba por las calles. Extrajo su pistola y comenzó a recargarla con pólvora dragón.

La plaza carecía de encanto y era más lugar de paso que de recreo. Una solitaria estatua de bronce era toda la decoración del lugar. Algunas ventanas que daban a la plaza tenían velas en sus repisas, una piadosa ofrenda a Ahisma durante la Umbría, pero no había antorchas allí, de modo que a Gladys le costó un tiempo discernir que la estatua representaba una magistrada con toga.

La luz en el porche captó la atención de un mozo de la taberna, quien salió a ofrecerles algo de beber o comer.

Se quedó mudo en cuanto vio el aspecto de quienes estaban sentados en torno a la mesa.

—No queremos nada —espetó Armeno. A Gladys no se le escapó que el imperial había acercado la mano a la espada.

—Amigo —le dijo Meri, extendiéndole al mozo unas virutas de cobre—, está muy oscuro aquí fuera. No nos has visto.

El etrubio tomó las monedas con cautela. Después, retrocedió un par de pasos antes de darse la vuelta y volver al interior.

Ante la mirada de Gladys, el imperial sonrió.

—El mundo es muy grande, y las buenas palabras...

—A lo nuestro —cortó Serafina—. ¿Cómo salimos de la ciudad?

—Por la puerta, no —dijo Armeno—. No con este aspecto.

Indicaba las ropas de las guardianas, sucias de días de batalla y sangre. Salvo por una mancha ocasional, las del imperial estaban impolutas.

Meribaldo se inclinó hacia Agapias.

—Gente tan importante como su señoría podría conseguir que cruzáramos las puertas, ¿no?

—Con este aspecto, lo dudo —replicó Serafina, haciendo suya la opinión de Armeno—. Además, Gladys está en lo cierto al afirmar que no podemos fiarnos de los etrubios. Hasta ahora no han demostrado ser los aliados que afirman ser.

Gladys sentía los intensos latidos de su corazón, acelerado ya no del esfuerzo si no de los nervios de temer que en cualquier momento un grupo de flagelantes apareciera por una de las calles.

—Antes de que vuesasmercedes llegaran, vimos entrar a la doctora de plaga —dijo Meribaldo, despertando el interés de las guardianas—. Le explicó a Vito, el posadero, que un grupo de kadeses portadores de enfermedades acudirían a su hostería y tenía que comprobar el lugar.

—Y el gigante de las dos hachas llegó un poco antes que ella, ¿recuerdas? —añadió su hermano—. Subió las escaleras, seguro que para reunirse con la media docena que bajó al empezar la lucha.

—A lo que hay que sumar la otra media docena que entró por la puerta de la calle y la del establo —comentó Meri—. Una bonita emboscada, con veneno incluido.

«El veneno, sí». Gladys tocó el hombro del más alto. Este se volvió como si hubiera notado la punta de una daga. Guardiana y espadachín intercambiaron una tensa mirada en el silencio de la mesa.

—¿Cómo sabíais que la comida estaba envenenada? —le preguntó.

El imperial calló, manteniendo la mirada inquisitiva de la guardiana. Por el rabillo del ojo, Gladys veía su zurda temblar inquieta.

—Mi hermano ha tragado mucho rancho de tercio —intervino Meribaldo— y sabe distinguir lo podrido de lo mortal.

—No estamos para bromas —dijo Gladys sin apartar la vista de Armeno.

—Había algo extraño en su olor —dijo finalmente el espadachín—. Y los soldados de la otra mesa se estaban durmiendo uno tras otro.

Gladys se relajó un poco. Aquello bien podía ser verdad, ella misma había notado que las cosas no iban bien cuando el pobre Vettias había apoyado la cabeza sobre su hombro. «Vettias. Melegros...». En algún lugar de su mente, Gladys había adivinado la presencia del veneno antes de que Armeno apuñalase al posadero.

—Lo que yo quiero saber, doña Gladys —dijo Meribaldo—, es en qué nos hemos involucrado.

—En la guerra. —Meribaldo alzó una ceja, y Gladys señaló el colgante de Ahisma en el cuello del imperial—. La única guerra que importa.

Este señaló el portafuegos con un movimiento de cabeza. El colgante tintineó.

—Así que es auténtica...

Ambas guardianas asintieron. Meribaldo guardó silencio e intercambió una mirada con su hermano. Él se encogió de hombros como si aquello le importara una viruta y centró su mirada en el Diestro de Kada, que despertaba más interés en el espadachín que la Luz de Ahisma. Serafina no contuvo una mirada de desprecio ante semejante desinterés por la religión.

Gladys se fijó mejor en Armeno. Ni un símbolo sagrado, ni siquiera el anillo de hierro que acostumbraban a llevar los soldados imperiales para pedir la protección frente a los Poderes Ruinosos. «No es que Armeno parezca la clase de hombre que tiene la fe entre sus virtudes», supuso la guardiana. Sin embargo, sí podía dar constancia de sus dotes de esgrima. Tras haber visto cómo se batía, no le extrañaba que la cazoleta de su espada mostrase tantas marcas.

Meribaldo chasqueó los dedos.

—Podemos huir por las cloacas.

—¿Las cloacas? —se escandalizó Agapias.

—En la hostería de Vito conocimos a un amable cazarratas de nombre Donatti que nos explicó que las cloacas de Volsena son una red de túneles que comunican toda la ciudad, con numerosas entradas. Dijo que algunas de ellas conducían al exterior de los muros. Tal y como yo lo veo, son nuestra mejor opción para pasar inadvertidos.

«Huir como ratas en la ciudad de los ratones». A Gladys la idea le desagradaba tanto como revelaba el rostro de Agapias, pero lo cierto es que nada era demasiado para proteger a la diosa de los fanáticos filanitas. Ellos harían lo mismo para extinguirla. Miró a Serafina en busca de consejo, y esta asintió.

—No puede haber una cloaca muy lejos —aventuró Gladys—. No en esta ciudad. Y cuanto más tiempo estemos en la calle más probabilidades habrá de que los gendarmes o los filanitas nos encuentren.

Serafina se puso en pie.

—Sea —resolvió—. Las cloacas.

Todos se incorporaron y dejaron que Gladys abriera la marcha. Meribaldo se colocó junto a ella, servicial sobre qué camino seguir y qué calles evitar. A juzgar por sus indicaciones, a la guardiana le dio la impresión de que estaba acostumbrado a eludir problemas por ambientes urbanos. Lo veía comprobar esquinas, ventanas abiertas, cambiar la ruta cuando percibía la presencia de gendarmes.

«Puede que sea un ladrón», se preocupó Gladys.

Guiados por Meribaldo, usaron las multitudes para camuflarse mientras buscaban una boca de cloaca. La cercanía de una de las plazas de mercado les facilitó la muchedumbre necesaria. Docenas de velas se exponían a la venta para aquellas noches de Umbría, velas que adquirirían algunos fieles, para satisfacción de Ahisma. Al otro lado de la plaza, en una de las calles principales, un grupo de seis o siete figuras avanzaban en procesión tras una antorcha ornamentada, una de tantas ceremonias que durante la Umbría imitaban la Luz de Ahisma, pero a Gladys le desagradó observar que, pese a la devoción de aquellos fieles, exiguos eran los etrubios que mostraban deferencia ante su improvisada procesión, la mayoría se apartaba de su camino, por mera cuestión de modales, sin dedicar a aquel símbolo de Ahisma nada salvo una efímera pose de guardia, propio de gente poco docta en el credo del Fuego.

«Apóstatas...», se enojó la guardiana.

Meribaldo seguía desarrollando su plan de las cloacas, hablando en voz alta aunque sin dirigirse a nadie en concreto, como un erudito que expusiera su tesis frente a un espejo para comprobar la fortaleza de sus argumentos. «Demasiado conocimiento para un soldado —se dijo Gladys, examinando la rolliza figura de Meribaldo—. Y mal cuerpo para el oficio».

—Aunque nos perdamos en algunos giros —comentaba el imperial—, en un par de horas podríamos estar fuera de Ciudad Rata.

Pero salir de la ciudad, aunque fuera el problema más inmediato, era sólo el primer paso. A Gladys le preocupaba no contar con el dinero de Quinto Pilatos, abandonado en el suelo de la hostería. Sin él, no estaban en condiciones de continuar el viaje.

—Todavía necesitamos dinero para un transporte —dijo la guardiana antes de doblar una esquina.

Se topó con un flagelante.

Ambos se maldijeron en sus respectivas lenguas. El filanita aún no había acercado la mano al hacha cuando la pistola de Gladys se apoyó sobre el cuello de su rival, tan cerca que la guardiana se abrasó las mejillas con el fogonazo. Sanguinolentos trozos salieron proyectados de la cabeza del muerto e impregnaron el rostro de Gladys. Algunos se colaron en su boca. El sabor era nauseabundo.

—¡Pardiez! —exclamó Meribaldo—. ¡Qué reflejos!

Gladys apenas veía nada. Sombras borrosas que corrían a la par que se escuchaban chillidos de pánico y llamadas a las gendarmes. Los intentos de la guardiana por limpiarse la cara sólo esparcían más restos sobre su rostro, demasiado pegajosos para que sus manos o la manga de su camisa los limpiaran.

—¡No veo nada! —gritó Gladys, escupiendo al suelo los duros trozos de hueso. El sabor le provocaba unas arcadas terribles.

—¡Vámonos antes de que otros vengan! —exclamó Serafina.

Todo era rojizo y nauseabundo. Gladys avanzaba sin apenas ver, dando pasos cortos y muy rápidos. Las personas y objetos a su alrededor eran manchas borrosas. Ni siquiera estaba segura de dónde la conducían. «¡Mierda!». Tropezó con algo y habría caído si no la hubieran agarrado.

—Tenga cuidado, doña Gladys —dijo la voz de Meribaldo. Su mano sudorosa la apretaba con fuerza—.

Por aquí, a su izquierda. Allí hay una boca de cloaca.

—¡Serafina! —gritó ella al no ver el resplandor de la Luz de Ahisma.

—Por aquí —dijo la portadora.

Avanzó hacia la voz. No vio la puerta de la verja, pero sí la oyó abrirse. Un estridente chirrido metálico que todos los filanitas a cincuenta leguas podrían haber escuchado. Alguien, Meribaldo imaginaba, tiró de su mano.

—Cuidado con las escaleras —advirtió el imperial.

Al olor de la sangre se sumo uno nuevo. Todavía peor. Supo que habían entrado en las cloacas de Etrubia.

Meribaldo

La antorcha alumbró tres ratas que huían de ellos. «Saben que hay una recompensa por sus cabezas», pensó Meribaldo. A cuatro virutas la alimaña, el oficio parecía atractivo. El olor, sin embargo, le quitaba cualquier aliciente. Un río de agua negra, tan mugrienta que ni la llama de la diosa reflejaba, fluía con tranquilidad junto a ellos. Su hedor era más desagradable que el pabellón de un cirujano tras la batalla. «Ni loco trabajaría aquí».

La joven guardiana se apoyó en una de las paredes, con los restos del filanita todavía sobre su rostro.

—No se mueva, doña Gladys —le dijo Meribaldo, sacando un pañuelo—. Será mejor que le limpie toda esa... eso... lo que tiene en la cara.

—Son los sesos del filanita —dijo Armeno—. ¿Con qué ha cargado vuesa merced esa pistola para provocar semejante desastre?

Meribaldo usó el trapo para apartar de la cara de Gladys lo que quedaba del flagelante. El contacto de sus dedos con aquella masa pulposa más el hedor del lugar ponían a prueba la fortaleza de su estómago. De no haber vomitado la comida en la hostería, Meribaldo estaba seguro de que la habría echado sobre la muchacha. La perspectiva horrorizaba al imperial.

—Pólvora dragón —dijo Gladys, escupiendo al suelo—. Perfora las armaduras filanitas.

—Vuesa merced debería saber que poca armadura hay entre el cuello y la barbilla —comentó Armeno.

—Y sí mucha sangre —dijo Meribaldo, limpiando el rostro de la joven. Un par de ojos muy oscuros asomaron tras pasar el pañuelo—. Bienvenida sea de nuevo, señorita.

Ella le gruñó, o tal vez a Armeno, y le quitó el pañuelo. Continuó limpiándose por sí misma mientras se acercaba a la otra guardiana, con quien intercambió algunas palabras en kadés. El Diestro se mantenía alerta, vigilando la boca de cloaca por la que habían entrado, y Armeno vigilaba al Diestro.

—Tranquilo, hermano —le susurró Meribaldo—. Ahora no es buen momento.

—Lo sé —masculló Armeno, llevándose un dedo a la sien—. Pero este hideputa no deja de gritar que lo acuchille.

Meribaldo le puso una mano consoladora sobre el hombro y se centró en las kadesas, que seguían enfrascadas en su conversación. Captando una palabra aquí y allá, dedujo que especulaban sobre qué dirección tomar.

—Debemos ir contracorriente —dijo. Las dos mujeres se volvieron hacia él, molestas por la intromisión—. El agua sigue el curso del río Inquieto y desembocará en el mar. El Valle de Lágrimas está en el sentido opuesto.

Ellas se pusieron muy tensas.

—¿Qué os hace pensar que vamos al Valle de Lágrimas? —inquirió Serafina.

—Lo dijo su señoría —dijo Meribaldo, señalando al Diestro—. En la hostería le pidió a Vito que avisara a otro hombre, un mercenario de nombre Espolón, para que preparara el viaje.

Agapias se detuvo en seco y miró a Meribaldo, bajo el colosal bigote del kadés se adivinaba una mandíbula tensa, y sus ojos mostraban indignación.

—No deberíais escuchar conversaciones ajenas.

—Cuando alguien grita sus planes en una posada lo descortés sería no escucharle.

El Diestro no se tomó bien aquello y Meribaldo tragó saliva, no era sensato enemistarse con un noble. Sin embargo, las guardianas dejaban traslucir una mirada censora ante la poca discreción del kadés. «Interesante reacción». Más interesante aún fue que Agapias apartara la vista, tal vez avergonzado, para seguir vigilando la entrada de la cloaca. «Un noble que se traga su orgullo —reflexionó mientras examinaba de reojo a las guardianas—. La iglesia de Ahisma tiene más influencia de lo que pensaba».

Serafina señaló contracorriente.

—Es suficiente —ordenó con voz de sargento—. Salgamos de esta cloaca.

Obedecieron. Agapias, servicial, se colocó en cabeza, seguido de la portadora, que alumbraba el camino con la Luz de Ahisma. Meribaldo reflexionó sobre lo absurdo de aquello: la auténtica Luz de Ahisma, llama de la diosa del fuego, huyendo por una cloaca de Volsena.

Tras la antorcha estaban Gladys y él mismo, sin quitarle el ojo a su hermano y su cada vez más evidente fijación por el Diestro. «Paciencia, Armeno. Tenemos algo grande entre manos». Meribaldo no era especialmente devoto, pronunciaba sus oraciones aquí y allá, como la mayoría de la gente, pero estaba más atento a la comida sobre la mesa que a las doctrinas de la religión. Era de los que se acordaba de las diosas en momentos de necesidad; sin embargo, la presencia de aquella llama le proyectaba una inusual necesidad de ayudar. «Es este lugar —se dijo al examinar la mugre reinante—. No ayuda a tener pensamientos racionales».

A la incómoda presencia del hedor se sumaban los diversos giros y retrocesos que se veían obligados a tomar. Meribaldo insistía en que debían seguir río arriba hasta que el Inquieto los sacara de Volsena, pero lo cierto es que había muchos canales secundarios que vertían su contenido a lo que en un principio habían considerado el cauce principal, lo que dificultaba orientarse. Y lo peor era que algunos tramos no tenían más de seis pies de altura, lo que les obligaba a caminar agachados o apoyando las manos sobre el nauseabundo pavimento.

—Este lugar es asqueroso —dijo Gladys.

—Sí, y no —dijo Meribaldo, conteniendo una arcada—. Verá, doña Gladys, lo que el olfato rechaza la vista podría apreciar. Si por un momento ignoramos este pérfido color podríamos contemplar las formas de esta asombrosa arquitectura subterránea. ¿Veis los patrones en el corte de la roca? La técnica es viejoimperial. —Pese a la mugre, los surcos en la roca habían despertado el interés de Meribaldo, y ahora la guardiana los observaba con atención—. Este sistema de canales es obra de modelos casi olvidados, perfectamente diseñado para que todo fluya sin contratiempos, sin mugre brotando en las calles ni acumulaciones que propaguen enfermedades. Me pregunto si los etrubios son conscientes de la maravilla que tienen bajo sus pies. Esta cloaca avergonzaría al foro de la capital imperial.

Gladys movió la cabeza a un lado y a otro, como si tratara de ver lo mismo que Meribaldo. En ese momento, se escuchó un extraño sonido, procedente de uno de los canales anexos. El imperial no pudo identificarlo pero estaba seguro de que no había sido el agua en circulación.

—Lo siento —dijo Gladys, observando la cloaca donde se hallaban—, pero no veo la maravilla de la que vos habláis. Para mí no es más que una cloaca llena de inmundicia. ¿Decís que la construyó gente del Viejo Imperio?

—No lo creo —reconoció Meribaldo—. Esta ciudad no se fundó hasta el reinado de Ildefonso II, cuando vendió la provincia para pagar sus deudas con los mercaderes. Eso fue en 1287 o 1289, no estoy seguro de si fue antes o después de la batalla de las Nueve Escuderas. Para entonces, los viejoimperiales llevaban algo más de un siglo extintos. Pero sus ideas no nos han abandonado, doña Gladys, sus ideas viven en estas paredes —dijo, apoyando la mano sobre una de ellas, su viscosidad hizo que lo lamentara al instante—. Lástima que la mugre sea la reina aquí. Este lugar es excepcional.

—Viejoimperial o no, sigue siendo repelente —dijo ella tras una breve reflexión.

—A veces necesitamos lo que no nos gusta —afirmó Meribaldo. No pudo evitar pensar en su hermano y su indeseable compañero de conversación—. Vuesamerced no debería juzgar algo por lo que es, sino por lo que aporta. Esta cloaca es asquerosa, sí; pero sin ella la mugre estaría en las calles de Volsena.

Gladys permaneció pensativa un instante.

—Sigue sin ser de mi incumbencia. Pero si nos ayuda a huir y luego ocuparnos de los filanitas en circunstancias más favorables... se lo agradezco a quien construyera este lugar de mugre.

De vez en cuando lanzaba, la guardiana furtivas miradas a retaguardia, para asegurarse de que nadie los seguía, o a la llama que portaba su compañera; tampoco alejaba la mano de la empuñadura, lista para desenvainar en todo momento.

Meribaldo no podía sino admirar su dedicación. Él no creía que tuviera la voluntad necesaria para matar y morir por una antorcha, ni aunque esta fuera el símbolo de una religión. Tampoco le entusiasmaba matar filanitas, a menos que fuera para salvar su pellejo. Pero Gladys parecía muy interesada en ese aspecto, también Serafina y aquel guardián que había muerto en la hostería. Todos entregados a su causa. «También los flagelantes que nos persiguen». El imperial pensó en todo ello, consciente de que él y su hermano se habían visto atrapados entre dos fanatismos religiosos. Por lo menos era un consuelo pensar que estaba en el bando de los buenos; como ciudadano del Imperio Nuevo, le resultaba difícil no responsabilizar a los filanitas de los recientes males del mundo. Sus atrocidades hacían que fuera fácil odiarlos.

El extraño sonido regresó a las cloacas, esta vez algo más claro y ordenado. «Como si fuera...», aventuraba el imperial.

—Meribaldo, ¿de verdad habéis sido soldado?

Este salió de su ensimismamiento, atento a las palabras de Gladys. Su tono de voz se percibía relajado, más afable que las ásperas réplicas durante la huida por las calles. Meribaldo giró la cabeza para dedicar una tímida sonrisa a la guardiana.

—Sí, pero el mundo es muy grande —dijo él— y si sólo fuera soldado no podría descubrir todos sus matices.

Ella lanzó una mirada al lugar.

—¿Incluidas las cloacas de las ciudades? ¿Es algo que siempre quisisteis conocer cuando planeabais ver mundo?

Meribaldo sonrió de nuevo.

—Ningún hueco del mapa debería quedar en blanco. Nunca se sabe cuándo la Iglesia de Ahisma necesitará un alcantarillado para huir.

Ella no le devolvió la sonrisa, en su lugar sus labios se cerraron en una línea imperturbable y la espalda de la guardiana se enderezó como si se preparara para la lucha. Meribaldo agachó la cabeza. «Serás cretino, ¿cómo has podido decir eso?». Gladys apretó el ritmo, y pronto se situó un par de pasos por delante. La conversación con la joven se había enfriado como las noches de Umbría. Meribaldo se limitó a cerrar la boca, ignorar el hedor y lanzar miradas ocasionales al culo de la guardiana. La poca luz no ayudaba.

Pasaron junto a un sistema de poleas que permitía extraer las inmundicias más sólidas del canal principal y arrojarlas a un estanque. Allí, un complejo juego de cuchillas accionadas por el propio paso del agua trituraban la porquería antes de devolverla al canal. Todo sin necesidad de supervisión. Meribaldo resistió la tentación de abrir la boca de admiración. Ya tenía bastante porquería atascada en sus fosas nasales como para que su lengua contribuyera al malestar. Un bloque especialmente denso de mugre era extraído en aquel momento. Tenía el tamaño de un tonel.

—Estamos cerca de la salida —anunció Agapias.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Serafina.

El Diestro señaló unas cruces amarillentas, al ver que no entendían lo que quería decir explicó que se encontraban bajo los Vacíos. Meribaldo no sabía mucho sobre aquello, y a juzgar por el silencio general, tampoco los demás.

—¿La zona abandonada de Volsena? —Nada. Agapias continuó andando mientras se explicaba—. Tras la Gran Plaga, casi la mitad de la población de Etrubia había muerto. La enfermedad no separó al rico del pobre y pronto todos los barrios se encontraron con que había casas desocupadas que se deterioraban por la falta de dueños que las mantuvieran. El Consejo de la Ciudad, a petición de los doctores de plaga, decidió entonces repoblar las zonas interiores, más cercanas al puerto, con los habitantes de las zonas exteriores. Eso ha supuesto que, pese a que la población ha crecido durante el último medio siglo, todavía existan barrios fantasma en Etrubia, los Vacíos. Quienes viven allí no son más que escoria criminal que huyen de la gendarmería y adoradores de los Poderes Ruinosos, así que imagino que los cazarratas —añadió, señalando otra cruz amarilla— no acostumbran a deambular por esta zona. —Serafina asintió comprensiva—. Pero también significa que estamos cerca del límite de la ciudad. En cualquier momento veremos la salida.

Todos se detuvieron en seco.

Esta vez ya no había sido un extraño sonido sino música. Meribaldo no era el único que se había girado, por lo que tuvo la certeza de que no eran imaginaciones suyas.

—¿Filanitas? —preguntó Gladys.

Armeno negaba con la cabeza.

—Ha sonado como una flauta.

—¿Cómo va a haber un músico en esta cloaca? —dijo el Diestro con desdén.

Pero a Meribaldo la música le había parecido muy real, aunque el kadés le restara importancia. Y a su mente acudió la reciente conversación con los cazarratas. Por ello le indicó a su hermano que echara un ojo a la retaguardia mientras animaba a los demás a seguir avanzando.

—Con cuidado...

—¿Acaso tenéis miedo? —preguntó Gladys.

Meribaldo se encogió de hombros.

—Coraje no me falta, pero prudencia tengo en exceso. Será mejor que salgamos de las cloacas antes de que los filanitas u otra cosa nos atrapen aquí abajo.

—No hay monstruos durante la Umbría —dijo Serafina.

—Eso es lo que suele decirse, guardiana. Pero el mundo es muy grande y esconde sorpresas desagradables.

Un grito desgarrador recorrió el canal principal. Pronto se le unieron más alaridos que no podían ser sino producto de una voz humana. A Meribaldo se le pusieron los pelos de punta.

—¡Pardiez! Será mejor que corramos.

Esta vez nadie se opuso ni lo tildó de cobarde. El Diestro avanzaba a largas zancadas, y Gladys y Serafina lo seguían. Meribaldo resoplaba, tragando aquel asqueroso olor con cada bocanada pero la urgencia lo obligó a ignorar su malestar. Algo a su espalda recortaba distancias.

—¡Corre, Meri! —gritaba su hermano—. ¡Corre!

No quería mirar atrás, pero lo hizo.

Ratas. Cientos y cientos de ratas. Manchas grisáceas de ojos rojos que avanzaban hacia ellos. Durante un

instante, Meribaldo pensó en si podría cobrar todas esas alimañas muertas; después se imaginó el tormento que supondrían todos aquellos dientes sobre su blanda carne. Armeno tenía razón: había que correr.

Serafina gritaba cual oficial en la brecha, animándolos a que continuaran mientras el Diestro los guiaba por aquel laberinto de piedra y mugre. Siguieron corriendo, con la cabeza agachada cuando la altura de la cloaca lo exigía e incluso Gladys llegó a meter la bota en un socavón. Meribaldo estiró los brazos para sujetarla pero la guardiana recuperó el equilibrio por sí misma y siguió adelante. Giraron una esquina mientras un millar de chillidos parecían acercarse cada vez más. El agua en aquel lugar estaba más limpia, pues al paso de la antorcha reflejaba la imagen de los cinco a la carrera.

—¡Ahí delante! —anunció Agapias.

La Luz de Ahisma iluminó un enrejado metálico que bloqueaba el paso. Unos treinta pasos más allá se veía el triste sol de Umbría, incapaz de iluminar. El Diestro se detuvo frente a los barrotes, examinado el candado de la puerta.

La portadora frunció el ceño y acercó la antorcha a la verja, buscando la manera de abrirla.

—No parece acero, reventaré el candado —dijo Gladys mientras extraía pólvora para recargar su pistola.

—No hay tiempo para eso —bramó Armeno mientras retrocedía. Cuando estuvo a seis pasos, abrió las manos para pedir espacio y cargó contra los barrotes. El golpe fue brutal, produciendo un chirrido metálico. Armeno gruñó mientras se llevaba la mano al hombro—. ¡Puerta hideputa!

—¡Por las lágrimas! —exclamó el Diestro tras ver aquello—. Es una verja de hierro. No podréis...

Armeno cogió carrerilla y volvió a cargar contra la puerta. Un nuevo golpe y una nueva maldición, pero se dispuso a intentarlo de nuevo. Las ratas se acercaban. Meribaldo se situó junto a su hermano.

—A la de tres.

—No hay tiempo —replicó Armeno—. ¡Ya!

Los dos hermanos chocaron contra la verja y sus goznes protestaron por el golpe. Meribaldo notó sangre en la boca y rezó a las Cinco para que le conservaran los dientes. Su hermano ya volvía a la carga y Meribaldo fue con él. Esta vez Gladys y el Diestro se les unieron. La verja se inclinó sobre los goznes reventados, no lo suficiente para cruzar pero sí para animarlos a insistir. Varias cargas más con sus correspondientes heridas permitieron que la verja facilitase el cruce. Serafina fue la primera, desgarrando la manga de su camisa al cruzar. Después pasaron el Diestro y Gladys.

—Ve tú, Meri —dijo Armeno—. Yo te protejo.

Meribaldo se puso de medio lado y se deslizó entre los barrotes. Hasta que se quedó atascado.

—Oh, mierda —exclamó mientras encogía la tripa para pasar—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Ayuda!

Su hermano estaba ocupado pateando ratas y dando tajos a diestro y siniestro. Los roedores no se acobardaban, como si no tuvieran otro propósito en la vida que dar muerte a los humanos. Tal era su número que ni Armeno pudo con ellas, viéndose obligado a retroceder mientras algunas le trepaban por la ropa. Su zurda las apartaba con salvajes manotazos pero finalmente se vio obligado a trepar a la verja hasta que su cabeza dio con el techo, lo más lejos posible del suelo repleto de afilados dientes.

Meribaldo redobló los esfuerzos por atravesar la verja, notando cómo los hierros le desgarraban la ropa y la piel. Pero aquel dolor se hacía preferible a ser devorado vivo. Apretando los dientes, logró avanzar poco a poco hasta caer al otro lado de la verja. Alzó la cabeza sólo para ver las ratas casi sobre él. Su grito fue el de un reo al ver el patíbulo.

Gladys se acercó con la espada desenvainada, colocándose entre Meribaldo y las ratas, dando tajos al suelo que lanzaron por el aire ratas y chispas a partes iguales.

—¡En pie! —gritaba la guardiana—. ¡Serafina, trae la llama!

—¡Armeno! —gritó al ver a su hermano subido a la verja.

La marea de pelo oscuro daba saltos tratando de morderlo. Entre los gritos de los humanos y los chillidos de las ratas todavía podía escucharse la música.

—¡Ratas hideputas! —decía Armeno mientras les daba tajos con la mano libre.

Los roedores se amontonaban unos sobre otros, ganando altura para alcanzar a Armeno sin que les importara que algunos estuvieran cayendo al agua, ahogándose.

Serafina trajo la Luz de Ahisma, forzando a las asustadas alimañas a huir del fuego. La guardiana fue despejando el terreno hasta que Armeno descendió de su refugio. Sin perder un momento, cruzó la verja y se reunió con los demás.

—¡Vámonos de aquí! —dijo antes de echar a correr hacia los huertos que rodeaban Volsena.

Zetyn

Oculta en un callejón, la monja del Dios Verdadero vio cómo las gendarmes se llevaban el cuerpo sin cabeza de Garavev. «O tal vez sea Kirkor», dudó al verlo. No podía estar segura, era la primera vez que le asignaban aquellos flagelantes. A Zetyn le hubiera gustado contar con sus propios hombres para aquella misión, pero Teudas y sus muchachos venían recomendados por el mismísimo primarca. Objetar no era posible.

Los cadáveres que habían dejado en la hostería daban prueba de su letalidad pero que casi una hora después sólo hubiera seis hombres junto a ella ofrecía testimonio de su escasa disciplina. «Siete», se dijo al ver cómo Teudas regresaba de su pequeña misión de reconocimiento.

El gigantesco prior tenía el sentido común de utilizar los elementos de la ciudad para ocultarse de la vista de las gendarmes. Pasó entre dos carretas de verduras y luego atajó por un porche donde se exhibían telas a los clientes. Pese a las antorchas que iluminaban el comercio, era difícil que las garantes del orden se percataran de su presencia.

—¿Y bien? —le preguntó al gigante cuando llegó.

—No encuentro a Garavev.

Zetyn se volvió hacia la mancha de sangre en la esquina del mercado.

—Aparte de Kirkor, ¿quién más ha muerto?

—Bredo está desaparecido... Y a Avedis le han clavado un puñal en el ojo. A Hoven también lo han acuchillado —informó el prior—. Los dos se han quedado atrás.

—Ha sido el imperial alto —dijo uno de los flagelantes. También él estaba herido—. Luchaba como un demonio.

La monja lo había visto. Por cómo se movía, Zetyn había pensado que se trataba del legendario Diestro de Kada, campeón de esgrima de los paganos. Pero aquel espadachín vestía como un imperial y estaba acompañado de otro de la misma nación. Cuanto más reflexionaba, más convencida estaba de que se trataba de simples clientes de la hostería, sorprendidos en medio del asalto. Pero a Zetyn le inquietaba que un guerrero tan formidable hubiera estado allí en ese mismo momento. «Quizá fuera uno de esos mercenarios que el Diestro estaba reclutando». Fuera quien fuera, la había privado de varios de sus flagelantes.

—¿Cómo de grave están Hoven? —preguntó Zetyn—. ¿Podrá viajar?

El prior negó.

—Apenas podía huir de la posada, quizá esté muerto para cuando queramos llevarlo a la casa del hombre sin nariz. O arrestado.

—No volveremos —sentenció la monja—. Las gendarmes ya estarán revisando la ciudad y nosotros no permitiremos que los paganos escapen. —Zetyn se volvió hacia lo que quedaba de la docena de Teudas—. ¿Dónde están los otros dos?

—Sion y Kolb están en una calle cercana —explicó el prior—. Les he ordenado que no se muevan para que no llamen la atención.

—Bien hecho, Teudas.

El gigante sonrió satisfecho. «Qué poco basta para tenerlos contentos».

Zetyn echó un vistazo a las ropas del prior, cualquiera que se acercara lo bastante se percataría de la sangre. El sol de Umbría sólo arrojaba oscuridad pero bastaría una antorcha cercana para que las marcas del combate destacaran. Examinó su propia ropa, el cuero amarillo se escondía bajo algunas manchas de sangre kadesa. Zetyn sintió lástima. Hombres que podrían haberse redimido bajo la Fe Verdadera estaban muertos por su negativa a entregar la llama. «Su luz les ciega. No pueden ver la falsedad de su religión. No hay más dios que el Dios Verdadero —se dijo—. Y los Poderes Ruinosos, a quienes debemos combatir».

Alzó la vista hacia la luna, donde las manchas granates anticipaban la llegada de una nueva oleada de monstruos. El vial de lágrimas pesaba como una losa en su bolsillo, haciéndole sentir culpable tener que usarlo. La doctrina del Profeta predicaba que Dios había entregado el don a sus hijas más selectas para que lideraran la cruzada contra la idolatría, pero ella se estremecía al pensar que las lágrimas tenían su origen en la morada de los Poderes Ruinosos. Rezaba por completar su misión sin tener que recurrir a la magia.

«Centrémonos en el presente. Necesitamos un plan. Y ropas nuevas». Algunos de los miembros de la docena de Teudas pasarían desapercibidos, pero otros estaban tan manchados de sangre como si se hubieran revolcado en ella. Con la gendarmería alterada tras lo ocurrido en la hostería y en la plaza del mercado —no costaba imaginar que los ratones estarían atando cabos— sería insensato caminar por las calles con ese aspecto.

Se asomó a la esquina de la plaza. Algunos tenderos se esforzaban en reabrir y atraer clientes con sus gritos sobre ofertas y oportunidades; sin embargo, tener un doctor de plaga supervisando la limpieza de los sesos de Kirkor no les ayudaba. No muy lejos de allí, el dueño del puesto que Teudas había usado para esquivar las miradas de los guardias pedía a gritos nuevos clientes, ofertaba velas con marcas de la diosa pagana del fuego..

Zetyn se volvió hacia sus subalternos. Tras examinarlos, escogió al flagelante que menos llamaba la atención y le entregó unas monedas y le habló en imperial, dándole instrucciones precisas para que comprara ropa.

—No digas nada salvo lo que has oído —añadió—. Ahora, repite.

Su acento era espantoso y duplicaba las erres, pero Zetyn consideró que el hombre sabría hacerse entender y lo dejó marchar.

Pese a todo, no respiró tranquila hasta que el guerrero regresó con una montaña de prendas.

A diferencia de los indeseables imperiales, los etrubios eran recatados respecto a la desnudez. Las ropas exponían los brazos hasta el hombro pero cubrían el resto del cuerpo. «Servirá». Zetyn se ocultó tras unos bloques de ladrillos y se quitó las ropas manchadas de sangre. Se sorprendió al encontrar una pequeña herida en el costado, pues no tenía constancia de que la hubieran alcanzado. «La emoción del combate, tal vez». Tampoco dolía en exceso, apenas un picor molesto.

Terminó de colocarse las ropas limpias y asomó la cabeza. Algunos flagelantes apenas habían necesitado cambiarse la camisa, pero otros todavía estaban sin vestir, mostrando sus musculosos cuerpos repletos de cicatrices, unas viejas, otras recientes, producto de una vida como guerreros. Zetyn veía cómo se ocultaban sus partes íntimas unos a otros, avergonzados como buenos creyentes, pero se cuestionó hasta qué punto su pudor sexual se debía a la proximidad de una monja, pues sabía que aquellos hombres se comportaban como cualquier otro tras la batalla, gastando sus monedas en burdeles o violando cuando no las tenían.

—Daos prisa —les ordenó.

Una vez hubieron terminado, Teudas los condujo hasta el otro callejón, donde Sion y Kolb aguardaban. Obedientes, los dos guerreros habían permanecido ocultos, atendiendo sus pequeñas heridas y, a juzgar por el olor, bebiendo vino. Zetyn no se molestó en averiguar de dónde lo habían sacado; estaba más interesada en saber qué había ocurrido tras la pelea en la hostería. Pero no parecían saber nada que condujera hasta los kadeses.

Furiosa por la escasa información, Zetyn les permitió que se reunieran con sus compañeros y se cambiaran las ropas que estuvieran manchadas de sangre. Ella necesitaba meditar sobre qué hacer a continuación.

La última ubicación de los kadeses había sido aquel mercado pero su rastro se perdía como si se los hubiera tragado la tierra. Su mente barajaba posibilidades mientras los flagelantes alardeaban de los kadeses que habían matado en la hostería. «La misión no era esa», se exasperó.

—Hemos visto a Bredo entrar en las cloacas —dijo Kolb. O tal vez Sion.

—Para esconderse de las mujeres guardias —se mofó otro flagelante.

—Siempre fue un cobarde.

—Huye con las ratas.

—En Fortoferro sólo mató chiquillos y mujeres. No se atrevió con los verdaderos soldados.

«Las cloacas», reflexionó Zetyn. Durante su primer día en Volsena, a la monja le había llamado la atención que el río Inquieto estuviera soterrado hasta su desembocadura.

Zetyn salió del callejón y examinó las inmediaciones. Teudas, como una sombra, la siguió.

—¿Qué sucede, doña Zetyn?

La ciudad parecía recuperar la normalidad tras lo sucedido en el mercado. Un cochero azuzaba a los caballos a adelantar la carreta que tiraban un par de mujeres mientras un chiquillo anunciaba agua fresca a dos virutas el tonelete. Había varias aberturas enrejadas en el suelo, a intervalos de treinta brazas. Un simple vistazo a aquella calle ordinaria bastaba para saber que había una gran red de canales subterráneos bajo la ciudad, más allá de la ciudad, río arriba, hacia Presafirme, donde Zetyn sabía que los ejércitos etrubios se concentraban cada Umbría. Protección para los paganos de Kada, ahora que su iglesia en Volsena había ardido a manos de los flagelantes de Zetyn. «No es Bredo quien ha huido con las ratas», dedujo la monja.

—A ti, Dios, por entregarme tu favor.

—Alabado sea Él, y no otro —murmuró Teudas.

«Ni siquiera sabes por qué le doy las gracias». Zetyn estaba convencida de que Bredo se había adentrado en las cloacas en persecución de los kadeses. Si Dios lo disponía, quizá hubiera logrado matar a alguno, incluso capturar la llama, pero la monja no tenía tantas esperanzas. Daba por hecho que ya no podía contar con ese guerrero, estaría muerto o perdido bajo la ciudad. Reconocía su valentía al ir él solo tras la Luz de Ahisma, pero eso también probaba su insensatez. «Flagelantes —se lamentó—. Un mal necesario en Su gran plan».

—Los kadeses han usado las cloacas para huir de nosotros —comunicó Zetyn a los nueve hombres que le quedaban—. Es posible que los paganos ya hayan salido de la ciudad y estén de camino al Valle de Lágrimas.

—Hay muchos kadeses en la ciudad. ¿No habrán buscado refugio con los suyos? —cuestionó Teudas.

Zetyn se volvió hacia el gigante y este agachó la cabeza avergonzado.

—Disculpadme, doña Zetyn. No quise faltáros al respeto.

—No, mi buen prior, tienes razón —le dijo, poniendo la mano bajo su barbilla para que la alzara—. No podemos rechazar la posibilidad de que pretendan esconderse en la ciudad, pero debemos pensar como los paganos. Tras lo que hicimos a su iglesia —Teudas y los otros mostraron caras satisfechas— huirán a la frontera norte. Escuché a uno de los kadeses decir que cruzarían el Valle de Lágrimas, y estoy convencida de que lo intentarán antes de que acabe la Umbría.

—Quizá Dios provea y las lágrimas caigan. Los siervos de la oscuridad acabarán con la llama.

—No podemos dejar esta misión en manos de monstruos sin voluntad. La Fe Verdadera debe someter a los paganos e inundar sus corazones —añadió, alzando la vista hacia el lóbrego sol—, sólo así venceremos a la oscuridad.

Armeno

Olieron la granja antes de verla. Armeno no apreciaba el hedor del estiércol y el pienso, pero cualquier cosa era mejor que las cloacas. Y las granjas siempre habían sido amigas del soldado en campaña, un refugio frente a la lluvia y el hambre. Con el estómago en mente, se fijó en las huertas que rodeaban la ciudad de Volsena, donde se cultivaban acelgas, judías, ajos y cebollas que se beneficiaban de la cercanía al río Inquieto y la red de acequias que brotaban de él. Caminaba junto a su hermano, con los kadeses algo más adelantados, mientras recorrían caminos pedregosos entre las parcelas tenuemente iluminadas por faroles, cruzándose aquí y allá con jornaleros que, a causa del tintineo de sus armas, apartaban la vista o los miraban con curiosidad. A estos últimos Serafina, antorcha sagrada en mano, los espantaba con suaves golpes sobre el pomo de su espada.

La bota de Armeno pisó la boñiga de algún animal hideputa, pero seguía siendo mejor que huir de los filanitas. La ausencia de ratas asesinas también era un incentivo para alegrarse.

Su furia, por otro lado, estaba en auge.

Había tenido varias oportunidades de matar al Diestro de Kada. *Todas desperdiciadas*. Pero el hombre seguía respirando. *¿No te da vergüenza?* Meri tenía algún plan. *Follarse a Gladys*. ¿Qué planeaba con esos kadeses? *Algo retorcido y complejo*. Apenas tres pasos lo separaban de Agapias pero no podía matarlo. *Da esos tres pasos*.

—Quizá podamos comer algo —comentó Meri, señalando la granja. Desde aquella distancia, las ventanas apenas eran unos pequeños puntos de luz.

—Me has leído el pensamiento, hermanito —replicó Armeno. *Mentiroso*.

—Unas lonchas de tocino curado.

—Pan recién horneado.

—Cerveza.

—Vino.

—Queso fresco.

—Una tortilla.

—De tres huevos.

Armeno sonrió. Se agradecía la perspectiva de llevarse algo a la boca. Estaban agotados tras la caminata para llegar a Etrubia, y el baño en aquellas termas, pagado en plata, había sido el único descanso. Después, la lucha y la huida. A Armeno le dolían las articulaciones y no estaba seguro de si toda la sangre que manchaba su ropa era ajena. *Me ofendes*.

Y los kadeses no parecían tener mejor aspecto.

—Buena comida y un buen descanso —decía Meri—. Eso es lo que todos necesitamos.

—Caballos —intervino Serafina. La guardiana, portadora, la llamaba Gladys, lideraba la marcha portando la Luz de Ahisma—. Hay que alejarse de esta ciudad cuanto antes. Vosotros podéis comer cuanto queráis, pero nosotros tenemos una misión que cumplir.

—Yo también —susurró Armeno, mirando al Diestro.

—¿Cómo que vos también? —preguntó Serafina.

Los muchos ojos mirándolo resultaban incómodos.

Tú eres más ligero desenvainando.

—Mi hermano se refiere a la Luz de Ahisma —dijo rápidamente Meri—. Habíamos acordado que acompañaríamos a vuesasmercedes, ¿cierto? Seguimos sin negociar el precio, pero somos comprensivos respecto a los difíciles momentos que atraviesa la Iglesia de Ahisma. Confío en que nuestra aportación se verá recompensada en un futuro próximo, pero lo dejamos a la generosidad de nuestros empleadores.

Agapias miraba a su hermano con escepticismo.

—¿Qué queréis? —preguntó el noble.

Ven y te lo susurro al oído.

—Dinero y una larga vida para gastarlo —respondió Meri.

—La vida del mercenario no aporta ni lo uno ni lo otro —dijo el Diestro—. Además de ser un oficio infame. Deberíais abandonarlo antes de que os lleve por sendas demasiado oscuras. Lo mejor que pueden hacer los buenos guerreros como vos —añadió, mirando a Armeno— es jurar una bandera y servirla con dignidad. Es una profesión grata, pese a los muchos sacrificios que deben hacerse; pero la paciencia y la lealtad se verán recompensadas con esas comodidades que anhelaís.

Armeno se acercó al Diestro, ignorando la voz que lo incitaba a apuñalarlo allí mismo y dejar su cadáver en

una acequia para que se pudriera. «Qué sabrás tú de prosperar en la vida». Armeno y Meri ya habían sido soldados, con lo bueno y todo lo malo que aquella vida conllevaba, mientras que aquel privilegiado —hijo de algún noble de nombre pomposo— creía en la absurda idea de la gloria alcanzada al servicio del emperador, el rey o lo que fuera que los kadeses tuvieran como gobernante.

—Decidme, don Agapias, ¿bajo qué bandera sirvió su señoría mientras entrenaba para el Gran Torneo de Esgrima? Tengo entendido que se requiere una dedicación absoluta si se quiere ganar el título de Diestro de Kada. ¿Practicó en los campos de Vientoponiente, hace tres veranos, mientras la caballería filanita masacraba a los campesinos? —le pinchó. Las dos guardianas se detuvieron—. ¿O la primavera pasada en la defensa de Propol, a sólo treinta leguas de Kada? ¿Tal vez las incursiones al sur de los Picos Sollozantes le permitieron a su señoría medirse contra dignos oponentes filanitas? ¿Viztango? ¿Fortoferro? —gritó furioso—. ¿Estuvisteis en Fortoferro?

Cuánta rabia. «No veo el momento de matar a este fanfarrón». *¿Y a qué esperas?* «Eso, ¿a qué estamos esperando?», se preguntó mientras intercambiaba una mirada con Meri. Su hermano negaba con la cabeza, pidiendo calma, pero la proximidad del Diestro le generaba angustia.

—Siento mucho que vuestra gente haya sufrido ante los filanitas —dijo el kadés—, pero recordad que también lo han hecho los míos.

—No su señoría, pues vuestras ropas, aunque cubiertas de mugre como las nuestras, son de los mejores paños. —El imperial apoyó la mano sobre la espada—. Y he visto los sólidos que tan alegremente habéis dejado caer la hostería.

A Armeno no se le escapó el juego de pies del Diestro.

—Tened mucho cuidado con vuestros gestos y palabras, imperial. No sabéis de lo que soy capaz.

—No, no lo sé, pero he oído que su señoría ni siquiera luchó por su querida Kada.

Aquello funcionó, el gesto del Diestro estaba a medio camino entre la indignación y la furia, decantándose poco a poco hacia la segunda.

—No permitiré que se ponga en duda mi lealtad —replicó Agapias estirando la espalda—. No por un vulgar carnicero como vos.

—¿Carnicero?

Armeno no era idiota, había visto luchar al Diestro en la hostería, la velocidad de sus estocadas. Parte de esa rapidez se debía a que usaba una hoja más delgada, cercana al espadín que llevaba Meri aunque de similar longitud a la ropera, apta para pinchar pero no para el tajo. «Un duelista, no un soldado». La elegante forma de la cazoleta, que integraba el fuego de Ahisma con lo que parecía ser un escudo de armas familiar, daba constancia de que había sido diseñada para el propio espadachín.

Quisiera ser un espadachín invencible, tan bueno que mataré...

—¡Deteneos! —gritó Serafina.

Los dedos de Armeno ignoraron a la guardiana, aferrando con firmeza el pomo de su espada.

—¡Armeno! —exclamó Meri, interponiéndose entre los dos hombres. Aquello hizo que Armeno reculara, sorprendido por la protección que su hermano le daba al Diestro. *Te está traicionando*—. Armeno... este hombre no es responsable de lo que sucedió en Fortoferro. Ni de que estemos perdiendo la guerra. Son los filanitas quienes deben pagar con sangre lo que han hecho a nuestra gente, no este kadés ignorante que no entiende la gravedad de lo que nos jugamos aquí.

—¿Ignorante yo? —bramó Agapias—. ¿Cómo os atrevéis?

Meri le guiñó un ojo a su hermano y después hizo impenetrable su rostro antes de volverse hacia el Diestro.

—¿Quién se niega a aceptar nuestra ayuda aun cuando es evidente que la necesitáis? ¿Quién fue tan torpe de llevar la Luz de Ahisma a la hostería donde media Etrubia sabía que os alojabais, incluidos los filanitas? ¿De descuidar un dinero que sería más que necesario? ¿De gritar a los cuatro vientos que os dirigías a Myrevus, más allá del Valle de Lágrimas? —El Diestro se quedó paralizado—. Sí, todo eso hicisteis y si alguien como yo, que no estaba interesado en su señoría, lo sabe, no puedo ni imaginar lo que han descubierto la bruja filanita y su banda de flagelantes.

A veces me gustaría estrangular a tu hermano, a veces desearía que fueras él. Armeno devolvió su atención a la conversación, todavía molesto porque Meri se hubiera interpuesto. Las dos guardianas susurraban palabras en kadés.

Agapias movía la manos con nerviosismo y sus ojos buscaban el apoyo de las dos mujeres.

—No, yo... ¡sois un espía filanita! —exclamó el Diestro—. ¡Por eso sabéis todas esas cosas! En cualquier momento nos apuñalaréis y extinguiréis la llama.

—Hemos luchado por vuesamercedes cuando estabais acorralados —recordó Meri—. Esa es una manera muy

poco práctica de querer a alguien muerto, ¿no? Y respecto a la llama sagrada —añadió, mostrando el colgante que la anterior madrugada había arrebatado a uno de los bandidos—, tampoco tengo ningún interés en que se extinga. Luchar contra los Poderes Ruinosos es labor de todos los humanos honestos.

—Y no alcanzaremos la victoria si luchamos entre nosotros —intervino Gladys—. Estos hombres nos han ayudado, don Agapias, y hasta es... posible... que les debamos la vida. Su señoría debe poner a un lado cualquier prejuicio que guarde hacia ellos.

Serafina mostraba poca paciencia con aquellos debates.

—Sigamos caminando hacia la granja —dijo. Apenas restaban cincuenta pasos hasta el vallado que la rodeaba—. Los filanitas no tardarán en descubrir que hemos abandonado la ciudad.

—Si somos menos viajaremos más rápido —sugirió Agapias—. No necesitamos a estos imperiales para completar nuestra misión, aunque hayan sido útiles hasta ahora. Doña Serafina coincidirá conmigo.

El gesto de la portadora no era más expresivo que el de una estatua. Únicamente cuando Gladys le puso la mano sobre el hombro la portadora pareció recuperar la vitalidad.

—A veces necesitamos lo que no nos gusta, Serafina. —Armeno vio a su hermano disimular una sonrisa—. No importa que no sean kadeses, han demostrado ser valientes y los necesitamos.

—El alto es un buen espadachín, ¿para qué necesitamos al otro?

Armeno apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolió la oreja.

—Mi lengua es tan afilada como una espada —replicó Meri—. Y aquí mismo puedo demostrar por qué me necesitan. No tenemos mucho dinero. —Señaló la bolsa en su cinto, y después la granja—. Pero estoy seguro de que podré negociar con estas buenas gentes un buen precio a cambio de comida y pasaje. Quizá ropa.

—¿Un precio razonable con los etrubios? —cuestionó Agapias.

Meri sonrió.

—El mundo es muy grande y está lleno de desafíos. Con vuestro permiso —dijo, inclinándose frente a las guardianas—, anunciaré nuestra llegada a los buenos campesinos que proporcionan alimento al mundo.

Todavía se demoró unos segundos, pero al no escuchar voces en contra Meri giró sobre sus talones y se encaminó hacia la granja. Sus ropas seguían mugrientas y Armeno lo vio cojear ligeramente. Esa visión hizo que Armeno sintiera el dolor en sus hombros y el costado.

—¿Os han herido? —preguntó Gladys.

Nunca. Armeno se giró hacia la guardiana, quien tampoco tenía aspecto de estar en su mejor día.

—No han sido los filanitas, sino la verja —dijo el imperial, mostrando el hombro—. Era necesario derribarla pero ahora el dolor me castiga.

—Fue la decisión acertada. Esas ratas nos hubieran devorado.

—Sí, imagino que el dolor es preferible a la muerte. Aunque ahora mi hermano tendrá que examinarme.

—¿Vuestro hermano también es médico? —se sorprendió la guardiana.

—No, pero algo entiende. Los furrieles suelen atender las peticiones de los cirujanos y ha aprendido algunas cosas. Mas no confiaría en su habilidad para practicar una trepanación.

Costillas rotas, dedos quebrados, coser heridas abiertas, tal vez. Pero Armeno no esperaba que su hermano hiciera el trabajo de un cirujano militar que había aprendido en los campos de batalla cien maneras distintas de amputar extremidades y jurar que lo hacía para ayudar al herido. Como mucho, Meri tendría los conocimientos de una campesina preocupada por el bienestar de sus hijos. Hasta el momento había sido suficiente.

—Ha sido cosa de magia, ¿verdad? —comentó Armeno—. Lo de las ratas.

—No hay poderes durante la Umbría —intervino Serafina.

—¿Y qué otra cosa puede explicar la actitud de esas alimañas?

—Esa música que hemos escuchado ha tenido algo que ver pero habrá otra explicación —dijo la portadora.

Armeno suspiró.

—El mundo es muy grande, como siempre dice mi hermano, y supongo que no lo sabemos todo sobre él.

«Por qué no me deja matar al Diestro, por ejemplo». El kadés contemplaba las luces a orillas del Inquieto, donde las antorchas revelaban un puerto fluvial repleto de barcas y la estructura de piedra que llamaban el Canal Alto. «El Diestro está ahí mismo. ¿No me gritas que lo mate?». *Luego. Me intriga saber cómo acabará esto.* «¿Puede alguien decirme que está pasando?».

El farol en la puerta de la granja reveló la familiar silueta de Meri. Armeno vio a su hermano aporrear la puerta y esperar. Poco después, una segunda figura apareció en el umbral.

—Espero que su labia esté a la altura de lo que necesitamos —dijo Serafina.

—No se preocupe vuesa merced por Meribaldo. Antes de que se dé cuenta lo verá entrar por la puerta de esa

granja. Una vez convenció a un zapatero de que era bueno para su reputación que le entregara botas gratis a nuestra escuadra. A cambio, sólo teníamos que ir por ahí diciendo que las botas de maese Arturo, de Propol, eran las mejores del mundo. Es increíble que consiguiera convencerle. En mi opinión estafamos al pobre hombre, y estoy seguro de que nos maldice todos los días, pero Meri sigue diciéndolo allá donde vamos. «Las botas de maese Arturo, en Propol, son las mejores del mundo» —dijo con voz de falsete. Gladys sonrió al oír aquello y Armeno descubrió que a la guardiana le faltaban dos dientes—. Meri es un charlatán, pero cumple sus promesas.

En ese momento, la figura de la puerta se hizo a un lado y vieron a Meribaldo entrar en la granja.

Gladys

La puerta del aseo se abrió frente a Gladys. Se consideraba una mujer alta, pero Armeno todavía le sacaba cabeza y media. Aunque no tenía la presencia física que se habría esperado de un hombre de su tamaño, pues un conjunto de vendas en el hombro y en el torso dejaban a la vista una musculatura desarrollada pese a la delgadez.

Gladys agradeció que el imperial al menos vistiera pantalones.

—Así que es cierto que vuestro hermano entiende de heridas —dijo, desviando la vista desde el pecho desnudo de Armeno hasta una tabla ausente que los granjeros habían sustituido por una amalgama de arcilla seca.

—Me ha obligado a bañarme primero —dijo Armeno mientras se palpaba las vendas. Hizo una mueca de dolor—. El segundo baño del día, pero esta vez sí era necesario.

El imperial olía a limpio, nada que ver con la mugre que la guardiana todavía tenía adherida a cada poro de su piel.

—Serafina me ha aconsejado un descanso y yo también deseaba bañarme, pero esperaré.

—¿Por qué razón?

—¿No estará Meribaldo... indispuerto?

—No, hemos ido a la letrina nada más llegar a esta granja.

A Gladys le cogió por sorpresa aquella respuesta pero se rehízo.

—No, me refería a que si está bañándose es probable que esté desnudo.

—¿Cuál es el problema? —dijo Armeno. El hombre frunció el ceño hasta que abrió los ojos al comprender—. Los kadeses sois muy raros. Entrad si queréis daros un baño, o quedaos aquí hasta que mi hermano acabe, aunque os advierto que bien podría ser cuando termine la Umbría. Yo necesito comer algo sin veneno.

El imperial se alejó hacia las cortinas que separaban el comedor del resto del edificio y Gladys dudó un instante sobre si entrar o no, pero le había asegurado a Serafina que sería rápida y optó por darse ese baño.

Aquella era una granja modesta, propiedad de una familia de siete miembros, pero era una granja etrubia. Y como tal, disponía de bañeras para sus inquilinos. Dos. Una de ellas estaba vacía, aunque con una fina línea de suciedad que indicaba la altura que había alcanzado el agua. En la segunda se lavaba Meribaldo.

Él se giró al oírla entrar y señaló la otra bañera.

—Ya os he dicho que vuesa merced podían asearse primero si querían. Ahora me temo que tendréis que lavaros en un bañera ya utilizada.

—Necesitábamos asegurar la llama —dijo ella, acercándose.

—Sí, ya os he oído discutir. —Gladys frunció el ceño ante aquella invasión de la privacidad—. El deber primero, y Serafina afirma ser una mujer de principios. Veo que vos preferirías matar a los filanitas y zanjar la amenaza de raíz. —«¿Lo ha escuchado todo?», se molestó—. Doña Gladys, me he tomado la libertad de poner a calentar algo de agua limpia. —Su dedo señaló una tinaja sobre el fuego—. Pero me temo que tardará un rato en ser de tacto placentero.

—No puedo demorarme. Tomaré el agua tal y como esté.

—Esperad —dijo Meribaldo, incorporándose—. Podéis tomar mi agua, no está tan caliente como antes pero por las diosas que tampoco tan fría como esa de la tinaja.

Llevaba al cuello el colgante de Ahisma. Y nada más.

Meribaldo no mostraba señal alguna de que le preocupara estar completamente desnudo frente a Gladys. Habló sobre el tiempo que el agua había estado sobre el fuego con la misma naturalidad como si conversasen en un banco de la calle o en el interludio del teatro. Ella lo observó. El pelo mojado, largo para la costumbre imperial, se le pegaba a los hombros. El contraste con su hermano era evidente, pues frente a la escasez de carnes que llegaba a marcar los huesos de Armeno quedaba claro que Meribaldo, pese a ser también un hombre alto, no lograba camuflar las curvas de su cuerpo.

Los ojos de la guardiana se posaron un instante donde no debían y apartó la vista. Él se percató del movimiento.

—Ah, cierto. Kadeses. Disculpadme, doña Gladys —dijo mientras se daba tapaba con reticencia—, en el Imperio Nuevo no tenemos ese pudor sobre nuestros cuerpos. Desnudos venimos al mundo y desnudos nos entierran. La ropa sólo sirve para combatir el frío o exhibir opulencia.

La guardiana se acercó a la tinaja y metió dos dedos en el agua. Estaba fresca como la de una fuente pública.

—No tenéis que disculparos —dijo Gladys—, así como tampoco tenéis que darme vuestra agua. Está bien para mis necesidades.

El imperial volvió a hundirse en el agua y continuó aseándose. Gladys vertía el agua en su bañera mientras escuchaba al hombre canturrear, cuando el agua llegó a una altura apropiada comenzó a desvestirse.

Quitarse el camisote de malla ella sola no fue una tarea sencilla. Detestaba aquellas anillas de acero, inútiles contra las balas, pero cuando vio un tajo que había rajado la protección en su costado retiró toda queja. Parte del filo del flagelante había arañado la piel. «Ha estado cerca».

El resto de la ropa no supuso ningún problema y venció sus impulsos de pedirle a Meribaldo que no mirara. El imperial recorría la habitación con la vista. Gladys reprimió un gemido cuando se adentró en el agua, estaba mucho más fría de lo que había esperado y notó cómo se le erizaba el vello. Apretando los dientes, tomó los jabones para arrancarse la suciedad del cuerpo. El agua tardó poco en adquirir una tonalidad grisácea mezclada con unas volutas de rojo sangre.

—Ese agua no parece de vuestro agrado —dijo Meribaldo—. Todavía estáis a tiempo de coger la mía. Casi he terminado y está aún tibia.

—Os lo agradezco, pero el agua es perfecta.

—Mentís. Vuestros pezones están duros.

Ella giró el cuerpo para ocultarse.

—¿Cómo os atrevéis a mirarme?

—¿Cómo no queréis que os mire si os estoy hablando?

—Podéis mirar a cualquier otro lado —replicó indignada. Que hubiera mirado de reojo era una cosa, Gladys no se hacía ilusiones de que el hombre no lo hiciera, pero que tuviera el descaro de jactarse de ello era algo muy diferente—. A mis ojos, por ejemplo.

Él sonrió.

—Os aseguro que también lo he hecho. Y a vuestras manos de guerrera, la boca, las piernas y la espalda con su cicatriz de estrella. Un arcabuz, imagino. También me he fijado en las desgastadas vigas del techo, la ceniza bajo la tinaja, las marcas de hollín de fuegos pasados y el trozo de pan duro que todavía no comprendo cómo ha podido llegar bajo esa mesa del fondo. Estoy atento a muchas cosas, doña Gladys, vuestros pechos no son una excepción. Pero si queréis que me centre en vuestros ojos, así lo haré. Os puedo decir que son muy bonitos. Oscuros, sin ser negros del todo, ¿nacisteis poco antes de la Umbría?

Gladys se quedó sin palabras ante el desparpajo con el que aquel hombre trataba de cortejarla. Él continuaba mirándola, en espera de una respuesta. Gladys se hundió un poco más en la bañera antes de responder.

—Apenas unas horas. Mi madre trató de aguantar lo que pudo pero la comadrona insistió en que era demasiado peligroso. Además, tampoco había garantías de que aquel anochecer fuera a llegar la Umbría.

«Pero sí fue Umbría. Y yo podría haber sido monja».

—Yo, como podéis ver era imposible que fuera hechicero —dijo, señalándose los ojos verdes. «Los de Melegros», pensó antes de apartar ese recuerdo—. Nací el Día Claro.

—Y del sexo equivocado —añadió Gladys.

—Como habéis comprobado sin que a mí me importunara —replicó él con media sonrisa—. No os sonrojéis, por favor. ¿Por qué la gente se sonroja cuando se habla sobre desnudos, genitales y otros asuntos placenteros?

—No se debe al pudor —musitó la guardiana—; al menos, no por completo. Sólo os pido que aunque me esté bañando no me miréis así.

—Podríais cubriros, si os inquieta.

—O podríais no mirarme así —insistió Gladys, asegurándose de que el imperial entendiera a qué se refería—. El cuerpo de cada uno es privado y sólo a mí me pertenece el mío. Es cuestión de respeto, Meribaldo.

—Meri, mi gente me llama Meri.

—Meribaldo —repitió ella.

El exceso de confianza de aquel hombre empezaba a resultar exasperante, más aún cuando volvió a ponerse en pie sin previo aviso para salir de la bañera. Meribaldo se acercó al fuego y tomó unos paños para secarse.

Un agradable olor se filtró en el ambiente. Al principio Gladys pensó que era algún jabón, pero su estómago rugió de hambre al percatarse de que era el aroma del pan recién horneado. Comenzó a frotarse con intensidad, ya había perdido bastante tiempo con el baño.

—¿Veis? —dijo Meribaldo, señalándose la nariz—. La vida tiene suficientes alicientes sin que se necesite la magia. —A Gladys le costó un instante comprender que se refería al color de sus ojos—. Aunque confieso que alguna vez, cuando era crío, deseé tener el don para hacer cosas increíbles, hazañas como las que relataban aquellos pobres charlatanes que venían a los pueblos ofreciendo historias, dulces mentiras que nos hacían soñar, a cambio de algo que llevarse a la boca.

Gladys tenía aquellos mismos recuerdos de largas noches mirando la Umbría y sus colores, rezando a la diosa para que cuando la luz regresara repentinamente hubiera desarrollado poderes. Los mismos anhelos que todas las demás niñas; también los niños, según contaba Meribaldo. Él debió percibir aquellos pensamientos rondando la cabeza de Gladys.

—¿Os habría gustado ser sacerdotisa?

—Todavía puedo serlo, si me conceden el honor, pero creo que vos os referís a si me hubiera gustado ser monja.

Meribaldo se pasó la mano por el mentón.

—Perdone vuesa merced —dijo con cierto retintín—, no estoy muy familiarizado con los títulos eclesiásticos. Mas soy muy amigo del aprender.

Gladys se hurgó las uñas para limpiar la mugre bajo ellas.

—Una monja-guerrera es una hechicera entrenada que sirve bajo la fe de una de las Cinco, mientras que las sacerdotisas son las administradoras de un templo sin que necesiten tener el don. No tiene gran misterio. Serafina y yo tenemos el gran honor de ser guardianas de la llama. Serafina es portadora, un rango más.

Meribaldo dejó de secarse y cogió unos pantalones y una camisa.

—Lástima, podríais haber sido muy útil.

—¿Insinuáis que ya no soy útil por no contar con poderes? —replicó furiosa.

—Disculpadme, no me refería a eso. Os juro que no pretendía ofenderos, tengo que medir mejor mis palabras. Lo que quiero decir es que los filanitas cuentan con una bruja, o monja, como decís, mientras que nosotros no.

—Probablemente sea una hechicera de piedra, al ser de Filani, pero no recuperará sus poderes hasta que concluya la Umbría. Confío en que lleguemos a nuestro destino antes de que ocurra. Y si no, mi espada se ocupará de esa mujer.

Él asintió y terminó de vestirse. Después, se apoyó en una silla a limpiar sus botas con gran esmero. «Demasiado, tal vez», pensó la guardiana cuando transcurrió un rato. La suciedad había desaparecido pero el hombre continuaba limpiando. «¿Piensas quedarte ahí hasta que salga de la bañera?».

—Creo que esas botas ya están limpias —escupió.

—Botas del maese Arturo, de Propol —dijo él, exhibiéndolas como un trofeo—. No encontraréis unas mejores y por eso las cuido tanto.

«No era eso lo que quería decir», pensó Gladys.

—Me gustaría que os fuerais antes de que yo saliera del agua. ¿Recordáis lo que he dicho sobre el respeto al cuerpo, Meribaldo?

Él puso cara de sorpresa y luego bajó la cabeza avergonzado.

—Entonces me marcharé de inmediato —dijo al ponerse en pie—. Tenéis razón, mis disculpas. Además, no es bueno que estéis tanto rato en ese agua tan fría. Si no os importa —añadió, tomando la ropa que se había quitado la guardiana—, le llevaré estas ropas sucias a los amables granjeros que se han ofrecido a lavarlas. Mientras tanto, nos han dejado esa de ahí para que la llevemos.

El imperial señalaba el pequeño monto de ropa de la que había tomado la suya. Eran prendas de distintos tamaños aunque limitados colores, ninguno de ellos era el granate de Ahisma. «Sólo hasta que la ropa esté limpia», se dijo. Él ya se iba cuando Gladys sintió que quizá había sido algo dura con el imperial. No creía que debiera disculparse, pues únicamente había querido dejar claro al imperial cuáles eran los límites, pero tampoco había agradecido su papel. Ahora que estaban solos parecía el momento adecuado.

Meribaldo abrió la puerta para salir.

—No os vayáis aún.

—¿No? Creí que...

—Sólo quería agradeceros vuestra labor. Vos y vuestro hermano habéis sido una ayuda divina para nuestra misión. —Él asintió con la cabeza, agradecido, lo cual hizo que Gladys se sintiera mejor—. Decidme, ¿cómo habéis convencido a esta familia etrubia para que nos dé alimento, cobijo, ropa limpia y baño a cambio de nada?

—A menudo se subestima la buena voluntad de los desconocidos. Basta con pedir. El mundo es muy grande, doña Gladys, y lo habita buena gente dispuesta a ayudar a quien lo necesita.

La guardiana se quedó mirando al imperial. Él seguía en la puerta, sin querer irse pero mirando con afán hacia el origen del olor a pan. Ella se quedó reflexiva, ya se había bañado y aquella agua fría empezaba a resultar muy incómoda. Meribaldo estaba ahí, y el hombre se mostraba servicial... «Hay hombres peores».

—Voy a salir de la bañera. Acercadme esas ropas y no miréis —le advirtió—, pero cuando esté vestida me gustaría que me cosierais esta herida en el costado, por favor. Apenas es un rasguño pero prefiero no arriesgarme.

Él sonrió mientras volvía a cerrar la puerta. Tomó la camisa y unos pantalones y se los ofreció a Gladys. Después, giró la cabeza mientras la guardiana se ponía en pie y salía del agua.

—Os advierto que puedo hacer una carnicería sin pretenderlo —dijo Meribaldo—. Mi hermano no se queja cuando lo uso para practicar medicina pero vos podríais no estar tan acostumbrada. —Se rascó una oreja, reflexivo—. Con tanta experiencia en luchas como tenéis, ¿nunca habéis cosido heridas?

La kadesa guardó silencio mientras recordaba.

—Sólo las que otros tenían.

—Pardiez, doña Gladys, sí que sois afortunada —dijo él con una amplia sonrisa—. Ese es el mejor tipo de heridas.

Meribaldo

El patrón de la *Olmo Recio*, un etrubio hasta el último pelo de su canosa barba, miró con recelo los cuatro marcos de plata que Meribaldo tenía sobre la palma. El marinero todavía se mostraba inseguro de que aquel hubiera sido un buen trato. Sus ojos rebosaban de avaricia.

A su alrededor, el puerto fluvial bullía de actividad bajo la luz de cientos de antorchas y faroles. La compleja maquinaria de norias, tuberías y esclusas vertía agua en los compartimentos donde las barcazas eran lentamente elevadas hasta el Canal Alto, la magnífica construcción de piedra y bronce que Meribaldo no podía admirar. Aún. Había negocios que cerrar.

El etrubio miró la Luz de Ahisma, las guardianas tras Meribaldo y por último a la *Olmo Recio*, una robusta barcaza con dos palos, demasiado nueva para que fuera la primera en la que aquel patrón había navegado. «Los negocios le han ido bien». La embarcación se elevaba lentamente a medida que los mecanismos del Canal Alto vertían más y más agua en la esclusa.

Meribaldo captó la atención del patrón, con gesto amable aunque con un toque de piadosa súplica. Estaba pidiendo por la Iglesia de Ahisma, después de todo.

Peones de musculosos brazos y espantoso hedor cargaban fardos de lana y trigo, tablas, vasijas de aceite y toneles de cerveza o tinte. Productos que aquel etrubio debía de considerar más lucrativos que los cinco pasajeros.

—¿Nada más?

Meribaldo mostró una palma vacía. El patrón se pasó la mano por la barba una vez más mientras examinaba a los compañeros del imperial, especialmente a su hermano, quien se sentaba distraído sobre unos bloques de piedra recién tallada mientras miraba con odio nada disimulado hacia el Diestro de Kada. El noble conversaba afable con unos etrubios que habían reconocido su bigote, el kadés gozaba de una sorprendente popularidad entre la gente humilde pese a ser noble y extranjero. Agapias disfrutaba de las atenciones recibidas, e hizo entrega de un papel a una de las gendarmes que componía su pequeño grupo de admiradores.

—¿No tenéis sólidos de oro? —insistió el patrón, captando de nuevo la atención de Meribaldo.

—Tiberio, amigo mío, vuesa merced podrá decir que el sol sigue en su sitio gracias a su ayuda —le recordó—. Eso bien vale algunas rondas en cualquier taberna que frecuenten los seguidores de Ahisma —añadió, alzando el amuleto de la diosa que llevaba al cuello—. Incluso a quienes no lo sean. La gente se mostrará muy agradecida por no vivir en un mundo de absoluta oscuridad.

Que el barquero mirara al cielo era una buena señal, pues aquel sol oscuro de Umbría causaba inusuales reacciones en la gente. Inusual era bueno. Inusual significaba un etrubio que quizá no pidiera demasiado. Quizá.

Un toque de campana avisó que la *Olmo Recio* había concluido su ascenso hasta el Canal Alto. Unas gotas de agua gélida cayeron cuando los prácticos abrieron la esclusa para permitir el paso de la embarcación. Meribaldo tembló ante aquel frío contacto con su piel. El segundo día de Umbría había refrescado el mundo como un prematuro invierno. El patrón también se estremeció con aquel golpe de frío, y disimuló una mirada hacia la Luz de Ahisma.

Meribaldo se supo victorioso. Puede que los etrubios mostrasen poco apego al espiritualismo y fingieran normalidad aquellos días, pero nadie podía permanecer indiferente cuando el mundo se tornaba oscuro y frío.

—Partimos de inmediato —gruñó Tiberio—. El pasaje no incluye comida, dormiréis en cubierta y no quiero que me causéis problemas. En cuanto ese mulero ursavita termine de cargar sus bestias podréis usar el espacio que sobre. Y la antorcha... la Luz de Ahisma —corrigió tras mirar a las dos guardianas— la quiero a proa, lo más lejos posible de mi carga.

—En eso coincido con vuesa merced. Las explosiones causan un ruido espantoso.

El barquero arrancó los marcos de la mano de Meribaldo y empezó a gritarles a los peones para que se apresurasen con las grúas que alzaban su mercancía. Las quejas de sus empleados cesaron en cuanto los insultos del patrón se convirtieron en amenazas de pagas más reducidas. «No, si aún ganará dinero gracias a mí».

Su hermano y los kadeses se acercaron a Meribaldo.

—¿Qué habéis dicho sobre explosiones? —inquirió Serafina.

—El buen barquero transporta dos docenas de barriles de pólvora para los ejércitos etrubios en el Valle de Lágrimas —dijo Meribaldo. Serafina miró el portafuegos con preocupación—. Además de algunos arcabuces, balas, estopa, paños... Los mejores amigos del fuego. Ruego a vuesa merced que no aleje la Luz de Ahisma de la proa hasta que lleguemos a Presafirme.

—¿Cuánto tiempo nos llevará el viaje por este canal?

—No será tan rápido como si hubiéramos tenido caballos —reconoció Meribaldo—, pero gracias al Canal Alto navegaremos río abajo. El patrón asegura que en día y medio estaremos en el campamento etrubio. —Palpó con la mano la rugosa superficie de una de las columnas de piedra—. Toda una maravilla, este Canal Alto; muy ingenioso construir un acueducto para que las embarcaciones desciendan hasta...

Serafina le interrumpió.

—La Umbría podría concluir la tercera noche y entonces el Valle de Lágrimas estará repleto de monstruos.

—O podría durar dos días extra —expuso el imperial— y amanecer cuando estemos a las puertas de Myrevus. Además, con esos filanitas rondando por la zona será mejor si no estamos expuestos en los caminos.

—Es una estrategia sensata —intervino Gladys—. Meribaldo nos ha conseguido un viaje libre de peligros.

Meribaldo notó un creciente calor y se frotó las mejillas para ocultar que se estaba sonrojando. Sus uñas rasparon la barba que había olvidado afeitarse, el momento de intimidación con la guardiana lo había impedido. «No favorece mi sonrisa, será mejor que me afeite».

El vello facial sí favorecía a Armeno, con su elegante bigote de espadachín, aunque insignificante frente a la ostentosa mata de pelo inverosímil que el Diestro lucía bajo la nariz. Ambos hombres intercambiaban miradas tensas. El dedo de su hermano señaló las mulas y el hombre que daba rebuznos para guiarlas.

—¿Qué hace un maloliente ursavita vendiendo mulas a los ejércitos de la Reina Rata? —preguntó Armeno.

Meribaldo juzgó el mal humor de Armeno, normalmente poco propicio al insulto sin fundamento. La zurda de su hermano daba leves espasmos y sin duda aquella maldita voz lo estaría incitando contra Agapias, quien no parecía satisfecho de oír el apodo de la marquesa de Etrubia. Tras su encontronazo la tarde anterior, el Diestro había tenido el buen acierto de mantenerse alejado de Armeno, pero Meribaldo temía que cualquier palabra ofensiva hiciera que echaran mano a los aceros. «Será mejor calmar los ánimos».

—El mulero querrá ganar dinero, imagino. Es a lo que todos se dedican en esta tierra.

Meribaldo se fijó en el mulero y cómo sus gritos parecían tener más efecto en los peones que desplazaban cajas y barriles que sobre los tercos animales.

—Preguntaré a ese buen hombre si necesita ayuda.

«Por favor, no acuchilles a cierto kadés en mi ausencia», pensó Meribaldo mientras se alejaba. No entraba en sus planes acercarse al mulero, ahora que estaba limpio no deseaba impregnarse del olor de aquellas bestias, pero era preferible a sostener las miradas inquisitivas de su hermano.

Dejó a los kadeses conversando en su lengua y pudo notar la mirada de su hermano clavada en la espalda mientras se acercaba al ursavita, que seguía igual de feo que la última vez que lo había mirado. Quizá un poco más bizco.

—¿Y cuánto había dicho antes vuesamerced que se paga por cada mula?

El mulero lo examinó de malos modos, como si no estuviera seguro de si Meribaldo lo había insultado. Vestía a la moda etrubia y hablaba el imperial con fluidez, a excepción del horrible acento de su lugar de origen, pero en tratamientos de cortesía parecía poco docto. Más aún en higiene, que no parecía haber aprendido de su larga estancia con los etrubios. Olía igual de mal que las bestias que criaba.

—Tges sólidos de ogo —dijo el ursavita mientras ambos zigzagueaban por las escaleras que subían hasta la cima del Canal Alto—. Dos las débiles, pog si te integesa. Todo depende de cuánto necesiten los gatones, ellos son codiciosos pego yo también sé cómo sacag buenos dinegos. Te lo digo. Los caballos etgubios no son buenos paga llevag peso y se tgo piezan con una miaja de polvo, así que necesitan mulas paga moveg los cachivaches de los soldados pog todo el Valle de Lággimas.

—¿Y es un buen negocio? —preguntó Meribaldo, jadeando levemente a causa del ascenso.

—Todo depende de lo que necesiten los gatones —repitió el mulero.

Meribaldo asintió. El tipo, cuyo nombre se negaba a intentar pronunciar, se había marchado de Ursavi para adiestrar mulas sin que los suyos le prohibieran vendérselas a sus enemigos del sur. El dinero parecía haber aplacado todo remordimiento sobre traición, pues comentó que las criaba en los montes al norte de Volsena y las hacía bajar siguiendo los afluentes del Inquieto hasta llegar a la capital. Según contaba, lo habitual era que luego remontara el Inquieto por camino hasta el Valle de Lágrimas, pero, al igual que Meribaldo y los suyos, tenía prisa por llegar antes de que acabara la Umbría y por eso pagaba pasaje en aquella embarcación tan ancha como una suegra. Si el mulero no llegaba a Presafirme antes del fin de la Umbría, tendría que esperar un mes o más para vender sus bestias a precio de última hora. «Astuto».

Una vez arriba, el imperial observó el puerto fluvial desde la privilegiada cima del Canal Alto, una estructura que se elevaba por encima de la más alta de las torres de la cercana ciudad de Volsena, en un apenas apreciable descenso hacia el horizonte occidental, paralelo al cauce del Inquieto.

Los faroles del puerto mostraban el ajeteo del comercio y el ir y venir de carros, carretas y peones. Una población cuya vida giraba en torno a la carga, la descarga y cobrar por ello. Monótona y rentable. Su hermano y los kadeses ascendían el último tramo de escaleras.

Meribaldo volvió la vista hacia las siete mulas que avanzaban por la pasarela hasta embarcar en la *Olmo Recio*. Todas tenían aspecto de estúpidas y un apetito voraz, pues durante toda la mañana no habían dejado de hundir el hocico en los cubos de pienso y menear la lengua como una bandera al viento. De vez en cuando alguna mula alzaba la cabeza y Meribaldo podía jurar que los ojos de aquellos animales contagiaban estupidez.

—Hay algo siniestro en ellas. Se parecen a los acémilos de las historias de terror.

—¡Clago! Los acémilos antes eran mulas, pero eso son el monstguo más común en el Valle.

Meribaldo se quedó boquiabierto y miró con renovado interés a los animales. Y luego con pavor.

—¡Pardiez! ¿Qué me decís? ¿Estos bichos son acémilos?

—Aún no. Paga eso tiene que caegles una lággima encima.

Mientras la última bestia subía a la embarcación, el mulero le explicó que los ejércitos tenían una gran necesidad de aquellos animales para atravesar el Valle de Lágrimas durante la cosecha. La orografía del terreno era inestable pero hacía ya durante los últimos treinta años se parecía más a una cordillera que a un valle. Sin embargo, la toponimia permanecía. La única constante en un terreno a merced del capricho de las lágrimas. Si era valle, usaban carros; cordillera, usaban mulas. Algunas se perdían, porque los soldados no sabían cuidar animales, decía el ursavita, otras quedaban abandonadas tras la batalla y vagaban sin rumbo. Era entonces cuando caían las lágrimas.

—Las nulas más afortunadas se convierten en acémilos, las que no, son devoradas por los monstguos. Una vez oí la historia de una mula abandonada en el valle que seguía viva después de dos lluvias, pero no puedo jugar que sea verdad.

—Olvídese vuesa merced de la mula afortunada durante un segundo, ¿por qué razón llevan al Valle de Lágrimas a una criatura que acabará por convertirse en un asesino acorazado?

—Ya os lo he dicho: son necesagias para que los soldados se muevan por el Valle. Y cosechag las lággimas. El dinero es más importante que el sentido común.

—Etrubios, ¿eh?

El mulero se encogió de hombros.

—No, sólo gente.

Uno de aquellos adorables animales estaba dejando un maloliente recuerdo sobre la cubierta de la *Olmo Recio* y el mulero maldijo algo en su idioma mientras se acercaba. Meribaldo lo vio sermonear a la bestia como si fuera un niño malcriado.

Apenas controló su vejiga al notar una mano sobre su hombro.

—¡Por las Cinco! Casi me matas del susto, Armeno.

—Igual te mato con otra cosa como no empieces a hablar. —Tras lanzar un breve vistazo hacia los kadeses, todavía sin embarcar, Armeno se inclinó hacia él—. Te he seguido la corriente porque sé que hay algún plan dando vueltas por tu cabeza, pero ya es hora de que me digas cuál es y por qué no me dejas matar al Diestro.

Meribaldo observó a los kadeses, a los peones que cargaban cajas y por último al mulero. Ninguno de ellos parecía encontrarse lo bastante cerca para escucharlos. Puso la mano sobre el hombro de su hermano y Armeno se agachó.

—Esta gente se dirige a Myrevus —le dijo en voz baja—. No a la antigua provincia viejoimperial, tampoco a los Escombros. Van a presentarse frente a las puertas de la ciudad de Myrevus y como son guardianas de la Luz de Ahisma, será como si no hubiese puerta alguna. ¿Recuerdas lo que dijo el cazarratas sobre la necesidad de un padrino? Ahí tienes al mismísimo capítulo de Kada de la Iglesia de Ahisma. Todo lo que tenemos que hacer es escoltarlos hasta la ciudad y nos habremos ganado la residencia. El mundo es muy grande, Armeno, pero que me parta un rayo si no hemos tropezado con algo de buena suerte.

Armeno se mesaba el bigote, pensativo. Meribaldo no sabía si estaba reflexionando o únicamente hablaba con la voz. Esperaba que fuera lo primero, pues el demonio sólo le ofrecería media docena de sugerencias para acuchillar al Diestro antes de que embarcara.

—No lo sé, Meri. Tu plan podría ser un desastre en cuanto una docena de flagelantes aparezcan dispuestos a crucificarnos. Además, eso no soluciona mi problema con el Diestro.

—Lo hará. Ese hombre es un traidor y las guardianas verán con buenos ojos que muera.

—¿Es un traidor? —se interesó Armeno.

—Todavía no. Quién sabe. Puedo convencer a las kadesas. Tal vez sólo sea un hombre con muy poca dicha,

pero lo cierto es que su abandono del fuerte en Kada y gritar a los cuatro vientos dónde se alojaba en Volsena han favorecido a los filanitas, y eso levanta sospechas. Desde luego, las ha despertado en Serafina. Puedo trabajar con esa munición. Por otro lado, quizá esos actos cuestionables le fueren a buscar redención. Y los héroes suelen encontrar heroicos finales. —Armeno asintió, satisfecho—. Ya veremos cómo se desenvuelve la situación. Mientras tanto, me gustaría que siguiéramos con esta misión en la que nos hemos visto envueltos. Estamos guardando la Luz de Ahisma, Armeno. Eso es algo que nunca me hubiera imaginado.

—No estamos cobrando por ello. No confío en jefes que no pagan con dinero, nunca hemos tenido buenos negocios si no había monedas sobre la mesa. Las promesas son aire, pero el oro es sólido.

—¡Pardiez, Armeno! Olvida el refranero y piensa en Myrevus como el botín tras la batalla.

—No todos los soldados reciben galima, y por el camino siempre quedan cadáveres.

—Dudo que tú seas uno de ellos. Y me gusta quedarme cerca de ti. Somos especiales, Armeno, nosotros sobrevivimos y cobramos. Siempre lo hemos hecho.

Armeno se giró hacia el Diestro, que conversaba con las dos guardianas. Meribaldo se fijó en la mano libre de Serafina, apoyada sobre el pomo de su arma. Quizá fuera la pose de guardia habitual, quizá se debiera a la presencia del Diestro, pero ningún mal fruto podía salir de semillas tan buenas. Tan solo había que ser cuidadoso y paciente. «Igual que con Gladys», pensó al cruzar su mirada con la joven guardiana. Meribaldo sonrió pero ella apartó la vista. «Quizá en otro momento».

—¿Y qué ocurrirá si Agapias no es un traidor ni busca la gloria del héroe? —preguntó Armeno.

Meribaldo se encogió de hombros mientras los kadeses iniciaban el ascenso al Canal Alto.

—Pues lo matas sin pompa ni testigos. El mundo es muy grande... y está repleto de injusticias.

Gladys

La suave inclinación del Canal Alto deslizaba la barcaza hacia Presafirme. El viento también favorecía, aunque las velas permanecían parcialmente recogidas para que la embarcación mantuviera un ritmo constante. Tiberio, el patrón, aferraba el timón para mantener firme la *Olmo Recio* sin que el casco golpease los acolchados bordes del canal, y su rostro se iluminaba con cada chupada de pipa. A juzgar por el olor, Gladys adivinaba que aquello no era tabaco sino hierbas de placer, pero no hizo ningún comentario. Ella misma había tomado viceca por segunda vez aquella Umbría.

Serafina algo más, pues inhalaba con ansia en cuanto percibía el cansancio. Cada vez que tomaba la medicina sus ojos se abrían como los de un bebé arrancado del sueño.

—Podrías descansar un poco —propuso Gladys. Ella la fulminó con la mirada—. Ya sé que no debemos dormir durante la Umbría, pero no es necesario que estés erguida todo el tiempo. Podrías sentarte o dar un paseo.

El largo silencio de la portadora indicaba que se lo estaba pensando. Miró a babor y estribor, donde las copas de algunos árboles se mecían al viento.

—Sí, gracias —dijo al fin Serafina.

La portadora caminó sobre la cubierta, esquivando la carga, los «regalos» de las mulas ursavitas y el bulto que era Armeno, cuyos ronquidos camuflaban los crujidos de la barcaza. Ver al imperial dormido inundó a Gladys de envidia, que resolvió inhalar un poco más de viceca. «Sólo un poco».

El otro imperial también estaba tumbado sobre la cubierta, pero no dormía, mantenía su mirada fija en el cielo mientras acariciaba su colgante de Ahisma. «¿Está rezando o hay algo que le impide dormir?». Un movimiento en la cubierta distrajo a Gladys. El Diestro de Kada se incorporaba entre gruñidos, mantas revueltas sobre la cubierta, y se acercaba a la llama sagrada entre muecas de dolor, sin duda causadas por las duras tablas sobre las que había intentado dormir. No parecía hombre acostumbrado a tales catres. Meribaldo alzó la vista al verlo pasar junto a él y su mirada se cruzó brevemente con la de Gladys.

El Diestro no llevaba puestas las botas pero aun así las tablas de la barcaza crujían a cada paso que daba. Gladys memorizó aquel sonido, por si en el futuro alguien se aproximaba sin ser visto. Agapias llegó junto a la guardiana y se detuvo, en sus ojos se reflejó el fuego de la diosa y el hombre se inclinó hacia Gladys.

—Deseo disculparme —susurró.

La guardiana le mantuvo la mirada.

—¿Cuál ha sido vuestra ofensa?

Como todos los ganadores del Gran Torneo de Esgrima, Gladys supuso que durante el último año se habría acostumbrado a recibir alabanzas por su destreza, los favores de los poderosos y la atención de las mujeres. Mostrarse humilde ante una joven guardiana en la cubierta de un cascarón de madera no debía de ser plato agradable.

Agapias carraspeó.

—Siento mucho que mis actos nos hayan conducido a esta situación. Debéis comprender que yo únicamente quería ayudar a mi patria y era consciente de que no podía hacerlo solo, por eso recurrí a Pilatos y sus mercenarios; supuse que un poderoso padrino a mi lado sería beneficioso para mi gente. Pero no pensé que esos actos atraerían a los filanitas. Fui imprudente. El imperial rollizo tiene razón en...

—Su nombre es Meribaldo —interrumpió Gladys.

Las llamas iluminaban el rostro del espadachín que se debatía entre el arrepentimiento y el

autocontrol. A su espalda, Serafina se apoyaba en la barandilla de popa, donde únicamente los faros iluminaban el agua del canal.

—Don Meribaldo —dijo Agapias— tiene razón al señalar que debería haber elegido un lugar diferente, uno que no hubiera frecuentado con anterioridad, para preparar nuestro viaje a Myrevus. Ahora soy consciente de la gravedad de mis errores y el peligro que he traído a la Iglesia de Ahisma. Además, sé que en cierto grado las muertes de aquel alférez y sus hombres pesan sobre mí.

—Se llamaba Proisi —dijo Gladys—. Nunca antes supe acerca de su existencia pero luchó en Kada, en la Puerta de Sal; en la *Arcona*, cuando huimos de la ciudad; y murió defendiendo la Luz de Ahisma, en una hostería en Volsena.

«En los lugares olvidados también se muere». Gladys se juró recordar a Vettias, al alférez y a los soldados caídos, aunque no supiera sus nombres.

—Ya que mencionáis la Luz de Ahisma, doña Gladys, hay algo que no consigo sacarme de la cabeza. Respecto a cómo ha llegado hasta aquí... —Gladys lo animó a que continuara. Por el rabillo del ojo, se percató de que Meribaldo no perdía detalle de la conversación—. Sacasteis la llama del Gran Templo de Kada y, tras recorrer las calles infestadas de enemigos, e incluso algunos afirman que también demonios, la embarcasteis en una galera. —Gladys asintió—. Galera con la que cruzasteis el estrecho de la Garganta. Durante esa travesía, rechazasteis el ataque de cinco barcos filanitas hasta llegar a Volsena, donde fuimos asaltados por una banda de flagelantes que nos forzaron a huir por las cloacas.

Gladys suspiró hastiada.

—Reconozco que es la guardia más dura de mi vida.

—Demasiado dura, quizá. Porque antes de eso hubo un asedio a la ciudad que también debió de ser una dura prueba. Y he ahí la duda que me carcome. —Descendió el tono de su voz hasta un susurro—. Podéis confiar en mi discreción, guardiana, pero debo preguntar. Necesito preguntar. La llama no se ha extinguido, ¿verdad?

Gladys lo miró ofendida. Largo rato.

—No mientras yo guarde.

—Lo menciono porque...

—No. Mientras. Yo. Guarde.

El Diestro permaneció en silencio unos instantes. Finalmente asintió e inclinó la cabeza.

—Disculpadme —dijo mientras retrocedía—, pero necesitaba saberlo. Temía que ese sol sobre nuestras cabezas jamás recuperara el brillo. Temía el frío eterno que nos espera a todos si los filanitas logran su propósito, si no fuéramos capaces de...

Gladys hizo amago de apoyar una mano sobre el hombro del noble, una forma de imbuir fortaleza a lo que en ese momento le pareció un alma atribulada, pero se contuvo.

—Entiendo a su señoría —dijo Gladys, comprensiva—. Cuando alberguéis dudas semejantes, alzad el rostro al cielo. —El Diestro así lo hizo—. Allí veréis colores granates, colores de Ahisma. La diosa todavía lucha contra los Poderes Ruinosos, y esta llama le proporciona las fuerzas para seguir haciéndolo.

Agapias paseó su mirada por el oscuro firmamento hasta que sus ojos descansaron sobre la llama.

—Doña Gladys —dijo en voz baja—, tengo una duda respecto a la Luz de Ahisma. Los hombres no estamos instruidos en los dogmas de la religión, pero creo recordar que ahora mismo hay dos llamas sagradas. Una frente a mis ojos, y otra en el barco que os trajo de Kada.

—La *Arcona*, sí.

—Al existir una segunda llama en esa galera...

Gladys supo dónde quería llegar el Diestro y le interrumpió de inmediato. Era una de las preguntas más habituales entre el clero de Ahisma y los fieles que acudían a los ritos semanales.

—Su señoría no debe dar por sentado que una segunda llama perdure. O incluso una tercera, si alguien se aventurase a encender otro fuego con ella. ¿Cuánto tiempo se mantendrá a flote esa galera? ¿Cuánto durará la devoción de esos marineros por mantener la llama encendida? ¿Creéis que la alimentarán cuando se den cuenta de que ese fuego los pone en peligro, con los flagelantes de Filani deseando darles caza? ¿Que el fuego soportará las tempestades del Mar Océano? ¿Os fiaríais de rumores sobre llamas ocultas en las profundidades de los Picos Sollozantes? No, su señoría. —Gladys se volvió hacia el fuego que ardía a su lado, las palmas de sus manos absorbiendo el sagrado calor que desprendía el portafuegos—. Esta, y sólo esta, es la Luz de Ahisma. Lo será hasta que se apague, pero no mientras yo guarde.

Agapias guardó silencio, con la mano extendida hacia la llama sagrada, sintiendo también su calor, la esperanza que emanaba. La promesa.

—No mientras yo guarde... —susurró el espadachín—. Os dejo tranquila, doña Gladys. Gracias por aliviar mis temores.

Con el crujir de los tablones, Agapias se alejó de vuelta al catre. Por el camino se cruzó con Meribaldo, con quien intercambió una leve inclinación de cabeza mientras aquel se echaba la manta sobre los hombros tras incorporarse. Serafina seguía dando vueltas por cubierta, pero sin quitar ojo al ir y venir de los dos hombres tan próximos a la Luz de Ahisma.

—Con esa pregunta sobre la falsa llama ha rozado la blasfemia —comentó Meribaldo en cuanto se acercó a Gladys.

—No —replicó ella tras una breve reflexión—. Ha sido impertinente pero su señoría es un kadés devoto.

—Bueno, sólo quería deciros que no era necesario preguntar. Tal y como su señoría ha dicho, no nos corresponde a los hombres dictar sentencia en temas de teología, pero sí sé que vuesamerced no pondría tanto empeño en proteger una llama que fuera falsa. —Gladys asintió a aquellas palabras—. Os he visto luchar por ella, os he visto matar, y fui testigo del sacrificio que hizo el otro guardián. —La guardiana evocó la memoria de Vettias—. Hace falta coraje para ello. Y el coraje requiere fe igual que una llama requiere combustible.

—Vettias era novicio. No llegó a ser armado guardián, pero estoy convencida de que con el tiempo habría plantado su olivo. —Gladys apartó la mirada al sentir la tristeza inundarle el rostro y se apresuró en señalar el colgante que Meribaldo llevaba al cuello—. ¿Y vos profesáis la fe de Ahisma, igual que su señoría?

—Sí. No. A veces. —Gladys alzó una ceja—. Dejad que me explique. Todos adoramos a las Cinco, pero como pueblo de herreros e ingenieros, los imperiales somos más devotos de la diosa Grumibia. También Azgola, en las regiones costeras. Y los ritos de fecundidad, claro... Somos gente de amplias creencias. —Gladys vio la lógica en aquello—. Este colgante que llevo al cuello no es mío, perteneció a mi madre. Ella sí era una firme creyente de Ahisma y lo llevaba siempre puesto. Excepto las noches de Umbría, cuando ella solía dormir con nosotros y nuestro cuello era tan pequeño que el colgante podíamos llevarlo Armeno y yo al mismo tiempo. Ella murmuraba mientras dormíamos, plegarias a la diosa. Vuesamerced las conoce: devuélvenos la luz, alimenta nuestro calor, expulsa la oscuridad... —Meribaldo se calló un instante, contemplando la luna sobre el único mástil de la barcaza—. Cuando ella murió tomé este colgante, que llevo cada Umbría. Únicamente durante la Umbría —añadió alzando un dedo—. Eso no me hace el mejor de los creyentes, lo confieso, pero mi madre tenía un gran respeto por

Ahisma. Y mi madre siempre tuvo buen juicio.

«Tener fe en una persona, no una diosa», reflexionó Gladys.

—A mí esa me parece una buena actitud para un creyente, Meribaldo. Y sincera. Otros gritan a los cuatro vientos su devoción pero nunca han hecho nada por la diosa. Vos y vuestro hermano habéis formado parte de esta misión desde que desenvainasteis los aceros.

Meribaldo se ajustó su manta sobre los hombros, tal vez fuese el frío de la Umbría, o tal vez el imperial estuviera acostumbrado a climas más meridionales. Dio unos pasos hasta apoyar la espalda en la borda. Sus ojos verdes reflejaban la llama sagrada.

—He estado pensando sobre ello —dijo Meribaldo—. Creo que no soy digno de guardar la llama, desde luego no valdría para ser parte de vuestra orden, pero tal vez, sólo tal vez, mientras este asunto perdure pueda guardar a las guardianas. Aunque sé con certeza que no necesitáis que os protejan —añadió con una sonrisa—. Las diosas... Ahisma —rectificó— tuvo a bien dotaros de talento para la lucha.

Gladys apoyó la mano sobre el pomo de la espada.

—Nací con fe. El resto lo aprendí.

—Tuvisteis buenos maestros, en ese caso. En mis años de servicio apenas aprendí a defenderme de los ataques de mis enemigos, ya fuera con espada o pica... era cuanto podía hacer hasta que mi hermano acudía al rescate.

—Vuestro hermano es un formidable espadachín.

—Lo sé, pero no puedo depender siempre de él. Esa nunca ha sido una manera eficaz de mantenerse con vida. Por suerte, mi buena cabeza me llevó hasta el puesto de furriel, donde mis habilidades destacaban. Pero ¿la guerra? La guerra para los guerreros. No todos servimos para ser héroes —dijo Meribaldo, examinando con tristeza a su hermano—. O guardianes de Ahisma.

—He de confesar que no fue fe lo que me condujo a la Iglesia de Ahisma. Al menos en un primer momento. Siempre quise luchar contra los filanitas, para que su dios no nos sometiera a todos. Y la Iglesia de Ahisma parecía la única dispuesta a luchar, de modo que allí fue donde acudí. No tengo los ojos negros así que no podía ser monja, pero sí guerrera. —Gladys calló un instante, dubitativa sobre si revelar más—. Me aceptaron como novicia a los quince años y me entrenaron con espada, pica y arcabuz. Lecturas de obras sagradas, historia e incesantes oficios religiosos. Liturgia —añadió Gladys, al recordar la palabra precisa—. Cuando las instructoras están satisfechas, y creedme, no son propensas a estarlo, debes demostrar tu compromiso. Te entregan una vela para que la guardes en el bosque durante una Umbría completa. No es el portafuegos que Serafina lleva —indicó la elaborada antorcha que protegía la llama— sino una vela especial que dura hasta cinco días antes de consumirse. Los instructores imparten órdenes a otros novicios para que hagan lo posible por apagar tu vela. Durante mi primera guardia, la Umbría duró cinco días completos en los que la defendí frente a los ataques de mis compañeros. Pero una vez no es suficiente, así que los instructores pidieron otra prueba. Y me confié.

»Aquella Umbría sólo duró tres días pero no pasé del primero. Mientras montaba guardia me aventuré al escuchar unos ruidos sospechosos y un compañero me sobresaltó justo a tiempo para que viera cómo soplaba mi vela. Se estuvo mofando de mí, acusándome de mi ceguera al buscar la lucha en lugar de cumplir mi juramento. Melegros, novicio como yo, un muchacho ágil con fama de bribón por su habilidad para eludir los servicios. No cesó de acosarme hasta que, harta de sus burlas, lo ataqué. Los instructores nos separaron y dijeron que la culpa era mía, yo había descuidado la guardia y el compañero había cumplido la misión. «Ha puesto más empeño en apagar la llama que en protegerla», les dije. «Ha puesto más empeño que tú», me contestaron. Las burlas de aquel novicio continuaron durante un tiempo.

»Cuando fracasas en proteger la llama, te desnudan y te vendan los ojos durante un mes, para que sientas un mundo sin luz ni calor. Mi penitencia fue en otoño y pese a que las nieves nunca cayeron, el frío y la humedad estuvieron a punto de acabar conmigo, cinco veces me preguntaron si quería abandonar. Cinco veces me negué. Cuando recuperé la salud, pedí que volvieran a ponerme a prueba con la vela. Aceptaron. El día anterior, aquel chico vino a mofarse sobre las cincuenta formas distintas con las que apagaría mi fuego. «Tú nunca morirías por proteger la llama», le acusé. Melegros me sermoneó sobre cuál era la verdadera labor de un guardián. «Nuestra misión no es morir por la llama, amiga, sino evitar que se apague. La diosa, Gladys, ella es el objetivo. Esconde la llama, enciende otra vela para confundir a tus enemigos. Cualquier argucia». En aquel momento su actitud me pareció cobardía, deshonor, no creí que aquello fuera lo que se esperaba de una guardiana de Ahisma.

»La Umbría de mi tercera guardia duró cinco días, y en los dos primeros sufrí persecuciones constantes. Sabía que los instructores habían ordenado que se ensañaran conmigo, así que al final acepté las palabras de Melegros y recurrí a sus argucias. Me escondí. Disfruté de dos días de paz hasta que el quinto, con la Umbría a punto de concluir, un instructor se presentó junto a mí. Mis compañeros no habían logrado dar conmigo pero él había supervisado muchas guardias de novicios y se conocía todas las artimañas. Él en persona intentó apagar la llama. «No mientras yo guarde», le dije. Las espadas que nos entregan son de madera pero pueden causar mucho dolor y la pelea fue tan encarnizada que apenas pude moverme durante la semana siguiente. También perdí dos dientes —dijo, mostrando los huecos en el lado izquierdo de la mandíbula— pero el instructor acabó cubierto de cardenales y con varias costillas rotas. La llama no se apagó. A mis superiores les quedó claro que esta novicia moriría defendiendo la llama de la diosa, si fuera preciso. Fui nombrada guardiana y me permitieron plantar un olivo en el Gran Templo de Ahisma en Kada.

El imperial guardó silencio y Gladys lo agradeció. No sabía qué la había empujado a contar todo aquello, pero ya no supo detenerse. Tal vez el cansancio, la viceca o sentir que la acechaban cuchillos invisibles. Quizá el hecho de que Meribaldo se hubiera sincerado con ella la había animado a hacer lo mismo. Él no era un firme creyente de Ahisma, pero estaba claro que sentía simpatías hacia la fe y mostraba interés. No sólo en Gladys como mujer, sino en la religión de Ahisma.

Su hermano era más seco, y Gladys estaba bajo la impresión de que era una espada más, sin que le importara para quién la esgrimía, pero Meribaldo se mostraba comprometido, y había demostrado que lucharía por Ahisma. E incluso alentaría a su hermano a hacer lo mismo. Gladys miró el colgante de la llama que llevaba el imperial. «Se puede confiar en él», se dijo mientras examinaba la cubierta.

En un rincón, el Diestro de Kada se revolvía entre sus mantas. Todavía incómodo por tener que dormir sobre la dura tablazón de la barcaza. Gladys tenía sentimientos encontrados respecto a Agapias. Por un lado, creía que su compromiso era sincero y que, llegado el momento de la lucha, lo honraría como buen kadés. Pero no estaba segura de hasta qué punto ese compromiso, tan prometido y arrepentido, aguantaría cuando se vieran superados por los filanitas. Muchos habían muerto por defender Kada mientras que él, un espadachín consagrado, había abandonado el Rocón antes de que cayera.

«El Rocón».

El recuerdo del fuerte de Kada hizo que la rabia se apoderara de Gladys, sólo que esta vez vino acompañada del dolor. Se sentía impotente de no tener los medios necesarios para proteger a los suyos y acabar con los filanitas. Con todos ellos. Recordó los ojos oscuros de la mujer que

les había atacado en la hostería. Si no fuera por la Umbría, los habría exterminado con un gesto de la mano sin que Gladys hubiera podido hacer nada por impedirlo. «Si yo fuera hechicera, si además de la espada tuviera el don de la diosa... Todo sería diferente». Sentía cómo los ojos se le humedecían conforme se daba cuenta de que, llegado el momento de la verdad, su vida sería lo único que podría ofrecer a la diosa. Y quizá no fuera suficiente.

El imperial carraspeó, sacando a la guardiana de sus reflexiones.

—¿Decíais algo, Meribaldo?

—Os preguntaba si Melegros consiguió superar la prueba gracias a sus artimañas. ¿También él plantó su olivo?

Los ojos verdes del imperial la miraban fijamente. «Melegros». Aquello era demasiado. Gladys asintió en silencio y se giró hacia el agua oscura, consciente de que estaba a punto de quebrarse. No quería que el imperial la viera flaquear. La Umbría se alzaba en el cielo, con sus tonos granates dando esperanza al mundo.

—Guardaba la llama en la *Botín*. Murió defendiéndola.

Armeno

Otros pasajeros, recogidos en apeaderos que el Canal Alto tenía a intervalos, se habían quejado sobre el leve bamboleo de la barcaza, pero lo cierto es que a Armeno apenas lo perturbaba. Durante el viaje, el sol oscuro y la luna granate habían danzado en el firmamento, y finalmente llegaban a un tercer amanecer sin retorno de la luz, también sin lluvia de lágrimas; y sin que Armeno se hubiera movido de cubierta.

Pero el paisaje sí había cambiado.

Él, que estaba acostumbrado a patearse todos los caminos y senderos del Imperio Nuevo, viajaba sin tener que caminar. *Eres un hombre muy simple.*

El frío era otro asunto. Los días de Umbría eran gélidos lejos de una hoguera, y su capa seis veces remendada no ofrecía abrigo suficiente.

Un grito a proa advirtió de que se acercaban a su destino, unas luces que delataban la presencia de una población de considerable tamaño.

Presafirme.

Los faroles y hornos de una ciudad rebotante de vitalidad quebraban la oscuridad. Un muro de piedra, más viejo que las montañas, era el origen de un embalse artificial donde docenas de embarcaciones de distintos tamaños ocupaban dársenas salpicadas de grúas. La masa de agua era tan extensa que los fuegos de la otra orilla eran diminutos puntos de luz. «Ojalá hubiera sol para contemplarlo». En algún lugar, Armeno oía una cascada. «El Inquieto». La orilla más cercana era una mezcla de edificaciones de piedra y ladrillo que se alzaban junto a toscas construcciones de madera o tiendas de lona, como si algún demonio travieso hubiera mezclado una ciudad y un campamento. También los sonidos eran una mezcla de ambos mundos, con órdenes, gritos de mercaderes ofreciendo sus bienes y las tradicionales canciones de soldados. Recordaba a las ciudades recién ocupadas. «Excepto que no hay sangre en las calles ni edificios humeantes». Tampoco había peleas de taberna, se fijó Armeno. *Se huelen una más gorda.*

La barcaza se aproximó al tramo final del Canal Alto, ahora apenas elevado unas brazas sobre el suelo. Con un crujido, la *Olmo recio* tocó el muelle. Tiberio no parecía contento de oír tales ruidos procedentes de su embarcación, pues gritaba improperios contra el práctico, las Cinco Diosas e incluso los estibadores que nada habían tenido que ver con la maniobra. Al imperial le recordaba a los gritos que el sargento mayor daba a los capitanes cuando quería asegurarse de que todos los oficiales del tercio entendieran con claridad las órdenes del maestro de campo. Aunque a menudo aquellas órdenes fueran estúpidas y acabaran con cuarenta o cincuenta muertos en una encamisada sin sentido.

No le parecía extraño que le vinieran recuerdos del ejército, pues a orillas del pantano de Presafirme había una jauría de soldados ociosos que abarrotaban las tabernas, a los cuales se sumaban sus mujeres, hijos, sacerdotisas, caseros, prostitutas, prestamistas y todo aquel que fuera necesario en una ciudad que se dedicaba al oficio de las armas.

Armeno aspiró el olor a aceite de armas y pólvora, el cuero de las protecciones, el vino rancio de los mesones y hasta el hedor de los hombres sucios. No le agradaban aquellos olores pero sí los recuerdos que venían con ellos. Tiempos en los que el oficio de soldado pasaba entre

campañas de escasa importancia y muchas noches de placer.

—Guerra a todas horas y batallas a ninguna —recitó. Después, apretó los puños—. Filanitas hideputas.

El ambiente en Presafirme no tenía el aire de desesperanza de los cuarteles imperiales, pero el movimiento de compañías marchando con cierto orden evidenciaba que se preparaban para la batalla. Vio a soldados firmar papeles con los funcionarios de viudez que prometían entregar un dinero a sus familias si aquellos caían en la batalla. Armeno no confiaba en que se honrasen esos pliegos de tinta, excepto cuando el difunto tenía amigos que podían hacer cosquillas con su daga a los huevos del funcionario si este no cumplía.

También olía a muertos. Junto al muelle había una horca bien provista de antorchas, donde los incendiarios, asesinos, violadores y ladrones de cuarto aviso se bamboleaban al capricho de los vientos. A sus pies estaban las picotas con los ladrones de primer aviso, incapaces de apartar la vista del que bien podría ser su futuro. La mugre en su cara era prueba del trato recibido por los transeúntes.

Había otro hedor más cercano.

—Mulas hideputas que no paran de cagar.

El mulero, un ursavita más feo que un muñón, lo miró de malos modos al oír aquello y Armeno puso la mano sobre la empuñadura. *Un aperitivo antes del Diestro*. El ursavita se lo pensó mejor y devolvió la vista a sus animales, que se negaban a cruzar la pasarela que los estibadores habían asegurado en la borda.

Serafina guardaba la llama, pero Gladys y el Diestro se mantenían cerca de ella, susurrando —probablemente en kadés— mientras señalaban hacia la el ruido de la oculta cascada donde el río Inquieto desembocaba en el pantano. Corriente arriba, estaría el Valle de Lágrimas.

«Por fin podré verlo».

Meri se inclinó sobre la borda junto a Armeno mientras contemplaba el ir y venir de los soldados y los estibadores. «Tiene cara de arrepentimiento». *Algo habrá hecho*. Lo vio algo cabizbajo, frotándose las manos como si lo atormentara un pensamiento.

—¿En qué lío te has metido ahora? —preguntó Armeno.

Su hermano alzó la vista.

—Le he hablado de madre. A Gladys.

Armeno se cruzó de brazos y le dio la espalda al puerto. Las dos guardianas hablaban con el Diestro. Este asentía con aprobación.

—Entiendo —masculló Armeno—. ¿Hay alguna información nueva sobre mi propia madre que yo no conozca?

Fabricante de arcabuces en Viltona. Mejor aún, es la emperatriz consorte y vosotros sois príncipes que viajan de incógnito.

Meri se volvió hacia la guardiana y se pasó la mano por la barbilla recién afeitada.

—Lo cierto es que no. No he mentado. Salvo, bueno... le he dicho que este colgante pertenecía a madre —dijo, alzando el amuleto que habían arrebatado dos noches antes a uno de los bandoleros. «Vendimos el de madre para comprar pan. Y lloramos»—. Todo lo demás era verdad. De cuando éramos niños.

¡No! Armeno se enderezó alarmado.

—¿Le has hablado acerca de padre?

—De madre, sólo acerca de madre. ¡Pardiez, no soy estúpido! —Su tono volvió a sonar abatido—. Gladys no ha oído ni una palabra sobre él.

El corazón de Armeno latía con intensidad, y un frío que antes no estaba ahí le hormigueaba

en la columna.

—Espero que ese hideputa esté muerto —escupió mientras seguía con la vista el lento paso de las mulas sobre la pasarela de la barcaza. El mulero ursavita seguía lanzando sílabas incomprensibles por la boca, como si hablara el idioma de aquellos animales. La mirada de Armeno se cruzó con la de Gladys, que los observaba desde la distancia—. ¿Y tenías que hablarle sobre madre, Meri? ¿Por qué no decirle que el colgante era tuyo, sin dar más explicaciones?

—Es mejor prevenir —explicó su hermano—. ¿Te imaginas que nos preguntara por los ritos de la fe de Ahisma, Gladys? —«Otra vez la muchacha»—. ¿Ritos de los que no sabemos nada y que cualquier creyente debería conocer?

«Se le ve abatido».

—Sí que sabemos sobre ritos. Está el rezo de alejar a la oscuridad y la vela esa que hay que encender por las noches.

Su hermano sonrió, borrando todo rastro de amargura que hubiera tenido. «Le encanta explicarme las cosas». *Eres menos idiota de lo que pretendes*.

—¿Ves dónde está el problema? —dijo Meri—. No podemos decir «la vela esa que hay que encender por las noches» delante de Gladys sin que parezca sospechoso que no conozcamos el rezo. Tú y yo nunca hemos sido gente de creer, Armeno, mejor no fingir que lo somos. La confianza es asunto de cimientos, no de fachadas.

Mientras el puerto seguía con su actividad, Meri continuó explayándose sobre lo que ambos debían hacer para seguir junto a los kadeses: ofrecerse a guardar la llama, interesarse por la religión de Ahisma —¿era necesario?— y la magia de su iglesia —un tema que a Armeno sí le resultaba intrigante—, mantenerse en guardia por si aparecía algún indicio sobre los filanitas —mejor no— y seguir buscando maneras de deshacerse del Diestro —asunto que despertaba aún más interés en Armeno—, conversar con Gladys sobre su vida y sus gustos, y todo ello mientras la acompañaban hasta su destino. Tenían que mostrarse atentos y serviciales.

—Lo importante es que tengo el oído de Gladys —terminó Meri— y con ella entraremos en Myrevus.

Armeno se cruzó de brazos.

—Gladys. Otra vez. ¿Te das cuenta de que sólo hablas de ella? La última vez que miré hacia la llama había un cadáver andante y dos guardianas: ella y Serafina.

Meri se encogió de hombros.

—No tengo remedio. Me encantan las mujeres guerreras. Además, la otra tiene escasa conversación.

—Y no es tan joven como la otra —señaló Armeno—. Pero ten cuidado, he visto a tu moza luchar en la hostería contra los filanitas y es de las que tienen mucha rabia en su interior. Si intentaras arrebatarle su virginidad ten por seguro que te cortaría la polla de un tajo.

El gesto en la cara de su hermano fue francamente divertido.

—No creo que sea virgen, Armeno. Las reglas de castidad no afectan a las guardianas, que me he informado. Además, tengo la impresión de que mantuvo algún romance con un compañero suyo.

Armeno volvió a pensar en la furia que aquella muchacha almacenaba. «Quizá eso explique algunas cosas».

—¿El chico que murió en la hostería? —Armeno hizo un esfuerzo para recordar su nombre—. ¿Bobias? ¿Venias?

—No, no el chico. Otro guardián que murió al salir de Kada.

«Kada», pensó Armeno. La única ciudad que había ayudado al Imperio Nuevo contra los filanitas, sólo para después sufrir la ira y el fuego de aquellos fanáticos. Armeno no sentía apego por los etrubios, le disgustaban los ursavitas y despreciaba por completo a los filanitas. Ni siquiera sus paisanos imperiales eran de su agrado, especialmente los del oeste de los Picos Sollozantes, pues los había visto abandonar o robar a sus compatriotas si las cosas se ponían feas. Pero los kadeses... los kadeses habían sido gente de honor que ofrecieron su ayuda sin condiciones. Bien podían estar todos muertos debido a ello.

—Muchos amigos ha perdido esta gente —dijo Armeno—. Por el bien de Gladys sería mejor que la dejaras tranquila. Puedo ver que te ha cogido cariño y ahora mismo te está mirando. —Sujetó a su hermano para evitar que se diera la vuelta—. Aunque te devuelva el interés, ¿qué puede durar eso? Tú siempre dices lo mucho que hay que ver en el mundo. ¿Cuánto podrás visitar si te quedas con esa mujer?

Meribaldo fingió sorpresa.

—¿Quién ha dicho nada de quedarme con ella?

—Si fuera cualquier otra ya le habrías recitado algunos versos de Pleremo, ofrecido un marquesado, o jurar que en los Picos Sollozantes la noche de bodas es antes de la ceremonia. No lo has hecho. Sé que apenas hemos estado unos días con estos kadeses pero veo lo que está pasando. No es bueno para ti y no es bueno para ella. Tarde o temprano nos marcharemos y habrá otra mujer preguntando por ti en posadas, hospitales y cementerios.

Aprendes despacio, pero aprendes.

—¿Eso que oigo es una reprimenda, hermano?

Aquella era una buena pregunta. Hasta ese momento, su hermano, su madre y sus antiguos camaradas de armas eran los únicos que habían merecido la preocupación de Armeno. Pero allí estaban las guardianas de Ahisma.

—No suelen gustarme los desconocidos pero he de confesar que estas kadesas me despiertan cierta simpatía.

—Es porque tienen fe, ¿verdad? Nosotros nunca tuvimos otra cosa que ganas de vivir.

—No —dijo Armeno—, es por cómo se cuidan. ¿Te has fijado en cómo guardan la llama? Serafina protege la llama y Gladys a Serafina. Hay algo en esa forma de caminar, de mirarse entre ellas... no parece que protejan el fuego, sino a quien lo lleva. Oficio peligroso, y aun así cumplen.

»Puedo ver que son unas fanáticas que matan y mueren en nombre de su fe, no muy distintas a los filanitas, pero se mantienen unidas y cuidan la una de la otra. Eso me gusta. Yo no creo en muchas cosas, como has dicho: hay cinco diosas que nos ignoran y ese Dios Verdadero de los filanitas; luego están los Poderes Ruinosos, que sólo quieren matarnos. —*No olvides que también conceden favores*—. Para mí es fácil no creer, Meri. No hay muchas cosas en este mundo que merezca la pena adorar. Pero sí creo en la familia.

Meri desvió la vista y, por una vez, no fue el último en hablar. Tan solo se quedó mirando hacia el mulero, cuyos animales parecían haber perdido la tozudez demostrada a bordo de la barcaza y se habían alineado como una compañía a punta de recibir revista. Incluso habían dejado de cagar. El ursavita deslizó una soga por los collares de sus bestias y, tras hacer un nudo que no podía compararse con los que aferraban la barcaza a los tocones del muelle, tiró de la primera mula. Las demás siguieron su paso. Ahora ya no parecían una compañía en marcha, sino un grupo de prisioneros tras el alguacil. «Pobres animales», pensó Armeno al recordar lo que su hermano le había contado sobre los acémilos y la lluvia de lágrimas.

Unos pasos en cubierta y el tintineo de los camisotes de malla avisó a Armeno de la llegada

de los kadeses. Se volvió para ver la llama en la mano de Serafina, con Gladys y el Diestro flanqueándola. La calidez del fuego se agradecía en aquel mediodía sin sol, el tercero de Umbría, con un ambiente más frío que fresco, y que empeoraría hasta que la luz regresara.

Serafina carraspeó.

—Habéis estado contemplando el puerto durante un tiempo, don Armeno. ¿Qué problemas podemos esperar?

El imperial se sorprendió de que la guardiana hubiera estado observándole. «Es su oficio, al fin y al cabo». Le dedicó un breve vistazo al muelle antes de responder.

—Pocos o ninguno. Se huele en el ambiente que hay una batalla a la vista y los oficiales tienen bien localizados a sus hombres. ¿Veis esa compañía que avanza entre aquellos establos? Hace un momento estaban medio dispersos por esas tres tabernas de ahí pero apenas han bebido. Si hay algún momento donde los soldados no buscan pelea es justo antes de la batalla.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Agapias—. La marquesa de Etrubia nos aguarda y no es sensato hacer esperar a la gente con poder.

Armeno se extrañó al oír aquello, Meri tampoco parecía saber nada pero las guardianas no daban muestras de que aquello fuera una sorpresa.

—¿Cómo puede saber que estamos aquí? —preguntó Armeno.

El Diestro lo miró de malos modos, como si le ofendiera que se hubiera tomado la libertad de dirigirle la palabra. Armeno estaba deseando llegar a Myrevus para rematar su problema. *Ya somos dos.*

—Envié una carta antes de embarcar —dijo Agapias. «La gendarme que le hacía reverencias»—. En ella explicaba nuestra situación y le pedía su ayuda y protección para cruzar el Valle de Lágrimas hasta Myrevus.

—¿Y os hará caso? —preguntó Meri—. No es la primera vez que prometéis en nombre de otros y luego surgen sorpresas desagradables.

Armeno contuvo una risa al ver que enojarse con su hermano fue cuanto el Diestro pudo hacer. La mirada de Gladys se mostró muy diferente, desconfiada. El imperial podía ver en ella esos recelos sobre los que había hablado Meri.

Serafina señaló el muelle con un gesto brusco de su mano libre.

—Esta discusión no aporta nada a nuestro cometido, así que les pido, caballeros, que se comporten como tales. Desembarquemos —ordenó con voz imperiosa.

Armeno se encontró a mitad de la pasarela antes de darse cuenta de que había obedecido sin rechistar una orden de quien no era su oficial. «Las viejas costumbres son difíciles de olvidar», se dijo mientras esperaba a que los demás cruzaran la tabla. Casi sentía extraño no tener un suelo inquieto bajo los pies.

Cuando llegó a tierra, la portadora miró en derredor con suspicacia antes de echar a andar.

—En torno a mí —ordenó.

Zetyn

Había sido una angustiosa espera. Todo un día en aquella ciudad-campamento, rezando a Dios para que los kadeses no hubieran escogido una ruta diferente para cruzar el Valle de Lágrimas. O los kadeses hubiesen cabalgado en caballos más veloces que los decrepitos animales que sus flagelantes habían empleado hasta allí. Zetyn había llegado a temer que Presafirme fuera un destino demasiado obvio y las guardianas nunca llegaran.

Pero allí estaban.

—A ti, Dios, por entregarme tu favor.

—Alabado sea Él, y no otro —murmuró alguien a su espalda.

La portadora abría la marcha, con la Luz de Ahisma en su mano, mientras la otra guardiana y los tres hombres permanecían cerca. Su actitud era la de centinelas, mirando en todas direcciones y con las manos cerca de las armas. Zetyn vio a la más joven llegar al punto de desenvainar una cuarta de su acero cuando un estibador se acercó demasiado a la llama. El pobre hombre se alejó de allí a toda prisa sin dejar de mirar atrás, confuso sobre por qué habían estado a punto de acuchillarlo.

—Podríamos matarlos fácilmente —sugirió Teudas—. Sólo hay que llegar hasta la esquina de ese almacén, desde allí nos echaremos encima de ellos antes de que puedan darse la vuelta.

Zetyn estudió aquel plan. La esquina que decía Teudas estaba parcialmente bloqueada por un grupo de mulas que caminaban siguiendo los gritos del hombre que tiraba de ellas, desde allí hasta la ruta que parecía seguir la llama había al menos veinte soldados ociosos que observaban cómo los estibadores cargaban y descargaban mercancías de las barcazas amarradas. Se le ocurrieron al menos seis impedimentos que podrían surgir antes de llegar a las mulas.

—Hay siete mil soldados en esta ciudad, prior. Si intentáramos algún movimiento contra los kadeses bastaría con que gritaran que somos filanitas para que algunos estúpidos se pusieran de su lado.

—Morir por la causa es un gran honor.

—No si morimos antes de completar la misión. Algún día estos paganos adorarán a Dios, pero hasta entonces nos queda el largo camino de atraerlos a nuestra fe. Hay que ser ladinos, recuerda. No podemos desperdiciar fieles si no hay garantías de que su sacrificio se verá recompensado.

Ya habían perdido buenos guerreros. De la docena de Teudas sólo le restaban ocho, sin contar al prior. Cierto era que los kadeses habían sufrido más bajas, pues apenas cinco de ellos guardaban la llama, incluidos esos dos imperiales, pero nada garantizaba que en aquel lugar, bajo el control de los siempre volubles etrubios, pudieran reforzarse en tal número que Zetyn se viera obligada a reconocer la derrota. Eso, o ser astuta.

—En otras circunstancias, vos podríais haberlos petrificado —gruñó Teudas—. Y este asunto habría acabado hace tiempo.

Zetyn comprendía la furia del prior. La Umbría impedía a la monja utilizar el don de Dios, privándola de la principal ventaja frente a los kadeses. La más joven tenía los ojos oscuros pero Zetyn creía que no eran del tono adecuado, así que no podía ser una monja. Eso era un consuelo.

Las monjas-guerreras de Ahisma eran especialmente peligrosas, pues no necesitaban ser creativas al utilizar su magia, bastaba con que lanzaran alientos de fuego o evaporaran la sangre de sus adversarios. Los soldados filanitas lo habían padecido al asaltar las murallas de Kada.

Pero ella también había sido adiestrada, y conocía diversas formas de adaptar su magia a sus necesidades. Consultó su bolsa con el único vial de lágrima de creación que quedaba en su interior. «Necesito más», se dijo mientras miraba a su alrededor. Aquella ciudad junto al Valle de Lágrimas era el lugar idóneo para conseguir más viales. Tomó una decisión en cuanto vio desaparecer a los kadeses tras el humo de los fogones de una herrería.

—Sion, Kolb. —Los flagelantes parecían honrados de que la monja recordara sus nombres—. Coged a un par de hombres cada uno y turnaos para seguir a los kadeses. Vigiladlos de cerca pero no atacéis —les advirtió—. Tan solo necesito saber cómo y cuándo piensan cruzar el Valle de Lágrimas.

Los flagelantes asintieron y escogieron a cuatro hombres para que les acompañaran.

—Sólo vigilar —repitió Teudas.

Zetyn era consciente de que aquellos hombres podrían saltar a la mínima oportunidad, especialmente si los dejaba sin supervisión, pero aquel era el tercer día de Umbría; tanto si era el último como si todavía habría dos más, necesitaría lágrimas para asegurar la victoria. Con un gesto de la mano, indicó a Teudas y los otros dos flagelantes que la siguieran.

El suelo embarrado estaba cubierto de las pisadas que miles de personas impregnaban al dirigirse de un lado a otro. El aspecto de aquellas calles era el de una ciudad de frontera: edificios apretujados, plazas saturadas de gente, establos y armerías por doquier, burdeles casi en cada calle, el indeseado contacto corporal con quienes se cruzaban en su camino y ratas que correteaban bajo sus pies. La enfermiza obsesión con la higiene de los etrubios no parecía aplicarse a Presafirme. Incluso los hombres, aunque más limpios que sus flagelantes, olían como lo hacían los hombres.

Y por eso sus flagelantes captaban la atención de los soldados, algunos los reconocían como filanitas, otros los consideraban mercenarios. Zetyn y los suyos serpentearon entre calles estrechas donde las antorchas escaseaban pero las velas ofrecidas a Ahisma abundaban. La monja arrojó una al mugriento suelo mientras rostros anónimos escudriñaban desde las ventanas. Caminaba con la zurda apoyada en la daga, pues algo en aquel lugar le chillaba que se cuidara de aceros paganos.

El escudo de Etrubia en un desvencijado letrero le indicó que había llegado al estanco. Uno de los muchos que había visto en aquella ciudad durante la noche anterior, pero con la mala fama de vender lágrimas sin hacer preguntas. Las escaleras que permitían descender hasta él eran estrechas y de aspecto resbaladizo; de una hendidura en el techo asomaban unas puntas oxidadas. «Un rastrillo».

—Es una trampa —dijo Teudas.

—Necesito más lágrimas —replicó ella, todavía mirando con suspicacia esa verja abierta—. Y me han asegurado que esta filanita nos las vendería.

«Eso suponiendo que pueda confiar en la palabra de ese soplón». El rufián había cobrado la información casi a marco la frase, y hablaba mucho.

—Comprar lágrimas en Etrubia es más sencillo de lo que los extranjeros creen —había dicho el bribón—. En Filani tenéis prohibido su comercio desde la Fe Verdadera, así que sólo las monjas podéis comprarlas. —Zetyn se sintió ofendida de que aquel granuja le explicara a ella cómo funcionaban las leyes en su propio país, pero su información podía resultar valiosa y lo dejó hablar—. Nuestros vecinos imperiales son más permisivos, al incluir a las hechiceras

sancionadas, sirvan o no en los tercios del emperador. —Dio un largo trago del vino que la monja había pagado—. Los etrubios no regulamos nada. Si puedes pagar una lágrima, puedes comprarla en un estanco junto a otros productos que tienen el tributo especial de los artículos del Estado, pero recomiendo que vayáis a ver a la vieja Gadara. Se rumorea que nació en vuestra tierra y no hay muchos estanqueros por aquí que, sólidos o no, quieran vender a los filanitas.

Zetyn observó el letrero con ilustraciones de agua, fuego, metal, madera y tierra que indicaba la entrada al estanco de la tal Gadara y se encomendó al Dios Verdadero. «Guíame por el sendero adecuado». Teudas y los otros flagelantes la imitaron antes de descender.

Las escaleras mal iluminadas terminaban en una sólida puerta de madera cuyo picaporte descorrido invitaba a entrar. La monja empujó la puerta con suavidad y esta crujió como la madera vieja.

El interior del estanco estaba bien provisto de velas y lámparas, cuyas luces proyectaban en el suelo las sombras de pilas de libros y legajos que se amontonaban en escritorios dispuestos para formar un pasillo. Este concluía en un espacio aislado del resto de la habitación mediante gruesos barrotes de hierro. Tras la reja, una anciana sentada alzó la cabeza con curiosidad.

—Bienvenida seáis al estanco de Gadara. ¿Qué puedo ofreceros a vos y vuestros hombres? —preguntó la estanquera en un imperial cargado de acento etrubio. Si era cierto que había nacido en Filani, no lo dejaba entrever. «Puede que el charlatán mintiera».

Más allá de la zona iluminada por las lámparas, Zetyn percibió la sombra de dos figuras casi inmóviles. El negocio debía de prosperar bajo la dirección de Gadara si podía permitirse el jornal de dos guardaespaldas.

—Nos han dicho que vendéis lágrimas a quien tenga oro —dijo Zetyn, también en imperial—. ¿Es eso cierto?

Tras los barrotes, la anciana sonrió. Poseía unos ojos negros que se esforzaban en escudriñar a Zetyn. Bien podrían tener cien años, al igual que aquellas piernas demacradas que parecían incapaces de sostener peso alguno.

—Lágrimas, tatuajes de iniciación y hasta calendarios umbrianos bastante precisos para las próximas tres lunas negras, calculados a partir del color de ojos de todos los nacidos en Día Claro durante los últimos meses.

—No es posible predecir la Umbría.

—He dicho que eran bastante precisos —dijo la estanquera—, no exactos.

El tono de la anciana era gentil, pero algo en sus limitados gestos corporales mostró que no le había sentado bien ser corregida. Zetyn optó por centrarse en el asunto que la había traído hasta aquel sótano de libros y velas.

—En cualquier caso, son lágrimas lo que quiero —dijo la monja—. ¿Es cierto que aquí puedo comprarlas?

—Cierto es, joven hechicera —respondió la estanquera haciendo un gesto con la mano para que Zetyn se aproximara a la luz—. Acercaos y decidme, ¿a qué diosa adoráis?

—Necesito lágrimas de tierra.

El frío silencio de la estanquera fue significativo. Sus ojos, que por fin parecían haber enfocado a Zetyn, se alternaban entre la joven y los flagelantes armados que tenía detrás. Lentamente, su rostro reflejó hostilidad. Zetyn desvió la vista hacia los silenciosos guardias que permanecían en la oscuridad.

—Algo me dice que no sois una simple hechicera, sino monja —dijo Gadara, esta vez en un filanita quebrado por el acento etrubio, con un tono ausente de toda cortesía—. Enseñadme vuestro tatuaje.

—¿Por qué razón? —preguntó con voz inocente Zetyn, también en su lengua natal.

—Quiero ver si os tatuaron la Roca Negra de Trema o la Luna Quebrada de ese dios que se han inventado en Filani. —Teudas dio un paso al frente con un gruñido furioso—. Eso pensaba...

Los guardaespaldas de la estanquera habían emergido a la luz. Zetyn hizo un gesto a los tres hombres a su espalda para que se refrenaran y se aproximó hasta los barrotes de hierro.

—Me dijeron que la señora Gadara era filanita y vendería a una paisana.

—Cierto es, me gano la vida vendiendo lágrimas y nací en la Tierra de los Volcanes. —La estanquera deshacía los nudos de su manga izquierda. Zetyn frunció el ceño ante aquel gesto—. Pero soy más vieja que esa Patraña Verdadera que ahora profesáis. —El brazo desnudo estaba surcado de arrugas pero las velas iluminaban con claridad el tatuaje de la Roca Negra de Trema, diosa de la tierra. La monja dio un precavido paso atrás—. Y por eso ya no puedo vivir en el país que me vio nacer.

«Una proscrita», pensó Zetyn al ver la marca pagana en el antebrazo de Gadara. Las leyes de Filani dictaban que fuera ejecutada de inmediato; sin embargo, los barrotes de hierro tras los que comerciaba la anciana tenían algo que objetar al respecto, al igual que los dos guardias cuya presencia se hacía cada vez más remarcable. Los ojos negros de Zetyn se toparon con los de Gadara, la monja sabía que, de no haber estado en Umbría, ya se hubieran conjurado esquivarlas afiladas la una contra la otra. Desconocía cuánto poder tenía aquella estanquera, o si la vejez se lo había arrebatado o, por el contrario, lo había intensificado, pero de haber podido conjurar un hechizo, Zetyn no habría dudado en ser la primera en pronunciar las palabras.

Sin embargo, no podía matar a aquella anciana. No porque los barrotes se lo impidieran o porque los dos guardaespaldas pudieran abalanzarse sobre ella y sus flagelantes sino porque necesitaba las lágrimas. Y no podía perder tiempo preguntando por otros estancos. No sin riesgo a perder el rastro de los kadeses y su fuego mentiroso.

Se volvió hacia Teudas y con un gesto de la cabeza le indicó que guardara las armas.

—Esperadme en las escaleras —les dijo.

El prior hizo una mueca de disgusto.

—No es bueno que os quedéis con esta traidora, doña Zetyn. Podría...

—He dicho que esperéis fuera —exigió la monja.

—Como ordenéis, señora —dijo el prior, inclinando la cabeza.

Teudas señaló la puerta, y él y los otros dos flagelantes salieron del estanco sin dejar de lanzar miradas furiosas hacia Gadara. Zetyn no estaba segura de si era por verse obligados a dejar a Zetyn desprotegida o por la presencia de aquella anciana de ojos negros que había elegido marcharse de Filani en lugar de abrazar la Verdadera Religión. Fuera como fuere, la monja sentía que la ausencia de sus hombres podría llevar las negociaciones a buen puerto sin necesidad de derramar sangre. No quería más fieles muertos.

Se volvió hacia la anciana al otro lado de los barrotes.

—Tan solo quiero las lágrimas —dijo Zetyn—, no discutir sobre quién se quedó o se marchó.

—Exilió.

—No quiero discutir —repitió la monja con tono severo—. Os pagaré por las lágrimas y me iré por esa puerta.

Gadara guardó silencio mientras volvía a atarse los cordeles de la manga, sus movimientos eran torpes. Zetyn observaba por el rabillo del ojo a los dos guardaespaldas, mantenían las manos cerca del pomo de sus espadas. Si escogían la violencia, la monja no estaba segura de cuántas cuchilladas podría desviar antes de que Teudas y sus hombres acudieran en su ayuda.

—Cada vial de lágrimas os costará diecisiete sólidos de oro —dijo Gadara, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Cuántas queréis?

Zetyn apretó los puños, aquella anciana quería dejarla envirutada.

—Me dijeron que cinco es lo habitual —murmuró, en un esfuerzo por controlar su rabia—. Lo que me pedís es demasiado.

—Diecisiete —insistió Gadara—. Cinco sólidos suele ser el precio por cada lágrima. Cinco más que os pido porque las necesitáis con urgencia, pues de otro modo esperarías a la próxima lluvia. —El rostro de la anciana mostraba un odio que Zetyn nunca había visto a esa edad—. Una más por cada amiga que los vuestros ejecutaron mientras huíamos de Filani.

La monja supo que regatear no serviría de nada, no con aquella proscrita, y se tragó los insultos en cuatro lenguas que deseaba pronunciar. Ponderó el peso de su bolsa, aventurando el dinero que contenía, y miró a la estanquera.

—Me llevaré dos.

—Serán treinta y cuatro sólidos de oro. ¿Podéis pagar?

Zetyn extrajo un par de monedas para que la anciana las viera con sus propios ojos.

—Piezas de a ocho del Imperio Nuevo —se sorprendió la estanquera tras examinar el oro. De no haber sido por los barrotes, Zetyn podría haberla estrangulado—. Veo que las campañas contra el emperador no sólo se pagan con la sangre de los inocentes.

—Kada ha caído —le dijo Zetyn con orgullo. Temió que aquella declaración pudiera animar a Gadara a subir más el precio, pero quiso dejarle claro que Filani acabaría por unificar a todos los pueblos en su cruzada contra los Poderes Ruinosos—. Y los pasos de los Picos Sollozantes no conservarán nieve eternamente.

—Eso ya lo veremos —respondió la estanquera, una sonrisa arrogante en su rostro—. Además, no siempre habrá un incompetente sentado en el trono de Carónez. La princesa Marcia es la primogénita y dicen que ha heredado la inteligencia de su abuela.

La estanquera mantuvo la mirada de Zetyn, valorando el efecto de aquellas palabras, y después extendió la mano para reclamar el dinero.

—Primero las lágrimas —dijo la monja, apartando la bolsa de aquellos dedos arrugados.

Gadara se llevó la mano a la barbilla y desvió la vista hacia un mueble repleto de cajones. Era muy parecido al que tenía el doctor clandestino en Ciudad Rata. La estanquera devolvió la atención a la joven.

—¿Metal o agua? —La pregunta había cogido por sorpresa a la monja, y la anciana no perdió la oportunidad de alardear—. Tenéis el poder de la tierra y las lágrimas deben mezclarse con sus elementos afines. ¿Queréis que las mezcle con metal para que sean de lágrimas de creación o con agua para que sean de destrucción?

A Zetyn sólo le quedaba una lágrima ya mezclada con polvo de hierro. Sintió la tentación de pedir dos lágrimas de destrucción para conjurar terremotos y abrir agujeros en la tierra. Pero a partir de su reducida experiencia en batalla había comprobado que la creación ofrecía posibilidades más ingeniosas para sorprender a sus enemigos. Sin embargo, no convenía descartar la posibilidad de que un techo se derrumbara sobre las cabezas de sus enemigos.

—Quiero una de cada.

Gadara le dio la espalda y se aproximó al mueble y abrió un cajón. De su interior extrajo una palanca, que utilizó para forzar otro cajón, y de ahí sacó un cofre de acero, cuya llave la anciana mantenía colgada al cuello. El cierre emitió un chasquido al abrirse y Zetyn tuvo una fugaz visión de docenas de lágrimas sin tratar. Con la fortuna que había en aquella caja sería capaz de contratar una compañía de mercenarios. O conjurar más hechizos de los que necesitaría. La idea

era tentadora, pero los barrotes de hierro que la separaban de las lágrimas y los dos guardaespaldas impedían todo salvo soñar.

Absorta en su antojo de robar aquellos tesoros, no se había percatado de que Gadara ya había extraído los materiales para realizar la mezcla. La anciana colocó la primera lágrima en el interior de un mortero y empezó triturarla con golpes rápidos. Se oyó algún quejido, pero Gadara siguió moliendo hasta que Zetyn dejó de escuchar los crujidos de la lágrima al quebrarse. El proceso era tan sencillo que con los ingredientes correctos hasta un niño podría reproducirlo, así que la monja desconfió de la actitud servicial de la proscrita.

—Apartaos un poco para que vea cómo lo hacéis —pidió Zetyn. La estanquera le lanzó una mirada de indignación—. O podéis darme las lágrimas puras y ya las mezclaré yo.

La estanquera inclinó el cuenco para que la monja viera el resultado.

—Polvo de lágrimas. Ni el mejor alquimista ha logrado imitar esta tonalidad de granate umbriano.

Zetyn tuvo que darle la razón. El brillo y el color de las lágrimas era tan singular que nadie podría trampear con otra sustancia. La anciana señaló un frasco sobre la mesa, pidiendo el permiso de la monja para mezclarlo con el polvo de lágrima. A la luz de las muchas velas, Zetyn creyó que contenía hierro en polvo. «Aun así...», sospechó.

—No será plomo, ¿verdad?

—No. Ni tampoco cobre ni mucho menos arsénico —gruñó la anciana, abarcando con un gesto de la mano los productos sobre el banco de trabajo—. No acostumbro a envenenar a mis clientes. Aunque sean unas fanáticas que expulsaron mi fe de mi patria.

—No soy una fanática —dijo Zetyn mientras Gadara mezclaba el polvo de lágrimas con el de hierro—. Tan solo cumplo mi parte en unificar a todos los seres humanos bajo el Dios Verdadero. Sólo hermanados podremos derrotar a los Poderes Ruinosos.

—Esa parte siempre fue fácil de entender —observó Gadara mientras introducía con sumo cuidado los dos polvos mezclados en un vial de cristal—. El Gran Enemigo y sus demonios deben ser derrotados, sí. Eso nunca lo he discutido, pero... ¿por qué unirnos bajo una fe que adora a un dios del que nadie antes había oído hablar? ¡Un hombre, además! Nunca comprendí cómo esa ocurrencia enfermiza pudo propagarse tan rápido. Teníamos cinco diosas que nos entregaban sus dones a cambio de nuestras ofrendas. La vida tenía sentido. —Sus ojos negros se posaron en Zetyn—. ¿Qué necesidad había de un dios superior?

—El Dios Verdadero es el Padre de Todos —recitó la monja—. Su semilla cayó sobre la tierra yerma y así brotaron las plantas; su aliento esparció las esporas, que dieron origen a los animales; por su voluntad los animales se elevaron sobre dos patas, que...

—Ahorraos ese cuento creador de pacotilla —interrumpió Gadara al otro lado de los barrotes. Ya había depositado la segunda lágrima en el mortero—. Quien lo inventó era un mentecato. Esa historia no vale ni una viruta.

Zetyn apretó los puños ante aquella blasfemia.

—Terminad la mezcla y no habléis más, os lo advierto. Mi paciencia tiene un límite que estáis a punto de sobrepasar, y estos barrotes y vuestros guardias no serán suficientes para detenerme.

Gadara siguió moliendo la lágrima e hizo un gesto con la cabeza.

—Colocad el dinero ahí.

Se refería a una bandeja circular que al girarla permitía pasar objetos entre el interior de la celda y el resto del estanco. Zetyn colocó las monedas en fila para que la anciana las viera e hizo rotar el plato hasta que las monedas quedaron al otro lado de los barrotes.

La estanquera machacó la lágrima con el mortero para repetir el proceso, pero esta vez mezclando el polvo con agua para crear una lágrima de destrucción. La pasta, densa por la inferior proporción de agua, se escurrió lentamente en el interior del vial. Una vez terminado, Gadara colocó los dos viales sobre la bandeja e hizo que girara hasta que Zetyn los sostuvo en su mano.

—Con esas lágrimas podéis obrar maravillas reservadas a unas pocas elegidas —dijo Gadara—. Os pido que no lo hagáis en defensa de un credo de infinita ambición. ¿No veis lo absurda que es esa religión? Un dios no pudo crear el mundo, vos misma lo habréis visto. Nunca un hombre invocó un coloso de roca, derribó una prisión de esclavos o convirtió a un violador en piedra. Jamás ninguno de ellos cambiará la naturaleza a su antojo y, sin embargo, han engañado a nuestra gente para que juren que no existen cinco diosas, sino un único dios. Puedo aceptar a los dioses paganos que tienen en Ultramar, incluso a esas tribus que adoran a los animales, pero no a aquellos que desprecian el poder de las diosas y contradicen lo que nuestros ojos ven. —Gadara escupió al suelo con rabia—. Y les maldigo porque su engaño tuviera éxito.

Zetyn tomó las lágrimas, sintiéndose aliviada de contar con más armas para completar su misión.

—No hay engaño alguno sino fe —le dijo a la estanquera—. Dios encomendó a los hombres que cargaran con el peso de la guerra contra la oscuridad, hubiera sido demasiado exigirles la responsabilidad de ser instrumentos de su poder. Por eso nos otorgó poderes a sus siervas, para que lo usáramos allá donde sus ejércitos necesitaran de nuestro apoyo.

—Las diosas no dieron las sobras a las mujeres como si fueran perros. ¡Nosotras tenemos el bocado más exquisito, el que todos anhelan! Mirad lo que ha pasado con vuestros hombres de acero y músculo —dijo, señalando la puerta de su estanco—. Incluso durante la Umbría, indefensas como estamos, os obedecen porque invocáis un poder que ellos nunca tendrán.

Zetyn negó con la cabeza.

—Confundís la reacción de mis hombres, anciana. Juré mis votos el día de mis esponsales. Soy esposa del Dios Verdadero y mi posición exige respeto y obediencia. Es por mi casamiento que...

—Otro rasgo propio de los hombres —bufó la estanquera—: hacer que su dios tenga un harén de jóvenes monjas.

—Manipuláis las palabras para difamar a la Verdadera Religión —se enojó Zetyn—. Sólo sois una amargada que se aferra a las diosas paganas.

Gadara hizo un gesto de desdén con la mano. Sus pasos la alejaron hacia el interior de su estanco, lejos de Zetyn.

—Marchaos, joven hechicera, pues veo que nada puedo hacer por vos. Vivís en esclavitud y moriréis en ignorancia.

Zetyn ya tenía las lágrimas. La idea de llamar a Teudas para que entrara en el estanco y masacrara a aquella proscrita y sus dos guardaespaldas era un instinto difícil de refrenar. Si la estanquera había osado hablar en aquellos términos con una monja de la Fe Verdadera no quería ni imaginar qué calumnias propagaría a diario. Acabar con su vida se sentía como una obligación moral; sin embargo, tenía una misión que cumplir, encargada por el mismísimo primarca. «Y más importante que la muerte de una anciana exiliada». Zetyn tuvo que tragarse su rabia y alejarse de los barrotes. «Cuando mi misión haya terminado, volveré», juró a Dios.

Cuando la monja estaba a punto de cruzar la puerta, escuchó la voz de Gadara a su espalda.

—Un día, no muy lejano, alguien os hará frente. La fe de las Cinco regresará a Filani y muchos pagarán por los crímenes cometidos. Quizá ya no siga viva, pero sonreiré desde las

Cavernas de Magma.

Zetyn miró a la estanquera por encima del hombro.

—Si queréis que nos detengan, ¿por qué me vendéis las lágrimas?

—Demasiado tiempo entre los etrubios, supongo —dijo la anciana, un suspiro de resignación brotó del fondo de sus pulmones—. Ahora soy treinta y cuatro sólidos más rica que ayer.

Gladys

La residencia que la marquesa de Etrubia ocupaba en Presafirme era una villa de época viejoimperial, aunque con las debidas reformas para que más de ochocientos años de antigüedad no amenazaran con derrumbarse sobre ella y su séquito. Gladys percibió que los sillares de sus cimientos estuvieron tiempo atrás cubiertos de bajorrelieves de motivos celestes, de los cuales sólo sobrevivía alguna estrella solitaria y un sol fragmentado como testimonios del arcaico arte.

El aspecto decaído del complejo de edificios se había compensado con una abundante vegetación de flores y árboles frutales que a la luz de un verdadero sol —no aquel círculo opaco de la Umbría— debían de ser muy hermosos. El jardín se regaba a través de una fuente cuyas cañerías proyectaban chorros de agua que seguían una secuencia planificada por algún ingeniero que entendiera de tales saberes. Y la luz de las antorchas se reflejaba tanto en las tejas del edificio principal que Meribaldo había comentado acerca de un abrillantado reciente.

A Gladys no se le escapó la ausencia de símbolos religiosos. Ninguna de las Cinco Diosas se veía representada en la media docena de estatuas que ocupaban el jardín que conducía a la entrada de la residencia. Obras de arte de manufactura reciente que mostraban a los primeros marqueses de Etrubia, bien conocidos entre los kadeses por su habilidad para beneficiarse con la venta de trigo a sus vecinos hambrientos, antes del cultivo de bancales en los Picos Sollozantes.

Un grito encolerizado a su espalda provocó que Gladys se girara con la mano sobre la espada. Al otro extremo de la calle, un oficial discutía con un artesano sobre la mala calidad de las ruedas de unos vagones de carga.

—No hay peligro aquí —la tranquilizó Agapias—. Estamos entre amigos.

—Eso ya lo veremos —gruñó Gladys mientras observaba los rostros del gran campamento militar en el que Presafirme se había convertido—. No vi soldados etrubios en las murallas de Kada.

Un sirviente vestido como el bufón más ostentoso de la corte imperial se aproximó a ellos con un paso tan solemne que a Gladys le hubiera dado tiempo a recargar su pistola. El hombre se detuvo frente a la portadora de la llama y habló en kadés.

—Soy Valonte Camoro, primer mayordomo de la familia Tudisco. Su Excelencia la marquesa de Etrubia les está esperando. —Gladys supuso que la carta de Agapias había llegado a su destinataria. Serafina indicó con un gesto a los demás que accedieran jardín, pero el criado alzó una palma indulgente antes de hablar en imperial—. Esos dos hombres no serán recibidos. Sólo su señoría, el Diestro de Kada, y las guardianas de la Iglesia de Ahisma.

Gladys se giró hacia los hermanos, Armeno ya había plantado los pies en el suelo y miraba con fijeza al hombre de coloridos ropajes.

—Vuesamerced debería saber que somos hidalgos del Imperio Nuevo —dijo Armeno—. Y hemos sido invitados a proteger la Luz de Ahisma.

—Etrubia ya no forma parte del Imperio Nuevo —objetó el mayordomo—. Recibirán nuestra hospitalidad, pero no nuestra obediencia. —Un chasquido de dedos hizo que otro sirviente, vestido con modestia, se aproximara—. Pueden esperar en las estancias de los criados, donde se les proporcionará almuerzo y se lavarán sus ropas, si lo desean.

La mano de Armeno se alzó con un dedo amenazador.

—Con gusto aceptaremos esa hospitalidad —se apresuró a decir Meribaldo, antes de girarse hacia su hermano—. Ven, Armeno. Comamos algo.

Gladys vio que el imperial alto refunfuñaba pero accedía a acompañar a su hermano hacia un edificio anexo a la villa. Los vio alejarse de allí, no sin que Meribaldo le dedicara una sonrisa amable. Aquel hombre no era nada discreto en su interés.

Serafina se cambió el portafuegos de mano para no sobrecargar el brazo y subió los escalones que permitían acceder a la vivienda principal. Agapias y Gladys la siguieron a través de los soportales de piedra.

Una alfombra que parecía no tener fin ahogaba el sonido de sus pasos a medida que doblaban esquinas redondeadas y dejaban atrás puertas cerradas. Cada pasillo repleto de velas contenía un par de guardias vestidos con peto y morrión. El mayordomo caminaba con solemnidad pero miraba con desconfianza la Luz de Ahisma, cuyas lenguas de fuego se acercaban peligrosamente a las cortinas, y Serafina tuvo la gentileza de bajar ligeramente el brazo que llevaba el portafuegos.

El mayordomo se detuvo frente a una pareja de alabarderos, quienes se hicieron a un lado para que los kadeses pudieran entrar en un estudio bien provisto de amplios ventanales que en un día normal habrían otorgado gran luminosidad a la estancia. En plena Umbría, sólo un par de lámparas acristaladas proyectaban luz sobre la mesa que ocupaba el lugar central. A Gladys no se le escapó la presencia de numerosas figuras en los recovecos oscuros de la sala.

—Su señoría Agapias Makris, Diestro de Kada —anunció el mayordomo—, y las guardianas de Ahisma.

—Gladys y Serafina —añadió la portadora.

—Les presento a Su Excelencia Fulvia Tudisco, marquesa de Etrubia.

Al otro lado de una mesa abarrotada de legajos y tinteros, un dedo huesudo se alzó con parsimonia.

—Un momento, estoy terminando una carta para la princesa heredera.

La Reina Rata siguió escribiendo con una caligrafía meticulosa y después arrojó ceniza sobre el documento. Tomó cera caliente de una vasija y la vertió sobre el pliegue antes de prensar el lacre con un sello de mármol. Un criado se acercó solícito entre las sombras antes de que la marquesa terminara de sellar la carta.

—Que este despacho llegue a la capital imperial antes de tres días —ordenó mientras colocaba en la mesa una nueva cuartilla sobre la que escribió algo de forma apresurada.

Gladys frunció el ceño.

—¿Etrubia enviará tropas en auxilio del Imperio Nuevo ahora que Kada ha caído? —preguntó con dureza.

Agapias le hizo un gesto para que midiera sus palabras.

—Eso sería imprudente, pues nos empujaría a la guerra con Filani. La gente allí es tan inestable como los volcanes de su tierra —dijo la marquesa, extendiendo el papel garabateado hacia otra criada—. Pero nada me impide proporcionar trigo y paño a un precio tan bajo que muchos mercaderes desearán ahorcarme. El último año ha sido extrañamente frío y la cosecha exigua. Además de lágrimas, claro, cuya presente demanda excede nuestra capacidad de recolección. Mis generales no ocultan su enojo ante la exportación de tan valiosa arma.

—Sois generosa —aduló Agapias.

—No todos los etrubios son avariciosos —replicó Fulvia Tudisco, poniéndose finalmente en pie con ayuda de un bastón—. Al igual que no todos los ursavitas conocen el honor ni todos los

imperiales son buenos amantes. Las diosas no escatimaron esfuerzos para crearnos a todos diferentes.

Y la Reina Rata no podía ser más diferente a cómo Gladys se la había imaginado. No había ni rastro de aquella obesidad de la que los rumores hablaban. Era una mujer de brazos delgados y un rostro surcado de arrugas tras unos aceites que trataban de ocultar su edad. Tenía unos ojos tan claros como el cielo de verano y tras los que se adivinaba una mente aguda. Once pasos la separaban de la Luz de Ahisma; en el tiempo que tardó en recorrerlos había hecho varios gestos para que los criados recogieran la mesa, sirvieran vasos de refresco y trajeran un sillón acolchado donde se sentó sin ni siquiera mirar atrás para cerciorarse de que estaba ahí. Los sirvientes colocaron un brasero y una mesita sobre la que dispusieron varios documentos.

—Así que Su Excelencia tiene en estima a las diosas —dijo Serafina. Rechazó la bebida que una criada le ofreció—. ¿A todas ellas?

La marquesa alzó una palma en señal de paz. Meribaldo acudió a la mente de Gladys.

—Mis condolencias —dijo Tudisco—, pero Kada no podía ser salvada y yo necesito a mis ejércitos a este lado del estrecho de la Garganta. La demanda de lágrimas es creciente, especialmente en el Imperio Nuevo, pues sus monjas y hechiceras las consumen rápidamente en la guerra contra Filani, y esas lágrimas sólo se consiguen en el Valle, donde los ursavitas se muestran cada vez menos reacios a adentrarse en nuestra zona de influencia. Pronto tendré que recordarles que su honor no es rival para mis picas. —Tudisco cogió un pliego y tras leerlo por encima lo arrojó al brasero. La llama iluminó las arrugas de su cuello—. A petición de Quinto Pilatos, envíe algunas naves a Kada para que evacuaran a los heridos.

Agapias inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Los habitantes de la ciudad libre rezan por vuestra...

—Tres barcos —interrumpió Gladys—. Eso fue cuanto vimos.

El Diestro se giró hacia la guardiana, sus ojos exigían contención.

—Los mares eran inseguros —dijo la marquesa—. Al doblar el cabo del Lamento la cuarta galera fue atacada por un tragarremos que se comió su proa hasta el tercer banco. Mis almirantes me aconsejaron que no arriesgara más naves.

—Nosotras también perdimos dos galeras durante la huida. Por el camino encontramos filanitas que quisieron hundirnos, pero no etrubios que nos ofrecieran su apoyo.

Tudisco tomó una carta de la mesita y despegó el lacre. Sus ojos se movían rápidamente sobre las líneas de texto. Apenas pestañeaba.

—Como he dicho, sería imprudente iniciar una guerra con Filani. Sin embargo, ahora que estáis a este lado del mar os ofrezco mi hospitalidad y apoyo. En la carta que recibí se mencionaba vuestra intención de trasladar la Luz de Ahisma hasta Myrevus. —Gladys frunció el ceño ante lo mucho que Agapias parecía haberle revelado a aquella noble—. Y debo preguntarme... ¿por qué llevarla hasta allí? ¿Por qué no al Imperio Nuevo o aquí, en Etrubia? Puedo garantizar un lugar apropiado para ella y sus guardianas.

—¿Os referís al Templo de Ahisma que fue incendiado por filanitas en Volsena? —preguntó Gladys. La marquesa levantó la vista del documento—. Si la suma sacerdotisa nos encomendó entregar la llama al capítulo de Myrevus, a Myrevus irá la llama. Tal es su destino.

Tudisco apartó la carta con furia, primero, después el fuego sagrado alumbró su rostro preocupado.

—¿Sabéis algo sobre Ifrigenia?

Serafina hizo una mueca, seguramente molesta porque la marquesa no hubiera utilizado el tratamiento adecuado.

—La suma sacerdotisa todavía estaba en la ciudad cuando nos encargó trasladar la Luz de Ahisma —dijo, inclinando ligeramente la llama hacia Tudisco—. Su última orden todavía debe ser cumplida.

La marquesa dibujó una sonrisa condescendiente.

—Cuando coincidimos en la corte imperial, unos pocos años antes de que se postulara para suma sacerdotisa, Ifrigenia y yo teníamos una relación cercana con la difunta emperatriz. Belona la Cuarta era una anciana muy perspicaz y, como casi todos los imperiales, muy honesta en sus formas de hablar. A menudo le reprendía a Ifrigenia su odiosa costumbre de tratar a sus amigos como súbditos.

Gladys dio un paso al frente.

—Etrubia no envió tropas para defender Kada. Ni flota que custodiara el estrecho de la Garganta. El templo de Ahisma en vuestra ciudad fue destruido y los kadeses allí viven de la caridad. Si realmente sois amiga de la suma sacerdotisa, si sois amiga de los kadeses, este es el momento de demostrarlo. Ayudad a la Iglesia de Ahisma. Proporcionadnos escolta a través del Valle de Lágrimas y permitidnos cumplir nuestro deber.

Una dura mirada de la marquesa hizo que Gladys inclinara la cabeza, azorada por su osadía. Fulvia Tudisco todavía mantuvo sus ojos sobre la joven unos instantes más antes de ponerse en pie. Dando la espalda a los kadeses, caminó hacia la ventana acompañada del golpeteo rítmico de su bastón sobre la piedra. Esta vez los criados no hicieron nada, Gladys los vio intercambiar miradas de reojo, inseguros sobre qué debían hacer con el sillón desocupado, el brasero y la mesita llena de cartas.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Gladys.

—Confiar en que nos ayude —respondió Serafina.

—Lo hará —aseguró Agapias.

Sin duda era una buena señal que la marquesa les hubiera recibido; pero de ahí a prestar un apoyo firme quedaba mucho camino. Quizá las palabras de Gladys fueran un aliciente, por acusatorias que hubieran sido. «Pero había que decirlo —pensó la guardiana—. Lo que pueda leer en esas cartas no refleja la realidad sobre lo que Kada padeció».

La marquesa se volvió hacia los kadeses.

—¿No puedo convenceros de que permanezcáis en Etrubia?

Gladys suspiró aliviada, tanto al oír el tono reposado de la noble como por la mirada de advertencia que Serafina lanzó a Agapias. Él no era un guardián y no tenía autoridad para decidir en esos menesteres.

La portadora tomó la palabra.

—Un grupo de flagelantes nos persigue y vos misma habéis dicho que las diosas nos hicieron diferentes. No todos los filanitas son unos salvajes, y bien sabemos que tienen espías tejiendo hilos para su primarca. El fuerte del Rocón cayó mediante una artimaña y sus cañones precipitaron la pérdida de la ciudad libre. —Agapias agachó la cabeza como si se avergonzara—. ¿Quién sabe en qué otros lugares que consideramos seguros tienen cómplices? Necesitamos movernos con rapidez antes de que sus intrigas amenacen la llama.

—Recordad que no lo hacéis por nosotras sino por la diosa Ahisma —intervino Gladys, señalando las cartas junto al sillón—. Si su fuego se extingue, esa cosecha de trigo que enviaréis a la princesa heredera podría ser la última que vuestros campesinos recojan.

La marquesa desvió la vista hacia la pared, como si tratara de escudriñar algo al otro lado.

—Ahora mismo mis generales están planificando cómo avanzar hacia Ursavi, no hacia Myrevus.

—No necesitamos un ejército —dijo Serafina—. Sólo una escolta.

—Aceptaremos todo apoyo que podáis ofrecernos —apuntó Agapias.

—Os proveeré un ejército —aseguró la marquesa, con ambas manos apoyadas sobre el bastón y mirando fijamente a Serafina—. Pero si alguna vez os preguntan, decid que la Iglesia de Ahisma me pagó trescientos sólidos a cambio de mi ayuda. Los etrubios tenemos una reputación que mantener.

«Los más ladrones, los ratones».

—Cuantos viven bajo el sol os lo agradecen —dijo Serafina.

Con ayuda del bastón, Tudisco caminó hacia las puertas que los criados abrieron de inmediato. Siguiendo los pasos de su anfitriona, las guardianas y el Diestro se alejaron de aquella mesa cubierta de legajos. Los criados volvieron a cerrar las puertas tras los kadeses. Apenas recorrieron veinte pasos antes de que otras puertas dobles se abrieran, revelando una sala que centelleaba por la abundancia de luces en torno a una gran mesa cercada por un grupo de al menos treinta nobles que discutían acaloradamente. Todos se callaron e inclinaron la cabeza ante la presencia de la marquesa.

Muchos de los reunidos mostraban los habituales galones de los oficiales de los ejércitos, pero los demás parecían mercaderes y maestros artesanos. Gladys reconoció a Freda Casio, mujer odiada por todos agricultores de Kada y famosa por ser la banquera más rica del Imperio Nuevo. La guardiana iba a preguntarse qué hacía allí esa mujer cuando el mapa tallado en la mesa le presentó la respuesta.

Representaba con fidelidad los pueblos, caminos y accidentes geográficos de los territorios comúnmente conocidos como los Reinos Fronterizos, al sur y al norte del Valle de Lágrimas; en el centro, un gran espacio blanco sin nombres, escalas, ni otras indicaciones salvo la recta discontinua que aventuraba el cauce del río Inquieto. Un terreno sin dueño. Alrededor de sus fronteras se habían colocado figurillas de colores que marcaban la disposición de los ejércitos etrubios, ursavitas, más la guarnición imperial en la colonia de Costafilada y las bandas de aventureros establecidas en Myrevus. «Todos listos para marchar sobre terreno desconocido cuando termine la Umbría».

—Coronel Setono —llamó la marquesa a un militar de mediana edad que se irguió respetuoso—, vais a ver cumplido ese disparate vuestro de desplegar dos compañías antes de que caigan las lágrimas.

El hombre asintió con satisfacción pero los demás oficiales intercambiaron miradas furtivas.

—¡Excelencia! —exclamó un anciano decrépito con galones de maestre—. Debo oponerme a esa idea. El riesgo de que nuestras tropas sean diezmadas por las lágrimas es demasiado grande. Cruzar el valle el primer día de Umbría es seguro, tal vez el segundo si se fuerza la marcha, pero mañana será el cuarto amanecer. En unas pocas horas podría...

Tudisco se acercó a la mesa.

—Entiendo vuestra preocupación, don Aurelio. Pero a nuestros amigos kadeses se les ha encomendado una misión sagrada y es mi deseo ayudarles —dijo la marquesa, abarcando con un barrido de su mano el mapa vacío—. He aquí un pequeño rompecabezas para mis generales: necesito un punto fácil de defender frente a los monstruos, lo más cerca posible de Myrevus pero desde donde sea factible repeler una posible incursión ursavita.

Gestos severos se dibujaron en las caras de los militares, que intercambiaron palabras en voz baja mientras señalaban el mapa vacío de accidentes. Gladys no entendía nada.

El coronel Setono fue el primero en hablar.

—El invierno pasado instalamos un campamento en la Colina de las Hormigas. —Los

murmullos cesaron—. Era un peñasco rocoso en dos de sus lados, a poco más de tres leguas de la frontera con Myrevus.

—¿Dónde está eso? —preguntó la marquesa.

El militar rebuscó entre unos legajos hasta que dio con un dibujo al carboncillo de una colina y el terreno circundante. Tras examinarlo un momento, lo situó sobre el mapa y lo desplazó siguiendo las indicaciones de un asistente con instrumentos matemáticos.

—Si es que sigue ahí —gruñó don Aurelio.

Serafina se volvió hacia Agapias.

—¿Quién es ese hombre?

—Don Aurelio Lorite —respondió el Diestro—, maestro del Tercio del Valle.

«¿Ese anciano está al mando del ejército?», se sorprendió Gladys al ver que el elegante uniforme únicamente servía para ocultar una debilidad ósea y muscular que amenazaba con arrojar al maestro al suelo en cualquier momento. Sin embargo, aún sorprendía más que sólo exhibiera una única medalla sobre la casaca. Entre los generales imperiales era habitual que un simple desfile por los paseos de la capital se viera recompensado con una condecoración. Y sus uniformes brillaban al sol de tanto metal altisonante. La guardiana supuso que aquella solitaria medalla debía de considerarse importante entre los etrubios. «Además, mantiene la compostura pese a que le cueste mantenerse en pie», pensó al ver que el mariscal señalaba distintas figurillas de los ejércitos etrubios y discutía con el coronel Setono.

—Diez mulas por compañía —le dijo Aurelio a Setono—. Es cuanto tendréis si queréis moveros con rapidez. El resto del equipo deberán cargarlo los hombres, pero no deberá constar de nada que no sean las armas y raciones para cuatro días. Podéis llevaros hachas y palas por si queréis cavar trincheras y levantar una empalizada, si es que ha brotado algún bosque en la zona.

—Supongo que no consideráis una buena idea que lleve cañones —aventuró Setono— Ni siquiera medias culebrinas.

—Si es velocidad lo que los kadeses necesitan no pueden esperar a que esos armatostes avancen por terreno incierto —negó el maestro—. Picas y mosquetes es cuanto podréis llevar. Explosivos, si lo cargan los hombres. El resto del tercio y los cañones se reunirán con vos en la Colina de las Hormigas, si es que sigue allí.

—¿Sólo el Tercio del Valle? —le preguntó el coronel Setono a otro militar que también lucía el uniforme de maestro.

—El Tercio del Mar estará preparado para unirse a la campaña si recibiéramos informes de que los ursavitas han avanzado hacia nuestra zona de colecta. Si no es así, permaneceremos en Presafirme por si los filanitas intentaran algo contra Volsena.

Don Aurelio hizo un gesto de desdén con la mano.

—Los filanitas no cruzarán el estrecho de la Garganta mientras los imperiales retengan los pasos de los Picos Sollozantes. Y mis muchachos pueden encargarse de los monstruos que aparezcan tras la Umbría, aunque estoy convencido de que no les agradará saber que algunos de sus camaradas estarán en el Valle cuando la luna escupa.

—Me hago cargo de vuestra preocupación por nuestros soldados —dijo Tudisco—. Me aseguraré de que las compañías que partan esta noche reciban un beneficio en sus pagas.

El maestro asintió poco satisfecho pero cortés y se volvió hacia las guardianas.

—Espero que sepan apreciar el sacrificio que mis hombres harán por la Iglesia de Ahisma —dijo mientras se aproximaba con paso renqueante—. Adentrarse en el Valle de Lágrimas siempre es peligroso. Entre paisajes que pueden enloquecer a las mentes más serenas habitan monstruos que sólo ansían sangre. Muchos hombres mueren devorados por bestias o masacrados en

escaramuzas con otras naciones. Y otros desdichados únicamente son cuerpos sin alma que tuvieron la desgracia de toparse con un demonio. El comercio de lágrimas es lo único que hace que ese lugar maldito merezca la pena... Y los kadeses queréis cruzarlo justo antes de la lluvia. —El anciano maestro se sirvió de la mesa como apoyo para inclinarse hacia las guardianas y susurró—: Vuestra empresa roza la locura. O el fanatismo.

Gladys, que sólo conocía el Valle de Lágrimas por las imprecisas historias sobre terrenos cambiantes y monstruos errantes, sintió un desasosiego al ver que el maestro del Tercio del Valle estaba convencido de que aquel viaje acabaría con una catástrofe.

—Don Aurelio —dijo la marquesa—, apreciamos que nos recordéis las amenazas al otro lado de nuestra frontera, pero la decisión está tomada. —Se volvió hacia el coronel Setono—. Su señoría estará al mando de esta acción. Elegid las dos compañías que partirán esta misma tarde hacia la Colina de las Hormigas.

—Si es que sigue ahí —repitió el mariscal.

Meribaldo

—Ese mozo va con prisa —comentó Armeno.

Meribaldo miró el patio, donde un muchacho de no más de trece años, pero vestido con ropas que bien valdrían treinta soldadas, cruzaba el jardín a la carrera. En dos pestaños desapareció por la entrada de la villa.

—Un correo militar —dijo Meribaldo—. Parece que Gladys y los otros han conseguido lo que querían.

Armeno, impaciente por esa comida caliente que les habían prometido, se apretujó un poco más en la capa mientras se metía un pedazo de pan a la boca.

—Malo ef cuando los jefef dan órdenef tan urgentef. Pronto efcucharemos lof tamboref.

«Tambores», pensó Meribaldo, estremeciéndose al recordar lo que anticipaban. Las largas marchas por las provincias orientales, pasar a través de pueblos reducidos a cenizas que no habían podido hacer nada frente a las escaramuzas de la caballería filanita, dejar atrás a muertos, moribundos y miserables que suplicaban a los soldados un mendrugo y un manto deshilachado con el que protegerse en vano del invierno. Los oficiales que instaban a que los tambores siguieran marcando el paso, dispuestos a ignorar a sus necesitados compatriotas porque las órdenes obligaban a presentar batalla a los filanitas. Los tambores obedecían. Y los soldados marchaban. Los Picos Sollozantes a sus espaldas, como un muro infranqueable que les advertía de que no habría escapatoria y sólo era posible avanzar hacia algún lugar no muy lejano donde entablarían combate contra los filanitas y sus afamados regimientos de flagelantes, frente a quienes morir era preferible a ser capturado. Y en el horizonte, aquellas montañas de fuego que marcaban el inicio de la nación del Dios Verdadero.

—¡Pardiez! —exclamó Armeno al ver dos criados acercarse con la comida—. Ya era hora.

El humeante cuenco de judías no le pareció a Meribaldo un plato que los criados solieran ofrecer a sus nobles señores, pero la ausencia de un auténtico sol traía un frío inmisericorde que reptaba por la piel, así que el imperial no le haría ascos a ninguna comida que prometiera calentarle el estómago. La primera cucharada a punto estuvo de carbonizarle la lengua y se forzó a permitir que el viento del patio enfriara un poco su plato mientras echaba un vistazo a la villa de la Reina Rata. Pero nada se podía ver. Las cortinas que cubrían los ventanales eran tan recias que no se percibía ni el mínimo atisbo de luz en su interior.

—¿Cucharas de madera? Primero nos impide el paso y ahora esto. ¿Cómo se atreve ese mayordomo mequetrefe a tratarnos así? —bramó Armeno—. Como si su madre no hubiera sido una porqueriza antes de que el cerdo de su padre se la follara.

Meribaldo lanzó una mirada furtiva hacia los criados que continuaban con sus quehaceres, disponiendo cubiertos, preparando comidas o encargando a mozos lo que debían conseguir en las lonjas del pueblo. En el exterior, un grupo de jardineros arreglaba los árboles frutales y las flores bajo la supervisión de una anciana gruñona que exigía que la vegetación tuviera un aspecto digno de un palacio imperial. «El sol en el cielo es oscuro, mujer. No culpes a esos pobres de que las flores no tengan color». Uno de los jardineros se acercó a un pequeño altar de Ahisma para encender una vela; la anciana gruñona le dedicó una breve mirada, pero no interrumpió aquella

ofrenda.

El sonido de una cuchara contra el cuenco le indicó que su hermano había empezado a comer. Las judías debían haberse enfriado lo justo para que no parecieran ascuas y Meribaldo sumó su cubierto al festín. Para ser un plato preparado por los cocineros de la marquesa, no era gran cosa. «Puede que no pongan esmero en la comida de los criados», se lamentó, aunque no por ello dejó de comer. No podía negarse que era mejor que la comida de la *Olmo Recio*, aquel potaje insulso que habían pagado de su bolsillo y al que flaco favor le había hecho el persistente olor de las mulas.

El vino en Presafirme sí era bueno. Ytarrame, leyó Meribaldo, un tinto de Filani, cultivado en las fértiles laderas volcánicas. Se lo mostró a su hermano, que se limitó a encogerse de hombros. Brebaje enemigo o no, Armeno no perdió la oportunidad de apurarlo con una sonrisa de satisfacción, sonrisa que se mantuvo cuando un sirviente se acercó solícito para rellenar su copa.

—Así que este morapio es lo que beben los ricos. —Lo olfateó—. Debe de costar diez marcos la botella.

—Por lo menos —apuntó Meribaldo, acercando su copa para que el criado se la rellenara. Se lo agradeció con un ademán de la cabeza; con una comida gratis y un buen vino no había razón para mostrarse descortés—. Aprovecha antes de que alguien decida que es demasiado bueno para nuestro paladar plebeyo.

En cuanto terminaron su plato, otro de los criados les trajo un poco de pan, queso y unas rodajas de melón ya cortadas en pedazos casi idénticos.

—No sé si acostumbran a servirlo así o no se fían de que también robemos cuchillos —murmuró Armeno.

«Ahí están los tambores», pensó Meribaldo al escuchar el familiar repiqueteo. Ambos alzaron la cabeza.

Tal y como su hermano había predicho, los tambores rompieron la tranquila existencia que hasta ahora habían disfrutado los habitantes de Presafirme.

Con el estómago lleno y la incertidumbre de no saber cuánto más debían esperar a los kadeses, los hermanos optaron por acercarse a la verja de la villa para echar un vistazo a ese ejército etrubio que se encargaba de recolectar las lágrimas que luego venderían al Imperio Nuevo. O al mejor postor.

La tropa se congregaba en un espacio abierto entre los apretujados edificios, pero toda sensación de espaciosidad de la plaza había quedado ahogada por los puestos de los tenderos, cuyas antorchas y velas proyectaban infinidad de sombras sobre las fachadas. Los comerciantes conocían bien su oficio, pues no disponían de selecta mercadería para los ilustres ocupantes de la villa de la marquesa sino para los miles de soldados que daban vitalidad a aquella ciudad de población cambiante. Legumbres, pucheros, conejos despellejados, ropa de abrigo, tiendas para pernoctar, artículos de iluminación, botas y bolsas de viaje se exponían para su venta. Los gritos de los vendedores hacían hincapié en los bajos precios de sus artículos para así atraer clientela. La llegada de la milicia había multiplicado aquellos alaridos ante la perspectiva de ganar un dinero extra.

Y en medio de aquella plaza, resonaban los hideputas tambores.

Los mozos, que no contaban más de catorce años, ponían todo su empeño en hacer un llamamiento a la tropa. Esta aparecía en grupos de cuatro o cinco, preguntándose unos a otros qué ocurría, cuáles eran las órdenes y con rostros que hubieran lucido en el entierro de sus madres. Reinaba la inquietud. Cuando un oficial pasaba a caballo le preguntaban sobre por qué les movilizaban antes de la cosecha, mas no recibían respuesta. Los gestos para encomendarse a

la diosa del metal se propagaban entre la soldadesca.

—Sabes que se avecina algo malo cuando en medio de una Umbría rezan a Grumibia y no a Ahisma—comentó Armeno.

—Sí, barruntan batalla —suspiró Meribaldo a la vista de aquellas caras de preocupación—. Y creo que nosotros vamos a meternos en esa misma muga.

Su hermano se cruzó de brazos.

—Aún estamos a tiempo de matar al Diestro y librarnos de este asunto de llamas sagradas. — Meribaldo puso los ojos en blanco—. Tan solo era una idea.

Continuaron observando los preparativos para la marcha. El número de soldados había logrado sobrepasar la capacidad de la plaza y la marea de hombres se perdía entre los callejones que permitían acceder al lugar. Pese a que las antorchas deambulaban de un lado a otro en manos de soldados demasiado nerviosos para permanecer quietos, Meribaldo hizo las cuentas.

Juzgó por el número de oficiales presentes y los estandartes que eran poco más de dos compañías; en el Imperio Nuevo, en los tercios que no estuvieran mermados por la guerra con Filani, eso supondría unos seiscientos o setecientos hombres.

—Pocos para una campaña.

—Igual planean una encamisada —aventuró Armeno.

Meribaldo rememoró los mapas del Valle de Lágrimas, quién hacía frontera con quién. Negó con la cabeza.

—Demasiado terreno para eso. Sólo Ursavi y lo que queda del Viejo Imperio comparten frontera con Etrubia... si consideramos frontera todo el Valle de Lágrimas. Y Costafilada está al otro lado del mar Imperial, así que...

—Pocos o muchos soldados —interrumpió su hermano—, lo cierto es que marchan a la guerra. Mala asunto para los camaradas. Y no olvidemos las lágrimas esas... ¿te acuerdas de aquella que cayó en Propol? ¿La que...?

—La que hizo esa colina de cristales verdes, sí. ¿Qué sucede?

—En este Valle caen miles de lágrimas cada Umbría, Meri, no una cada siete años. Me preocupa...

—También he pensado en eso, Armeno, pero no creo que ni tú ni yo podamos hacer nada, así que lo mejor es no preocuparse. —Poco consuelo fueron aquellas palabras para su hermano, y Meri optó por otro enfoque—. Además, si esos soldados etrubios marchan con nosotros imaginó que el peligro no será para tanto.

—Hablando sobre peligros —intervino Armeno—, ya han llegado los comprasueldos.

Atraídos por la presencia de tropas, un grupo de hombres cargados de legajos y material de escritura colocaron unas mesas plegables frente a las cuales algunos soldados comenzaron a formar fila. Algunos pedían dinero adelantado a cambio de pagar la deuda con su próximo sueldo. Otros compraban promesas. El amanuense formulaba preguntas sobre la vida del interesado y con las respuestas iba rellenando sus papeles y ofreciendo servicios: compensaciones para la viuda y los huérfanos, pensiones en caso de mutilación, terrenos que la familia del soldado tuviera como aval...

Una vez, entre sus muchas ideas de negocio, Meribaldo había pensado seriamente sobre ejercer aquel oficio que traía tantos dineros como problemas, pues los soldados no se tomaban a bien que el comprasueldos se negara a cumplir la retribución cuando se habían dado condiciones no reflejadas en el contrato. Ciertamente era que si no estaba por escrito no existía obligación de compromiso, pero los soldados eran gente poco dada a la terminología de las leyes y solían tirar de acero para resolver sus discrepancias.

—Mira las armas —dijo Armeno al ver acercarse unos carros repletos de picas.

Hasta ese momento los soldados sólo portaban sus propias armas, espadas y dagas en su mayoría, quizá alguna pistola que llevaran oculta entre la ropa, pero ahora los furrieles habían llegado y pedían a gritos que los soldados se agruparan por compañías para recibir su equipo asignado: pica y coselete para los de primera línea, plomo y pólvora para los arcabuceros, y las dagas cortas de triple hoja y la rodela para los soldados más jóvenes que debían escurrirse bajo las picas de sus camaradas.

—Casi añoro ese trabajo —dijo Meribaldo, haciendo un ademán hacia el vociferante furriel—. Llevar las cifras y el control de las armas era un dolor de cabeza, pero al menos me mantenía lejos de la batalla y las trincheras enfangadas.

Armeno se había cruzado de brazos con gesto enojado al ver aquel despliegue de armas y su organización.

—Hasta los morriones se parecen a los nuestros —dijo, señalando los cascos de la tropa—. Nos han copiado el ejército.

—A nosotros nos ha funcionado el sistema de tercios. Bueno... —murmuró Meribaldo— al menos hemos detenido el avance filanita.

—Díselo a Kada. Por cierto, hablando de kadesas, no he visto ni una mujer entre los soldados, ¿tú?

Meribaldo se encogió de hombros.

—Los etrubios tendrán alguna ley contra las mujeres soldados.

—¿A qué fin? Hay ciertas tareas en las que destacan. Además, en Volsena vimos muchas gendarmes... —Armeno se calló un instante—. ¿No nos dijo Araña algo sobre los hombres en el Valle y las mujeres en la ciudad?

«Es verdad, la chica mencionó que...». Su hermano se giró un instante antes de que alguien hablara a sus espaldas.

—Es por las hechiceras independientes —dijo la voz del Diestro de Kada. Meribaldo dio un respingo al oírlo tan cerca—. Los generales desconfían de las mujeres soldado por si alguna tiene intenciones de hurtar algunas lágrimas. No se permite que se enrolen en el Tercio del Valle.

Su hermano tenía los pulgares metidos en el cinto, mirando a Agapias con cara de estar conteniéndose.

—Los hombres también podrían afanar lágrimas, ¿no? —dijo Meribaldo.

—Pero no lanzan una bola de fuego cuando les exigen que devuelvan lo robado.

«Sólo las ojosnegros». Meribaldo se pasó la mano por la barbilla, satisfecho de no notar la aspereza de los pelos rebeldes. Paseó la vista por el patio de la villa y vio acercarse la luz de la omnipresente antorcha sagrada. Las dos guardianas caminaban hacia ellos, despidiéndose en buenos términos con un anciano oficial que parecía a punto de desplomarse sobre el suelo del pórtico.

—Veo que la Iglesia de Ahisma está finalmente en buenas relaciones con Etrubia —dijo Meribaldo cuando las kadesas se aproximaron—. ¿Significa eso que pronto partiremos hacia Myrevus?

El Diestro intervino alzando una palma.

—Acerca de eso, me gustaría que se reconsiderara la necesidad de que estos caballeros nos acompañen. Ahora contamos con la ayuda de un ejército etrubio y no requerimos más de los servicios de dos mercenarios.

—¿Por qué habríamos de prescindir de estos hombres? —preguntó Serafina.

Con un dedo firme como la hoja de una espada, el kadés señaló a los soldados que se

pertrechaban.

—Contamos con el pleno apoyo de Etrubia.

Meribaldo alzó una ceja.

—¿Igual que contabais con él cuando los filanitas os emboscaron?

—Eso fue una artimaña que nadie se esperaba, pero no volverá a repetirse.

—¿Cómo evitaréis que se produzca lo que nadie espera? —replicó Meribaldo.

Serafina alternó la vista entre ambos hermanos y chasqueó la lengua.

—No encuentro satisfacción en que personas ajenas a la Iglesia de Ahisma estén tan cerca de la llama —dijo con solemnidad—. Pero han probado ser hombres valiosos para nuestro cometido. —La mujer hizo una breve pausa antes de inclinar la cabeza hacia Agapias—. Eso también se aplica a su señoría, aunque seáis kadés.

—Mi compromiso con la diosa del fuego es absoluto.

Gladys se cruzó de brazos.

—Y la destreza de don Armeno y el ingenio de don Meribaldo han contribuido en traernos hasta aquí.

—Nos equivocamos al depositar tanta confianza en ellos, guardianas. Sólo son unos mercenarios que no merecen nuestra atención. —Su mirada se endureció—. Y... ¿no os parece sospechoso que no hayan pedido dinero a cambio de su colaboración?

«Nos gustaría, pero tú lo perdiste en la hostería», pensó Meribaldo.

—Son ciudadanos de una nación amiga de Kada —intervino Gladys—. Y a ellos también concierne si la oscuridad perpetua envuelve este mundo. Pero imagino que algo más mundano les motiva, ¿cierto?

—Serán recompensados —añadió Serafina—. La Iglesia de Ahisma es rica pero no hay nada más valioso para nosotros que la llama de la diosa. No me sorprendería que la administradora del templo de Myrevus les entregase una bolsa por sus servicios. Y seguro que los imperiales aquí presentes también lo han pensado.

Meribaldo asintió. No le veía sentido a negarlo.

—¿Veis? —espetó el Diestro—. Mercenarios, guardianas, eso es lo que son. Gente sin honor y ninguna devoción salvo al dinero. Su predisposición para ayudarnos cuando nos sabían necesitados ha sido demasiado súbita como para creer que ha sido accidental. Ya sólo el hecho de que estuvieran presentes cuando los filanitas aparecieron es algo que me extraña.

Armeno hizo una mueca.

—¿Os referís a cuando mi espada tajó y se clavó en esos flagelantes que querían mataros a todos?

El modo en que su hermano silabeó espada hizo que Meribaldo temiera que fuera a tirar de acero para solucionar aquella disputa con el Diestro. «Paciencia, hermano».

—Su enemistad con los filanitas ha quedado más que demostrada —dijo Gladys—. Y su compromiso con Ahisma puede no ser tan firme como el nuestro, pero lo mismo podría decirse de esos soldados etrubios que van a acompañarnos por el Valle de Lágrimas.

Agapias miró a Serafina en busca de alguien que apoyara sus argumentos, pero la mujer mantenía su mirada indiferente, como si no viera necesidad en seguir discutiendo aquel asunto.

—Es cierto que el hermano más joven sí que luchó contra los filanitas...

El Diestro se calló un instante y Meribaldo supo lo que insinuaba pero callaba con astucia. «Que yo no me batí contra los flagelantes en Volsena». En la hostería, Meribaldo había estado más atento a detener estocadas que a darlas, pero no podía negarse que hubiera luchado. Y el kadés no era ingenuo, sabía que el imperial refutaría con facilidad hechos inciertos. Agapias

quería dar a entender que había un motivo oculto para que los hermanos quisieran estar cerca de la llama. «Y no te falta razón, pardiez —pensó Meribaldo—. Pero no es la llama la que corre peligro en nuestra presencia». Su insinuación acerca de ser mercenarios sin lealtad, junto a otra más velada sobre agentes filanitas, iba encaminada a que las guardianas desconfiaran de los imperiales hasta el punto de que aceptaran prescindir de Meribaldo y Armeno.

Pero aquello no estaba en el horizonte. Gladys deseaba mantenerlos como parte de su misión y Serafina, cuya estima hacia los imperiales no iba más allá de la cortesía, no veía razones para prescindir de espadas. La portadora no perdía de vista los grupos de hombres que, poco a poco, iban tomando aspecto de tropas listas para una campaña.

—Podéis contar con nuestras espadas, nuestra lealtad y cuanto podamos ofrecer a la tarea de custodiar la Luz de Ahisma hasta Myrevus —dijo Meribaldo, señalando la llama sagrada—. Y lo haremos pese a que aquí las recompensas sean más asunto de promesas que de hechos. Todavía hay gente en este mundo que está dispuesta a auxiliar a quien está necesitado.

—¿Y acaso vos sois esa clase de hombre que ayuda de forma desinteresada? —dijo Agapias, pero sus palabras apenas fueron audibles y habían perdido toda convicción.

Meribaldo se encogió de hombros.

—Mucha nos pareció vuestra necesidad en esa hostería.

—Y nuestras armas estaban listas para los flagelantes —apuntó Armeno, dando unos suaves golpes sobre el pomo de su ropera—. Coincidencia o no, allí estábamos, para desgracia de esos perros. Y si regresan, agradeceréis que sigamos cerca.

Lo de las miradas tensas sí que preocupaba a Meribaldo. En función de qué aspecto tuviera el cadáver del Diestro habría o no sospechas hacia Armeno y Meribaldo como responsables, especialmente si seguían discutiendo en cada etapa del viaje. Una actitud pacificadora era lo que la sensatez pedía.

—Lamentamos mucho si nuestra presencia supone un problema para su señoría. También si os hemos hablado en tono inapropiado para alguien de vuestro rango, pero los imperiales somos gente orgullosa y nos ofendemos con facilidad. De nuevo, os pido disculpas por nuestros actos o palabras, pero sabed que defenderemos la llama y sus guardianas, aquí y ahora, para que hablar acerca de dineros sea asunto para un futuro en el que todos sigamos... vivos.

Supuso que su hermano estaría escuchando comentarios jocosos en su cabeza, pero Meribaldo únicamente tenía ojos para la reacción de Agapias. No hubo más réplicas del kadés. Tan solo la agitada respiración de quien era consumido por sus propios pensamientos pero se negaba a expresarlos.

Serafina se desentendió de los soldados etrubios y habló al Diestro.

—Tampoco es de mi agrado tenerlos aquí. Si su señoría tiene pruebas de que suponen una amenaza para la Luz de Ahisma, yo en persona los enfrenaré con mi espada; de lo contrario, ruego que no agitemos más esta extraña alianza. Bastantes enemigos tenemos los kadeses para buscar nuevos.

El noble se pasó dos dedos por su enorme bigote, reflexivo. Meribaldo intuyó una tregua tras los ojos de Agapias, y eso ya era una pequeña victoria. Paz, por el momento.

—En tal caso —sentenció Serafina— veamos qué nos aguarda en el Valle de Lágrimas.

Gladys

A retaguardia, Gladys apenas podía ver las luces de Presafirme, cada vez más lejanas. Tuvo el fugaz deseo de no haber cruzado la difusa frontera entre Etrubia y el Valle de Lágrimas. Los soldados marchaban en silencio, las primeras millas seguirían el mudable curso del Inquieto, antes de adentrarse en terreno ignoto, y tan solo el irregular sonido de las botas sobre el polvoriento suelo rompía la sinfonía salvaje de una fauna exuberante que parecía comunicarse con aullidos sofisticados. A izquierda y derecha se intuía la proximidad de animales a quienes no parecía inquietar aquel lugar imposible. Pues no eran los pequeños roedores o los zorros que les daban caza lo que asustaba a Gladys, sino la esencia divina de aquel hueco en los mapas.

Y es que el Valle de Lágrimas parecía estar vivo.

Un inexistente viento siseaba entre las hojas de los árboles de humo y pronunciaba sílabas imposibles de apreciar. En más de una ocasión, Gladys tuvo la impresión de que las piedras junto al río intercambiaban sus lugares. A veces flotaban sobre el agua. Las antorchas, una por cada tres soldados, arrojaban luz sobre formaciones rocosas que se despeñaban a causa de las vibraciones de las botas. Serpenteantes columnas de arena petrificada surgían de un cráter sin forma. Carecían de color; sin embargo, recordaban a la superficie del océano. Una roca verdosa tenía cinco lados; aquella, tres; y otra, menos de ninguno.

«Este lugar no pertenece a este mundo».

Un escalofrío recorrió la espalda de Gladys, que apretó con fuerza su colgante de la llama.

—Señora del Fuego, devuélvenos la luz. Tú, que alimentas el calor del mundo, protege nuestro ser. Expulsa la oscuridad, para que no prevalezcan ni el terror ni la maldad. Mi ofrenda es madera, que alimente tu poder; metal, para que lo forjes a tu voluntad. A ti, diosa de la luz, ofrezco mi espada...

Un disparo hizo que toda la compañía se detuviera y Gladys desenvainara la ropera. Serafina, con la Luz de Ahisma en su zurda,ladeó ligeramente el cuerpo para cubrir la llama.

Toda la tropa contuvo el aliento. Las picas se agitaban nerviosas en el aire, balanceadas por hombres cuya entereza flaqueaba ante lo desconocido. Un murmullo de susurros histéricos era cuanto perturbaba el silencio, con los soldados preguntándose qué había ocurrido. Se podía juzgar por su actitud que no era la primera vez que se adentraban en el Valle de Lágrimas, pero cuando la mirada de Gladys se cruzaba con los etrubios podía ver un intenso miedo que les costaba ocultar. No todos sus temblores eran a causa del frío. Unos fracasaban al mostrarse indiferentes, otros sonreían a la guardiana como si aquel lugar no les sorprendiera pero nadie alzaba la voz, como si temieran despertar un poder que yacía en un letargo pasajero.

Esperaron, espalda con espalda, hasta que Agapias se aproximó procedente de la vanguardia. El noble caminaba con cautela, pues las antorchas de los soldados no bastaban para mostrar todos los obstáculos del cambiante suelo. Pidió calma con la mano.

—No hay ningún peligro, muchachos. Un acémilo muerto —dijo el Diestro, para consuelo de los hombres. Después, se aproximó a Serafina—. Uno de los soldados creyó que aún estaba vivo.

—Los monstruos mueren al llegar a la Umbría —afirmó Serafina.

Gladys dio un paso al frente.

—Si es un animal muerto, ¿por qué seguimos parados?

Agapias examinó los alrededores con desconfianza. Gladys sabía que buscaba a los imperiales, que se mantenían a diez o doce pasos por delante de la llama. La hostilidad entre los tres hombres aconsejaba mantenerlos algo separados. La guardiana esperaba que eso no supusiera un problema para proteger la Luz de Ahisma.

—¿Y bien? —azuzó Serafina—. ¿Por qué no nos movemos?

—El coronel Setono ha ordenado un descanso —dijo Agapias—. Los cartógrafos tienen dificultades para encontrar esa colina. No es fácil orientarse en el Valle y menos aún cuando estamos en Umbría, sin estrellas en el cielo o caminos con los que guiarse. Setono ha enviado a unos exploradores para que se adelanten —dijo, señalando un punto impreciso en la oscuridad—, a ver si encuentran una dirección que seguir.

Un grupo de luces se había separado de la columna y ascendía con frustrante lentitud por un terreno pedregoso. Gladys contempló la oscuridad del Valle hasta dar con otro grupo de luces en el flanco derecho de la columna, a razonable distancia pero que avanzaba en paralelo.

—¿Y aquellos de allí?

—Los soldados creen que se trata de aventureros que buscan vetas de lágrimas aún sin explotar —dijo Agapias—. No suponen un peligro.

—Estos etrubios depositan demasiada confianza en la suerte —gruñó Serafina—. También creen que podrán mantener calmados a los filanitas ahora que los kadeses hemos sido vencidos.

—No hemos sido vencidos —replicó Gladys—. Nuestra ciudad ha caído, pero nosotros seguimos aquí. Y aunque nos lleve cien años, recuperamos lo que hemos perdido y se lo haremos pagar a esos infieles.

—Tenéis razón, guardiana —dijo Agapias—, llegará el momento de...

—La llama, Gladys —interrumpió Serafina. Un denso vaho brotaba de su boca como consecuencia del frío antinatural—. Eso es lo único que importa en este momento. No dejes que tu sed guerrera nuble tu juicio.

Algo turbada por el reproche, Gladys se limitó a asentir.

La alta figura de Armeno y su hermano se acercaron hasta que la Luz de Ahisma mostró sus rostros. Meribaldo sonreía.

—Creen haber encontrado la Colina de las Hormigas —dijo—. A no más de tres horas de marcha.

—¿Y cómo sabéis vos eso? —espetó el Diestro—. Los exploradores acaban de marcharse.

—¡Pardiez, don Agapias! ¿Todavía estáis tenso? —preguntó Meribaldo. Su sonrisa recién ampliada no fue bien recibida por el Diestro, así que la borró y siguió hablando—. Se lo he preguntado a los soldados. Susurran mucho cuando están nerviosos.

—Entonces sólo son cuchicheos de la tropa —desdeñó el noble—, no hechos. Y vos, ¿no estáis nervioso?

—Me tiemblan las piernas como a un prisionero en el cadalso. ¿A quién no le temblarían, en este lugar donde la nieve irradia el calor de una fragua? —Señaló una mancha blanca hacia el frontal de la compañía—. Pero mis oídos están bien atentos a las buenas nuevas. Tres horas, guardianas —aseguró Meribaldo, pero era a Gladys a quien miraba—. Eso es lo que nos falta para llegar a esa colina.

Aquella promesa reconfortó a Gladys. Pues los ojos le pesaban y a veces los cerraba más de la cuenta. También Serafina, aunque la portadora recurría a la viceca con mayor frecuencia. De vez en cuando, Gladys también aspiraba la sustancia para mantenerse alerta. Había oído las advertencias de sus instructores sobre los estragos que podía causarle al cuerpo un consumo

prolongado —o su falta, cuando se estaba acostumbrada a tomar viceca—, pero muchos eran los sacrificios exigidos a los guardianes de Ahisma. Un ligero malestar era el menor de ellos.

Por eso Gladys también aspiró un poco de la medicina cuando Serafina se la ofreció. La mano de la portadora se apoyó suavemente sobre el hombro de Gladys.

—¿Estás bien? —preguntó Serafina en kadés.

—Cansada, furiosa, dolida... pero preparada.

La misión encomendada, que había comenzado en las murallas de Kada, se sentía demasiado larga y Gladys empezaba a acusar la fatiga en cuerpo y alma. El odio a los filanitas y su compromiso con la suma sacerdotisa era cuanto la mantenía en su puesto, pues gustosa habría dormido hasta la próxima Umbría. Pero Serafina tenía razón. Nada era más importante que guardar la llama. Ni siquiera su propia salud. Ella misma había plantado el olivo que sería su pira funeraria, que hubiera sido arrasado por los filanitas no implicaba que el voto pudiera ser quebrado.

A un grito del coronel Setono, la columna se puso de nuevo en marcha y el errático resonar de las botas de los soldados volvió a mezclarse con los ruidos de la fauna de aquel lugar de oscuridad y terreno imposible. Dejaron atrás árboles con raíces que apuntaban al cielo y dunas de espuma de mar mientras ascendían por una colina que parecía adentrarse en las profundidades de la tierra.

Y los susurros del Valle continuaban. Gladys confiaba en que aquella locura no alterara las mentes de los soldados y provocara alguna ridícula disputa.

—Pronto se hará de noche —dijo Serafina. Era el tercer día de oscuridad, sin luz alguna salvo las antorchas de la tropa, pero el disco oscuro que era el sol continuaba su descenso en el cielo, marcando la única diferencia entre los ciclos de día y noche—. Si esta Umbría dura cuatro noches será mejor que el campamento esté listo antes de que el próximo acémilo que encontremos no esté muerto.

—Ahisma iluminará —dijo Gladys, acercando las manos a la llama de la diosa—. Un día más de tregua nos será concedido.

—Ahisma iluminará —repitió Serafina.

Continuaron ascendiendo cuesta abajo. «Lugar demoníaco», maldijo Gladys.

La tropa siguió la marcha, con alguna queja ocasional debido al pesado equipo que cada escuadra debía cargar sobre sus hombros. Picos, palas, sacos, cubos, hachas, martillos y clavos tintineaban a cada paso de los soldados, algunos incluso más jóvenes que ella, que se esforzaban en mantener el ritmo que los gritos de Setono y sus oficiales marcaban.

La tarea de Gladys era proteger la llama, no acarrear peso. Pero no estaba de más ofrecer una mano a un veterano con tres dedos que intentaba recuperar una bolsa de harina que se le había caído. El hombre, no demasiado mayor pero sí desgastado por la vida, se lo agradeció en un torpe kadés marcado por el acento etrubio.

—Gladys, ven aquí —llamó Serafina; por un instante, creyó que la portadora iba a reprocharle que hubiera ayudado al hombre—. Ese imperial que te corteja tenía razón —dijo la portadora. «¿Qué?», se enojó la guardiana—. Ahí está Myrevus.

Una ciudad ordinaria no se divisaría a semejante distancia, ni siquiera con todos sus faroles encendidos, pero todo el mundo sabía que Myrevus era especial. La antigua capital de los viejoimperiales, aun ruinosa y cien veces saqueada por aventureros, conservaba maravillas del pasado y los testigos juraban que la magia del Valle provocaba sus luces se vieran a muchas leguas de distancia, como si el horizonte no se curvara para la antigua capital. Apenas eran unos diminutos puntos de luz, tan lejanos como las estrellas en el cielo, pero nada en el mundo

brillaba así. Nada que no fueran las esferas de luz viejoimperiales. Y sólo había un lugar en el mundo que las tuviera en tal cantidad.

«Es hermoso». Los fuegos que los habitantes de la ciudad utilizaban para mantener el calor y la luz en sus vidas se proyectaban en aquellas extrañas esferas, amplificando la luz en tonalidades rojizas y amarillas, tan intensas que resultaban visibles desde el corazón del Valle de Lágrimas, a muchas millas de distancia. A Gladys le parecieron un gran monumento a la diosa, como si aquellos puntos invitaran a la Luz de Ahisma a unirse a ellos en su vigilia nocturna.

—A ti, diosa de la luz, que te sacrificas por nosotros, gracias por tu favor.

Pero agradecer a la diosa que les hubiera guiado hasta el camino adecuado no ocultaba el hecho de que seguían en el Valle de Lágrimas, y el próximo amanecer la luz podría regresar al mundo.

Y, con ella, los monstruos que acechaban en aquel lugar maldito.

Armeno

En contadas ocasiones, Armeno se había sentido en comunión con las diosas. Su vida se había reducido a los elementos prácticos de la vida: ganar dinero, gastarlo en comida y paño, y disfrutar cuando se podía del calor de una mujer. De vez en cuando, también había dedicado esfuerzos a asuntos menos inmediatos, como acudir al teatro o asistir a algún oficio religioso en ocasiones especiales, casi siempre funerales de camaradas caídos. *Mejor ellos que tú*. Ahora lamentaba no haber acudido a más oficios, pues el Valle de Lágrimas no era tierra de humanos, y el paño poco protegía frente a ese frío antinatural que no traía viento alguno. «Sólo es frío», se decía Armeno. *No te mientas*.

Y por ello durante la eterna caminata había buscado refugio junto a la Luz de Ahisma, que Serafina —incansable pese a las horas de marcha— esgrimía contra sombras y susurros. La antorcha era fuego y era sagrado, reconfortaba tanto el cuerpo como el alma. Justo lo que el imperial necesitaba en aquel terreno de pesadilla. Los etrubios parecían llevarlo mejor que él, pues aunque estaban nerviosos y saltaban cada vez que percibían un ruido inesperado o un olor extraño, continuaban la marcha. Armeno mantenía su ritmo.

Aunque unos marchan con más ganas que otros. Armeno se fijó en su hermano, conversando animoso con la joven guardiana. «Deja de pensar con la polla, Meri. No saldrá bien». Serafina tampoco parecía aprobarlo, pues sus miradas censoras eran como cañonazos. Aunque tal vez no le molestara el cortejo, sino la distracción que Meri suponía para Gladys.

Y Agapias caminaba junto a Armeno, apenas cinco pasos a la izquierda, lanzando alguna mirada ocasional al imperial pero con pocas ganas de entablar discusión. El Valle también hacía mella en su ánimo.

De vez en cuando, un oficial retrocedía hasta dar con soldados a quienes convertía en voluntarios para explorar en busca de aquella colina que debía servirles de campamento, o para descubrir si había algún ursavita por la zona; cosa poco probable pero en la milicia era mejor no confiarse. Con desgana, los elegidos se adentraban en la oscuridad con una antorcha mientras rezaban a la diosa del fuego para que les protegiera.

De tanto pedir, Ahisma se va a enojar.

Pero también había maldiciones, especialmente entre los soldados que ahora debían cargar con el equipo de su compañero explorador. Por las herramientas que mulas y hombres acarreaban —picos, palas, hachas y sierras— estaba claro que no disfrutarían de un fuerte en estrella como los del Imperio Nuevo, sino un sencillo campamento rectangular, de los que la tropa podía construir en una jornada. No era la defensa que Armeno hubiera esperado, pero más de un etrubio le había comentado que los ursavitas no eran amigos de las armas de pólvora, así que una sencilla defensa de madera con foso bastaría. Eso reconfortaba por un lado, saber que los enemigos que se esperaban debían de ser salvajes con arcos y flechas; por otro lado...

—Dan por sentado que habrá lucha —dijo Armeno.

—La frontera ursavita sólo dista unas ocho leguas por ahí —replicó Agapias, señalando una dirección. Se mantuvo dubitativo un instante y movió el brazo—. O tal vez por ahí, es difícil saberlo en este lugar.

La presencia del Diestro era inquietante, y su zurda seguía saltarina. *Se ha puesto armadura.* Era cierto. El kadés portaba un coselete de buena manufactura en el que apenas se veían un par de abolladuras en el acero. Seguramente obsequio de alguno de esos oficiales etrubios que tanto lo apreciaban. *Alquilado, recuerda que son etrubios.* El Diestro dirigía una mirada abatida a la larga columna de soldados a vanguardia, una hilera de picas, morriones y antorchas que se abría paso entre un terreno ora arenoso ora cubierto de musgo.

Agapias suspiró.

—¿Dónde nos hemos metido?

—En la morada de la magia y las diosas —dijo Armeno mientras sorteaba un agujero que parecía excavado en ceniza.

Serafina volvió la cabeza hacia el imperial con una mirada censora.

—Las diosas no viven en este lugar corrupto —dijo la portadora. Agapias le dedicó una mirada burlona a Armeno. *La segunda puñalada, que sea de propina—.* Abandonaron esta porción del mundo para salvar los demás.

—No digo que vivan realmente aquí, doña Serafina —se defendió Armeno—. Si os soy sincero, no me imagino que haya algún palacio en este terreno donde las diosas pasen sus días.

—Las diosas tampoco se dedican a pasar sus días, como vos decís. Tienen obligaciones muy complejas y no disfrutan de palacios y sirvientes.

Armeno se rascó detrás de la oreja.

—¿Querría vuesamerced explicarme esas tareas?

—La religión no es asunto de hombres —objetó Serafina.

Ni de mortales.

—¿Y qué me decís de la magia?

—Magia es una palabra muy burda para lo que realmente es.

Armeno se cruzó de brazos.

—Eso no cambia el hecho de que sea magia. O de que nos persiga una hechicera filanita acompañada por unos flagelantes poco amistosos. Después de todo, el sol saldrá. Sea mañana o al día siguiente —señaló el imperial mientras mantenía la mirada a la portadora—. Y esa mujer recuperará sus poderes.

Serafina permaneció reflexiva un instante.

—Si tanto os interesa, ¿por qué no le pedís explicaciones a vuestro hermano? —dijo, haciendo un gesto hacia Meri, que seguía charlando animoso con Gladys—. Es un hombre muy curioso y seguro que ya conoce las respuestas.

Meribaldo había sido furriel, y entre sus obligaciones estaba la ingrata labor de distribuir lágrimas a las hechiceras del tercio, pero esas mujeres eran muy celosas con sus secretos y nunca averiguó mucho más allá de que cada lágrima había que mezclarse con elementos afines, pero esa información no serviría de nada a la hora de defenderse frente a un hechizo.

—Mi hermano pregunta mucho, eso es cierto. Pero debéis saber que sus conocimientos proceden de soldados asustados que vieron un coloso de piedra aplastar a sus compañeros o ser atravesados por estacas de hielo. No es un relato en el que uno pueda confiar —añadió, inclinándose hacia Serafina. Esta se ladeó para alejar la llama sagrada—. Me sentiría más tranquilo si una guardiana de Ahisma me ofreciera unas palabras más fiables.

¿Ahora vas a adularla? Ella alzó un instante la vista hasta la luna granate y se giró hacia Armeno.

—Ya os he dicho que la religión no es asunto de hombres.

—Pero no os ha pedido que me habléis acerca de religión, sólo de esa hechicera filanita que

nos sigue los pasos y cómo debemos prepararnos si nos encuentra. Mi espada no tendrá problema en hacer frente a sus flagelantes, pero la magia...

—Serafina os ha dicho que no era magia, imperial —intervino Agapias—. No preguntéis si no estáis dispuesto a escuchar.

Al menos dale un puñetazo, se lo ha ganado. Armeno se volvió hacia el kadés, buscando razones para no matarlo allí mismo. Sin detener la marcha, los soldados se alejaron de los dos hombres e hicieron amago de detenerse y formar un círculo para presenciar en qué acababa aquello. Pero el bramido furioso de un oficial hizo que los etrubios no se detuvieran.

Armeno se sintió aliviado. *Cobarde.* Había estado en muchos de esos círculos, tanto dentro como fuera, y sabía cómo acababan. El imperial daba por sentado que él no sería el cadáver, pero darle acero al Diestro delante de dos compañías etrubias no era negocio próspero. Especialmente cuando matar a un noble, por mucho que fuera en un duelo, no era la clase de actos que quedaban impunes. «Debería haberte matado en esas cloacas», se lamentó.

—Su señoría insiste en atacarme pese a que no soy yo el enemigo —dijo Armeno en voz alta—. Al contrario, yo sólo quiero ayudar. Yo no soy un noble kadés ni he tenido tutores que me hayan instruido en asuntos de Estado, libre de preocupaciones sobre qué llevarme a la boca o cómo conseguir una manta que proteja del frío. Yo sólo soy un hombre que ha luchado en más campos de batalla de los que puede recordar. —*Sé lo que estás haciendo, falso Meri*—. He enterrado camaradas... he matado amigos heridos para que no fueran capturados por los crucificadores filanitas, he cagado en agujeros excavados en el barro mientras la artillería reventaba cuerpos a mi alrededor... —El Diestro también se había percatado del hueco que los soldados habían dejado a su alrededor, pero pronto su rostro se inundó de preocupación al ver los gestos de asentimiento de los etrubios hacia las palabras de Armeno, y cómo la simpatía de la que Agapias había gozado hasta ahora se convertía en otra imagen: un noble de bigote escandaloso que no compartía nada con esa tropa humilde—. No sé nada acerca de asuntos de gobierno o de diosas, y por eso pregunto sobre lo que considero magia. Para saber qué puedo hacer, si algo está en mi mano, cuando llegue la hora de luchar.

Agapias se mostraba dubitativo en responder, aunque Armeno reconoció que el noble no había reculado un solo paso y seguía mirando fijamente al imperial.

—Matar a la monja filanita a la mínima oportunidad —intervino Serafina—. Antes de que se acerque a la Luz de Ahisma. Eso debéis hacer.

—Disimule vuesamerced —comentó Armeno, pasándose un dedo por el bigote—, pero eso es un poco vago.

La portadora hizo una mueca fatalista.

—Es el único consejo que puedo daros. Si esa filanita quiere usar su magia contra vos no hay mucho que podáis hacer para defenderos.

—Vuesamerced no me ofrece mucha esperanza.

—Entonces tened fe —replicó Serafina—. Ahisma iluminará a aquellos que luchen en su nombre.

—A los que verdaderamente luchen en su nombre —dijo el Diestro—, no a quienes ofrecen promesas vacías.

Después, se inclinó hacia la portadora y dijo unas palabras en voz baja. Armeno gruñó al darse cuenta de que estaba hablando en kadés mientras el Diestro señalaba al frente de la columna, donde otro pequeño grupo de luces se había separado de la fuerza principal. Serafina asintió un par de veces y negó una tercera a las palabras de Agapias. Fuera lo que fuera, no entraba en sus planes que Armeno lo escuchara.

Con una leve inclinación de cabeza, Serafina se adelantó hacia Gladys, con el Diestro como escolta.

—Andad con cuidado —le dijo un soldado a Armeno—. No es aconsejable caer en desgracia frente a la nobleza. Además, su señoría está en buenos términos con muchos oficiales de nuestra tierra, y sé sobre más de un camarada que ha compartido mesa con él en alguna taberna. No os conviene enemistaros con don Agapias.

Armeno se volvió hacia el hombre, un joven rodadero que no sólo era calvo, sino que tampoco tenía cejas o rastro alguno de vello facial, lo cual le otorgaba ese aire inquietante propio de la gente enferma.

—Al contrario —dijo finalmente Armeno—, ese hombre me adora tanto que está deseando honrarme con su espada.

—Mayor razón para evitarlo. —El brazo que alzó para señalar a Agapias también carecía de pelo—. ¿Sabéis que es el Diestro de Kada?

Tenía mis sospechas. Armeno asintió.

—Si llegamos a la espada, pondré a prueba su leyenda.

—No os lo aconsejo, puede que esa kadesa no os haya querido explicar nada sobre la magia, pero sí sabréis que hace falta ser un espadachín excepcional para llegar a ser Diestro de Kada.

—También para sobrevivir en los tercios del Imperio Nuevo —se defendió.

—En ese oficio, una buena dosis de suerte tampoco es mal recibida —apostilló el calvo—, especialmente aquí, en el Valle, donde colmillos, garras y lágrimas matan más camaradas que las espadas ursavitas.

Armeno tragó saliva.

—Disculpe vuesa merced mi osadía, ¿pero fueron las lágrimas quienes os hicieron eso? —dijo, indicando el pelo ausente del etrubio.

—Los doctores de plaga. Nací y me crié en Los Vacíos, así que si quería servir en la milicia me obligaron a perder todo el pelo que pudiera contener pulgas. Cuchilla, pinzas y cera caliente cada semana hasta que parezco un bebé recién salido del vientre de su madre. Uno nunca termina de acostumbrarse a ese molesto ritual.

—Habéis dicho que os quitaron el pelo cuando os reclutaron, pero esta no es vuestra primera campaña, ¿verdad?

El calvo negó.

—Cuarta, pero los doctores de plaga siguen sin confiar que yo esté libre de enfermedades y me obligan a perder todo mi pelo hasta que ordenen lo contrario —dijo, pasándose la mano por la cabeza rasurada—. Con la reputación que tiene la gente que nació en Los Vacíos, me apuesto cinco marcos a que no me permitirán tener pelo mientras viva.

El imperial asintió a la par que extendía una mano.

—Armeno.

—Fusto —replicó el etrubio, estrechando la mano ofrecida—, ¿servisteis mucho tiempo?

—Once años y nueve días —respondió Armeno.

El etrubio alzó con sorpresa su ceja pelada.

—Veo que el ejército os ha dejado huella.

—Heridas sobre la piel, más otras que el ojo no ve —dijo el imperial en voz baja—. Serví en el Tercio de los Picos, segunda compañía.

Puede que Agapias no hubiera mostrado reacción alguna cuando Armeno había mencionado su antigua unidad, pero Fusto guardó un cauteloso silencio antes de hablar.

—¿Estuvisteis en Fortoferro? —preguntó con suspicacia.

A su alrededor, varias cabezas curiosas se giraron de inmediato.

—¿Ha oído vuesamerced sobre ese lugar? —se sorprendió Armeno.

—Las noticias de tragedia son las primeras en viajar —explicó Fusto—. Especialmente cuando se habla acerca de piras funerarias de doce pies de altura.

Armeno sintió un nuevo escalofrío al recordar la apresurada retirada.

—Eran demasiados para enterrarlos.

—Entonces, ¿sí que estuvisteis?

Armeno lanzó una mirada a su espalda. En algún lugar, a muchas leguas de allí, estaba el Imperio Nuevo.

—Fue mi última batalla.

—Dicen que todo el tercio fue aniquilado.

Corriste más que otros.

—No del todo —dijo Armeno—, pero quedó tan destrozado que los generales decidieron disolverlo frente a tratar de reorganizarlo. Eso me otorgó mi licencia.

Salida de la nada, la mano del rodelero le ofreció una bota cuyo contenido emanaba un fuerte olor a vino. Con un ademán de la cabeza, Armeno agradeció la oferta y le dio un trago al vino, era un caldo agradable y no parecía de los que servían en tabernas de mala muerte. *Al menos le has caído en gracia a los pobres.*

—En Fortoferro sí que veríais a las hechiceras utilizar su magia —dijo Fusto tras recuperar la bota.

—Vi los efectos, y parte de mi compañía se hundió en un lago que a mediodía no estaba ahí, pero si he preguntado es para saber qué puedo hacer para defenderme.

Fusto bebió un poco de su vino y guardó la bota en su petate.

—Si sabéis la clase de hechicera contra la que os enfrentaréis, quizá podáis anticipar sus movimientos.

El dedo de Armeno señaló a su hermano y Gladys, algo adelantados en la columna.

—Una guardiana de Ahisma le mencionó a mi hermano que podría tratarse de una hechicera de piedra.

Fusto asintió.

—Las más comunes entre los filanitas. La Iglesia de Trema en Filani fue la única que se sometió a la Fe Verdadera. Por eso sus brujas conocen los hechizos de tierra. Si mezclasen sus lágrimas con agua tendrían lágrimas de destrucción, por lo que podrían convocar terremotos, abrir agujeros en muros... Mientras que si las mezclan con metal, obtienen lágrimas de creación, lo que supondrá muros de piedra, esquivarlas que parecen balas o, dicen las malas lenguas, invocar a un coloso de piedra. Ciertamente es mucho lo que pueden hacer si se lo proponen.

Armeno había sido testigo de algunos de los hechizos que Fusto había mencionado. No estaba seguro de que el coloso de piedra fuera una exageración, pero daba gracias a las diosas por no haberlo comprobado por sí mismo. Dirigió una mirada curiosa al rodelero.

—Hechizos de tierra, iglesias sometidas, lágrimas de creación... ¿cómo puede un soldado etrubio conocer sobre tales asuntos?

Ha cambiado su pelo por conocimiento. «Calla». Fusto se encogió de hombros.

—Precisamente porque soy etrubio. Vivimos a la sombra del Valle de Lágrimas y estamos acostumbrados a ver magia cada día. Además —añadió en voz baja—, recordad que me crie en Los Vacíos, y ese es el lugar donde la escoria de la humanidad acude cuando no necesita pasar desapercibida. Eso incluye a agentes filanitas que buscan lágrimas para sus guerras sin que nadie se entere. Y cultistas que experimentan con magia de los Poderes Ruinosos.

Armeno asintió a las palabras del etrubio, todavía sorprendido de que hablara con tal soltura de temas que en el Imperio Nuevo estaban envueltos en misticismo. *En el Imperio Nuevo sólo fornicáis, y luego os preguntáis por qué la invasión os sorprende sin calzones.* Armeno ignoró a la voz y se centró de nuevo en Fusto.

—Pero la verdad es que vuesamerced no me ha explicado qué hacer para defenderme de esa hechicera.

El etrubio se encogió de hombros.

—Matarla, tal y como os ha dicho la kadesa. Es importante que sea rápido, eso sí, porque de lo contrario...

Un redoble de tambor interrumpió la conversación y la columna se detuvo. Alguien vociferaba al frente de la columna y los suboficiales repetían las órdenes.

—¡Formar escuadras y dispersarse!

—¡Formar escuadras y dispersarse! —gritaba la tropa—. ¡Rápido!

Los soldados comenzaron a agruparse en pequeño número y se fueron alejando unos de otros. Muchos de ellos pasaban la mano sobre las antorchas o rezaban en voz baja, algunos temblaban y hubo uno que vociferaba histérico mientras sus camaradas lo sujetaban para que recuperara la compostura.

Meri se acercó corriendo.

—Pardiez, ¿a qué vienen las prisas?

—Está a punto de amanecer —dijo Fusto—. Es mejor que no estemos apelotonados si caen las lágrimas.

Armeno tragó saliva al oír aquello. Por un momento, la conversación con el etrubio le había hecho olvidar el lugar donde se encontraba, y los drásticos cambios que sufriría el terreno cuando las lágrimas cayeran. A diestra y siniestra, grupos de soldados abrían distancia entre sus compañeros, como si fueran unos apestados.

—¡Formar escuadras y dispersarse! —repetían.

Meri se aproximó a la carrera.

—¿No deberíamos buscar protección? —Su hermano señaló una de las mulas que cargaba con material de construcción—. ¿Cavar una trinchera o algo?

Fusto negó con la cabeza.

—Al igual que sucede con esa hechicera filanita, no hay mucho que podáis hacer frente a lluvia de lágrimas. Imaginaos que son como la artillería en campo abierto, veréis las balas acercarse pero apenas habrá un instante para esquivarlas. Y no recomiendo estar cerca de una mula, por si se convierte en un acémilo. —Tras aquel agorero consejo, Fusto hizo un ademán de la cabeza y acudió junto a sus camaradas que se alejaban de lo que momentos antes había sido la columna—. ¡Buena suerte!

Sin dudarlo, los hermanos se apartaron de la mula, que se mantenía apacible en el lugar donde la habían dejado. Armeno puso una mano sobre el hombro de Meri. Este asintió con la cabeza y después se giró hacia Gladys, ella mantenía la mirada fija en la Luz de Ahisma. Serafina mantenía el rostro sereno pese a que sus ojos escudriñaban preocupados el cielo.

Todos contuvieron el aliento.

Meribaldo

Casi todos miraban al este.

En algún lugar del oscuro horizonte, el sol estaba a punto de alzarse. Los hombres sujetaban nerviosos sus picas y arcabuces mientras afirmaban los pies en el suelo, espalda con espalda, listos para echar a correr en cualquier momento. O luchar. O caer de rodillas y llorar. Meribaldo veía sus caras desencajadas, observando el terreno que les rodeaba, como si no confiaran en que los guijarros fueran a quedarse inmóviles. Alguien murmuraba una plegaria a Ahisma.

Quienes no miraban al este, alzaban el rostro hacia la Umbría.

La luna continuaba granate, con los leves tonos oscuros que ondulaban en su superficie de océano corrupto. A Meribaldo le recordaron a las manos inquietas de un mercader que estuviera a punto de cerrar un buen negocio; consciente de que en cualquier momento el comprador caería en la trampa.

Un grito de júbilo alertó de la salida del sol. Un sol sin luz.

El amanecer no trajo una lluvia de destrucción, sino la misma oscuridad de los días previos, por lo que todos, Meribaldo el primero, respiraron aliviados cuando ninguna lágrima se precipitó sobre sus cabezas para crear volcanes de hielo.

Armeno puso una mano sobre el hombro de su hermano.

—Seguimos vivos.

Meribaldo asintió satisfecho.

—La mejor forma de empezar el día.

Alguien se reía en medio de la oscuridad, una risa nerviosa de quien había superado un mal trago, y pronto cientos de hombres se sumaron a aquella carcajada histérica. Seguían vivos.

Ambos hermanos intercambiaron una mirada y acabaron por sonreír, disfrutando de aquel momento de alivio. Uno de los pocos durante los últimos días. La mente de Meribaldo voló hasta otro de aquellos momentos, durante el baño con Gladys en la granja a las afueras de Volsena. Un recuerdo que sí dibujaba una sonrisa en el imperial.

La guardiana estaba con los otros kadeses, intercambiando unas palabras con el Diestro. Como hablaban en imperial, Meribaldo le indicó a su hermano con un ademán de la cabeza que lo siguiera.

—Esta será una Umbría de cinco días —decía Gladys. El vaho le brotaba entre los labios cuando alzó la vista a la luna granate—. Ahisma nos otorga todo el tiempo que puede.

—La diosa del fuego es consciente de nuestra situación —convino Agapias—. No debemos desaprovechar este sacrificio.

Serafina examinó con gesto ceñudo a los etrubios que se habían sentado en el suelo o en las rocas para descansar tras las horas de marcha.

—Su señoría podría recordárselo al coronel Setono —propuso la portadora—. Los etrubios os tienen en estima.

Agapias buscó entre los distintos grupos la cara del oficial etrubio hasta que dio con él.

—Se lo haré saber —dijo solícito el kadés—. La columna reanudará la marcha de inmediato.

El noble se alejó en dirección a los elegantes uniformes de los mandos. Pasó junto a una de

las mulas de carga que se mantenía abandonada mientras los soldados seguían conversando sobre lo bien que se sentía seguir vivo. En sus alforjas, la bestia llevaba odres de agua, alimentos y algunos utensilios. Meribaldo se fijó en las mantas.

El sol de Umbría no proporcionaba luz, pero tampoco calor. Aquel sería el quinto día de oscuridad y el frío se había adueñado del mundo. El imperial podía sentirlo en la punta de la nariz y en las orejas. Por eso al ver las mantas en el interior de las alforjas no dudó en acercarse a la mula. El animal olía tan mal como las bestias de aquel mulero ursavita, y por un momento se preguntó si sería una de las suyas, pero lo cierto es que todos aquellos bichos le parecían iguales. Fueran ursavitas, etrubios o de Ultramar.

Meribaldo rebuscó entre las alforjas hasta sacar una recia manta. Sonrió al sentir su calidad y fue a coger una segunda manta, pero un soldado que pasaba por allí le dedicó una mirada censora y el imperial decidió que su modesto botín sería suficiente.

Deshizo sus pasos hasta llegar a la Luz de Ahisma, las dos guardianas murmuraban algo, esta vez en kadés. El vaho brotaba de sus labios. «Gladys tiene frío». Meribaldo aguardó respetuoso a una distancia prudencial hasta que las mujeres cesaron de hablar y se volvieron hacia él.

—Os he traído una manta, doña Gladys. Siento que no tenga tantas pulgas y agujeros como las de los otros soldados, pero cuando hace frío debemos aceptar lo que se nos ofrece.

La guardiana sonrió un efímero instante mientras tomaba la manta. Meribaldo había comprobado que no era fácil hacer reír a Gladys. Al principio había pensado que era porque así ocultaba los dientes ausentes, pero pronto dedujo que su escasez de jovialidad se debía a su determinación con la misión y el rol que ella desempeñaba, siempre lanzando miradas furtivas en todas direcciones, especialmente hacia la Luz de Ahisma, en busca de enemigos que pudieran surgir entre la oscuridad. Aquella actitud no dejaba mucho margen para la alegría. Sin embargo, de vez en cuando el ingenio del imperial lograba dibujar una sonrisa en la guardiana. No muy alegre y sí fugaz. Para él era suficiente recompensa.

—Os lo agradezco, Meribaldo.

—No estoy seguro de que proteja contra este frío extraño —comentó el imperial—, pero me sentiré mejor si vos no enfermáis. ¿Y vuesamerced quiere una manta? —preguntó a Serafina—. Podré conseguir otra en cuanto ese soldado deje de vigilarme.

—Por el momento estoy bien —desdeñó la kadesa, después hizo una breve pausa, como si meditara sus palabras—: pero os lo agradeceré.

Un grupo de soldados pasó junto a ellos, incluido el hombre sin pelo con el que Armeno había estado hablando, murmurando quejas sobre haber marchado toda la noche sin descanso.

En honor a Agapias, Meribaldo hubo de reconocer que el kadés fue de oficial en oficial como una abeja entre flores, intercambiando unas palabras animadas con ellos que solían terminar con ese oficial impartiendo órdenes para que la tropa se pusiera de nuevo en movimiento. Serafina había acertado al decir que los etrubios lo apreciaban. De vez en cuando, algún oficial se colocaba a su lado e intercambia palabras con el kadés, agradeciendo su presencia en aquel lugar.

Las escuadras formaron una larga columna y, al toque de los tambores, reanudaron la marcha.

—Hacia Myrevus —dijo Meribaldo, señalando las luces en el horizonte.

Gladys asintió mientras se frotaba las manos.

—Siempre quise ir. Ojalá hubiera sido en otras circunstancias.

Meribaldo lo comprendía. Puede que la capital del Viejo Imperio hubiera perdido todo su esplendor, y que ahora fuera tristemente famosa por las bandas de mercenarios que carroñeaban sus riquezas, pero había un aura sobre Myrevus que no desaparecía con el paso de las generaciones. Sus abuelos habían querido ir, su padre —ese apóstata traidor— hizo allí un buen

dinero en su juventud, y ahora Meribaldo y su hermano estaban a pocos días de sus puertas. Mercenarios, epidemias y adoradores de los Poderes Ruinosos no eran nada frente a la promesa de riquezas, demasiado jugosa y real para desperdiciarla.

Aunque supuso que Gladys no tenía interés en aquellos asuntos mundanos.

—Allá en mi pueblo —comentó Meribaldo—, una vieja hilandera gustaba contar un relato sobre cómo Myrevus se convirtió en una ciudad para las diosas y su clero. Algo sobre la Madre Vida y la Cascada Eterna. También hablaba sobre Ahisma, aunque ahora mismo no estoy seguro de si... —se interrumpió al ver que Gladys lo miraba condescendiente—. ¿Lo conocéis, ¿verdad?

—Sí, es *La ciudad de las diosas*, una historia que seguramente habréis oído en las tabernas pero que también estudiamos las novicias. Debemos recitarlo el último amanecer del mes —dijo Gladys antes de tomar aliento—. Cinco diosas hay, una madre y sus cuatro hijas. En un tiempo donde no se conocía la escritura, cuando los demás éramos unos chiquillos chillándole al cielo y al viento, los viejoimperiales comprendieron que la luna era el cadáver de la Madre Vida, que se sacrificó para encerrar a los Poderes Ruinosos en esa prisión.

»Vista su devoción, los antiguos recibieron el fuego de Ahisma, la hija menor, para que lo custodiaran mientras ella combatía a las huestes de la oscuridad. Como pago por sus servicios, le pidió a su hermana Grumibia que les mostrara a los fieles los secretos del metal, y con esa tecnología excavaron refugios en la roca.

»Trema, la primogénita, vio cómo sus montañas eran agujereadas sin orden, así que les enseñó los secretos de la mampostería y la construcción, y así Myrevus se convirtió en la primera ciudad. Grandes templos se alzaron en honor de las diosas y la población creció hasta que llegaron las hambrunas y la sed, por lo que las tres hermanas le pidieron a la cuarta, que había elegido vivir en las profundidades del mar, que ayudara a sus sedientos seguidores, así que Azgola inundó los túneles bajo Myrevus para crear la Cascada Eterna, que alimenta la ciudad y sus huertas. Los viejoimperiales, agradecidos, juraron servir a las diosas hasta el fin de los tiempos.

El hombre no pudo evitar sonreír cuando Gladys pareció terminar, sonrisa que ella le devolvió.

—Mi memoria nunca fue perfecta —le dijo a la guardiana—, pero oíros hablar me ha recordado a un tiempo de niñez junto al fuego, aunque la recodaba más extensa...

Gladys le interrumpió.

—Mas el oro, la comida y los palacios hicieron que los viejoimperiales se olvidaran de su juramento y el fuego sagrado apenas fue una chispa. Fue entonces cuando Ahisma resultó herida y jamás se recuperó. Su entereza se mantuvo pero sus fuerzas menguaron hasta deber elegir entre iluminar el mundo o luchar contra los Poderes Ruinosos. Esa fue la primera Umbría.

»Para atenuar el sufrimiento de su hermana, las otras diosas entregaron parte de su poder para que Grumibia forjara una armadura, que ahora Ahisma porta en la guerra que no tiene fin. Lágrimas llaman a las escamas de su armadura, lágrimas derramadas por la traición, impregnadas de divinidad y arrancadas por la brutalidad de la lucha, contaminadas por los Poderes Ruinosos. Fragmentos que destruyeron el Viejo Imperio y crearon un lugar infame donde las leyes de la vida se alteran. El Valle de Lágrimas fue el sacrificio para que el mundo siguiera en manos de la luz. —Gladys señaló el fuego sagrado que Serafina custodiaba—. Mientras la Luz de Ahisma arda, su armadura será reparada. Si un día se extinguiera, la coraza se quebraría. Proteged la llama, pues la diosa lucha por vosotros. Lo hará hasta su muerte, pues ella también guarda.

Meribaldo no sonrió esta vez.

—La Iglesia de Ahisma tiende a... oscurecer todos los relatos.

—Lo sé —concedió la guardiana—. No somos una fe que la gente aprecie en su día a día. Sin embargo, sobre nuestros hombros cargamos una tarea que no puede ser descuidada. Jamás. —Echó un vistazo a Serafina y el fuego sagrado—. Hay demasiado en juego para endulzar las verdades. La gente podrá ignorar el peligro, pero este persiste.

El imperial alzó la vista hacia la Umbría y la bajó hasta los ojos oscuros de Gladys.

—El mundo es muy grande, y no puede defenderse solo. Lo comprendo.

—¿De verdad lo comprendéis?

—Alguien debe sacrificarse por el bien de quienes no lo harán. Soy consciente de que cada uno cumple su oficio: campesinos que obtienen frutos de la tierra, herreros que forjan herramientas, capitanas que transportan mercancías allá donde escasean. No todos tienen el talento o la voluntad para defender el fuego sagrado. Pero las guardianas de Ahisma apreciaríais que esa buena gente no diera por sentado el sol que nutre las cosechas, el fuego que forja el metal o las estrellas que guían a los barcos.

Gladys se mantuvo reflexiva unos instantes mientras se apretaba la manta contra su cuerpo. Meribaldo sintió que el frío era cada vez más intenso pese al escaso viento, y el centenar de antorchas en la columna no aportaba calor. No supo si era otro rasgo del Valle de Lágrimas o un frío ordinario, pero casi lamentaba haber entregado la manta a Gladys en lugar de quedársela.

No era el único que se arrepentía de encontrarse en ese lugar. Pese a que la lluvia de lágrimas quedaba pospuesta, entre la tropa se respiraba un ambiente de preocupación. Y Meribaldo sabía el porqué. La prometida Colina de las Hormigas no aparecía por ningún lado y el imperial, que siempre había tenido buen ojo con los números sabía que algunos de los voluntarios que los oficiales habían mandado a explorar no habían regresado. Era posible que algo los hubiera demorado, pero tampoco convenía descartar que ese algo los hubiera matado. «No hay que endulzar las verdades».

—Sois un hombre sensato y honesto, Meribaldo —dijo finalmente la guardiana—. No todos comprenden lo que la Iglesia de Ahisma hace por el mundo. Tienen preocupaciones mundanas y se desentienden de la verdadera amenaza. Pero vos lo entendéis.

El tono de Gladys estaba marcado por el alivio, como si hubiera tenido miedo de no contar con la aprobación del imperial. «¿Por qué iba a necesitarla? ¿Acaso no ha superado todas las pruebas hasta convertirse en guardiana?». Meribaldo se preguntaba qué clase de dudas podía tener alguien como Gladys, cuya voluntad de sacrificio la llevaba a actuar como si su muerte fuera inevitable y viviera un tiempo prestado. «Quizá sea lo ocurrido en Kada. Quizá piense que el mundo no los ayudó porque no creen que ese fuego sea sagrado».

Los ojos oscuros de Gladys se entrecerraron un instante y ella se revolvió como si pudiera quitarse el cansancio a espasmos. Suspirando con resignación, rebuscó entre su petate hasta extraer un frasco de polvo blanco. Dispuso un poco sobre su mano y lo inhaló con fuerza. Los ojos de la guardiana volvieron a estar alerta.

Meribaldo hizo una mueca de disgusto.

—He visto a muchos soldados consumirse por culpa de la viceca. Tanto a los que abusaban de ella como a los que se desesperaban cuando no podían conseguir más. ¿Sois consciente de que vuestra salud está en peligro cada vez que la tomáis?

—Mi deber es más importante. En otras circunstancias no la tomaría, pero... —Se calló de inmediato—. Estáis temblando.

Meribaldo escondió sus manos.

—Es el miedo —dijo—. No todos gozan de vuestra determinación, doña Gladys. Hay gente

que prefiere vivir con miedo si eso implica seguir vivos. No tengo reparos en confesarlo.

—A veces me cuesta entender si mentís en vuestro beneficio o lo hacéis para no incomodar a otros. Pero lo cierto es que mentís: estáis temblando a causa del frío.

—En tal caso, os diré que esa manta es lo bastante grande para ambos.

Meribaldo no pudo evitar sonreír, y se mantuvo así mientras Gladys lo escudriñaba, ofendida por el descaro pero... «¿Ese silencio es un sí?».

—Tenéis razón, la noche es fría —dijo Gladys, abriendo la manta—. Caminad conmigo. —Meribaldo no se lo pensó y se acurrucó bajo la tela, agradecido por su aspereza y el calor que guardaba. Calor humano. Gladys alzó la cabeza para mirar al imperial a los ojos, en su mirada había una mezcla de rubor e indignación—. Si intentáis algo, os acuchillo.

Ver a Gladys tomar viceca un momento antes hizo que aquella declaración inquietara a Meribaldo, pero se rehízo con su mejor sonrisa y alzó sus manos de paz.

—No haré nada más si no queréis —aventuró—. Y por eso no necesitaréis ese puñal que lleváis atado al muslo. —Gladys lo miró ofendida—. Ya os dije que me fijaba en todo.

—Pero algunas cosas os interesan más que otras —dijo ella—. Vuestras intenciones son demasiado evidentes para que no lo hagáis a propósito.

—Una cosa es lo que yo quiera, otra muy distinta lo que ocurra —respondió Meribaldo—. Acostumbro a respetar opiniones ajenas, especialmente en estas situaciones. Pero entre filanitas, oscuridad, espadas, camaradas caídos y diosas que sufren sería agradable encontrar algo de calor y consuelo en mi vida —dijo mientras tomaba la mano de la guardiana. Ella contrajo los dedos pero no la apartó—. El mundo es muy grande, y sería injusto que sólo hubiera dolor en él.

El imperial se inclinó hacia ella mientras las yemas de sus dedos se desplazaban lentamente sobre la mano de la guardiana, apreciando cada pequeño corte que...

—Os ruego que no me distraigáis de mi cometido, Meribaldo —pidió Gladys. Casi fue una súplica.

—Meri —dijo él, usando la mano izquierda para frotar con suavidad el hombro de la guardiana—. Mi gente me llama Meri.

—Meri —murmuró ella.

Sus cabezas se rozaron. ¿Era su boca entreabierta una invitación? ¿O sólo respiraba? Podía sentir el agitado pulso de la muchacha, como la de un mozo frente a su primera mujer. O su primer enemigo. Gladys se apartó levemente. El olor de la kadesa emanaba excitación y sus ojos estaban abiertos con una mirada que... «¿Dónde está mirando?», se extrañó Meribaldo, siguiendo los ojos oscuros de la guardiana.

A su izquierda, en pleno Valle de Lágrimas, habían aparecido unos destellos, cientos, y por un momento Meribaldo creyó que sí iba a amanecer después de todo. El temor a que las lágrimas empezaran a caer sobre su cabeza en cualquier momento asaltó al imperial, que ahora sí temblaba de miedo.

—¿Qué...?

La pregunta murió antes de pronunciarla. Gladys mantenía su mirada firme sobre aquellas luces, pero su mano ya no agarraba la de Meribaldo sino que se apoyaba sobre el pomo de la espada.

La manta cayó al suelo.

—¡Coronel Setono! —gritó alguien.

Meribaldo se fijó mejor en aquellas luces en la distancia. No era la luz del sol, sino cientos de fuegos que avanzaban hacia ellos.

Un alarido dio la voz de alarma; luego, un tambor hideputa resonó; y pronto se le sumaron

otros hasta que toda la columna se llenó de los gritos histéricos de oficiales que llamaban a sus soldados para que se aprestaran para la lucha. El olor a salitre impregnó el aire cuando los arcabuceros encendieron las mechas mientras las picas formaban una hilera que apuntaba hacia las luces.

—¿Qué es eso? —preguntó Meribaldo—. ¿Monstruos?

—No —dijo Gladys—, es un ejército ursavita.

Gladys

Tudisco había dicho que no todos los ursavitas conocían el honor, pero Gladys estaba convencida de que sí conocían el coraje. No había otra explicación para semejante despliegue de tropas, exponiendo aquel vasto ejército de la gente de la Tierra Elevada a los caprichos del Valle de Lágrimas.

Eran miles.

Las antorchas avanzaban a un ritmo constante, nada que ver con el irregular paso que los etrubios habían mantenido hasta entonces, y conforme se acercaban se aventuraban las siluetas de los estandartes que los ursavitas solían cargar a sus espaldas. Todavía estaban muy lejos para distinguirlos, pero su vasto número indicaba que muchos de los clanes avanzaban unidos. Y no precisamente para intercambiar obsequios con sus vecinos del sur.

Gladys se inclinó hacia el imperial.

—Meri, ¿cuántos crees que son?

A su alrededor, los etrubios se removían entre jadeos y maldiciones. Un soldado que cargaba un coselete en las manos tropezó con unas raíces hechas de arcilla y se desplomó con un traqueteo metálico entre una nube de polvo. Nadie había impartido órdenes específicas sobre cómo proceder, pero el olor de las mechas ya impregnaba el aire, heraldo de tragedias.

—¿Cinco mil? ¿Seis, tal vez? —respondió el imperial, escudriñando el horizonte—. En esta tierra ya no me fío ni de cuántos dedos tengo en una mano.

Por un instante, Gladys rezó para que aquellas luces que se aproximaban fueran algún tipo de truco provocado por el Valle de Lágrimas, pero los etrubios estaban seguros de que el enemigo era real. Y eso era suficiente.

La guardiana pisó la manta en el suelo. El calor que había compartido con Meribaldo se vio sustituido por un fuego interno que crecía cuanto más apretaba el pomo de la espada. Se acercó hasta Serafina y señaló la hilera de luces. Ella asintió.

—Si nos quedamos quietos se nos echarán encima —dijo la portadora, abarcando el terreno circundante con la mano, pedregoso pero sin lugar donde parapetarse—. Hay que salir de aquí.

—Si los etrubios formaran un cuadro podríamos repeler a los ursavitas —dijo Agapias, aproximándose. Armeno seguía sus pasos.

—Creo que son demasiados incluso para un cuadro —apuntó el imperial—. Pero es verdad que un muro de picas podría arrancarles el coraje.

Gladys se giró hacia los oficiales etrubios. Una discusión similar tenía lugar allí, plagada de voces nerviosas y gestos enérgicos que señalaban tanto a los ursavitas como la oscuridad que los separaba de Myrevus. No eran pocos los que miraban atrás, a la seguridad de Presafirme, ahora tan lejana.

Gladys y el Diestro intercambiaron una mirada y se acercaron a los oficiales.

—No podemos quedarnos en este terreno —decía Setono—. Sus números son abrumadores.

—Tal vez tengamos que hacernos fuertes aquí —dijo otro oficial, pateando un guijarro en el suelo—. Es posible que el maestre Lorite tuviera razón: la Colina de las Hormigas ya no existe.

Gladys veía sus caras de terror, lamentando haberse aventurado en aquel lugar antes de la

llovía de lágrimas; antes de que todo un tercio pudiera respaldarlos. La guardiana se sintió culpable por todos aquellos hombres que observaban con preocupación a un enemigo que cada vez estaba más cerca. El intermitente conflicto entre Etrubia y Ursavi no concernía a Gladys, la Iglesia de Ahisma o la ciudad libre de Kada. Pero los soldados etrubios estaban allí porque los kadeses habían convencido a Tudisco para que les proporcionara una escolta a través del Valle de Lágrimas. Ahora muchos iban a morir. «No dudes. Los flagelantes siguen ahí fuera y tú sola no podías con ellos».

Los etrubios escudriñaban la oscuridad con resignación, pues no veían ningún lugar seguro donde guarecerse de un enemigo que apretaba la marcha tras haber olfateado a su presa.

—Entonces nos conformaremos con cualquier cerro medianamente elevado —resolvió el coronel Setono, volviéndose hacia los pajes—. ¡Tocad a marcha ligera! —Después se giró hacia sus oficiales—. Mandad exploradores para que busquen cualquier terreno que nos conceda algo de ventaja sobre los ursavitas. ¡Ya!

Tambores. Como si marcaran el paso de una marcha de reos al cadalso. Los pajes hacían un ruido tremendo con sus instrumentos, indicando a los soldados que lo único que tenían que hacer era seguir su ritmo, constante y sin sobresaltos, si querían seguir vivos. Los etrubios cesaron en sus quejas para centrarse únicamente en seguir adelante, como si confiaran en que el estruendo de aquellos tambores liderara el camino hacia la salvación.

—Al menos los ursavitas no usan cañones —dijo Agapias—. Lo consideran deshonroso.

Gladys volvió la vista hacia el otro ejército.

—«Pronto tendré que recordarles que su honor no es rival para mis picas» —murmuró Gladys al recordar las palabras de Fulvia Tudisco.

Sin embargo, la marquesa no estaba allí para ver que las picas nunca serían lo bastante largas para contener un ejército que bien podía ser diez veces más numeroso que el contingente etrubio.

Y esa certeza espoleaba a los ratones a marchar.

Serafina corría junto a Gladys con el portafuego en la mano, flanqueada por los dos imperiales. Armeno tenía un gesto de concentración y sus ojos recorrían toda la columna, como si buscara debilidades.

Huyeron.

La marcha forzaba el aguante de los etrubios y los hostigadores ursavitas estaban casi encima.

—¡Seguid moviéndolos! —gritaba Agapias—. ¡Un último esfuerzo, señores! ¡Vamos!

Surgida de la oscuridad, una flecha rebotó contra el morrión de un soldado, quien cayó al suelo del susto. El Diestro en persona ayudó al hombre para que se levantara y le dio un empujón para que volviera a ponerse en marcha, señalaba con ímpetu el frente de la columna, donde la oscuridad ocultaba cualquier terreno elevado donde presentar una defensa aceptable.

Dos flechas más emitieron un chasquido metálico al rebotar contra morriones o coseletes, pero algunos gritos le indicaron a Gladys que los etrubios estaban sufriendo las primeras bajas.

No llegarían a ningún lado.

—¡Formar cuadro! —gritó Setono.

—¡Formar cuadro! —repetieron con resignación los oficiales.

El toque de los tambores era ensordecedor.

Las dos compañías cerraron filas en un cuadro de púas afiladas y rostros nerviosos. En el interior de la formación, el coronel Setono gritaba órdenes para que el furriel distribuyera pólvora y munición entre los arcabuceros, cuyas humeantes armas ocupaban los huecos entre las picas de sus camaradas.

—Ojalá hubiéramos traído cañones —se lamentó alguien.

Cuando el cuadro estuvo completo, Serafina se dirigió al hueco central, donde los intendentes habían guiado a las mulas para descargar odres de agua, sacos de pólvora y pelotas de plomo. Un doctor de plaga, con su uniforme y máscara de rata, desplegó una mesa de madera que limpió con algún alcohol ante la angustiada mirada de quienes ya se imaginaban sobre ella. Uno de sus ayudantes le acercó un juego de siniestros cuchillos y sierras.

Gladys se aproximó a la portadora.

—¿Qué hacemos?

—Aguantar —respondió Serafina—. Ahisma iluminará.

La guardiana no estaba tan segura. Toda aquella situación le recordaba demasiado a los combates en la Escalada, cuando los filanitas habían bloqueado las calles adyacentes y los kadeses, rodeados, habían aguantado hasta el último hombre. No había sido mucho tiempo.

Armeno se colocó junto al fuego sagrado mientras recuperaba el aliento; Meri parecía a punto de desplomarse por el cansancio. «Debería tomar viceca». Agapias lanzaba bravatas a las filas de piqueros para infundir ánimos a la tropa, como si fuera un oficial más. Algunos coreaban su nombre, satisfechos de contar con el Diestro de Kada.

«Esperemos que sea suficiente».

Sombras con forma humana se cernían sobre los etrubios.

Los rodeleros abandonaron la formación y colocaron antorchas en torno al cuadro. Algunos cavaban agujeros en el suelo que rellenaban con aceite al que luego prendían fuego. Un círculo de luces fue surgiendo en torno a las posiciones etrubios, a unos treinta pasos de distancia de las picas.

—Marcadores para los arcabuceros —explicó Armeno. El imperial tenía un gesto severo mientras examinaba la disposición de los soldados en la cara exterior del cuadro—. Dudo que aguantemos más de dos cargas.

Gladys tragó saliva. A su alrededor había un pequeño vacío donde oficiales etrubios se habían subido a unos taburetes; con su cabeza por encima de la tropa, gozaban de mejor perspectiva acerca del inminente campo de batalla. En ese mismo hueco estaba el doctor de plaga, los bordes de su máscara parecían una fuente de la que manaba sudor, junto a sus ayudantes y los pajes que seguían marcando las órdenes con sus tambores.

Uno de los rodeleros fuera del perímetro fue alcanzado por una flecha y se precipitó al suelo. Dos camaradas lo arrastraron de vuelta al cuadro. Gladys lo vio agarrarse el hombro, muy cerca del cuello, donde el asta de la flecha asomaba.

Más gritos nerviosos.

Más allá del perímetro de luces se apreciaban las sombras de hombres armados, y uno de los arcabuceros disparó sobre ellos. El destello y posterior nube de pólvora impidió a Gladys saber si había acertado en el blanco.

—¡Alto el fuego! —gritó un oficial, agitando enérgicamente su espada—. ¡Sólo descargas cerradas! ¡No disparéis!

El arcabucero procedió a recargar, con los mismos movimientos mecánicos que Gladys había practicado una y otra vez hasta conseguir dos disparos por minuto. El etrubio no era tan habilidoso como ella, pero mantenía un ritmo adecuado pese a estar rodeado de enemigos que querían matarlo y apenas alumbrado por antorchas que se agitaban. Pronto tuvo el arcabuz recargado y sopló la mecha del arma. Listo para disparar.

«Buen hombre».

Las primeras líneas de infantería ursavita, compacta y lista para la carga, entonó gritos

encolerizados. Pese a ser un idioma desconocido, los insultos de los montañeses quedaban claros. En algún lugar, se escuchaba el relincho de caballos.

Gladys asentó los pies en el suelo y se apretó a la Luz de Ahisma.

El coronel Setono alzó la espada y los arcabuceros dieron un último soplido a sus mechas mientras los ursavitas concluían su grito guerrero y cargaban contra el erizo de picas.

—¡Fuego!

Zetyn

Zetyn sonrió satisfecha. Los intentos de los etrubios por alejarse del otro ejército sólo habían pospuesto lo inevitable, y ahora los arcabuces tronaban. El repiqueteo era continuo.

—Apagad las antorchas —ordenó Zetyn a sus flagelantes—. Los paganos no irán a ningún lado y no quiero que los ursavitas nos tomen por un destacamento etrubio.

La mancha de luces que era el cuadro de infantería etrubia se mantenía inmóvil. A su alrededor, como si fueran buitres que hubieran avistado carroña, sombras metálicas danzaban en torno al perímetro que los etrubios se esforzaban por contener. De forma esporádica, un breve destello de luz brotaba entre la masa de picas y hasta donde Zetyn se encontraba llegaba el sonido amortiguado de los disparos.

—¡Muerte a los enemigos de Dios! —gritó entusiasmado uno de los flagelantes.

Otros se sumaron a su grito. La moral de sus guerreros había mejorado notablemente cuando se habían percatado de la presencia del ejército ursavita. Zetyn había temido que su frustración por limitarse a seguir a la columna etrubia por el Valle de Lágrimas sin oportunidad de atacar los hubiera llevado a lanzarse en una carga suicida sobre los kadeses y su escolta. Afortunadamente, Teudas era bueno haciendo cumplir las órdenes de Zetyn, y todo conato de indisciplina se había zanjado con una mirada furiosa o unos golpes de escarmiento.

Ahora los flagelantes estaban excitados, pues a la vista de aquella batalla que se intensificaba por momentos ya casi podían saborear la lucha. Y Zetyn decidió animarles en ese sentido.

—Dejaremos que los ursavitas rompan las defensas de los ratones. Entonces atacaremos a los kadeses.

Una oleada de regocijo general recorrió a los filanitas.

—Esos paganos están condenados —aseguró Teudas.

Zetyn asintió para que todos la vieran hacerlo, pero tenía dudas. A pesar de la oscuridad, era evidente que los ursavitas debían de ser muchos más que los etrubios, como atestiguaban las siluetas que poco a poco convergían sobre el cuadro. Sin embargo, aquellos montañeses todavía luchaban con armas antiguas: arcos, espadas y armaduras a veces demasiado pesadas. Un equipo que se había mostrado ineficaz frente a las armas de pólvora y el sistema de tercios. Los filanitas lo habían sufrido en sangre antes de su todavía inconclusa adaptación de sus ejércitos al modelo imperial. «El ayer perece, conquistemos el porvenir».

No obstante, era innegable que aquel ataque favorecía los planes de la Fe Verdadera.

—Los etrubios pronto se dispersarán y finalmente podremos dar caza a los kadeses —prometió Zetyn—. Ya os dije que el Dios Verdadero nos proporcionaría una oportunidad.

A su espalda, los flagelantes corearon.

—Alabado sea Él, y no otro.

—Bienaventurada sea Zetyn —añadió Teudas—, que conoce el camino de la unidad frente a los Poderes Ruinosos.

De nuevo los flagelantes corearon. Zetyn asintió agradecida al prior antes de volverse hacia los disparos. El ruido de la lucha se intensificaba, los tenues gritos y estallidos de pólvora se alternaban con gritos furiosos. Desde la distancia, todo el combate parecía un siniestro baile de

lanzas iluminadas por el fuego, parcialmente ocultas por volutas de humo.

Pero la fascinación de admirar aquella batalla no la distraía de otro suceso esencial. El tiempo transcurría. Y aquel sería el último día de Umbría. Zetyn cerró el puño en torno a los viales de lágrimas, ansiosa por utilizarlos. Hubiera preferido matar a los kadeses en aquella hostería y capturar la llama el primer día, pero las guardianas habían demostrado gran iniciativa y capacidad para adaptarse a las circunstancias, especialmente en una tierra donde contaban con más amigos que los filanitas.

Sin embargo, pronto su ventaja se extinguiría. Zetyn tendría la superioridad numérica y el poder de Dios de su lado. El próximo encuentro sería el definitivo y ella podría regresar a Filani con la llama como trofeo. Una multitud de fieles contemplaría extasiada cómo el primarca extinguía la Llama de Ahisma sin que el fin del mundo, tan anunciado por una religión pagana, aconteciera. «Mentiras. Todo son mentiras y leyendas».

El final estaba cerca, y Zetyn estaba lista para cumplir con su misión. Sólo restaba rezar para que el cuadro filanita se desmoronara. Los gritos desesperados le proporcionaban esperanza.

Armeno

Debía de ser mediodía, o no, difícil saber con aquel sol sin luz bajo el que los hombres luchaban en la penumbra fruto del cada vez menor número de antorchas. Muchos de los marcadores para los arcabuceros se habían extinguido, apagados por los ursavitas, agotado su combustible o cubiertos bajo un cadáver. Los demás fuegos iluminaban a un enemigo que era más osado por momentos.

Y los hideputas estaban tan cerca que Armeno ya había despachado a varios con el acero largo y la ayuda de una rodela. *Dame una daga*. Apenas podía vislumbrarlos entre el humo, pues el viento —también un hideputa aquella mañana, tarde o lo que sólo diosas sabían que era bajo aquel sol negro que no calentaba— soplaba de frente, y la pólvora y el humo flotante se adhería a los rostros y cubría de un gris lúgubre los cadáveres de los soldados caídos.

Como en todos los ejércitos, entre los ursavitas había soldados pobres. Se distinguían por el escaso equipo que llevaban, poco más que un peripunte de cuero desgastado y una lanza que era más rama con punta de hierro que otra cosa. Pero había otros ursavitas que sí intimidaban con su presencia, bestias de metal con pesadas armaduras recubiertas de púas en cuyas hombreras lucían broches de tela con un escudo dinástico. La mayoría eran motivos equinos o minerales pero también algunos monstruos que Armeno jamás había visto en persona. Y rezaba por no hacerlo. Combatir a aquel enemigo ya era un negocio lo bastante peligroso como para añadir monstruos nacidos de las lágrimas.

«El enemigo», pensó Armeno mientras alzaba la rodela justo a tiempo para detener una flecha. *He sido yo*. Se sentía furioso con aquellos montañeses que intentaban matarlo. *Fracasarán*. Pero se cuestionaba por qué estaba luchando.

¿Desde cuándo él había considerado a los ursavitas como enemigos? Bastante tenía el Imperio Nuevo con hacer frente a Filani como para inmiscuirse en asuntos con aquella gente del norte del Valle. Y él ya no luchaba para el Imperio Nuevo. Si su espada estaba manchada de sangre era porque dos o tres de aquellos ursavitas lo habían atacado a él o a su hermano, pero malditas fueran las circunstancias que lo habían arrastrado de nuevo al interior de un cuadro de infantería en medio de una batalla.

Si ya hubieras matado al Diestro, no estarías aquí.

Si Agapias albergaba tales dudas, no las dejaba entrever. Pese a que las guardianas se mantenían a la defensiva en el centro del cuadro, tan solo atacando cuando algún ursavita se acercaba demasiado a la Luz de Ahisma. Incluso a veces no era necesario, Armeno había visto la sorpresa en los ojos de los ursavitas al contemplar a las guardianas de Ahisma, y la mayoría reculaba, inseguros sobre cómo interpretar aquello.

El espadachín kadés se comportaba menos imparcial. Protegido con un coselete, infundía coraje con sus gritos de ánimo; cuando la línea flaqueaba, allí acudía para lanzar estocadas. Actitud inexperta, a juicio de Armeno, que en batalla sólo tiraba de espada si no quedaba más remedio, pues en un cuadro de infantería la reina era de picas. Sin embargo, no podía negarse que la destreza del Diestro compensaba aquella desventaja en armamento. Su resolución era asombrosa. Al menos tres ursavitas había atravesado con su ropera. Y aunque había retrocedido

para recuperar el aliento, ya tenía el ojo puesto en el flanco derecho, donde lo más duro de la batalla se percibía en los alaridos de los heridos.

¿Así de fácil? ¿Una hora de espadazos y ya lo admiras?

Decían que las flechas eran armas primitivas, pero Armeno era testigo del daño que podían causar. Cada vez más soldados abandonaban la línea al ser alcanzados por arqueros ursavitas y pese a que aquellos proyectiles carecían de la potencia de un arma de pólvora —que tumbaba a los soldados sin remedio o forzaba a amputar extremidades como consecuencia de los huesos astillados— todo el cuadro era un alarido continuo de rabia y dolor por culpa de aquellas hideputas flechas. Además de los muertos que habían ocasionado.

—¡Cerrad filas! —gritaba el coronel Setono, rojo de rabia y a punto de quedarse afónico—. ¡Cerrad filas, por las lágrimas!

Alrededor de la Luz de Ahisma crecía el número de heridos. A la mayoría se les concedía unos instantes de descanso, pero ante la abrumadora superioridad de los ursavitas, el coronel Setono había ordenado que los huecos en las filas se llenaran con heridos si fuera preciso. El doctor de plaga y sus ayudantes no mostraban piedad al cumplir aquella orden, y más de un etrubio regresó cojeando junto a sus camaradas.

El olor a pólvora quemada impregnaba el aire y se adhería al fondo de la garganta, con los soldados tan roncós que no podían ni pedir agua. O auxilio. Los ursavitas se lanzaban contra las picas, esquivando como podían aquel muro de puntas de hierro que se movía adelante y atrás, buscando clavarse en ellos. Adelante y hacia atrás. A ras de suelo, se libraba una sangrienta batalla de armas de los rodeleros etrubios, que mantenían a raya como podían a quienes se deslizaban bajo las picas para acuchillar a los piqueros en los tobillos, todo bajo el humo de los arcabuces que causaban una escabechina a tan escasa distancia.

Pero aun así algunos montañeses se colaban entre las filas, y allí acudía el Diestro para hacerles frente. Las picas chocaban con las armaduras o emitían un sonido blando al hundirse en la carne. Todos gritaban y maldecían. Y entre alarido y alarido, los arcabuces tronaban con sus fogonazos. Y más por compañerismo con los etrubios que por ayudar a Agapias, Armeno también se lanzó contra quienes trataban de abrir brecha en el cuadro. *Si lo apuñalases ahora, nadie se enteraría.* Un ursavita se lanzó muy bravo hacia el imperial, pero un par de tajos horizontales lo devolvieron maltrecho a sus filas. Armeno se disponía a rematarlo cuando el cadáver de un etrubio se desplomó sobre él. El coselete del soldado tenía un agujero por donde se le escapaba la sangre y la vida. Armeno se volvió hacia las filas ursavitas y allí vio el cañón humeante de un arcabuz. Desde la distancia, aquel arma parecía más rudimentaria que los modelos etrubios, pero aquello era preocupante. «¿No eran salvajes con armas primitivas?». *¿No tenías que matar al bigotes?*

Agapias y los rodeleros acuchillaban a quienes abrían brecha, hostigándolos y forzándolos fuera de la formación, aunque no sin que los etrubios pagaran el precio en heridos o moribundos. Armeno detuvo un par de estocadas y su mano izquierda hundió la rodela en el rostro de un ursavita antes de rajarle el vientre, el guerrero renunció a las armas para sujetarse las tripas que amenazaban con escapar su cuerpo. Dos estocadas y cinco pasos más adelante, Armeno se encontró casi al borde del cuadro, donde los montañeses habían perdido las ganas de quebrar la línea.

En varios puntos de la formación etrubia, los intentos fallidos de penetrar habían obligado a los ursavitas a retroceder con sus heridos, lo que proporcionó un respiro a los etrubios, que lanzaron un grito de júbilo tras haber ganado aquel primer envite. Un júbilo que camuflaba los gemidos de los heridos y el silencio de los caídos.

Mientras los huecos se rehacían con los hombres que quedaban en pie, las guardianas se aproximaron a los oficiales etrubios, quienes discutían calurosamente sobre cuál era su situación. El recuento de muertos rozaba los noventa, pero los heridos eran tres veces más.

—Y apenas han sido dos horas —expuso uno de los oficiales.

—¿Cómo vamos de pólvora? —preguntó Setono, su voz sonaba quebrada por haberla forzado durante toda la batalla.

—No hay que preocuparse. Por el momento.

El coronel señaló un grupo de hombres que comprobaban sus humeantes armas y siguió hablando con su voz rota.

—Sería conveniente que nuestros arcabuceros dispararan más rápido. Es lo único que nos ha mantenido en una posición ventajosa y si con algunas descargas causamos suficientes bajas, los ursavitas podrían perder el ímpetu.

—Ellos también tienen armas de pólvora —dijo Serafina.

—Pocas para que marquen diferencia —replicó Setono—. Los ursavitas las desprecian por considerarlas poco honorables.

—Pero las tienen —insistió la portadora, señalando a los montañeses—. No sabemos qué más nos aguarda en la oscuridad, pero debemos enfrentarnos a la posibilidad de que también tengan cañones.

Aquello provocó un profundo temor entre los oficiales etrubios, que miraban de reojo a la tropa que seguía formando el cuadro. Armeno no debía de ser el único que había escuchado a la kadesa.

—No tienen cañones —sentenció Setono, como si tuviera el poder de hacer realidad sus palabras—. Tenemos mejores armas y tácticas.

Confiar en que el enemigo se clave él solo en las picas.

—El cuadro no aguantará mucho más —dijo un oficial en voz baja. Armeno observó ese mismo sentimiento en los rostros de los demás.

Meri respiraba de forma agitada, danzando sus ojos en todas direcciones, como si tratara de encontrar una salida de aquel lugar. «Vamos, hermano. Tú puedes sacarnos de esta».

—Coronel Setono —intervino Agapias—, os suplico que parlamentéis con los ursavitas.

Aquello cogió por sorpresa a Armeno, pero más aún a los etrubios. El coronel examinó con la mirada al Diestro. Manchas de sangre ajena cubrían aquí y allá sus finos paños, turbios con el barro, producto del polvo y el sudor. Armeno supuso que él mismo debía de tener un aspecto similar.

Setono negó enérgicamente.

—Quien pide rendición carece de honor a ojos de los ursavitas y aunque las ejecuciones no son su estilo, no podéis ni imaginar los tormentos que les dedican a sus prisioneros —dijo, lanzando una mirada furiosa a los enemigos que se adivinaban en la oscuridad—. No los llamamos salvajes porque vivan en cuevas en las montañas, creedme. Seguiremos luchando hasta que el tercio venga a reforzarnos.

—No os pido que os rindáis —aclaró Agapias—, sino que le propongáis a vuestros enemigos que nos dejen abandonar el cuadro y seguir nuestro camino hasta Myrevus. A las guardianas de Ahisma y sus acompañantes.

«¡Pardiez!».

Todos miraron al kadés. Los oficiales, Armeno, Meri, las guardianas e incluso algunos de los soldados que estaban más cerca tenían puesta su mirada en él. Una mirada que iba desde la sorpresa hasta el odio. *Qué inconstante es el amor de la gente.*

—¡Cobarde! —le gritó uno de los heridos.

El Diestro agachó avergonzado la cabeza, pero tras un par de respiraciones la alzó con toda la dignidad que pudo y miró fijamente a los ojos de Setono.

—No es cobardía, coronel. Ursavi está en guerra con Etrubia, no con Kada o la Iglesia de Ahisma.

El gesto de ofensa en Setono era mayúsculo.

—La marquesa de Etrubia os considera un amigo —su voz afónica hizo que las palabras sonaran a decepción—. No estaríamos aquí si no fuera por su señoría.

—Setono, escuchadme, sabéis bien que soy amigo de Etrubia. De todo corazón —dijo, llevándose la mano al pecho. El coronel replicó con una mueca de disgusto—. Pero también soy kadés. Y como fiel de Ahisma, haré cuanto esté en mi mano para proteger la llama. Los ursavitas contra los que luchamos no son enemigos de la diosa —añadió con un dedo hacia la luna granate—. Esta no es su guerra.

Armeno intercambió una mirada con su hermano, que se rascaba la desaliñada barba con nerviosismo. Sus ojos verdes lo miraron.

—Tiene razón —susurró Meri—. Y eso podría salvarnos la vida.

—Los etrubios no se lo tomarán bien —respondió Armeno entre dientes, temeroso de que otros lo escucharan.

—Nosotros no somos nadie, Armeno. Si guardan rencor será hacia el Diestro de Kada, no «los dos imperiales que iban con él».

Armeno asintió, no sin cierto malestar en el pecho. Cuando los filanitas convertían batallas en carnicerías era habitual que los soldados desertaran. Hacía falta una clase concreta de coraje para desertar, pues ser atrapado suponía la ejecución. Y aún peor que eso era la certeza de saber que tu familia y amigos te rechazarían, y que los alguaciles te estarían a la zaga el resto de tu vida, que era como tener anudada al cuello una soga de la que nunca te podrías librar.

Pero se requería un tipo muy especial de coraje para desertar en público, frente a dos compañías que conocían tu nombre y título, y estaban en necesidad de conservar hasta el último hombre para mantener la formación. Al Diestro no lo colgarían por desertor, pues no era un soldado etrubio, pero la vergüenza y la ignominia que lo acompañaría el resto de su vida era una herida que jamás cerraría. Meri tenía razón, Agapias no era un don nadie que pudiera pasar desapercibido. Era el Diestro de Kada. *No sientas lástima por un muerto.*

El coronel Setono tenía la misma mirada de odio que un flagelante, puños prietos y mandíbula cerrada como si se resistiera a morder al kadés.

—Sois un fraude.

Aquello hizo que la expresión del Diestro se cubriera de tristeza.

La Luz de Ahisma iluminó al oficial cuando Serafina se acercó.

—Agapias tiene razón, coronel Setono —sentenció la portadora—. Esta no es nuestra guerra. Y cinco espadas menos no marcarán ninguna diferencia. —Armeno agradeció que Serafina contara con él y su hermano—. Si queréis aguantar hasta el último hombre o hasta que lleguen los refuerzos, es vuestro deber. Pero nosotras tenemos nuestra propia misión. Os pedimos que parlamentéis con los ursavitas para que podamos seguir nuestro camino.

Puede que no fuera la guerra de Ahisma, ni siquiera de los kadeses, pero sí la de los etrubios, y estos no se mostraban comprensivos hacia lo que consideraban una traición. Setono alternaba la mirada entre Agapias y Serafina, rabioso como un perro apaleado. «Esto no acabará bien», pensó Armeno. Se colocó junto a su hermano, listo para protegerlo si las cosas se ponían feas.

—Enviad un mensajero a los ursavitas —pidió Gladys.

—Jamás.

Y se estaban poniendo feas, porque los dientes apretados se habían convertido en murmullos furiosos y Armeno ahora estaba más preocupado por los etrubios que por los montañeses. *No olvides a los filanitas. La lista de países que quieren mataros aumenta cada día.*

—A ver —dijo Meri—, estoy seguro de que si nos calmamos un momento y...

—Este ejército lucha para recoger lágrimas y venderlas —interrumpió Gladys—. Nosotras luchamos contra los Poderes Ruinosos. Ahisma no será sacrificada por un negocio fallido.

—Debería requisaros esa antorcha aquí mismo —escupió Setono, alargando la mano hacia la Luz de Ahisma.

Gladys desenvainó la espada como una centella y de un movimiento le hizo un corte en el antebrazo al coronel etrubio, quien retrocedió asustado. Los demás oficiales reaccionaron echando mano de las armas. Los aceros sisearon. Serafina, Armeno y hasta Meri se dejaron arrastrar por la situación. Su hermano observaba con preocupación la docena de puntas de acero que se entrecruzaron en el aire, listas para atacar, frente a un creciente número de soldados etrubios que musitaban confundidos ante lo que presenciaban.

Sólo Agapias se mostraba conciliador.

—Señores, por favor. No añadamos más tragedia a esta situación.

—Su excelencia Fulvia Tudisco nos ofreció escolta hasta Myrevus —dijo Gladys—. Y eso es lo que haremos, si nuestra escolta no puede avanzar pero nosotros...

Setono apuntó a la guardiana con su espada, la sangre de su herida resbalaba por el pomo.

—Oh, no disfracéis vuestros actos con palabras confusas.

—¡Fueron las palabras de vuestra marquesa! —espetó Gladys—. Nosotros queríamos ir a Myrevus, no luchar contra los ursavitas.

—¿Acaso creéis que nosotros esperábamos encontrarnos un ejército ursavita antes de que cayeran las lágrimas?

La espada de la guardiana se encaró con la de Setono y sus ayudantes. El juego de pies de Gladys era mejor. *No mejor que siete espadas.*

—¿Y vos pensáis que fue agradable tener que huir de un grupo de flagelantes que quiere extinguir la llama? El futuro nunca es como lo planeamos, coronel Setono, pero debemos cumplir con nuestro deber. La Luz de Ahisma llegará a Myrevus, y si he de abrirme paso a espadazos para salir de este cuadro, lo haré. Pero tanto vos como yo sabemos que eso sólo traerá más muertes innecesarias.

Se produjo un momento de silencio en el que las espadas seguían alzadas; aunque las puntas temblaban, por los nervios o el cansancio acumulado. Meribaldo dio un paso al frente.

—Lo que doña Gladys quiere decir...

—Marchaos —gruñó Setono, dando la espalda a la Luz de Ahisma—. No os quiero con los míos.

Como vio que el Diestro, completamente abatido, quiso explicarse ante los etrubios, Armeno le pidió con la mano que no lo hiciera. *Mátalo.* No convenía forzar la situación por si Setono cambiaba de idea. Los etrubios fueron envainando uno a uno sus armas. Con un gesto de la cabeza, Armeno le indicó a su hermano que se pusiera en marcha. Las dos kadesas tampoco se demoraron, y pronto todos recogieron sus cosas y se acercaron al borde de la formación.

Los piqueros abrieron un hueco para que los protectores de la llama pudieran salir. El suelo bajo sus pies estaba cubierto de barro y sangre, que había adquirido un tono plateado al mezclarse con sólo las diosas sabían qué material del Valle. En el límite exterior se amontonaban los cadáveres de ursavitas y etrubios, e incluso se escuchaba el gimoteo de algún montañés

gravemente herido que nadie tenía intención de ayudar.

Los cinco cruzaron aquel hueco a paso ligero, deseosos de alejarse de allí. Mientras recorrían el espacio que separaba los dos ejércitos, repleto de cadáveres y regueros de sangre de los heridos que habían sido arrastrados, Armeno pudo sentir las miradas de odio de los etrubios a su espalda. Y el olor de las mechas le hizo temer que le pegaran un tiro. *Estás a salvo. O a Meri. No prometo nada.*

—¡Largaos, malditos cobardes! —gritó un afónico Setono desde el cuadro—. ¡Que los Poderes Ruinosos se lleven vuestras almas y las bestias os devoren!

Unos pocos etrubios se sumaron a los gritos encolerizados de su oficial al mando. Los demás conservaron el aliento para la siguiente acometida de los ursavitas.

Gladys

Fue tranquilizador ver que los ursavitas, tras un momento de confusión, apartaban sus armas al reconocer la Luz de Ahisma. Aunque todavía se mostraban suspicaces, dejaron que Gladys y los demás atravesaran sus filas. Serafina abría la marcha seguida de Agapias, que caminaba cabizbajo, profundamente apenado tras su encontronazo con Setono. Que lo llamaran fraude lo había herido más que ninguna espada.

La creciente escolta de guerreros montañeses resultaba inquietante, pero Gladys se sentía más segura entre aquellos hombres a quienes se había enfrentado apenas una hora antes que entre los etrubios que durante día y medio les habían ofrecido cobijo.

«Hombres y mujeres». A diferencia de los etrubios, parecía que los montañeses no tenían ningún reparo en que sus mujeres lucharan, si bien era evidente que eran menos numerosas y equipadas con armamento ligero. Tres mujeres que les salieron al paso lucían unas extravagantes túnicas que Gladys dedujo debían de ser ropas ceremoniales. «Ojosnegros». Tras las mujeres apareció una niña, también ojosnegros, que miraba a las guardianas con excitación. Gladys cerró la mano en torno al pomo de la espada pero se relajó en cuanto vio que la chica inclinaba la cabeza con respeto.

En su frente lucía el tatuaje de la llama sagrada.

Sin poder contenerse, Gladys se abalanzó sobre ella y le dio un abrazo. La chica retrocedió asustada pero terminó por devolver con timidez el abrazo. Su cuerpo se sentía frágil y blando. La guardiana mantuvo el contacto unos instantes y luego se separó.

—Necesitamos ayuda —le dijo, poniéndole una mano sobre el hombro.

La ursavita, mucho más joven que cualquier novicia en Kada, balbuceó algo en su lengua.

—Ayuda —repitió Gladys mientras señalaba la llama—. Ahisma necesita tu ayuda.

—Ahisma —dijo la chica, llevándose un dedo al tatuaje—. Ahisma.

Gladys se emocionó.

—Sí, sí. Yo también. Necesitamos ver a tus generales. Tenemos que cruzar el Valle de Lágrimas hasta Myrevus. Nos persiguen unos flagelantes de Filani que quieren extinguir la Luz de Ahisma. ¿Lo entiendes?

—Ahisma. ¿Filani?

La ursavita siguió diciendo palabras extrañas mientras agitaba los brazos. Gladys no entendía nada, ni siquiera sabía si la misión había calado en la niña.

—*Kimitone* —intervino Agapias, captando la atención de la ursavita—. Nosotros... *nuta... nuta...* Por las lágrimas, ¿cómo era? —Se tiró nervioso de las correas del coselete—. ¿*Nutade Kimitone Ursavi*?

—¿*Vote Ursavi nuta a do Kimitone*? —inquirió la jovencísima monja.

—Sí, eso —dijo el Diestro, llevándose el índice a los labios—. Hablar. *Ursavi nuta a do Kimitone*.

La chica deslizó su mirada de Agapias a Gladys, y de ella a la llama que portaba Serafina. Indicó con un gesto para que la siguieran.

—*Berotse mone do tega a delos Ursavi nuta a do Kimitone, ¿meko?* —les dijo a las monjas

de las otras fes. Ellas asintieron y señalaron un grupo de antorchas que iluminaban unas tiendas levantadas en la retaguardia del improvisado campamento.

Los ursavitas formaron un pasillo para que el fuego de la diosa avanzara. Gladys siguió a la monja de Ahisma bajo la atenta mirada de aquellos montañeses. Las diferencias con los etrubios eran evidentes, pues aunque tenían aspecto cansado —supuso que también ellos habían marchado varios días por el Valle bajo la Umbría— su moral estaba intacta. «Los soldados de Tudisco no aguantarán». Lanzó una mirada atrás, donde el cuadro etrubio se mantenía firme como un erizo paciente, pero tras cuyas picas se acumulaban los heridos. «Al menos les proporcionaremos un respiro», pensó la guardiana al ver que todo el ejército ursavita parecía interesado en la llegada de la Luz de Ahisma y sus portadores.

Nadie les quitó las armas.

Cuando alcanzaron las tiendas vieron que había catorce sillas desplegadas sobre una hierba donde crecían setas multicolor, doce de los asientos estaban ocupados por hombres que vestían mantos de piel de oso que se ajustaban para darles más dignidad a su aspecto, los otros dos permanecían vacíos. Un grupo de criados se esforzaba en montar candelabros y mesitas en torno a las sillas para dar un aspecto más regio a aquella espontánea sala de audiencias. Gladys pensó en su propio aspecto tras haber avanzado casi sin descanso desde que salieran de Kada. «No necesitan mucho para destacar frente a nosotros».

Un hombre bajito, con los ojos rasgados propios de las gentes de Ultramar, dio un paso al frente cuando lo llamaron e inclinó sumiso la cabeza ante los nobles ursavitas. Su collar de esclavo tintineó cuando el hombre tropezó con unas setas de hielo.

La monja ursavita intercambió unas palabras con los caudillos y estos hablaron mirando fijamente a Serafina.

—Mokula afirma que esa antorcha es la Luz de Ahisma, diosa del Fuego y eterna guerrera en la Umbría —tradujo el esclavo—. Mis amos cuestionan si es verdad.

En el tono de su voz había un leve acento etrubio y Gladys supuso que era allí donde lo habían comprado los ursavitas. «O quizá sea prisionero de guerra», pensó al recordar las palabras del coronel Setono sobre lo que los ursavitas hacían con quienes se rendían. Pero algo en su interior le decía que debía de ser mucho peor que perder la libertad.

—La ciudad libre de Kada ha caído ante los filanitas —anunció Serafina, con pena en sus palabras, después alzó el portafuegos— pero la Luz de Ahisma seguirá brillando. ¿Con quién estamos hablando?

El esclavo se volvió hacia sus amos y respondió con diligencia a sus instrucciones.

—Estáis en presencia de doce de los Honorables Kimitone de Ursavi, Palabra de los Catorce Clanes, Azote de los Ratones, Señores de los Caballos, Custodios del Río Inquieto y Protectores de la Tierra Elevada.

Las dos guardianas intercambiaron una mirada y el rostro de Serafina se puso serio antes de volverse hacia los nobles ursavitas.

—Serafina, portadora de la Luz de Ahisma; Gladys, guardiana de Ahisma; su señoría Agapias Makris, Diestro de Kada; y Armeno y Meribaldo, del Tercio de los Picos del Imperio Nuevo.

Gladys contuvo el aliento mientras el traductor se dirigía a sus amos. Meri inclinó la cabeza con respeto y su hermano lo imitó.

—¿Ninguno sois súbdito de la Reina Rata? —preguntó el esclavo. Serafina negó y él continuó—. Sus honorables exigen saber qué hacíais en compañía de los ratones y por qué sangre de la Tierra Elevada cubre vuestras ropas.

Gladys y Serafina intercambiaron otra mirada, comprobando que las marcas de la batalla seguían sobre lo que quedaba de sus atuendos de guardianas. Sangre de los ursavitas. Pero también de etrubios, filanitas y kadeses. Muertos en Kada, en la cubierta de una galera o en una mesa mientras comían.

Como si hubiera pensado lo mismo, Serafina suspiró con hastío y se volvió hacia el traductor.

—Los etrubios nos ofrecían escolta hasta Myrevus. Cuando vuestra gente atacó el cuadro, algunos guerreros se acercaron demasiado a la Luz de Ahisma. —Puso la mano sobre el pomo de la espada mientras inclinaba la llama sagrada hacia los nobles—. Decidle a los honorables que sentimos haber luchado contra su pueblo, pero debíamos proteger a la diosa.

El traductor negó con desaprobación y transmitió aquellas palabras a sus amos, estos escucharon con atención e intercambiaron expresiones cargadas de dureza. Después hablaron hacia las guardianas.

—Sus honorables dicen que los ratones se esconden en sus cuadrados. —«No es cobardía sino sensatez», pensó Gladys, pero se guardó de hacer comentario alguno—. Las guardianas no deberían haber estado en su interior.

—Las circunstancias nos obligaron. Filani quiere apagar la llama sagrada y provocar la Umbría eterna —dijo la portadora, adelantando un poco más la llama sagrada hacia los nobles. A diferencia de los etrubios, miraban con devoción aquel fuego—. La suma sacerdotisa consideró que la Luz de Ahisma estaba en peligro y nos ordenó transportarla hasta Myrevus, donde su capítulo la guardará hasta el día que pueda regresar a Kada. En nombre de cuantos viven bajo el sol, solicitamos paso franco hasta nuestro destino.

Los nobles escucharon al traductor e intercambiaron unas palabras entre ellos. Gladys no entendía nada y vio que Agapias movía los labios cuando comprendía alguna palabra suelta, pero ante la mirada inquisitiva de la guardiana se limitó a negar con la cabeza. Los nobles finalmente respondieron a Serafina.

—La llama puede quedarse en Ursavi, donde su gente protegerá a la diosa Ahisma.

Gladys echó un pie atrás pero Serafina le hizo un gesto para que se calmara.

—Decidle a los honorables que la Luz de Ahisma no es propiedad de ninguna nación, ni Ursavi, ni Etrubia ni siquiera Kada. si la suma sacerdotisa ordenó que se traslade al Templo de Ahisma en Myrevus, como guardianas de la llama debemos cumplir su voluntad. —Serafina se irguió frente a los nobles—. Con vuestra ayuda o sin ella, iremos a Myrevus, pero sin vuestra ayuda estamos expuestos a los peligros del Valle de Lágrimas, ahora que la Umbría está a punto de concluir.

En el cielo, el sol negro de la quinta y última jornada de Umbría seguía avanzando hacia el atardecer. Pero Gladys estaba menos preocupada por lo que pudiera caer del cielo en el próximo amanecer que de los miles de ursavitas que los rodeaban en aquel momento mientras sus líderes coqueteaban con la idea de quedarse la Luz de Ahisma.

La chica, Mokula la había llamado el esclavo, intervino en la conversación mientras señalaba la llama y las guardianas. Algunos de los nobles se mofaban a escondidas de sus palabras pero otros, a los que Gladys había visto llevar el peso de la conversación, asentían o replicaban a la monja. Una oleada de entusiasmo inundó a Gladys cuando vio que, poco a poco, las mofas cesaban y las palabras de la niña se imponían a las de los adultos. Cuando extrajo unos viales de lágrimas de su ropa, a la par que señalaba a las guardianas, algunos Kimitone hicieron muecas de escepticismo.

Gladys se inclinó hacia Agapias.

—¿Qué están diciendo? —susurró.

—Ojalá hubiera prestado más atención a las lecciones de ursavita —lamentó el Diestro.

La conversación cesó tras un bramido iracundo de uno de los nobles, que se levantó de la silla como un tornado y se alejó de allí sin dejar de maldecir en su idioma.

El traductor se volvió hacia Serafina.

—Sus honorables no olvidan que la sangre de vuestra ropa es ursavita. Pero tampoco olvidan el pacto que los excelsos antiguos juraron a la Diosa Que Guarda La Luz. No proporcionarán escolta a quienes les enfrentaron pero desde aquí hasta Myrevus ningún ursavita perturbará la llama o a sus acompañantes. Palabra de honor. —Serafina se inclinó agradecida—. Sin embargo, la tregua terminará cuando el fuego sagrado esté a salvo en la Ciudad de las Diosas. Serafina, Gladys, Agapias, Armeno y Meribaldo serán recordados por haber derramado sangre de montañeses. Sabed que la próxima vez que los honorables Kimitone os vean, seréis desmembrados por cuatro caballos.

Gladys tragó saliva.

—Decidle a los honorables que lo comprendemos —dijo Serafina—. Y que nos marcharemos de inmediato.

Con respeto, los cinco inclinaron la cabeza hacia los nobles y retrocedieron. Gladys siempre había oído que el honor era lo más importante para los ursavitas y eso le daba cierta seguridad pese a verse rodeada de tantas miradas furiosas, pero Tudisco había señalado que no todos los individuos se comportaban como se esperaba de su gente, y el temor a que algún ursavita decidiera vengar a un amigo caído era real. Recelaba de todas las armas que aquellos guerreros mantenían en sus vainas y de los cuchillos que no podía ver.

Cuando ya habían atravesado la mitad del ejército ursavita, alguien les gritó a su espalda. Gladys se giró.

Mokula se acercaba a ellos tirando de una mula que a su vez arrastraba a otras cinco. Todas estaban cargadas de alforjas y llevaban una silla de montar. A su alrededor, sus compatriotas la miraban con reprobación mientras se preparaban para reanudar la batalla. Muchos cuchicheaban y la señalaban, pero Mokula continuaba avanzando como si nada de lo que dijeran le importara. Gladys tuvo que admirar su entereza. Sólo un comentario de otra de las monjas, cuyo tatuaje metálico la delataba como sierva de Grumibia, hizo que se detuviera. Intercambiaron unas palabras y se despidieron con un abrazo. Mokula finalmente llegó hasta ellos y les ofreció las bestias.

Gladys asintió agradecida pero alzó una ceja cuando contó seis mulas.

—Creo que la chica viene con nosotros —comentó a los suyos.

Se produjo un instante de silencio que Serafina rompió al volverse hacia el Diestro.

—Dile que agradecemos su oferta y que partiremos de inmediato.

Agapias puso cara de sorpresa pero terminó por acercarse a la ursavita para destripar su lengua en un esfuerzo por explicárselo. Armeno se situó junto a Serafina.

—No podemos llevarnos a esta cría —le dijo—. Es muy peligroso.

—Esta cría, como vos la llamáis —espetó Serafina, volviéndose hacia el imperial—, es una monja de Ahisma. Su compromiso es incuestionable y sus dones nos serán muy útiles.

—Apenas tiene doce años —replicó Armeno—. Lo que hacemos no es asunto de niños.

—La filanita y sus flagelantes podrían seguir ahí. Cuando las lágrimas caigan, estaremos indefensos frente a los poderes de su monja a menos que tengamos una en nuestro bando. Y no —dijo alzando un dedo—, no os atreváis a decirme que vuestra espada será suficiente. No lo será.

Armeno alzó un momento los ojos y murmuró algo, como si hablara consigo mismo, después

se encaró con Serafina.

—Sigue siendo una niña, y ninguna magia en el mundo cambiará eso. Estará más segura con este ejército que con nosotros.

—Y la llama estará más segura con ella. —Serafina dio un tirón tan fuerte a la correa de las alforjas que su mula emitió un quejido—. Eso es lo que importa.

—¿Aunque le cueste la vida?

—Mejor ella, o cualquiera de nosotros, que toda la humanidad.

Meri apareció para tomar del brazo a su hermano y susurrarle algo. Gladys supo que le pedía a Armeno que no discutiera. El espadachín lanzó una última mirada a Serafina.

—Tenéis el corazón de piedra —le dijo Armeno.

La portadora lo ignoró mientras montaba en su mula. Con mayor o menor destreza, los demás hicieron lo mismo y azuzaron a las bestias para que avanzaran a través del ejército ursavita, cuyos mandos ya gritaban órdenes para que marcharan hacia el cuadro etrubio, cuyo respiro había concluido.

Con Serafina y la llama a la cabeza, emprendieron la marcha a través del Valle de Lágrimas. Poco después se reanudó el tronar de los arcabuces y los gritos de quienes iban a morir.

Meribaldo

Las mulas no parecían óptimas para correr. Ni para oler bien. Ni para respetar la entrepierna de un jinete. Aunque nada de eso importaba si servían para alejar a Meribaldo y los demás de la batalla. Además, así practicaría el incómodo arte de dar cabezadas sobre la silla de montar.

Guiado por Mokula, quien parecía conocer cada columna de vapor y cada árbol cubierto de conchas marinas, el grupo avanzaba a través del incierto terreno que se abría frente a ellos. A intervalos perdían de vista las luces de Myrevus, oculta tras el irregular terreno. A su espalda, aún escuchaban el repiqueteo lejano de los arcabuces, cada vez más esporádico, como la tos de una madre enferma.

Un estado de ánimo fatalista se había adueñado de sus compañeros en fuga. «Esto ya lo he vivido», se dijo Meribaldo. Se giró hacia su hermano, cuyo aspecto cansado contrastaba con la atención que prestaba a no caerse de la silla, como si la dócil mula fuera una bestia asesina esperando a que bajara la guardia. Verlo cabalgar a su lado mientras dejaban atrás la guerra trasladó su mente a las provincias orientales del Imperio Nuevo, a los ejércitos en desbandada y la culpabilidad de quienes seguían vivos por llevar sobre su consciencia la carga de haber abandonado compañeros que cubrían la retirada. Ninguno regresaba.

Gladys, Serafina y Agapias tenían la misma expresión funesta que aquellos soldados, especialmente el Diestro, que cabalgaba cabizbajo y apenas intervenía en la conversación que las kadesas mantenían.

El cansancio no parecía tan evidente en las guardianas, pero tras haberlas visto aspirar viceca con regularidad, Meribaldo no podía decir que lo sorprendiera. Murmuraban en voz baja, hablando en su propia lengua, pero el imperial estaba seguro de que especulaban sobre el destino que aguardaba a los soldados etrubios. «Nada bueno, no os torturéis». O sobre si los filanitas todavía seguían al acecho. «Les perdimos la vista en Volsena». Ellas se volvían cada poco hacia los ruidos de la lucha.

Meribaldo no se giraba, centrado como estaba en asegurar los pies a la maloliente mula para no caerse cuando se durmiera. Los ojos se le cerraban. Aventuraba que no faltaba mucho.

Y supuso que se había dormido, pues cuando cerró los ojos el paisaje rebosaba en vegetación floral y ahora la vista lo obsequiaba con un árido terreno de rocas pentagonales y arena del desierto. Aunque tras haber comprobado cuán caprichoso era el Valle de Lágrimas, Meribaldo bien podría haber dormido únicamente cien pasos. Pero el sol negro sí se había movido con soltura en el cielo hasta desaparecer. «Quinta noche». Tampoco se oían los arcabuces. «Quizá ya no quede quien los dispare».

Su mirada se cruzó con la de Serafina, quien erguida en la silla también observaba el oscuro firmamento.

—El próximo amanecer será de verdad —dijo la portadora en voz alta—. Y no saldremos del Valle antes de que caigan las lágrimas. Estad preparados.

Pensar en monstruos asesinos o rocas que se reproducían no eran alicientes para que la mente descansara, por lo que Meribaldo sufrió en vigilia la caricia de la dura silla contra su hombría.

Mokula seguía en cabeza, intercambiando palabras sueltas con Gladys, sin que ninguna de las

dos diera muestras de entenderse la una a la otra. Pero lo cierto es que parecían haber congeniado muy rápido. Ahisma era una palabra que ambas repetían con frecuencia, y eso siempre conducía a una sonrisa de Gladys. «Debería haber nombrado más a su diosa», se lamentó el imperial. No obstante, de vez en cuando percibía alguna mirada furtiva de la guardiana hacia él, que Meribaldo siempre estaba ahí para recibir porque no le quitaba el ojo a la kadesa. Él también sonreía.

La noche transcurría lentamente y con algún sobresalto provocado por la fauna del Valle. ¿Cuánto faltaba para el amanecer?

Siguieron recorriendo aquel terreno que la mente del imperial ya ni se esforzaba en entender. Ascendieron y descendieron sin que percibiera la diferencia. Vadearon serpenteantes ríos de musgo que fluía a un ritmo que sorprendió a Meribaldo y pronto tenía todo el cuerpo tan dolorido como si los crucificadores filanitas lo hubieran sometido a tormento.

Nunca había pensado en las mulas como un animal para viajar, pero lo cierto es que las patas de aquellas bestias ursavitas se adaptaban bien al terreno y habían avanzado bastante más rápido que a pie con los etrubios. Patearse el mundo era una cosa a la que Meribaldo y su hermano estaban acostumbrados tras servir en los tercios, pero soportar los golpeteos de la mula contra sus apreciadas intimidades era algo muy distinto.

—Deberíamos desmontar para dar un respiro a estas mulas —dijo en voz alta. Serafina se giró hacia él, con la llama iluminando su rostro—. Parece que tanto correr les perjudicará la salud.

—Las mulas aguantarán —aseguró la portadora.

—¿Y quienes montan sobre ellas?

—Lo harán, si quieren seguir vivos.

—Pardiez, no sea vuesamerced tan dramática —dijo Meribaldo—. Yo sólo he pedido descansar un poco. No he tenido un rato de descanso desde que esperábamos la próxima carga de los ursavitas contra nuestro cuadro. Y la última vez que dormí lo hice sobre la cubierta de una barcaza que olía igual que estas mulas.

Serafina se detuvo, y todos la imitaron.

—No sabemos lo que nos espera, así que es mejor no detenerse.

—Lo que nos espera es un amanecer —replicó Meribaldo, señalando al este—. En cualquier momento. Es inevitable y estamos cansados. Y sería imprudente que nos cayéramos de la silla por estar agotados.

—Lo imprudente sería detenerse ahora que estamos tan cerca.

Serafina alzó la llama mientras su otra mano apuntaba hacia Myrevus. En esa postura, a Meribaldo le recordó a las estatuas de piedra de los héroes viejoimperiales. Al otro extremo de su dedo, el resplandor de una ciudad que parecía en llamas había ganado intensidad.

—Hagamos lo que hagamos, no saldremos de este lugar a tiempo —comentó Armeno.

—Ahisma iluminará —dijo Serafina.

«Y tanto», pensó Meribaldo al recordar qué eran las lágrimas según la religión de Ahisma. Malditas fueran las ganas que tenía de que un trozo de armadura le atravesara la cabeza para crear musgo líquido. Meribaldo buscó apoyos entre los demás, pero tanto su hermano como el Diestro estaban inclinados sobre la silla, aprovechando aquella pausa en descansar, no en discutir con la kadesa. La chica ursavita miraba a todos, tratando de discernir sobre qué se hablaba.

—¿No estás cansada, pequeña? —le preguntó a Mokula—. Seguro que tampoco has dormido mucho durante los últimos días.

No pareció entender ni una palabra. El imperial hizo un gesto de bostezar. Ella se encogió de

hombros y señaló las luces de Myrevus. «No me ayudas».

En ese momento, Agapias desmontó y la portadora lo fulminó con la mirada.

—Me importa una viruta lo que vayáis a decirme —le espetó el kadés—. Necesito un momento.

El hombre se dejó caer sobre el suelo para masajearse las piernas, su coselete traqueteó con el movimiento. A Meribaldo no se le escapó cómo hundía la cabeza entre las rodillas, ocultando sus húmedos ojos a los demás. Los imperiales también desmontaron y, tras un gruñido de Serafina, también ella y Gladys.

Meribaldo se tumbó junto a su hermano, agradecido por cargar peso sobre su espalda y dar un descanso a sus muslos en carne viva. Tuvo un instante de simpatía hacia el Diestro, cuyo rostro permanecía fijo en el campo de batalla que habían abandonado. Lo dejó estar.

Sin que fuera consciente, Meribaldo cerró los ojos y...

—No os durmáis —bramó Serafina.

Ella también acusaba el cansancio, pese a que sus ojos se mantenían alerta y sostenía impasible el portafuegos. Pero quedaba a la vista que la portadora estaba al límite.

—Amanecerá en cualquier momento —recordó Meribaldo mientras rebuscaba una manta en las alforjas de su mula. El animal lo miraba con la empatía de un beodo—. Y un poco de descanso no cambiará esa certeza.

Serafina intercambió una mirada con Gladys, que miró a ambos lados, donde la oscuridad del Valle de Lágrimas no se veía alterada por luz alguna, y terminó por asentir. Como si lo hubieran ensayado, ambas extrajeron viales de viceca y aspiraron con fuerza. Meribaldo vio el efecto de la medicina en las pupilas de Gladys.

La portadora se volvió hacia los demás.

—Sólo un momento —concedió finalmente—, un breve descanso antes de continuar. Y enfrentarnos a lo que el final de la Umbría nos arroje.

Pese a aquellas palabras funestas, Meribaldo ya estaba dormido con la última sílaba.

Soñó con una figura femenina. En el fondo de su mente deseaba que fuera Gladys, pero el rostro frente a él estaba difuminado, como si estuviera envuelto en humo o lo viera a través de un cristal fragmentado. Ella sostenía su mano. O él la de ella. Y todo tenía un color granate...

Unos gritos lo despertaron.

El miedo desperezó a Meribaldo mientras echaba mano de su espadín. La lengua le sabía a tierra salada por haber dormido boca abajo. El imperial forcejeó con la manta hasta sacar la cabeza y ver a su hermano con las armas desenvainadas, orientándolas a uno u otro lado con un constante movimiento de pies. Indeciso. Gladys tenía la pistola en la mano, y con ella apuntaba hacia unas sombras que los cercaban desde la oscuridad.

—¿Monstruos? —sus palabras fueron poco más que un chillido de pánico.

Agapias dio un grito de alerta cuando un hombre gigantesco emergió entre las sombras con un hacha a dos manos. Meribaldo lo reconoció de la hostería de Vito Malzone. «Otra vez no», se lamentó. Pero el filanita no parecía dispuesto a complacerlo, pues de inmediato se lanzó sobre el Diestro, que tuvo que retroceder ante el ímpetu salvaje del flagelante. Por todas partes empezó a resonar el choque de armas y Meribaldo giró sobre sí mismo por si algún enemigo se le acercaba por la espalda. Pero vio que su hermano ya lo tenía cubierto, y mantenía a raya a dos filanitas con frenéticas estocadas.

—¡No mientras yo guarde! —exclamó Serafina, lanzándose sobre otro flagelante. La punta de su espada reflejaba el fuego de la diosa.

Más aceros se cruzaban en medio de la penumbra y el imperial vio a Mokula correteando

entre las mulas mientras evitaba a un flagelante que quería darle caza.

—¡Meri, protege a la niña! —exclamó Armeno.

Meribaldo corrió hacia ella.

Pasaba junto a Gladys cuando la guardiana disparó su pistola y se convirtió en una silueta entre el humo. Armeno gritaba algo pero Meribaldo siguió avanzando hacia Mokula mientras escudriñaba la oscuridad. Dos flagelantes más se acercaban con espada y hacha, directos hacia la Luz de Ahisma. La mano que aferraba su espadín comenzó a sudar. Era difícil saber cuántos eran los enemigos o si había más en camino, pero estaba convencido de que únicamente un milagro podría sacarles de aquella situación.

Mokula se coló bajo las patas de una mula y se alejó de los filanitas hasta que Meribaldo llegó junto a ella.

—*¡Huteno mane do Filani!*

—¿Qué escupes, muchacha? —preguntó, girándose hacia donde la ursavita señalaba.

Meribaldo alzó su arma justo a tiempo. Su espadín vibró al contacto con otro acero; con un giro de muñeca, hizo que el filo enemigo se deslizara por el suyo. Echó un pie atrás para liberarse de la proximidad de aquella hoja asesina. Frente a él, dos ojos negros lo miraban con rabia.

—¡Pardiez! —exclamó al ver a la bruja, quien no perdió tiempo en lanzar más estocadas sobre el imperial.

Paró, desvió y retrocedió. Paró de nuevo. La filanita lo acosaba y Meribaldo sólo podía defenderse mientras Mokula se alejaba hacia Armeno. Un par de hachas filanitas se unieron a la bruja.

—¡Ayuda! —exclamó desesperado cuando vio todos aquellos filos acercarse—. ¡Ayuda!

—¡Meri! —gritó su hermano desde algún lugar que parecía demasiado lejano.

Meribaldo resistió la tentación de darse la vuelta y echar a correr. No quería que un hacha se le hundiera en la nuca, y retrocedió poco a poco mientras bloqueaba aceros con movimientos frenéticos más propios de unos calzones al viento que de un espadachín. En dos ocasiones estuvo a punto de tropezarse.

—¡Ayuda!

Agapias apareció a la carrera y tajó la mano de un filanita con un juego de muñeca y antebrazo, un movimiento arriesgado que expuso su pecho. Meribaldo tembló por su hermano cuando vio el acero de un flagelante rebotar contra el coselete del Diestro.

—¡Id con la llama! —le gritó el kadés, dando un amplio tajo horizontal que forzó a ambos adversarios a retroceder.

Meribaldo no necesitó que se lo repitieran. Se dio la vuelta y corrió hacia Serafina y Gladys, que, espalda con espalda, mantenían el terreno frente a los flagelantes. No muy lejos de allí, Armeno se batía con tres filanitas para cubrir a Mokula mientras la chica se reunía con las kadesas.

—¡Meri! ¡Retrocede! —Acosado por sus enemigos, su hermano no disfrutaba de tregua para reunirse con los demás, pero los flagelantes eran incapaces de abrir una brecha en su defensa debido a la rapidez de sus movimientos—. ¡Cállate! ¡Cállate! —repetía sin cesar.

Meribaldo llegó junto a las guardianas y su espadín se unió a la lucha contra los flagelantes, más atento a la defensa que a las estocadas y sin quitarle el ojo encima al Diestro, quien seguía retrocediendo mientras se enfrentaba a la bruja y uno de sus flagelantes, herido mientras se esforzaba por mantenerse a la altura del kadés.

—Hideputas fanáticos —masculló Meribaldo antes de lanzar una torpe estocada.

Un poderoso destello surgió en el horizonte, arrojando luz al mundo y mostrando los rostros de sus atacantes. Guerreros de aspecto cansado pero que tenían una mirada fiera que sólo presagiaba violencia. «Esto no es bueno». Alzó su espadín hacia el más cercano mientras se apretaba más a Gladys para cerrar filas.

En ese instante, la Umbría les escupió.

Armeno

Cuando las lágrimas empezaron a caer, Armeno rezó a las Cinco Diosas con tanta fuerza que las plegarias le dolían en la garganta.

El Valle de Lágrimas quería matarlos a todos.

Un miedo únicamente comparable al sufrido en Fortoferro inundó a Armeno cuando vio esos destellos precipitarse y transformar el mundo con la agresividad de una batería artillera. Lo que antes eran pozas ahora eran colinas de planta triangular, repletas de flores ya marchitas. Furiosas columnas de agua hirviendo surgían de bloques de hielo. En el más árido de los terrenos brotaban árboles compuestos de huesos astillados. *Magnífico*. El viento, furioso como el Mar Océano, arrastraba un aroma a naranjas podridas.

Y todo temblaba.

Cada vez que uno de aquellos destellos blanquecinos chocaba, el mundo se agitaba. Armeno apenas podía mantenerse en pie, pues la tierra se movía con mayor violencia que las avalanchas de los Picos Sollozantes. El terreno ascendía o descendía al capricho de una voluntad inconstante y hasta en tres ocasiones perdió a su hermano de vista cuando paredes de roca se alzaron desde las profundidades de la tierra. Todos sus intentos por avanzar hasta él se vieron frustrados por los polvorientos crujidos del terreno cambiante.

—¡Meri!

—¡Armeno! —respondió una voz procedente de todas partes.

Hasta donde alcanzaba la vista, el Valle de Lágrimas sufría de aquel proceso de destrucción y creación. Enormes columnas de polvo surgían donde las colinas se derrumbaban por el impacto de las lágrimas. A media legua hacia el oeste, un torbellino de viento recorría la deslumbrante superficie del río Inquieto, dispersando el agua sobre sus orillas. Pero Armeno estaba más atento a lo que había frente a él.

Monstruos.

Surgiendo de la tierra, cayendo del cielo o brotando de las ramas de aquellos árboles encolerizados, aparecían criaturas de pesadilla. Los desafortunados animales a los que alcanzaba una lágrima sufrían una transformación inmediata. Algunos tan solo eran horrendas mutaciones de conejos o aves, pero otros no dejaban dudas sobre su letalidad. Una de las mulas ursavitas se había convertido en una bestia horrenda de garras puntiagudas cuyos aullidos furiosos helaban la sangre. «¡Un acémilo!». Unos cuernos de punta roma, semejantes a puños, habían brotado de su cabeza. La bestia se inclinó, lista para cargar. *Deberías correr*.

Alguien gritaba. Quizá fuera Armeno. O el acémilo.

O el propio Valle.

La criatura cargó y derribó a otra de las mulas, demasiado lenta para escapar de la que había sido su hermana, y de un mordisco le arrancó una de las patas delanteras; sus lastimosos gemidos se escucharon sobre el estruendo de la tierra en transformación. La mula se desangraba en el suelo mientras uno de los ojos deformes del monstruo se centraba en Armeno.

¡Corre!

Las patas de la bestia, más desarrolladas que las de una mula ordinaria, dejaban profundos

surcos en la tierra mientras recortaba distancias con Armeno. Pese a que la lluvia destructora parecía haber mitigado, todavía caían algunas lágrimas. Una de ellas hizo brotar al instante una arboleda frente al imperial. Armeno se detuvo en seco, retrocediendo asustado al ver cómo las raíces se extendían por el suelo, gruesas como el brazo de un hombre, y las ramas crecían a un ritmo vertiginoso. Una de las ramas atravesó el hombro de un flagelante, arrancándole un grito de dolor que perturbó la ya quebrada moral de Armeno. A su espalda, los resoplidos del acémilo se escuchaban próximos.

—¡Mierda! —maldijo mientras rodeaba la arboleda, agachando la cabeza cada vez que una nueva rama salía despedida.

Sorteó un par de rocas y ascendió una de aquellas extrañas colinas cubiertas de flores marchitas, en cuya cima vio a Serafina agitando la Luz de Ahisma mientras gritaba algo en kadés.

Un chillido de súplica hizo que Armeno echara un vistazo atrás justo a tiempo para ver como el acémilo impactaba contra el flagelante empalado en el árbol. Armeno apartó la vista cuando los dientes se cerraron sobre la cara del filanita, cuyos gritos resonaban ahogados en el interior de la boca del monstruo, y continuó el ascenso.

Una vez en la cima, respiró aliviado al ver a Meribaldo y Agapias un poco más abajo, sorteando un laberinto de rocas que les impedían llegar hasta Serafina. Armeno no entendía una palabra de kadés, pero por sus gestos dedujo que les daba indicaciones.

—¡Por tu derecha, Meri! —gritó Armeno, señalando la cambiante formación rocosa—. ¡Tu otra derecha!

Ninguno de los dos parecía escuchar, Meri y el Diestro se miraban el uno al otro, aún más desorientados que Armeno ante el terreno en transformación, y la espesa capa de polvo que se extendía por la zona no ayudaba. Los dos deambulaban entre las rocas cuando, al doblar una roca, se toparon de frente con un filanita. Agapias desenvainó la ropera y asentó los pies, su adversario también llevaba espada y escudriñaba los movimientos del Diestro, estudiando cómo atacar. «Sabe a quién se enfrenta —pensó Armeno al ver la cautela del flagelante—. No están tan locos como parece. Al menos ese». Con un gesto de la cabeza, Agapias le indicó a Meribaldo que se reuniera con los demás. El Diestro lanzó un par de ataques para probar a su adversario, que mantuvo el terreno. Meribaldo inició el ascenso en dirección a la Luz de Ahisma.

Su portadora aferró el brazo de Armeno.

—¿Dónde está Gladys? —le gritó.

—No lo sé. ¿Y la niña?

Serafina miró a uno y otro lado con preocupación.

—¿Les ha caído una lágrima?

—¡Allí! —exclamó Armeno.

Surgidas entre el polvo como figuras espectrales, Gladys y la niña ursavita sorteaban obstáculos mientras la guardiana les hacía gestos con la mano para captar su atención.

Armeno respiró aliviado y devolvió su atención a las nubes de polvo tóxico. *Me encanta este lugar.* La luz del amanecer se extendía por el Valle de Lágrimas, revelando un panorama que mezclaba sin ningún orden paisajes que no parecían de aquel mundo. *Aún no lo has visto entero.* Lo más destacado era una montaña que no cesaba de crecer, tan alta que Armeno creía presenciar el nacimiento de unos nuevos Picos Sollozantes. A su alrededor, el terreno parecía reptar mientras se amoldaba a su nueva orografía.

La ciudad de Myrevus todavía estaba a la vista, pequeñas estructuras en la ladera de una montaña. «Sólo hay que salir de aquí».

Al ver aquel paisaje drásticamente transformado, Armeno se preguntó cuántos etrubios o ursavitas acababan de morir. Sepultados bajo nuevas colinas o hundidos en lagos sin fondo. Pero no pudo dedicarles su compasión, pues una pequeña hacha alcanzó a Serafina en el hombro izquierdo y esta cayó de rodillas tras dar un grito agónico. El portafuegos se deslizó entre sus dedos y tocó tierra.

Date la vuelta. El imperial obedeció. Quince pasos más abajo, un único flagelante ascendía a la carrera, parcialmente oculto por el polvo mientras extraía otra hacha arrojadiza de su cinto. «¿Dónde están los demás?». El filanita preparó el brazo.

Armeno buscó dónde parapetarse. *Aburrido.*

El flagelante ajustó su lanzamiento y el hacha voló directa hacia Armeno. Ya se creía muerto cuando su zurda interpuso la daga en la trayectoria. La muñeca le dio un latigazo tan fuerte que pensó que se la había partido. Lo que sí se rompió fue la hoja de la daga, reducida a un mango inofensivo.

—¡Pardiez!

Perfecto, ¿y ahora con qué mato? Armeno se puso en pie justo a tiempo para cruzar su espada con el hacha del guerrero, la hoja de la ropera vibró con tanta fuerza que el imperial pensó que también iba a partirse. Ante el temor de quedarse desarmado, Armeno le dio una patada en el pecho al filanita, quien perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

A través del humo, Armeno vio como el flagelante rodaba ladera abajo mientras lanzaba maldiciones y quejidos de dolor. Desapareció entre el... «¿Humo?», se extrañó. Armeno percibió olor a quemado y giró la cabeza. El origen eran unas llamas que, desde el portafuegos caído, se propagaban por las flores secas, convirtiendo poco a poco la colina en un montículo llameante. Serafina seguía arrodillada en el suelo y retrocedía cuando el fuego se acercaba. Al otro lado de las llamas, pudo ver que Agapias se batía entre el laberinto de rocas mientras Meri daba saltitos para esquivar las flores en llamas y recorrer el último tramo que lo separaban de su hermano, con quien se fundió en un abrazo tan fuerte que Armeno pensó que iba a aplastarle las costillas.

—¡Por las lágrimas, Meri! —Lo alejó de un empujón—. ¿A qué hueles?

Él se miró de arriba abajo.

—Sólo sé que no era agua.

Ambos rieron brevemente hasta que Meri vio a Serafina forcejear con la herida de su brazo.

—Vuesamerced tiene... un hacha en el...

—¡Sacadla! —gritó la portadora. Meri dudó—. Sacadla u os juro que...

Sus palabras se tornaron en un lamento rabioso cuando Armeno le extrajo el cabezal del hombro, donde la sangre comenzó a brotar. Meri usó su daga para rasgar la ropa que cubría el hombro de la kadesa y colocó ambas manos sobre la herida para frenar la hemorragia con el improvisado trapo.

Alguien gritaba más abajo y Armeno vio como el flagelante que había rodado ya estaba en pie, gritando a unas figuras parcialmente ocultas por el polvo. También llegaban hasta sus oídos sonidos de lucha. «¿Contra quién?», se preguntó Armeno mientras recogía el hacha del suelo. *Prefiero las dagas.*

Gladys y la niña por fin eran visibles entre el polvo. Armeno las vio forcejear con las rocas de la ladera mientras ascendían para reunirse con los demás.

—Meribaldo —jadeó Serafina entre dolores—, coged la Luz de Ahisma y aplicadla sobre la herida.

—¿Queréis que...? —cuestionó Meri.

Serafina agarró a su hermano del cuello con su mano buena.

—Dejad de hablar y quemad la herida con el fuego.

—Hazlo, Meri —dijo Armeno mientras no quitaba ojo a las siluetas filanitas.

Definitivamente esos filanitas estaban luchando contra alguien, y una volada de aire hizo que el polvo se disipara lo suficiente para encontrar la respuesta. Era el acémilo que había perseguido a Armeno mientras caían las lágrimas. Los filanitas tenían rodeada a la bestia, pero esta cargaba rabiosa contra los flagelantes, fracasando en sus intentos por matar a alguno y recibiendo estocadas y hachazos sin que pudiera hacer mucho para defenderse.

Un grito de dolor y un apestoso aroma a carne abrasada hizo que Armeno se volviera. Meri aplicaba la llama sobre la desdichada Serafina, que apretaba los dientes con tanta fuerza que Armeno creyó que le iban a estallar. Armeno no pudo sino admirarla cuando, tras lanzar un breve vistazo a la herida que ya no sangraba, recogió su espada del suelo y se incorporó. Sostenía el arma con firmeza mientras su otro brazo solo se movía para acompañar los movimientos. Armeno miró con preocupación aquella extremidad, pues estaba convencido de que sin la atención de un galeno sería necesario amputarla.

—Lo lamento por vuesamerced —musitó.

Armeno creyó percibir agradecimiento en la mirada de Serafina.

A su espalda, un choque de espadas y maldiciones extranjeras hizo que se girara. Agapias y el filanita forcejeaban por el suelo, enzarzados en una pelea encarnizada en la que el kadés, encima de su oponente, descendía la punta de su daga hacia el pecho del filanita, que cerraba una mano en torno a las muñecas del Diestro para alejar el acero que, pulgada a pulgada, se acercaba a su piel mientras con la otra mano buscaba la nariz y los ojos de Agapias. *Si otro mata al Diestro...* «Lo sé», pensó Armeno. Había visto varias situaciones como aquella, y el que estaba abajo solía quedarse abajo. Aun así, Armeno estaba preocupado por sí...

El brazo del filanita finalmente cedió y la hoja del kadés se hundió en la carne. El flagelante chilló y sus puños comenzaron a golpear la cara del Diestro, este le respondió con una cuchillada tras otra en los borbotones de sangre que se había convertido el pecho del flagelante. Los golpes del filanita fueron perdiendo fuerza hasta que quedó inmóvil sobre el suelo, pero Agapias continuó lanzando alaridos como un loco mientras la hoja seguía abriendo heridas en el cadáver.

Ya vale, que te vas a cansar.

El kadés se detuvo y se dejó caer entre resoplos. Su daga chorreaba la misma sangre que impregnaba su ropa y se miraba las manos con una mezcla de furia y horror. *No ha sido el combate de esgrima que se esperaba.*

«Nunca es lo que queremos», coincidió Armeno.

—¿Su señoría se encuentra bien? —le gritó al Diestro. *¿Ahora eres su amigo?* Agapias hizo un gesto afirmativo y miró a su alrededor hasta dar con su ropera—. Vuesamerced debería traer esa espada aquí, vamos a necesitarla.

El kadés asintió e inició el ascenso entre las flores quemadas que cubrían el montículo. Gladys y la niña también ascendían. Animado por verse de nuevo reunido con los demás, Armeno se volvió hacia sus enemigos.

El acémilo seguía con sus cargas suicidas y uno de los filanitas le hundió el hacha en el costado, lo que hizo que la bestia doblara una pata. Todos a una, los flagelantes se abalanzaron sobre la criatura, que se defendió rabiosa con sus garras y cuernos. Por un momento, Armeno sintió lástima por el acémilo, los filanitas eran demasiados para él. Incluida la bruja, había ocho. «Y nosotros, cinco». *Seis, y tampoco has incluido a la brujilla.*

—¡Serafina! —exclamó Gladys cuando llegó y vio la herida de su hombro. La niña se quedó unos pasos más atrás.

Tras intercambiar unas palabras en kades con Gladys, Serafina miró a los flagelantes colina abajo, examinó su brazo inútil y por último giró la cabeza hacia Myrevus. Tan cerca que casi podían tocarla.

La mujer suspiró.

—Ahora eres portadora —dijo Serafina mientras le entregaba la Luz de Ahisma a Gladys—. Algún día tú también encontrarás alguien digna de sustituirte.

A juzgar por su rostro, mucho era lo que Gladys quería decir o replicar, pero Armeno vio en sus ojos que comprendía lo que aquello significaba. La nueva portadora le dio un abrazo a Serafina.

Armeno se volvió hacia los pies de la colina, el acémilo había recibido varias cuchilladas y estaba en las últimas mientras la bruja chillaba órdenes. Por un momento, su mirada se cruzó con la de Armeno y este sintió un escalofrío al ver aquellos ojos negros.

—Esa bestia no durará mucho —murmuró Agapias.

—Tenemos el terreno elevado —dijo Serafina con voz entrecortada. Miró un instante hacia los flagelantes y acabó por hundir su bota sobre el polvoriento suelo, trazando una línea sobre la tierra quemada—. Esta es la muralla de Kada y los filanitas quieren atravesarla.

Sus ojos recorrieron a los demás en espera de que confirmaran.

Agapias suspiró con fatalismo.

—¿No mientras yo guarde?

Serafina asintió.

—No mientras yo guarde —dijo antes de volverse hacia Gladys—. Quédate atrás. Si las cosas se complican, quiero que huyas a Myrevus.

—No —dijo Gladys—. Lucharé hasta el final. Hasta que ni un...

—Nuestra misión no es morir por la llama, amiga —interrumpió Meri—, sino evitar que se apague.

Gladys se volvió boquiabierta, como si aquellas palabras se hubieran hundido en lo más profundo de su alma. Miraba a Meri, a la llama y finalmente a su compañera. Asintió.

—Serás una gran portadora —le dijo Serafina.

Los filanitas por fin habían acabado con el acémilo y empezaban un ágil ascenso siguiendo las órdenes de la bruja. Armeno lamentó que la bestia no se hubiera llevado a ninguno por delante. Con un gesto de la cabeza, le indicó a Meri que se colocara junto a Gladys.

Tras lanzar un grito guerrero, los filanitas recorrieron el último tramo a la carga. *Ahora*. El choque de aceros martilleó los oídos de Armeno mientras su espada y el hacha de su zurda desviaban ataques o lanzaban tajos sin piedad.

Abajo. Abajo. Ahí. Un poco a la izquierda.

El cabezal del hacha se hundió en el costado de un filanita pero cuando Armeno fue a retirarlo una de las costillas del herido se interpuso. Armeno renunció al arma cuando vio que el gigante le lanzaba un hachazo a las rodillas que esquivó de un salto. *Dame la espada*. Armeno lanzó un tajo horizontal que el gigante detuvo con facilidad. *No seas imbécil. ¡Dámela!* Probó con un juego de pies para colocar el sol a su espalda, el filanita entrecerró los ojos y Armeno aprovechó para darle una estocada, pero la punta resbaló inofensiva sobre el peto de acero del filanita. Sin embargo, la hoja de Agapias apareció para pinchar el muslo del gigante y este dobló una rodilla. El Diestro no pudo rematar a su víctima pues otros dos filanitas lo cercaban por la derecha y el acoso al que lo sometían lo fue desplazando lejos de Serafina y Armeno.

La kadesa no duraría mucho; con un brazo inútil, carecía de oportunidades frente a los filanitas. Armeno avanzó lateralmente para cubrirla lo mejor que podía. A retaguardia, Meri se

batía a la defensiva con un filanita y Gladys describía movimientos nerviosos, con su espada clavada en la tierra y la pistola en la mano, con el ansia de lucha marcada en su rostro. Junto a ella, Mokula sostenía temblorosa una espada corta. «La niña nunca debió venir con nosotros».

Un filanita se abalanzó sobre Armeno y este giró sobre sí mismo para esquivarlo. Su codo impactó contra la mejilla de su oponente y la zurda del imperial le arrebató al flagelante la daga del cinto. ¡*Para mí!* La hoja se hundió en la espalda de su anterior dueño mientras Armeno retrocedía para acercarse a la portadora.

Entre estocadas y hachazos, eran cuatro los filanitas que cercaban a Armeno y Serafina, uno de ellos la bruja. El imperial vio con horror que la filanita sacaba un vial que contenía polvo de lágrimas y lo inhalaba. Serafina reaccionó golpeándola con el pomo de su espada y la bruja quedó tumbada sobre el suelo. La portadora quiso rematarla de una estocada, pero un flagelante se interpuso a costa de recibir una herida en el muslo. Serafina se vio forzada a retroceder para evitar una acometida del hacha de otro adversario y se preparó para su siguiente ataque.

Reptando por el suelo mientras babeaba sangre, la bruja se acercó a Serafina y cerró la mano en torno a su pantorrilla. Armeno fue a gritar una advertencia pero la filanita fue más rápida.

—¡*Rocotome!*

En un pestañeo, Serafina se convirtió en piedra.

Zetyn

—¡Serafina! —gritó angustiada la otra kadesa. La llama en su mano iluminaba la espada clavada frente a ella.

Zetyn se incorporó satisfecha y escupió una flema rojiza a la estatua. El sabor a sangre persistía junto al dolor, pero había merecido la pena. La mujer petrificada permanecía en guardia, con la espada apuntando hacia sus flagelantes como si los desafiara a un duelo.

Los poderes del Dios Verdadero habían aplastado esa confianza.

Sin perder tiempo en celebrar aquella victoria, Zetyn se giró hacia la segunda guardiana, que sujetaba la llama pagana en su mano, todavía conmocionada por la voluntad de Dios. El Diestro de Kada avanzó dando tajos hacia sus flagelantes.

—¡Es inevitable! —le gritó a la kadesa. Su mandíbula le respondió con un latigazo de dolor—. Tu fe pagana pronto será desenmascarada, y muchos más se arrodillarán ante Dios.

—Alabado sea Él, y...

El acero del Diestro hizo un corte tan profundo en la garganta del flagelante que Zetyn pudo ver el hueso de la tráquea a través de la herida. La sangre regó los restos de las flores quemadas mientras el guerrero se desplomaba sin vida. El kadés se volvió hacia Zetyn con una mirada repleta de odio y lanzó dos estocadas que la monja desvió por pura suerte. «Dios me protege», se dijo.

Teudas se interpuso cojeando entre ella y el espadachín, ahora con dos hachas, más pequeñas que la gigantesca arma que acostumbraba, sin que el Diestro siquiera pestañeara al ver al gigante frente a él. El movimiento de su ropera dejaba surcos en el polvo que flotaba en el aire y Teudas no podía hacer nada salvo resoplar y retroceder ante las frenéticas maniobras del kadés. El entrechocar de los aceros era tan intenso que recordaba a una fragua. Y durante un instante ocultó los gritos de sus otros flagelantes, que tenían problemas para dar muerte al espadachín imperial. Sus dos aceros se movían a tal velocidad que parecía detener hasta tres ataques al mismo tiempo.

—Perro imperial —masculló Zetyn al verlo.

Sus ojos se alternaban entre el kadés, cuya presión sobre Teudas no cesaba, y el imperial que luchaba como un demonio. El otro imperial lanzaba tímidos ataques por los flancos mientras...

«¿Quién es esa?», se preguntó al ver a una cría de ropajes ursavitas. Zetyn estaba segura de que no la había visto ni en Volsena ni en Presafirme. Echó un vistazo al cadáver del acémilo. «No era una mula etrubia», dedujo antes de desviar sus ojos hacia las montañas del noroeste. Entonces supo que Ursavi también había prestado ayuda a los paganos. «El primarca lo oírás de mis labios», juró con furia.

—¡Meri, atrás! —gritaba uno de los imperiales. Zetyn se giró hacia él.

Sin la espada de la guardiana petrificada, los tres hombres tenían problemas para mantener a raya a los flagelantes. Cada vez daban menos estocadas y sí más pasos atrás. Estaban encerrados en un muro de flagelantes.

—¡Huye con Gladys! —gritó el Diestro.

«De eso, nada», se dijo la monja cuando vio que el menos capaz de los imperiales se situaba

junto a la guardiana. A su lado, la niña sostenía con miedo una espada mientras sujetaba a la guardiana del antebrazo, la kadesa hacía ademán de acercarse a Zetyn.

—¡Matadla! —ordenó la monja.

La tal Gladys alzó una pistola y disparó a un flagelante, pero el arma sólo chisporroteó sin que nada salvo inofensivo humo brotara de su cañón. Tras lanzar una maldición, la kadesa dejó caer la pistola y tomó su espada, la punta orientada hacia los dos flagelantes que ya estaban casi sobre ella.

La niña se interpuso.

El corazón de Zetyn se detuvo al ver el vial vacío en manos de la salvaje. «¡Ojosnegros!», pensó aterrada.

—¡Ignatosa! —exclamó la chiquilla.

Una lengua de fuego brotó de la boca de la niña y se proyectó sobre los dos flagelantes. Las llamas eran tan densas que la monja perdió de vista a sus guerreros. Tan solo escuchaba sus alaridos.

El pánico se extendía por el interior de Zetyn. Nunca había esperado que las kadesas contaran con una hechicera. Había dado por sentado que todas habían muerto en Kada y ella se había asegurado de que las presentes en Volsena también probaran el acero filanita. Pero nadie había pensado en los salvajes ursavitas. Y ahora Zetyn pagaba ese error.

«Tengo que matar a esa cría».

—¡Myrevus! —gritaba la niña con boca humeante mientras hacía señas a la guardiana—. Gladys. Ahisma. ¡Myrevus! ¡Myrevus!

—¡Vámonos, Gladys! —insistió un imperial—. Hay que irse.

La cría extrajo otro vial de lágrimas. «¡No!». Zetyn abrió su bolsa y eligió su último vial de lágrimas de creación. La ursavita inhaló el suyo mientras Zetyn hacía lo mismo. «Demasiado lejos para petrificarla», pensó mientras aspiraba con fuerza. La cría hizo una mueca de disgusto al terminar el suyo.

Zetyn fue más rápida.

—¡Esquirtono! —gritó con toda la rabia que pudo reunir.

Docenas de fragmentos de roca afilada se proyectaron desde su mano. La niña se cubrió inútilmente con los brazos mientras las esquirlas la impactaban, dio un par de pasos atrás, tambaleándose como un borracho y finalmente cayó de espaldas. Sus pequeños ojos negros miraban aterrados sus piernas completamente destrozadas. En su mano abierta estaba el vial vacío.

—Cría estúpida —masculló Zetyn al ver el pequeño cuerpo inmóvil sobre las flores quemadas.

El choque de aceros continuaba. Frente a ella, la guardiana se llevaba la mano al estómago, donde una de las esquirlas se había clavado en su camisote de malla, sin llegar a perforarlo. Sus ojos contemplaban horrorizados a la niña salvaje.

—¡Vámonos! —dijo el imperial bajo—. ¡Vámonos!

La guardiana se resistía, amenazando a Zetyn con su espada y lanzando gritos rabiosos en su lengua materna. Pero el imperial era un hombre fuerte, y a tirones logró alzar a la guardiana, que agitaba la antorcha y pataleaba clamando por la muerte de la filanita.

Zetyn fue tras ellos.

Pasó junto a la niña, cuyos ojos abiertos temblaban tanto como sus labios, pero el resto de su cuerpo permanecía inmóvil a medida que pequeños círculos de sangre se extendían en torno a las heridas. La monja lamentó haber tenido que hacerlo, los poderes de aquella niña hubieran sido de

gran utilidad para la Fe Verdadera. Apretó el paso para no alejarse de la Luz de Ahisma.

—*Fegoparo* —susurró la niña en cuanto Zetyn la sobrepasó.

La monja se tiró de inmediato al suelo, temerosa de que una bola de fuego impactara contra su espalda. Pero no había sido una bola lo que la niña había conjurado, sino una llamarada que, desde la mano de la niña, describió una ardiente espiral de destrucción. Un trazo de densas llamas tan amplio que rodeó la cima del montículo hasta formar un muro de fuego. Zetyn vio la Luz de Ahisma desaparecer tras la ardiente cortina.

Fuego por doquier, sin hueco a la vista. No parecía haber escapatoria, y las llamas se alzaban altas como las torres de un astrónomo y anchas como el Mar Océano.

Zetyn se volvió desconcertada. ¿Quién era aquella niña que, herida de muerte, era capaz de conjurar magia de semejante poder?

—¿Qué has hecho, desgraciada? —exclamó la sierva del Dios Verdadero mientras corría de un lado a otro en busca de una abertura en aquel muro de fuego—. ¡No! ¡No! ¡No!!!

Siguió deambulando sumida en el pánico e hizo amago de cruzar cada vez que las llamas se abrían un instante, pero era imposible sortearlas.

—¡Sucia pagana salvaje!

El fuego no mostraba signos de menguar, no se debilitaba con el tiempo como otros hechizos. Seguía crepitando, semejante a una risa burlona, interponiéndose entre lo que ya estaba al alcance de su mano.

Impotencia.

«¿Por qué, Dios? ¿Por qué? ¿Qué he de hacer para cumplir tu voluntad?». Por un momento, Zetyn entrevió las dos figuras que huían hacia el norte. No lo permitiría.

La monja envainó la espada y cerró los ojos, el desagradable humo impregnaba sus fosas nasales. «Es una prueba de fe», se dijo mientras echaba un pie atrás.

—A ti, Dios, por elegirme.

Sin abrir los ojos, echó a correr.

Dolor.

Su piel era una agonía, la lengua le abrasaba y el aire en sus pulmones se sentía fuego. Todos sus sentidos parecían alterados. No oía nada pero supo que estaba gritando. La luz penetraba en sus párpados cerrados como si estuviera frente al sol. Dolor.

De pronto, la luz perdió intensidad y se atrevió a abrir los ojos. No había fuego frente a ella salvo el que se extendía por su ropa. Se dejó caer al suelo y rodó mientras sus manos en carne viva arrojaban puñados de tierra sobre las brasas que antes habían sido su pelo.

Desenvainó la espada para apoyarse en ella mientras avanzaba para alejarse del muro de fuego. Gritaba de dolor con cada paso, siempre adelante, pero no lo bastante rápido para alcanzar la Luz de Ahisma. «No llegaré hasta ella», se dijo al ver la distancia que la separaba de los paganos. Apretó los dientes y sus mejillas crujieron.

Zetyn se negaba a fracasar. Hubiera preferido llevar la llama de los kadeses a Filani, presentarla ante el primarca, pero era voluntad de Dios que se extinguiera ahí mismo. «Lágrimas de destrucción», pensó al recordar su último vial. Veía los planes de Dios en cada decisión y cada circunstancia que la había conducido hasta ese momento. Dios había puesto a prueba su paciencia y su voluntad para traerla a aquel lugar y aquel instante. Ahora debía cumplir su destino. Tomó el polvo de lágrimas entre sus manos temblorosas y lo inhaló. El contacto con su piel le arrancó un ardiente gemido.

Su borrosa mirada se centró en la espalda de la guardiana.

—¡*Fistarra!* —chilló al golpear la tierra con su puño despellejado.

Un temblor surgió de las profundidades a medida que una grieta abismal se abría bajo los nudillos de Zetyn. La tierra se quebró en una fisura que avanzaba a gran velocidad, quebrando roca entre volutas de polvo. Los dos paganos se percataron de lo que se aproximaba tras ellos, pero sus intentos por escapar fueron inútiles.

El imperial saltó a un lado para evitar la grieta mientras una nube de polvo lo cubría todo; derribado, el hombre extendió una mano hacia la guardiana. Justo cuando ella se giraba para ayudarlo, la sorpresa se dibujó en su rostro al ver que la tierra se abría bajo sus pies.

—¡Muere! —gritó Zetyn.

La llama desapareció en el abismo.

Armeno

El muro de fuego se había llevado a un filanita en el acto. El repentino brillo y la abrasadora proximidad de las llamas habían forzado a Armeno a retroceder, pero tras el caos inicial comprobó con satisfacción que tan solo quedaban cuatro enemigos. La victoria era una posibilidad. Sin embargo, uno de los adversarios era el gigante de las hachas, quien no parecía acusar la herida en el muslo.

Las llamas se desvanecieron.

Cuidado...

A siete pasos, era Agapias quien se batía con el gigante entre volutas de humo. Armeno quiso acercarse a él, pero los desesperados ataques de los otros tres flagelantes lo mantenían ocupado. El ímpetu de aquellos guerreros se quebraba. El pánico y la derrota estaban dibujados en sus rostros, y los ánimos rabiosos del gigante no bastaban para infundirles coraje. No hacían amago de rodear a Armeno. Reculaban. El imperial los miró a los ojos, conocía aquellas miradas furtivas, esa tensión en los hombros propia de soldados al límite... casi podía escuchar los gritos de sus antiguos oficiales llamando a mantener la formación.

La daga del Diestro encontró el costado expuesto del gigante, de cuya boca brotó una densa baba sanguinolenta. Negándose a morir, el filanita alzó su hacha tratando de llevarse al kadés a la tumba; el acero de Agapias se interpuso aunque no bastó para frenar la furia del flagelante. Armeno contuvo el aliento. El dorso del arma golpeó el pecho del kadés con un pavoroso crujido; de haber sido el filo, se habría hundido en las costillas del Diestro.

No tientes...

Armeno detuvo otra destocada.

Pese a faltarle el aliento, Agapias acometió a fondo y su espada se hundió cerca del corazón del filanita mientras la daga le hacía dos cortes en el brazo que sostenía el hacha. Todavía tuvo el hideputa fuerzas para agarrar a Agapias del cuello con la zurda e intentar estrangularlo, pero el kadés le hundió la ropera hasta que una cuarta de acero asomó por la espalda del flagelante. *No está mal.*

De una patada, Agapias lo arrojó al suelo y liberó sus aceros mientras recuperaba el aliento.

Dos flagelantes retrocedían. Listos para huir.

El tercero, tras ver a su líder desplomarse sobre el ennegrecido suelo, se lanzó sobre el imperial con un grito rabioso. Su primer envite fue un corte al rostro que Armeno evitó con un salto hacia atrás; demasiado cerca para contraatacar con la ropera, Armeno lo golpeó en la boca con el pomo de la daga y de un codazo en el estómago lo hizo doblarse. El flagelante alzó la cabeza con sorpresa cuando la espada de Agapias lo atravesó de lado a lado. *Por la espalda, qué traidor.*

Antes de caer, le dio una estocada desesperada al Diestro, la punta de la espada se hundió media cuarta en el coselete y el kadés gimió de dolor.

¡No!

Armeno arremetió como un tragarremos, derribando al flagelante moribundo de un empujón y se volvió hacia los dos flagelantes que retrocedían, indecisos sobre qué hacer. «Los flagelantes

nunca se rinden», pensó Armeno. *Eso dicen*. Cuatro aceros se alzaron hacia los filanitas y estos se miraron entre ellos. Su compañero rodaba muerto por la ladera. Al final, escogieron vivir. *O vengarse mañana*. Los filanitas se marchaban, tan rápido como podían sin echar a correr. Armeno suspiró al ver que todo parecía haber terminado.

El Valle ya no temblaba, la luz había vuelto al mundo y ningún monstruo o filanita pretendía matarlo. «¿Ha terminado?», se preguntó. Sabía que aún debían llegar a Myrevus con la llama. Y el viaje había estado plagado de sorpresas desagradables como para esperar que ahora todo fuese un paseo militar hasta la maldita ciudad de tesoros y diosas. «Ya veremos si es verdad». Mucho habían pagado para llegar hasta allí.

Sus ojos se posaron sobre la estatua de piedra.

—¿Muerta? —preguntó Armeno en voz baja, inseguro de si Serafina podía escucharlo.

—Así es —se lamentó Agapias. Se llevaba una mano al agujero en el coselete—. No creo que se pueda hacer nada por ella.

Con gesto de cansancio, Agapias le dio la espalda para acercarse hacia la estatua de piedra que había sido Serafina. El kadés rozó la piedra con delicadeza, como si temiera que un movimiento brusco pudiera quebrar a Serafina. Armeno observó la estatua de la guardiana. El gesto severo, el cuerpo tenso como si fuera a atacar, la espada en alto... «Es Serafina».

Armeno no supo interpretar sus sentimientos. Serafina había sido la más distante del grupo y las conversaciones con ella parecían destinadas a ser breves y acabar con abruptas declaraciones. Pero qué guerrera. Que a Armeno le cayera una lágrima...

No tientes, he dicho.

...si no lo había impresionado la determinación de aquella mujer. Si el emperador hubiera tenido más soldados como ella, las provincias orientales nunca hubieran caído en manos de los filanitas. La mujer había muerto en su puesto, haciendo honor a ese juramento de los guardianes de Ahisma. Nunca la vio flaquear.

—No me hubiera gustado que fuera mi capitán.

Agapias se volvió con un punto de rabia en su rostro. Sus dedos se afanaban en liberar las correas del coselete.

—No os consiento que ofendáis la memoria de esta gran mujer.

—Su señoría me malinterpreta —se disculpó Armeno, alzando las manos de paz a las que su hermano siempre recurría—, yo sólo decía...

Armeno lo vio.

Ya era hora.

El kadés se había quitado la armadura y bajo la protección se veía una camisa de seda. Seda deshilachada y manchada de sangre noble, pero seda al fin y al cabo. Valiosa. Suave. *Frágil*. Nada se interponía entre su piel y el acero de Armeno.

—No esperaba que a ese filanita le quedasen fuerzas para clavarme la maldita espada —se quejó el kadés—. Creo que me ha rajado algo ahí dentro.

Y tú estás ileso, Armeno. No hay testigos salvo esa estatua y siempre podrás decir que los filanitas lo mataron. El imperial miró reflexivo el suelo regado con la sangre de los flagelantes. Meri estaba a salvo con Gladys, o eso creía, los filanitas habían huido y Mokula era un cadáver inmóvil. «Debería haber protegido a la niña». Armeno se volvió hacia el kadés. No le veía sentido a posponer más aquel desagradable asunto.

Eso es.

Alzó la vista hacia Agapias.

—Disculpe su señoría —musitó Armeno. El otro se volvió despacio—. Pero debo hacerlo.

La cuchillada fue una centella, pero el Diestro era el Diestro. La esquivó. El rostro del noble saltó de la sorpresa al temor cuando vio que la daga de Armeno también lo buscaba. Dio un paso atrás para maniobrar y desenvainó sus armas. La camisa ensangrentada se le pegaba al sudor del cuerpo.

—¿Por las lágrimas? —exclamó incrédulo.

Dos choques más de acero.

Un paso a la izquierda y un giro de muñeca no bastaron para penetrar la defensa del kadés.

—¿Vais a robar la llama para el emperador?

Armeno dio dos pasos más y forzó una finta en la que el Diestro no cayó. *Puedes hacerlo mejor.*

—La llama estará a salvo, se lo juro a vuesamerced.

El imperial lanzó una estocada que Agapias desvió con su daga, el ataque con la zurda fue de los más rápidos que Armeno hubiera ejecutado. *He sido yo.* Aun así, el Diestro lo esquivó. *Has colocado mal los pies.*

—¿Por qué? —preguntó el kadés.

«Eso, ¿por qué tiene que ser así?». No le respondió. «¿Hay alguna forma de que Agapias viva?». *No mientras yo guarde.*

El choque de espadas continuó y Armeno estuvo a punto de encajar un tajo en la rodilla, que esquivó de un salto.

¡Ahora!

En su descenso, la daga en su zurda tajó a Agapias desde el hombro izquierdo hasta el pecho. La carne se rasgó con la misma facilidad que la seda de su ropa. El kadés retrocedió, horrorizado ante aquella cascada de sangre. Su amago de devolver el ataque se truncó cuando se vio forzado a hincar la rodilla.

Armeno supo que todo había acabado.

—¿Por qué? —exigió Agapias mientras usaba la espada como bastón—. ¿Qué os he hecho yo, bastardo imperial? —Las fuerzas le fallaron y el Diestro cayó de espaldas. El suelo quemado lo acogió—. ¿Os he... ofendido de algún modo?

De una patada, Armeno alejó la ropera del kadés. Se colocó a su lado.

—No es ofensa sino obligación. Creedme que no lo haría si hubiera alternativa. —*¿De verdad vas a confesar como un criminal en el potro?*—. A menudo me miento, me digo que me engañó con sus triquiñuelas... pero no fue así. —*Nunca es tarde para asumirlo*—. Hice un pacto con quien no debía. —Los moribundos ojos de Agapias miraban fijamente a Armeno—. «Quisiera ser un espadachín invencible, tan bueno que mataré al Diestro de Kada con mi mano izquierda». Esas fueron mis palabras —dijo, alzando la daga que había realizado el corte mortal—. Ojalá hubiera elegido otras.

Agapias se apretó la herida del pecho, demasiado grande para sus manos. Tosió sangre.

—¿Vos... matasteis a Palanos? —balbuceó.

Armeno posó la punta de acero sobre el corazón del Diestro.

—Y al del año anterior. Sois el tercero.

En el rostro de Agapias se mezclaban el dolor, la sorpresa, el odio y el miedo. Armeno había visto caras semejantes durante sus días de guerra, cuando los soldados a punto de morir lamentaban las decisiones que los habían conducido hasta ese momento. «Pero aquí estamos».

—No. No puedo... no —balbuceaba el kadés—. Mi honor, Armeno. Mi honor. Los etrubios me recordarán... Necesito disculparme... Deben comprender que yo... yo no quise marcharme. Yo no...

No, no, no. Qué aburrido. Armeno comprendió el temor de Agapias. Morir con la marca de cobarde sobre él. Abandonar a los kadeses en el Rocón. Abandonar a los etrubios en el Valle de Lágrimas. Errores.

—Lo lamento, pero estoy obligado.

—Un pacto... ¿Los Poderes Ruinosos...? —Armeno asintió—. ¿Sabe... sabe vuestro hermano que...? —masculló Agapias. El imperial volvió a asentir—. ¿Por qué no os... os ha denunciado?

De la boca del moribundo brotó un reguero de sangre que amenazaba con ahogarlo. Armeno miró la punta de su espada, su mano izquierda agarró el pomo con ansia.

—Es mi hermano —dijo mientras hundía el acero en el corazón de Agapias—. Uno no puede dar la espalda a su familia.

Hasta el año que viene.

—Te odio —masculló Armeno mientras extraía la espada del cuerpo inmóvil del Diestro de Kada.

Los ojos del kadés todavía lo miraban, pero ya no había sentimiento alguno tras ellos. Tampoco paz. Agapias Makris, Diestro de Kada, era uno más de los muchos cadáveres que Armeno había contemplado en su vida. Pero este era de los pocos que le causaban sosiego.

El brillante sol de la mañana iluminaba Valle de Lágrimas, en relativa calma tras la destructiva lluvia de magia y demencia. Armeno suspiró, agotado por todo lo que...

Dos ojos negros lo observaban. Mokula no estaba muerta.

Gladys

Bajo sus pies sólo había abismo. Una boca oscura que parecía hundirse hasta las profundidades del mundo. Pese a todo, Gladys todavía aferraba la Luz de Ahisma. La llama brillaba con especial intensidad entre el polvo que se desprendía de las paredes. La portadora miró abajo sin ver nada y después hacia arriba, donde su brazo izquierdo le daba unos dolorosos tirones que amenazaban con dislocarle el hombro. Algo húmedo y maloliente se negaba a soltarla.

Entre el polvo, había dos ojos verdes impregnados de pánico.

—¡Meri!

El imperial apretaba los dientes entre resoplidos y el sudor le chorreaba por la cara hasta la punta de la nariz. Sus manos se cerraban en torno a la muñeca de Gladys, apretando con tanta fuerza que la guardiana pensaba que iba a partirle los huesos. En repetidas ocasiones, Meribaldo hacía fuerza para alzarla pero sus intentos se truncaban.

—No puedo... no —mascullaba.

Gladys se miró. El camisote de malla, destinado a protegerla de cuchilladas, añadía más peso. Forcejeó con el mango del portafuegos en busca del cierre de su armadura pero supo que resultaría imposible quitársela en aquella situación.

La vista de Gladys se nublaba por la siniestra sensación de verse flotando. En el fondo de su mente deseaba que Meri la dejara caer para que terminase aquel tormento en su brazo, pero algo en su interior empujaba y la obligó a forzar el brazo para ganar altura.

Era imposible.

Dio un grito cuando las manos sudorosas de Meribaldo dejaron que la guardiana se escurriera otra pulgada.

—¡Dame la otra mano!

La guardiana miró la Luz de Ahisma.

—No puedo.

—¡Gladys, vas a morir! ¡Suelta la antorcha!

—¡No mientras yo guarde!

Los dedos del imperial parecieron clavarse aún más en la piel de la kadesa.

—Esa religión...

—¡Ah! —exclamó la guardiana cuando se escurrió un poco más hacia el abismo.

—¡La roca! ¡La roca! —gritó con entusiasmo Meri mientras ladeaba la cabeza—. Allí, a tu izquierda.

—¿Qué?

—Hay una roca que sobresale. Apoya el pie.

Gladys giró la cabeza cuanto pudo pero no vio ningún lugar donde agarrarse o apoyarse, sólo la pared que parecía haber sido cincelada por una cuchillada furiosa. El polvo todavía flotaba en el ambiente y se le pegaba a la cara, forzándola a cerrar los ojos entre lagrimones.

—¡No la veo! —dijo con el sabor del barro en su garganta.

—Está ahí, confía en mí. Voy a balancearte un poco, ¿de acuerdo? Intenta poner el pie y

pégate a la pared.

La sensación de mareo aumentó cuando el imperial hizo fuerza para acercar a Gladys a la pared como si fuera el péndulo de un reloj.

—¡No hagas eso! —exclamó Gladys.

—¡Ahí está! ¿La ves?

No la veía, pero en uno de los balanceos su pie rozó una superficie sólida.

Alzó la vista hacia Meribaldo, cuyo rostro impregnado de polvo y sudor estaba concentrado en mantener a Gladys viva. Confía en mí, parecían decir sus ojos. Se quedaron mirándose el uno al otro mientras a su alrededor pequeños guijarros resonaban al chocar con las paredes de roca en su descenso hacia la oscuridad. Gladys miró la Luz de Ahisma y hacia el saliente que no podía ver, después alzó de nuevo la cabeza hacia el imperial.

—No te soltaré —aseguró él.

Gladys asintió.

Meribaldo tragó saliva y comenzó a mover los brazos. Durante un instante, la guardiana creyó que iba a escurrirse y caer, pero la tenaza que el imperial ejercía sobre ella parecía sobrehumana. «No me soltaré». El tacón de su bota pisó el saliente pero no pudo asegurar el pie y siguió oscilando.

—¡Otra vez! —la animó Meribaldo.

Sus piernas colgaban sobre el vacío mientras él se negaba a dejarla caer. Entre resoplidos, hizo que Gladys se acercara de nuevo a la pared de roca. Esta vez Gladys no dejó escapar la oportunidad y afirmó su bota contra el saliente. Los músculos de su pierna protestaron por lo incómodo de aquella postura pero, apretando los dientes, hizo fuerza para no alejarse.

—¡Ahora agárrate!

Aunque la rodilla le ardiera de tanto hacer fuerza, Gladys se encontró dando las gracias a sus instructores por someterla a un continuo entrenamiento físico. Más aún cuando se vio recompensada con sus labios rozando la pared de roca. Su otra pierna también encontró apoyo y la sensación de pisar suelo firme inundó a Gladys de un gozo sin límites.

—¿Estás bien?

—Estoy viva.

—La mejor forma... —resopló Meri— de empezar el día.

Gladys sonrió y el enrojecido rostro de Meri le devolvió la sonrisa. Pese a estar de pie, la superficie era inestable, por lo que el imperial todavía la tenía agarrada de la muñeca.

La guardiana examinó el extraño lugar donde se encontraba, todavía confundida porque la tierra se hubiera abierto bajo sus pies mientras corría junto a Meribaldo. Había dado por sentado que la lluvia de lágrimas había cesado tras haber huido más allá del muro de fuego y la bruja filanita, pero tras ver aquella nueva transformación en el paisaje supuso que el Valle de Lágrimas seguía teniendo violentos caprichos. «Puede que caigan más lágrimas a lo largo del día. Debemos ser cautelosos».

—Dame la llama —dijo Meri mientras extendía su mano izquierda.

—¿Qué? —preguntó Gladys con sorpresa.

—Vas a necesitar los dos brazos para subir —explicó el imperial—. Dame la Luz de Ahisma y luego te subiré. —Gladys miró hacia el abismo con desconfianza—. No te soltaré, lo juro por mi difunta madre.

No se trataba de eso. Gladys se mostraba recelosa a ceder la Luz de Ahisma a Meri, especialmente tras haber escuchado de sus labios pedirle a Gladys que la soltara para salvarse. Sin embargo, esa misma razón le llevó a aceptar su propuesta. Gladys no quería que Meribaldo

tuviera que elegir entre ella y Ahisma. Estaba segura de que el mundo lo lamentaría.

«Tampoco tengo muchas opciones», se dijo al ver la complicada escalada que tenía por delante.

—Con cuidado —le pidió mientras alzaba la antorcha.

Él asintió y cerró la mano en torno al portafuegos. Meri tiró pero Gladys no la liberó, todavía indecisa.

—No os voy a soltar, Gladys. Ni a ti ni a la diosa.

La llama resplandecía hermosa en sus iris verdes cuando la guardiana finalmente cedió. Meribaldo alzó la antorcha hasta el borde y Gladys perdió de vista el fuego pero no el resplandor que iluminaba el pelo húmedo del imperial. Este se demoró un instante y ofreció su mano libre a la kadesa.

—Ahora tú.

Aliviada de no tener que cargar todo su peso sobre un único brazo, Gladys afirmó los pies en la roca y agarró con fuerza a Meribaldo. Él tiraba mientras ella trataba de asirse a la resbaladiza pared, pese a perder pie en varias ocasiones, el imperial en ningún momento dejó de hacer fuerza. Al segundo intento, Gladys logró agarrar a Meribaldo del hombro y él retrocedió para alejarse del borde. El tenue resplandor de las llamas se convirtió en una visión clara del portafuegos apoyado en una piedra, su brillo más tenue ahora que el mundo estaba iluminado por el cálido sol del amanecer.

La guardiana escuchó a Meribaldo resoplar debido al esfuerzo y devolvió su atención a salir de aquel precipicio. Pronto sus rodillas dieron con el suelo y pudo dar un último empujón hasta caer junto al imperial.

—No me has soltado —dijo Gladys entre jadeos.

A su lado, el pecho de Meri se agitaba mientras recobraba el aliento.

—Siempre me digo... —musitó falto de aire— que debería hacer menos promesas... Algún día me matarán por ellas.

«Todos hacemos promesas, pero no todos cumplen», pensó Gladys sin dejar de mirar a aquel hombre que no se había separado de ella desde que se vieron por primera vez. Sin pensarlo dos veces, Gladys se inclinó hacia él y plantó sus labios sobre los de Meri con tal ímpetu que sus frentes se chocaron. Los ojos del imperial se abrieron con sorpresa pero pronto reflejaron felicidad.

—Pardiez si llevo tiempo esperando...

—¡Cállate! —dijo Gladys, esta vez besándolo de verdad.

Los ojos de Melegros eran esmeraldas que brillaban como los de un niño ilusionado. «De Meri, son ojos de Meri...». Las manos del imperial acariciaban las mejillas de Gladys y sonreía como un estúpido. Se besaron. Se siguieron besando como si no les quedara tiempo en el mundo. La guardiana notó como los dedos de Meri intentaban colarse sin éxito entre el camisote de malla.

—¿Sabes, Gladys, que en los Picos Sollozantes tenemos una costumbre sobre la noche de bodas que...?

Detrás de Meri, algo se acercaba renqueando. Una figura apenas bípeda avanzaba movida no por su destrozado cuerpo sino por un impulso de pura voluntad. Estaba cubierta de manchas rojizas y negras, como un trozo de carne al espetón. De lo que parecía ser su boca brotaba una baba blanquecina y sus ojos eran del color del carbón. En un primer momento, Gladys pensó que se trataba de un acémilo o algún otro monstruo del Valle de Lágrimas, pero entonces el amasijo sangriento alzó una espada.

—¡Meri!

El imperial volvía la cabeza cuando la punta de acero descendió hacia él. Gladys se interpuso. Algo frío y caliente al mismo tiempo tocó su frente y fue segando su cara con un surco de dolor. La guardiana gritó mientras el mundo parecía perder luz. Su primer pensamiento fue para desenvainar una espada que había perdido en el abismo. Una nueva sustancia pegajosa se deslizaba sobre su rostro mientras palpaba el suelo en busca de un arma. Sólo veía con un ojo y su palma topó con algo metálico. «El portafuegos».

—¡Cuidado! —gritó Meri.

La figura sangrienta dio un paso hacia Gladys. Gritó algo incomprensible, más cercano a un graznido que a una lengua humana, antes de dar una estocada hacia la guardiana. Tras agarrar la antorcha, Gladys alzó el brazo. La robusta pieza de artesanía bloqueó el ataque y la bestia carbonizada lanzó un grito de frustración.

En filanita.

Gladys se quedó boquiabierta al percatarse de que aquel despojo era la monja de Filani, todavía luchando para acabar con la Iglesia de Ahisma. Lo que una vez fuera su pelo se había convertido en una deshilachada maraña de quemaduras y carne abrasada.

La bruja filanita apenas podía mantenerse en pie, pero eso no parecía amedrentarla, pues avanzó hacia la Luz de Ahisma con el odio impregnado en sus ojos carbonizados.

—Tu iglesia es un fraude —masculló con voz rabiosa—. ¡Cobardes! ¡Cobardes que se acurrucan junto a una luz! Os someteremos y luego...

La filanita trastabilló cuando una piedra la golpeó en el muslo. Una segunda roca pasó rozando su mejilla. Gladys se giró para ver cómo Meri recogía otra piedra para lanzársela a la hechicera, la vaina de su espadín también estaba vacía. La guardiana se interpuso con su improvisada maza.

—¡Muere! —gritó la monja.

Pese a la torpeza de las estocadas, Gladys se vio forzada a retroceder. Las cuchilladas eran lentas y perdían ímpetu a causa de las heridas de la filanita, pero el portafuegos no era una espada y la guardiana sólo podía batirse a la defensiva. Además, era incapaz de abrir el ojo izquierdo y mantenía el cuerpo ladeado para que la filanita no quedara fuera de su campo visual.

Espada y portafuegos chocaban entre el polvo del ambiente y los resoplidos de las luchadoras. Gladys la agarró del hombro y tiró de ella para empujarla hacia el abismo, pero la filanita se detuvo justo a tiempo y lanzó una estocada en arco que habría tajado a la kadesa de no haber sido por el camisote de malla.

La filanita se disponía a atacar de nuevo cuando una nueva piedra la golpeó en el costado. Gladys aprovechó la confusión para arremeter contra la muñeca de la hechicera. Se oyó un chasquido y el acero cayó al suelo.

Desarmada, la hechicera no pudo hacer nada. Los brutales golpes del portafuegos la redujeron hasta que cayó de rodillas.

—... unimos... contra los Poderes... Ruinosos... una sola fe... unidos... el Dios Verdade...

La cabeza de la filanita crujió bajo el portafuegos, fragmentos de hueso adheridos a la fina pieza de artesanía. De una patada, Gladys arrojó a la monja al abismo.

Todo quedó en silencio salvo el viento ululando entre la nueva orografía del Valle de Lágrimas, y los intensos latidos de su propio corazón. «¿Se ha acabado?», se preguntó Gladys.

El polvo que se había levantado tras la lluvia de lágrimas por fin comenzaba a posarse sobre el suelo. Tras el abismo brotaba un bosque de árboles que danzaban al ritmo de una melodía que sólo ellos parecían escuchar y más allá se alzaba una cordillera. En una de aquellas montañas se

alzaría Myrevus, la antigua capital del Viejo Imperio. «Un último esfuerzo», se dijo Gladys.
En su mano, la Luz de Ahisma brillaba bajo el sol.

Meribaldo

Gladys había perdido el ojo. No lo tenía a la funerala como los soldados tras una pelea de taberna sino completamente negro, desaparecido bajo una viscosidad granate. Por una vez, Meribaldo no sabía qué decir, cien palabras simultáneas no lograban brotar de su garganta y el imperial se limitaba a mirar embelesado la siniestra herida en el rostro de Gladys.

Ella caminaba cabizbaja, con los dientes apretados y el puño aferrado al mango de la Luz de Ahisma, deshaciendo sus pasos hacia la colina donde se habían hecho fuertes tras el ataque de los flagelantes. Estaban convencidos de que allí encontrarían a todos sanos y salvos. Pero en la cima de la colina tan solo se veían dos solitarias figuras. Y una de ellas era una estatua de piedra. Meribaldo supuso que quien seguía vivo era su hermano, pero en el fondo albergaba la duda sobre si se trataría de uno de los flagelantes mientras el cadáver de su hermano descansaba junto a Serafina.

«No. Nunca».

Gladys llevaba la espada filanita, la única que tenían, mientras Meri no dejaba de examinar al suelo en busca de algo que pudiera servir como arma. Las lágrimas habían convertido aquella parte del Valle en un desierto de rocas acristaladas que brillaban con una enfermiza luz blanquecina. «Las mujeres pagarían por una joya así», pensó antes de darse cuenta de que aquello eran lágrimas. Miró a su alrededor con más atención y vio que había lágrimas por todas partes. Se agachó a recoger una piedra y examinó los incrustados fragmentos de cristal. «Los etrubios marchan a la guerra por esto», se dijo mientras recogía varias piedras más y se las guardaba en la bolsa y las mangas de la camisa.

Gladys lo miraba con un gesto que Meribaldo no supo identificar, las heridas en el rostro hacían difícil adivinar su estado de ánimo pero optó por dejar de recoger lágrimas. Estaba seguro de que en sus bolsillos ya tenía el equivalente a cincuenta sólidos de oro.

—Es tu hermano —dijo la guardiana, señalando la cima de la colina.

Pese a ya saberlo, Meribaldo suspiró aliviado antes de apretar el paso, ladera arriba. El camino estaba salpicado de cadáveres filanitas. Encontraron a Armeno maldiciendo mientras forcejeaba con una de las hachas de los flagelantes. Había usado la ropa de los muertos que decoraban aquella siniestra colina para atar unas ramas y fabricar unas destartaladas parihuelas.

—Creí que estaríais ya en Myrevus —dijo Armeno sin volverse.

—No te dejaré atrás —replicó Meribaldo mientras recogía una espada, algo más pesada de la que acostumbraba a portar.

—La bruja ha muerto —anunció Gladys.

Su hermano alzó la vista hacia la guardiana, si tenía algún comentario sobre el ojo ausente, se guardó de hacerlo.

—Sus guerreros también —informó Armeno—. Dos han huido, pero no volverán.

Meribaldo observó los cuerpos dispersos sobre la colina. En el centro, rodeado de adversarios caídos, estaba Agapias. Con una enorme hacha hundida en su coselete.

—¿Lo ha matado el gigante? —preguntó Meribaldo.

Su hermano asintió. Asintió con demasiada firmeza. «Era inevitable».

—Vendió cara su vida —dijo Armeno mientras forcejeaba con las parihuelas.

—¿Qué estás haciendo, hermano?

Como respuesta, uno de los cadáveres emitió una débil tos.

—Creí que estaba muerta —dijo Armeno sin volverse—. Pero esa chica es una fortaleza.

Gladys se aproximó a la niña, mirando con desagrado las heridas que cubrían su pequeño cuerpo. Meribaldo se acercó. La pierna izquierda era un despojo. El resto...

La guardiana señaló las parihuelas.

—¿Son para la ursavita?

Armeno asintió.

—Mokula necesita un cirujano. Nos la llevamos a Myrevus.

El tono de su voz era el de un sargento instructor. Meribaldo optó por ayudarle para acabar cuanto antes, la niña necesitaba un milagro más que un médico, pero no discutiría con su hermano en asuntos de niños. «Parecen hechas por un manco», pensó Meribaldo al ver las parihuelas terminadas. Daba la impresión de que se partirían en cualquier momento pero ni su hermano ni él mismo eran carpinteros y cuando habían cargado con compañeros heridos había sido en medio de la batalla, arrastrando al camarada herido mientras este se sujetaba sus propias tripas o el muñón de la pierna. Aquellas parihuelas hubieran supuesto un lujo.

—La niña nunca debería haber venido —se quejó Armeno al ver la abundante sangre en torno a Mokula—. Le dije a doña Serafina que era una mala idea, pero ella no tuvo en consideración el peligro al que exponía a la ursavita. Estaba ciega ante la posibilidad de contar con hechizos en su favor.

Gladys alzó la vista.

—Fue decisión de Mokula venir con nosotros para defender la llama.

—¡A los niños hay que protegerlos, no arrastrarlos a una guerra religiosa!

—Soy la primera que siente ver cómo ha acabado todo —continuó Gladys—, pero os recuerdo que su fuego nos ha dado la victoria. No habríamos tenido ninguna oportunidad sin ella.

Meribaldo vio en el rostro de su hermano una mezcla de arrogancia y furia.

—Déjame ver sus heridas —dijo Meribaldo—. Tal vez haya algo que...

—No es algo que puedas remendar, Meri —replicó su hermano—. Debemos irnos ya. Agarra ese extremo.

Los dos imperiales levantaron con mucho cuidado a Mokula. La niña movía los dedos.

—Debemos incinerar a Serafina —intervino Gladys—. Y enterrar a Agapias, tal vez.

Aquello les cogió por sorpresa.

—No hay tiempo —replicó Armeno mientras daba pasitos cortos—. Mokula morirá si no recibe ayuda.

—Lo sé... Lo sé... pero... era una guardiana de Ahisma. Su humo debe llegar al cielo.

—Es una estatua —dijo Meribaldo. La mirada furiosa de Gladys hizo que tragara saliva—. Me refiero a que está hecha de roca, el fuego no la consumirá.

—Guardó la llama hasta su muerte —insistió Gladys—, se merece un funeral apropiado. Por ella. Por Vetias... Por todos.

—Que vuesa merced haga lo que quiera —dijo Armeno mientras apremiaba con la cabeza a su hermano—. Nos marchamos.

Gladys negaba con la cabeza. Dubitativa.

—Se merece un funeral apropiado —repitió.

—No hace falta quemarla —comentó Meribaldo—. Todavía guarda.

La postura de Serafina era desafiante en extremo. Herida de un brazo, pie atrás para mantener

el equilibrio y la otra rodilla flexionada para favorecer el ataque. La espada alta y, tras ella, unos ojos concentrados en un enemigo invisible. Serafina hubiera sido la envidia de un escultor viejoimperial.

—Volveremos —prometió Meribaldo—. Cuando todo haya terminado, volveremos y nos encargaremos de nuestros caídos.

Gladys se mordía el labio con nerviosismo cuando los hermanos pasaron junto a ella.

—Sólo un segundo, por favor —pidió Gladys. Meribaldo se detuvo. Con un gruñido, su hermano dejó de tirar de las parihuelas—. Serafina tenía un olivo con su nombre en Kada. Iba a ser su pira funeraria. Yo también tengo uno —añadió, cogiendo unas pocas ramas descartadas por Armeno y colocándolas en un montón a los pies de la portadora—. O lo tenía. Hasta eso nos han quitado...

Cuando completó su pequeña pira, acercó la Luz de Ahisma hasta que la madera prendió. Agachó la cabeza y se llevó una mano al colgante de la llama.

—Señora del Fuego, devuélvenos la luz. Tú, que alimentas el calor del mundo, protege nuestro ser. Expulsa la oscuridad, para que no prevalezcan ni el terror ni la maldad. Mi ofrenda es madera, que alimente tu poder; metal, para que lo forjes a tu voluntad. A ti, diosa de la luz, ofrezco mi espada, para que protejas a la humanidad. Guardianas durante el día, guerreras en la noche. He aquí tu promesa: ni frío ni oscuridad, nada debemos temer. No hasta que tu fuego se apague. No mientras yo guarde.

Entre el humo de la pequeña hoguera, el severo rostro de piedra parecía satisfecho de oír aquello. Meribaldo vio cómo Gladys tragaba saliva para contener el llanto. Se mantenía erguida frente a Serafina, con la Luz de Ahisma en una mano y apretando el colgante de la llama con la otra. Sus labios temblaban. Gladys se dio cuenta de que Meribaldo la observaba y desvió la vista hacia el horizonte.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó impaciente Armeno.

—Podemos irnos —asintió Gladys.

Se colocó en cabeza con la Luz de Ahisma mientras Meribaldo sostenía el otro extremo de las parihuelas. Él y su hermano marchaban al compás. El escaso peso de la niña y las pocas fuerzas que tenía para quejarse mientras descendían la escarpada colina hizo que Meribaldo sintiera aún más lástima por ella.

Con la ciudad de Myrevus siempre frente a ellos, los tres caminaron. Armeno forzaba el paso para llegar cuanto antes, siempre con un ojo puesto en la pequeña Mokula.

Meribaldo vio cómo Gladys, con el portafuegos en la mano, echaba un último vistazo a la estatua que custodiaba una insignificante hoguera en el Valle de Lágrimas.

Armeno

Cruzar el Valle de Lágrimas bajo el sol tenía sus ventajas. Para empezar, Armeno ya no tenía que vigilar constantemente sus pies en busca de obstáculos con los que pudiera tropezar. Y a Mokula con él. Podía mantener un buen ritmo y al mismo tiempo sortear piedras y esferas de agua. Además, los túmulos de ardillas petrificadas no eran tan siniestros cuando se veían mucho antes de llegar hasta ellos.

También tenía contrapuntos, pues el sol castigaba con fuerza y los hermanos habían perdido sus sombreros en la maldita hostería de Vito Malzone. Lo peor era que la lluvia de lágrimas había provocado una nueva oleada de monstruos. *Siempre fueron una molestia*. Armeno los veía en la distancia, sobre dos, tres o cuatro patas, avanzando por el inconstante terreno, solitarios o en pequeños grupos, a veces devorándose unos a otros o a los pobres animales que no se habían transformado. O atacando a humanos cogidos por sorpresa. Aún no habían visto a estos últimos —aventureros y cazatesoros, supuso Armeno—, pero escuchaba sus gritos al otro lado de las colinas que los cuatro subían y bajaban en su avance hacia el norte. No eran muy distintos a los gritos de la batalla.

También se escuchaban disparos, y Gladys no había soltado el pomo de su espada desde que abandonaran la estatua de Serafina.

—No debe de faltar mucho hasta la ciudad —comentó Meri a su espalda. Su hermano cargaba el otro extremo de las parihuelas—. Quizá detrás de esta colina.

«Eso dijiste en la anterior», se lamentó Armeno. Ignoraba cuánta distancia separaba el Valle de Lágrimas de la ciudad de Myrevus, ni si allí estarían a salvo de los monstruos, pero le preocupaba que Mokula no emitiera sonido alguno. Bien podía estar dormida, pero Armeno prefería no comprobarlo.

—Ya falta poco, pequeña —susurró—. Sólo un poco más.

Subieron la pendiente con lentitud y la vista puesta en los guijarros que la cubrían. A cada paso se arriesgaban a resbalar y Armeno debía afirmar bien los pies antes de continuar ascendiendo. Algunas de las piedras trepaban por su pantorrilla. «Odio este lugar». *Ha tenido años mejores*.

Gladys le ofreció una mano para ayudarle a ascender pero Armeno hizo un ademán con la cabeza hacia su hermano, pues lo oía resoplar a cada tramo que debía ascender. Se giró un momento hacia él. Tenía el rostro enrojecido y cubierto de un sudor negruzco.

—¿Estás bien, Meri?

—Ha sido un día largo —replicó su hermano mientras empujaba las parihuelas ladera arriba—. Cinco, de hecho. Podría dormir hasta la próxima Umbría —añadió con un jadeo.

La guardiana se colocó tras Meri y con su mano libre lo empujó para ayudarlo a trepar la ladera. Armeno procuraba no mirar el ojo desaparecido de Gladys y devolvió su atención a la cima de la colina, que poco a poco se acercaba. Los guijarros se deslizaban allá donde pisara y en un par de ocasiones estuvo a punto de resbalar, pero Armeno mantuvo el equilibrio. Una vez sobre la colina pudo examinar el terreno a su alrededor.

Frente a ellos no estaban las puertas de Myrevus, sino un pequeño torrente que había dejado

crecer una extraña vegetación. Y otra colina más.

—Pardiez —maldijo Armeno—. Este valle es un hideputa de una punta a otra. Al menos podemos beber ese agua y limpiar a la pobre Mokula.

Armeno volvió a abrir la marcha. El suelo era más húmedo allí, con una tierra blanda donde las botas se aferraban fácilmente. Esa humedad también había propiciado que los árboles profundizaran sus raíces. De no haber sido por los frutos arcoiris, podría haber pasado por una arboleda cualquiera en otro lugar del mundo.

Al llegar al torrente, los hermanos apoyaron con delicadeza las parihuelas.

—Este viaje ha puesto al límite mis pies —dijo Meri mientras se descalzaba—. Suerte que tengo las botas del maese Arturo, de Propol.

Armeno captó la mirada preocupada de Gladys.

—¿Qué sucede?

—¿Se podrá beber ese agua? Quiero decir... viene del Valle de Lágrimas, podría estar contaminada con sólo las diosas saben qué ponzoña.

Ella y Meri intercambiaron una mirada. Después, Gladys se inclinó hasta que sus dedos rozaron la superficie del agua.

—Espera un momento —dijo Meri—. Mi hermano es docto en estos asuntos —añadió, volviéndose hacia Armeno.

Él lo miró extrañado mientras Meri le indicaba con un ademán que se acercara al torrente. *Es por mí.* «Ah», comprendió. *Ah.* «Cállate». *Entonces presta más atención.* Armeno se acercó al surco de agua mientras Gladys lo miraba con suspicacia.

—Como ya he dicho alguna vez —dijo Meri—, Armeno ha comido mucho rancho de tercio y sabe lo que no es bueno para la salud.

No obstante, Armeno adivinó la sospecha en el único ojo de Gladys. El imperial tomó un poco de agua con ambas manos. No se había dado cuenta de lo sucias que las tenía hasta que el agua se tiñó por un instante de marrón, aprovechó para lavarse los brazos y la cara. Cuando hubo terminado, dejó que el agua corriera un poco hasta que se aclaró e hizo cuenco con las manos y acercó el agua a sus labios. Sus dientes y su garganta protestaron por lo fría que estaba pero únicamente tenía un leve regusto a tierra.

—Agua.

Gladys y Meri también bebieron y se asearon mientras Armeno dejaba caer unas gotas sobre el rostro de Mokula. La niña abrió ligeramente los labios.

—Eso es, pequeña. Siempre un día más.

Tras refrescarse, cruzaron el bosque de frutos multicolor y ya comenzaban el ascenso por la pendiente de la próxima colina cuando escucharon unas voces cercanas. La lengua era una versión destrozada del imperial. Por un momento, Armeno pensó que se trataba de kadés, pero al ver que Gladys fruncía el ceño —su maldito ojo ausente seguía poniéndolo nervioso— dedujo que no se trata del idioma de la ciudad libre. *No tan libre.*

Armeno se detuvo y le indicó a su hermano que dejara las parihuelas con cuidado en el suelo. Después, comprobó que su espada se desenfundaba con facilidad y continuó el ascenso. De un golpe seco, Gladys clavó la Luz de Ahisma en el suelo y, tras comprobar que se mantenía en equilibrio, fue tras el imperial. Meri la siguió poco después.

Los tres caminaron agachados por la contrapendiente. Tumbado en el suelo, Armeno asomó la cabeza con cautela como si se preparara para una encamisada.

Al otro lado vieron un nutrido grupo de hombres y carros que, pertrechados de palas y picos, recogían rocas del suelo. A su alrededor había otras figuras armadas que daban la impresión de

ser centinelas.

—Podríamos negociar uno de esos caballos —propuso Meribaldo mientras rebuscaba entre sus bolsillos y extraía una de las lágrimas que había recogido—. Incluso un carro para llevar a Mokula.

Armeno negó con la cabeza.

—Si te ven con eso quizá te maten para robártelo.

Los dos hermanos iban a retroceder cuando Gladys sujetó a Meri de la mano. A Armeno no se le escapó la caricia con la que su hermano devolvió el contacto.

—Esperad un momento —pidió Gladys, señalando hacia la comitiva con la mano libre—. La mujer de azul junto al tercer carro... Esas son ropas de la Iglesia de Azgola.

Tras escudriñar a la figura que caminaba junto a los recolectores, Armeno comprobó que en efecto eran las vestimentas de una sacerdotisa del agua. Si se fijaba mejor, también podía ver que en un tiempo ya lejano los carros habían estado pintados de azul. La pintura se había desconchado y el barro seco usurpaba su lugar.

—La Iglesia de Azgola nos ayudará —dijo Gladys con firmeza—. Hablemos con ellos.

La guardiana se estaba poniendo en pie cuando Armeno la retuvo del antebrazo. Ella reaccionó de un manotazo y miró furiosa al imperial.

—¿Podemos confiar en esa gente? —preguntó Armeno—. ¿Qué ocurrirá si sólo es una hechicera mercenaria y no una sacerdotisa?

—Es una sacerdotisa —aseguró la guardiana, relajándose tras el sobresalto—. Y nos ayudará. Seguidme.

Armeno dedicó una mirada a su hermano, pero Meri asintió mientras se incorporaba para ir tras la guardiana.

—Gladys sabe lo que hace.

«Espero que esa cara bonita no te haya nublado el juicio». *No tan bonita ahora*. Armeno gruñó antes de agarrar su extremo de las parihuelas y ambos hermanos cargaron con Mokula tras los pasos de Gladys.

Lograron dar casi treinta pasos antes de que uno de los centinelas silbara para alertar sobre su presencia.

«Cinco, más los recolectores», contó Armeno. Los centinelas, cuatro hombres y una mujer, miraron a la sacerdotisa de azul en busca de instrucciones. Ella los distribuyó en dos grupos y su cinturón tintineó, llevaba cuatro frascos de vidrio llenos de polvo de lágrimas. «Magia hideputa», maldijo Armeno mientras seguía caminando.

Antes de que se acercaran demasiado, la sacerdotisa les dio el alto. Armeno y Meri dejaron a Mokula en el suelo y flanquearon a Gladys.

Miradas de desconfianza se intercambiaron antes de que la mujer de azul señalara los desgastados ropajes de la guardiana.

—¿Servís a la Iglesia de Ahisma? —preguntó con un acento cantarín. La kadesa asintió—. Nunca os había visto en vuestro templo.

Gladys cambió el portafuegos de mano y movió la cabeza de un lado a otro para ver bien a los centinelas que poco a poco empezaban a rodearles. *El de las cicatrices tiene una pistola*. Armeno asintió.

—Mi nombre es Gladys, soy guardiana de Ahisma en el Gran Templo de Kada. Ellos son Armeno y Meribaldo, mis escoltas. Nos dirigimos a Myrevus y tenemos una niña herida que necesita ayuda, una monja de Ahisma.

La sacerdotisa de Azgolaladeó la cabeza para examinar a Mokula sobre las parihuelas.

—¿Los monstruos o las lágrimas?

—Flagelantes —replicó Gladys.

Una mezcla de sorpresa y espanto se dibujó en el rostro de la mujer de azul. Después miró a Gladys y la antorcha que portaba a plena luz del día.

—¿Decís que venís de Kada? —preguntó sin liberar su atención de la Luz de Ahisma—. ¿No estaba bajo asedio?

—Ahora pertenece a los filanitas —dijo Gladys— Por el momento.

Se produjo un breve silencio apenas roto por algún aullido lejano o el deslizar del viento sobre hongos congelados. Cuando la sacerdotisa dio un paso hacia la llama, Gladys reaccionó echando un pie atrás. Los centinelas aferraron sus armas.

Meribaldo alzó las manos pidiendo calma.

—Doña Gladys necesita llegar junto a los suyos en el templo de Myrevus. Agradeceríamos mucho que gente devota de las Cinco Diosas ayudara a dos hermanas en apuros —dijo, señalando primero a Gladys y después las parihuelas—. La pequeña Mokula ha sido herida durante su lucha contra los herejes del dios de Filani, y doña Gladys tiene una misión que cumplir por el bien de cuantos viven bajo el cielo. Veo que vuesasmercedes son gente ocupada pero si nos prestaran uno de esos carros podremos llegar antes a la ciudad y salvar la vida de esta niña valiente. Yo mismo regresaré con él cuando hayamos terminado, junto con mi profundo agradecimiento.

Uno de los centinelas se acercó a Meri.

—¿Dinero? —preguntó con un acento ajeno a la civilización.

—¡Es una niña! —exclamó Armeno—. ¿No vais a ayudarla?

El centinela alzó la punta de su espada mientras hacía gestos amenazadores sobre cortar la lengua de Armeno.

Puedo matarlos a todos. «Es una posibilidad».

Una fulminante mirada de la sacerdotisa de agua hizo que el hombre se callara, después devolvió su atención a Gladys. Armeno se preguntó si la mujer se habría percatado del juego de pies de Gladys, la mano sobre el pomo de la espada y el cuerpo ladeado para proteger el portafuegos. «Esta moza es una fanática».

—Si mal no recuerdo —dijo la sacerdotisa lentamente— la Luz de Ahisma se guarda en Kada.

—Guardaba.

La mujer de azul permaneció pensativa.

Mokula tosió.

—La niña morirá si no llegamos pronto —intervino Armeno—. Dadnos ese carro o dejadnos continuar nuestro camino.

Esta vez fue la sacerdotisa quien pidió calma con las manos.

—Necesitaréis un permiso para atravesar las murallas.

—Así es —dijo la guardiana, alejando la mano de la empuñadura de su arma para extraer un canuto de cuero. Lo mantuvo en alto—. Un salvoconducto para la Luz de Ahisma y sus portadores.

La mujer de azul hizo un gesto extraño, algún tipo de rezo que Armeno ignoraba, e inclinó un instante la cabeza con respeto.

—Eso servirá —dijo. Ordenó a sus centinelas que se relajaran—. Mi nombre es Valina Bosek, monja de Azgola. Dejadme examinar a esa niña mientras Palove prepara un carro.

Uno de los recolectores dejó sus herramientas y se acercó a uno de los transportes para liberar

los topes de las ruedas y ajustar las correas de los caballos. La sacerdotisa —o monja, como había dicho— se arrodilló junto a Mokula y la examinó.

—Decidme que podéis curarla —se esperanzó Armeno.

—No, pero puedo limpiar sus heridas con agua pura —dijo Valina, tomando un vial de lágrimas e inhalándolo—. *Neptocare*.

A medida que la sacerdotisa deslizaba sus manos sobre la piel de Mokula, esta se fue limpiando de restos de suciedad. Incluso las manchas de sangre seca de su ropa se desvanecieron. Cuando terminó, la niña ursavita parecía brillar como si un artista la hubiera pintado con el color de la vitalidad.

El cochero se acercó y gruñó algo en su lengua extraña.

—Palove os llevará a la ciudad —dijo la sacerdotisa.

—¿Debemos acudir a un templo? —preguntó Armeno—. ¿O mejor buscar un cirujano?

—Todos los templos en Myrevus cuentan con galenos para sus fieles —dijo Valina—, pero si la Iglesia de Ahisma lo solicita, estoy convencida de que la Vieja Fe enviará expresamente a una de sus monjas para tratar las heridas de esta niña.

—¿La Vieja Fe? —preguntó Meribaldo.

—Así llaman por aquí a la Madre Vida —aclaró Valisa—. Fue la primera divinidad de los viejoimperiales.

Lo primero que adoraron esos primitivos fue un gato que se dejaba acariciar.

—Entonces lo haremos —dijo Gladys—. Creo que Mokula necesitará algo más que medicina para sobrevivir. Subidla al carro —ordenó a los hermanos.

Con cuidado, así lo hicieron. El tal Palove había dejado un hueco en la parte de atrás del vehículo para que pudieran colocar a la niña. Meri vio unas bolsas vacías y las fue colocando en torno a las parihuelas de Mokula para que amortiguaran los baches del camino. Armeno subió de un salto y se colocó junto a la niña. Posó su mano sobre aquella mejilla de pureza imposible.

—Sólo un poco más, pequeña. Lo prometo.

Gladys subió junto al asiento del cochero y ajustó la llama en uno de los soportes del lateral.

—Myrevus está cerca —explicó Valina junto al carro mientras señalaba el norte—. Pasada esa colina, veréis la Puerta de Barro. Es el camino más corto hasta el Templo de Ahisma. No os quedéis en Los Escombros más tiempo del necesario. La escoria más despreciable que podáis imaginar vive allí. Algunos de esos malhechores pensarán que el carro regresa cargado de lágrimas y podrían intentar asaltaros, así que estad atentos y no os detengáis hasta atravesar los muros de la ciudad. Una vez allí, cualquiera os podrá indicar cómo llegar hasta la casa de vuestra diosa.

—Las Cinco os guarden, buena señora —dijo Meri cuando el cochero azuzó a los caballos para que avanzaran.

Pronto una nube de polvo ocultó a la sacerdotisa azul y su cuadrilla de recolectores.

Gladys

La Cascada Eterna. Gladys admiró aquella grieta al corazón de la montaña por donde brotaba un agua que regaba las huertas y jardines de las casas, algunas excavadas en la roca y otras sostenidas sobre dinteles de piedra bajo los cuales transitaban animales y vecinos. Aquella fuente de agua infinita no cumplió las expectativas de Gladys, pues siempre había imaginado una poderosa columna de agua. La realidad era la de un modesto caudal que, si bien destacaba por su singularidad y origen divino, se veía empequeñecido ante el tamaño de la urbe.

Urbe cuyas ancianas murallas saludaban a los recién llegados. Obra de los primeros adoradores de las Cinco Diosas, las defensas se alzaban imponentes como en sus mejores tiempos. En las torres ondeaban los pendones de las cinco iglesias y los descendientes de los antiguos linajes viejoimperiales; también los colores de los gremios de artesanos y las cofradías de mercenarios autorizados. Pero la guardiana únicamente tenía ojos para los estandartes de la llama sagrada, no había visto uno desde su última noche en Kada. Se mecía con el escaso viento de la mañana sobre una torre de planta romboide.

Meri se llevó la mano a la nariz.

—Pardiez, ¿qué estercolero es este?

La zona frente a las murallas de piedra debía de ser Los Escombros, donde destartadas casas de madera y adobe se apiñaban unas sobre otras como la fruta podrida en los vertederos. La desmesurada opulencia de quien nació pobre y ahora manejaba sólidos se mezclaba con la más terrible de las miserias, gentes sin clase alguna vestían ostentosos ropajes escoltados por mercenarios que parecían dispuestos a vender a sus patrones por diez virutas.

Fango allá donde mirara, y charcos ávidos por tragarse las botas de quienes caminaban sin prestar atención. Bandas de perros callejeros vagaban entre niños de no mucho mejor aspecto y todo el poblado desprendía el hedor del pecado y la corrupción. «La escoria más despreciable que podáis imaginar vive allí», esas habían sido las palabras de Valisa. De un único vistazo, Gladys supo que en ese lugar los cultistas de los Poderes Ruinosos campaban a sus anchas.

—No quiero tener la llama cerca de esa gente —les dijo a los imperiales.

El carro traqueteó entre baches.

—Mokula respira con dificultad —apuntó Armeno—. Será mejor darnos prisa.

Una breve mirada hizo que el cochero asintiera. Palove silbó mientras azuzaba a los caballos para que avanzaran sobre el barro. Los cascos de los animales se hundían en el suelo y pronto las ruedas corrieron el mismo destino, pero la insistencia del cochero hizo que las bestias siguieran tirando pese al centenar de personas que se cruzaba en su camino. A ambos lados del carro, docenas de manos se extendían para pedir una limosna. Gladys lamentaba no tener la pistola para intimidarlos y gruñía cada vez que se veía obligada a girar la cabeza para vigilar los flancos.

—He perdido el ojo —susurró resignada.

Meri le había dicho que sólo era una herida más, pero la kadesa estaba segura de que mentía. No veía nada. Ni siquiera mirar directamente al sol le proporcionaba el más mínimo destello de luz. No se atrevía llevarse la mano a la cara por temor a encontrar un hueco, pero sabía que su ojo no estaba allí. Alejó esos pensamientos cuando vio un grupo de aspecto siniestro observarles

desde el balcón de una taberna. «O un burdel». Uno de ellos escupió a su paso.

Un poco más arriba vieron un apuñalamiento a plena luz del día que hizo que quienes estaban en la zona se alejaran con no pocas prisas. Las calles de barro dieron paso a las de arena húmeda y poco después a un pavimento más escaso en baches. Las murallas de Myrevus crecían frente a sus ojos, con su cara exterior impregnada de la suciedad de miles de chimeneas que expulsaban el humo de los hogares.

Se toparon con las primeras patrullas, en grupos de seis o más y a los pies de la muralla contemplaron las bocas negras de los cañones que apuntaban a Los Escombros, como si fuera el campamento de un enemigo que asediara la auténtica Myrevus.

Una muchedumbre se congregaba frente a las puertas, pero Palove lanzaba gritos a los guardias para que le prestaran atención. Uno de ellos, que parecía conocerlo, se acercó. El cochero intercambió unas palabras con él y señaló a Gladys. El imperial que se hablaba en aquella tierra estaba impregnado de palabras desconocidas, pero entendió que el guardia quería ver los permisos para entrar en la ciudad. Gladys se los mostró. El guardia, que no daba impresión de saber leer, se los pasó a un compañero más joven que le dio el visto bueno al documento antes de devolvérselos a Gladys. Alabarda en mano, apartaron a la gente a empujones para dejar paso al carro.

—Muchas gracias, caballeros —dijo Meri mientras cruzaban las puertas.

El interior era asfixiante. Todo en Myrevus parecía haberse construido para no dejar hueco a los demás edificios, pues todas las estructuras crecían en vertical y abundaban los callejones donde dos personas no podrían cruzarse. Las escaleras y poleas proliferaban por doquier, así como pequeños puentes de piedra que conectaban edificios. El carro avanzó por la única gran avenida, cuyo tránsito lo obstaculizaban los puestos de mercaderes y los transeúntes que sólo se apartaban cuando la alternativa era ser aplastado bajo el carro. Pese a no ser gente de Los Escombros, también carecían de modales, lanzando improperios en media docena de lenguas. Al doblar una curva el tamaño de la calzada quedó recudido al de un único carro pero pudieron avanzar sin problemas.

Por un instante, Gladys creyó haber vuelto a Kada.

El templo de Ahisma en Myrevus era una estructura muy similar al Gran Templo de la ciudad libre. Piedra y vidrio vivían un matrimonio feliz, con enormes cristalerías que lanzaban destellos granates, naranjas y blancos a unos enormes bloques de piedra negra que ofrecían un contraste oscuro, con estatuas y bajorrelieves que relataban la eterna lucha de Ahisma contra los Poderes Ruinosos. La Umbría aparecía representada con tanta frecuencia en la fachada que por un momento Gladys pensó que el mural era algún tipo de registro cronológico.

Pese a la falta general de espacio en la ciudad, el templo de Ahisma contaba con una modesta plaza donde un camino de antorchas flanqueaba un pequeño jardín circular hasta dar con unas escaleras. En la parte superior de estas se hallaban las puertas abiertas del templo. Palove detuvo el carro donde el camino de fuegos comenzaba y Gladys bajó de un salto. Con el corazón palpitando de nerviosismo, tomó el portafuegos y avanzó a pasos apresurados hacia las escaleras.

—Déjala —oyó que decía Armeno—. Ayúdame con la niña.

Los pasos de la guardiana se convirtieron en una carrera, y Gladys no dejó de apretar el ritmo hasta que atravesó las puertas, sin que le importara chocarse con quienes salían del templo. Alguien le gritó que se detuviera pero ella siguió avanzando hacia el interior, como si cada paso la fortaleciera. A su alrededor, la gente que rodeaba los braseros durante el rezo alzaba la cabeza a su paso, molesta ante aquellos ruidos que perturbaban sus oraciones. Gladys no dejó de correr hasta que la estatua de la diosa, alta como dos picas, estuvo frente a ella.

«Ahisma».

Le habían dicho que era hermosa, pero no se imaginó aquel grado de belleza. Parecía que el escultor hubiera conocido a la mismísima Señora del Fuego. Era el rostro de una guerrera dispuesta al sacrificio, con rasgos más cercanos a los de una madre severa que a la hermosa joven que ilustraban los manuscritos de oraciones. El cincel del artista había sido meticuloso. Tan solo el grado de detalle de la armadura de lágrimas hubiera sido digno de los más excelsos poemas. La luz del sol, convertida en tonos ígneos por las cristaleras, descansaba sobre la piel rocosa de la diosa, añadiendo un carácter violento al rostro que guardaba en silencio, con los labios prietos como si fuera innecesario pronunciar palabra alguna para cumplir con el deber.

Gladys tenía el pulso agitado hasta el punto de que sentía el corazón forzando salir de su pecho, las manos le temblaban como a una niña asustada y sus rodillas le gritaban pidiendo un descanso. Escuchó pasos a su espalda y se giró hacia un sirviente que se acercaba a ella, Gladys lo detuvo con un gesto de la mano.

—Decidle a quien administre este templo que soy guardiana de Ahisma y traigo un mensaje de la suma sacerdotisa.

—No hay guardianas en Myrevus —replicó el hombre.

—Ahora hay una —replicó Gladys. Al mostrarle su rostro, el hombre retrocedió un paso—. Fuera hay dos imperiales que traen una niña herida, es una monja de Ahisma que ha luchado contra los flagelantes. —El sirviente ahogó un grito—. Me han dicho que la Iglesia de la Madre Vida ayudaría si se lo pedimos. La Vieja Fe, la llaman aquí.

El hombre no parecía convencido, pero miró de reojo las escaleras tras él.

—Avisaré a la señora Iomene.

—¡Rápido! —ordenó Gladys. Su voz resonó por todo el templo. Treinta cabezas se alzaron con curiosidad.

El sirviente obedeció, sujetando su vestimenta mientras subía de dos en dos los peldaños de una escalera lateral.

A su espalda, una voz familiar discutía con los sirvientes del templo.

—Un médico, pardiez —exclamaba Meri—. ¡Un médico! Un cirujano, galeno, como quieras llamarlo. Los que te cierran las heridas antes de que te mueras.

Su hermano era menos diplomático, agarrando del hombro a cuantos sirvientes les pedían calma.

—La niña es una de los vuestros y se muere. ¡Traed ayuda, hideputas!

El griterío atraía la atención de los fieles, ahora ajenos a la presencia de Gladys. Todo el templo parecía revolucionado en aquel momento y los rezos habían dado paso a los murmullos y los corrillos de curiosos.

Gladys escuchó unos gritos y luego pasos apresurados procedentes de la escalera lateral. Bajo la luz que se filtraba por las vidrieras, vio como el sirviente regresaba tras la estela de una mujer de mediana edad que bajaba los peldaños arrastrando unas ropas que la identificaban como administradora del templo. Se detuvo antes de llegar a la planta baja, frunciendo el ceño hacia los dos hombres que perturbaban la paz del lugar santo antes de contemplar, incrédula, la figura que se mantenía firme junto a la estatua de Ahisma. Gladys le devolvía la mirada con su único ojo.

La mujer descendió el último tramo de escaleras y se acercó a pasos cortos hasta ella.

—¿Quién...? —Se detuvo en cuanto sus ojos se posaron sobre el portafuegos—. ¿Es esa...?

—Ocho guardianes salimos de Kada —interrumpió Gladys—. Y un novicio. La suma sacerdotisa Ifrigenia nos ordenó llevar la Luz de Ahisma hasta Myrevus. —Extendió el portafuegos hacia la administradora. A su alrededor, los cuchicheos de fieles y sirvientes cesaron

—. Aquí os la presento.

Si Gladys estaba nerviosa, la tal Iomene parecía aterrada. Mantenía las manos pegadas a la túnica como si no se atreviera a alzarlas, la guardiana dio un paso más hacia ella hasta que las llamas iluminaron los oscuros ojos de la administradora.

—Leña y brea para la hoguera —ordenó Iomene al sirviente a su espalda.

El otro se acercó a unas cajas junto a la estatua de Ahisma y extrajo un manojo de hierbas secas atadas con una cuerda. Pronto un segundo sirviente se unió a él.

—Ya debería estar preparada —recriminó Gladys—. Los siervos de Ahisma siempre están de guardia.

La administradora enrojeció ante aquella reprimenda. Los sirvientes arrojaron las hierbas a un brasero vacío y repitieron el proceso con ramas más gordas y leña. Después rociaron toda la madera con aceite.

Cuando terminaron, Gladys dio tres pasos hacia el brasero hasta que la Luz de Ahisma estuvo sobre la pira de leña y brea. La guardiana mantuvo el brazo firme y miró a su espalda, donde la administradora contenía el aliento; tras ella, al otro lado del templo, Meri la miraba sin perder detalle. Lo vio asentir.

—No mientras yo guarde —murmuró.

Gladys dejó caer el portafuegos.

Retiró la mano ante la repentina intensidad de las llamas. La Luz de Ahisma se había convertido en un gigantesco resplandor que ofrecía la promesa de un mundo sin frío ni oscuridad.

—Sí que sois una guardiana de Ahisma —dijo el sirviente que no la había creído.

—La última.

Gladys observó la Luz de Ahisma, por la que muchos habían muerto para que llegara hasta allí. «Agapias. Los hombres del coronel Setono. La guarnición de Kada. El alférez Proisi. Quienes cayeron en la *Arcona*. Vettias. Quienes se hundieron con la *Valerosa*. Toda la tripulación de la *Botín*». Tragó saliva mientras las lágrimas empujaban por salir. «Melegros». Bajó la cabeza hacia sus botas manchadas de sangre, sangre de la bruja filanita.

—Serafina... —susurró mientras alzaba el rostro hacia la estatua de piedra, a cuyos pies ardía la Luz de Ahisma.

Agotada por el cansancio y el dolor, Gladys se dejó caer sobre sus rodillas y por fin rompió a llorar.

Epílogo

Meribaldo le ofreció a Gladys una humeante taza de café y ella la aceptó con un asentimiento. Después el imperial se ajustó su sombrero —cuya ostentosa pluma se zarandeaba al viento— y se sentó en el banco de piedra. La brisa de la mañana tenía la decencia de arrastrar el humo de los talleres de sopladores de vidrio y no la peste de las calles sin pavimentar de Los Escombros. El café no era bueno, pero no quiso decírselo al imperial; se le veía muy tranquilo, con la mirada fija en su hermano y Mokula.

Bajo el brillante sol de la mañana, la joven monja sonreía entusiasmada ante los torpes intentos de Armeno por equilibrar la tumbona donde el cirujano había mandado que la niña descansara. Hideputa, exclamaba cada vez que el artilugio volvía a plegarse. «A ese ritmo, las únicas palabras que la ursavita aprenderá del imperial son maldiciones», pensó la guardiana. Pero Mokula se reía. Y Gladys se dejó contagiar.

—El mundo es muy grande —dijo Meribaldo—, pero todos sonreímos en el mismo idioma.

Gladys mantuvo la sonrisa, aunque su único ojo permanecía fijo en las piernas inmóviles de Mokula. Los médicos hacían demasiadas promesas respecto a la posibilidad de que la ursavita volviera a caminar. No eran los únicos que prometían.

La presencia de la Luz de Ahisma en la ciudad de Myrevus había provocado un nutrido peregrinaje de fieles y curiosos, entre ellos algunos representantes de los credos de las otras cuatro diosas. Todas ofrecían su ayuda a la Iglesia de Ahisma. Pero sólo palabras. Gladys no era muy sutil con sus planes para iniciar una cruzada contra Filani y recuperar Kada, incluso parte del Imperio Nuevo, por lo que el puñado de sacerdotisas que aguardaban en la plaza frente al templo sabían bien para qué las habían convocado esa mañana.

—¡Los Poderes Ruinosos se lleven al carpintero que hizo esto! —exclamó Armeno, lanzando la tumbona por los aires. Las religiosas en las inmediaciones se giraron con recelo—. Ven aquí, pequeña, te llevaré a la Cascada Eterna.

Ignorando nuevas miradas de reprobación, su hermano se echó a la niña sobre los hombros. Meribaldo levantó la mano a modo de despedida. La sonriente niña le devolvió el saludo antes de que el bullicio de la calle los engullera.

—Necesitaremos más como ella —dijo Gladys—. Filani tiene muchas hechiceras...

—...ahora una menos...

—...y soy la última guardiana de Ahisma.

Meribaldo no replicó de inmediato. Bebió otro sorbo de su café y examinó los grupos de gente armada que recorrían las calles. Gladys supo lo que el imperial iba a proponerle.

—Podrías reclutar nuevas guardianas.

Gladys suspiró.

—De eso se encargaba Serafina. Ella era... era...

—Irreemplazable —terminó Meribaldo. Apoyó su mano sobre la de Gladys—. El mundo es muy grande y escasean los héroes. Me honra haber conocido a Serafina.

—Va a necesitar más héroes.

La guardiana examinó a los congregados frente al templo. Se fijó en los colores pardos de las

sacerdotisas de Trema, ellas representaban su mejor opción; sus fieles, muertos o exiliados de Filani cuando la Iglesia de la Tierra no se sometió ante la Verdadera Religión. «También querrán venganza».

Gladys se incorporó sin terminar su café.

—No hicimos lo suficiente. Quizá nunca recuperemos lo que perdimos, pero sí puedo impedir que otros sufran. Filani no se detendrá, no ahora que ha tomado la ciudad de Ahisma. Los filanitas... Acabaremos con ellos —juró Gladys—. Hasta que no quede ninguno.

¿Es eso lo que deseas?, preguntó una voz en su cabeza.

Agradecimientos

Para empezar, a ti, por haber confiado en esta lectura. De verdad. Tal vez sea consecuencia de mi oficio como corrector de textos, pero sospecho que a menudo pasa desapercibida la importancia de cada par de ojos sobre una novela. El autor escribe cada palabra, cada párrafo, cada capítulo... Eso nadie nos lo niega, el esfuerzo es nuestro, pero ¿qué ocurre con el mensaje final? Pues son los ojos lectores quienes transforman esas palabras en proyecciones mentales. ¿Cómo leen la historia? ¿Qué interpretan? ¿Cómo conciben a Gladys o Armeno? ¿Han sentido la inquietante presencia de la Umbría en el cielo? ¿Qué opinan acerca del Valle de Lágrimas?

Con el tiempo, estas preguntas se ven respondidas a través de las reseñas, ya sea en Amazon, Goodreads, blogs de lectura o incluso un email personalizado —al principio creía que se trataba de una leyenda urbana pero es cierto, hay gente que me envía estos emails de agradecimiento, y ensalzan la moral— para demostrar que la novela les ha gustado. Son pequeños gestos, pero se sienten cinco estrellas.

Así que te voy a pedir una de esas reseñas, ya que contribuyen a la difusión de mi obra. Si veo que un libro se vende y acumula opiniones, es porque a la gente debe gustarle, y eso me motiva a escribir más —con mayor constancia, sería más apropiado decir— y perfeccionar mi escritura.

Tus reseñas también me servirán para asimilar nuevas ideas o fórmulas que funcionan. Sí, dedico tiempo a leer reseñas para saber qué os ha gustado. No sería la primera vez que una opinión acaba plasmada en mis novelas.

¿Te animas a escribir esa reseña?

En segundo lugar, mi agradecimiento para los lectores beta de *Lágrimas de fuego*. Elegidos entre los suscriptores de mi blog, leyeron uno de los primeros borradores de la novela, y me ofrecieron sugerencias para mejorar la novela. Espero que os hayan gustado los cambios.

Por último, agradecer a mi grupo de escritores. El núcleo de esta novela es escribió con ellos, sólo en la fase de revisión es cuando más solo camina el escritor. Sin embargo, ahí estuvieron ellos para ofrecer ideas, especialmente Lola, que le metió mano a alguna escena.

Chicos, hace tiempo que no nos juntamos y sé que los cuatro tenemos la maldita vida real que se interpone en nuestras fantasías, pero Lola, Luis, Maribel... en cuanto leáis esto, me enviáis unos «latigazos». Nos juntaremos para escribir.